

LA VERDAD MÁS ALLÁ DE LA VIDA

*Carlos Mario
Debenedetti Correa*

© Carlos Mario Debenedetti Correa, 2024
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos.

Autor: Carlos Mario Debenedetti Correa
Editorial: Edición del autor
Edición: Primera edición en proceso de revisión
Impreso en España en 2025

Para consultas, contactar a:
<https://www.laverdadmasalladelavida.com/>
yoymcconaughey@gmail.com

Biografía del autor

Carlos Mario Debenedetti Correa nació en Montevideo, República Oriental del Uruguay el 2 de marzo de 1955.

Su niñez transcurrió con muchos altibajos, aunque podría decirse que en general fue buena. Desde muy niño, 8 años aproximadamente, tuvo un sueño: ser jugador de fútbol de primera división y llegar a defender los colores de la selección de su país.

Lamentablemente, no tenía las suficientes condiciones para llegar a ello y a los 16 años perdió en definitiva esa ilusión, pero la vida le tenía reservada otra y en esa sí que triunfó. Fue en otro deporte donde lo consiguió, y en ese sí logró defender los colores de su selección.

Ese nuevo deporte se llama *bochas*, donde se necesita destreza tanto en pulso como en dirección. Debido a que entrenaba muchas horas al día alcanzó su objetivo con solo 19 años. Logró jugar en la primera división y a los 20 años entrar en el seleccionado uruguayo, convocado por la Asociación Uruguaya de Bochas, hecho este que le permitió viajar a diferentes países de América como Argentina (Buenos aires, la Plata y Córdoba), Brasil (Porto Alegre, São Paulo, Rio de Janeiro) y Paraguay (Asunción, Paraná, Iguazú, etc.), además de competir en casi toda la geografía uruguaya.

A los 24 años le surgió un acontecimiento que cambiaría por completo el curso de su vida.

A principios del año 1980 apareció la noticia de que en agosto de ese mismo año se disputaría el campeonato mundial de bochas en Roma (Italia), y Uruguay conseguía clasificarse para competir, debido a muy buenos resultados en las eliminatorias. Ilusionado con la novedad de viajar a Europa, empezó de

inmediato a entrenar fuertemente con el fin de llegar a tal evento con la mejor forma tanto física como anímica. Pero algo pasó...

Carlos Mario tenía un hermano un año y medio menor que se había casado muy joven, y debido a la difícil situación económica del país por aquel entonces le surgió una oportunidad de viajar a España para trabajar y progresar. Era el año de 1978, y tras un tiempo de instalarse en España, invitó a Carlos a que lo visitara y viera aquel entorno que tal vez le gustara, aprovechando la ocasión de estar junto a él y su familia, que de aquellas estaba formada por su esposa y los padres, una niña nacida en Uruguay y otra en camino.

Por desgracia las fechas de su supuesto viaje a España coincidía con las de Italia, por lo que debía decidir. *¿Qué debía hacer?* La insistencia de sus padres en que aplazara su viaje a España era constante, era evidente que no querían quedarse solos y sí lo animaban a viajar a Roma. Estuvo 3 o 4 meses en constante incertidumbre hasta que luego de mucho machacar su mente se decantó por renunciar a la selección uruguaya y viajar al otro lado del mundo junto a su hermano.

Y así lo hizo, aunque lejos, muy lejos de imaginar, que su nueva decisión cambiaría por completo su futuro... y tanto.

Efectivamente fue en ese país de Europa donde formó su familia mucho tiempo después, muy difícil de imaginar que tal acontecimiento pasaría teniendo en cuenta que toda su vida se centraba en Uruguay, su país de origen. Por suerte dicha decisión provocó un cúmulo de felicidad en todo su ser que se vio incrementada por el nacimiento de su única hija, y a día de hoy, también de su nieta.

Carlos Mario Debenedetti Correa vive en Lugo, tras una vida entregado a su trabajo y su familia.

Dedicatorias

Dedico este humilde relato a la persona que más quiero en el mundo.

Y también quiero hacer notar una mención especial a todos aquellos seres humanos que aman a los animales.

Historia basada en hechos no reales.

¿...O tal vez sí sucedieron?

$$Em = EC + EP$$

ENERGÍA

Esa fuerza misteriosa que nadie en el universo sabe cómo, cuándo, dónde, y por qué se produjo.

Esta fuerza misteriosa a la que me refiero seguirá guardando hasta el fin de los tiempos su secreto. Por supuesto, si es que llega ese momento.

Quizás, amigo lector, o lectora, piense que los hechos que se narran a continuación, sean sumamente exagerados, si tenemos en cuenta, claro está, las diversas situaciones que se producen.

Pero, ¿se ha puesto a pensar en algún instante que la vida no solo es la que vivimos, sino también la que imaginamos?

Este relato es ficción, pero también realidad. Y no solo por ello, por todo lo sucedido, sino porque dentro de la ficción puede confundirse la propia realidad. Solo basta con imaginar nuestro propio comienzo, analice el principio de la existencia humana, de su evolución, y además de nuestro propio final.

Y la vida de los millones de millones de animales que habitan nuestro planeta, sí que puede compararse a la del ser humano, pero creo que por el simple hecho de que se guían por su instinto, es mucho más noble que la nuestra.

Y de esto va nuestra historia, entre miles de millones que conviven con nosotros, puede encontrarse uno ... que sea diferente.

CAPÍTULO 1

El anciano descansaba plácidamente en su tumbona preferida. El paisaje que tenía ante sus ojos hacía muy placentero su reposo. El entorno se presentaba maravilloso y se vislumbraba un atardecer de ensueño para su mente ya cansada y un poco machacada por la edad.

Pero el anciano aún a pesar de todo se veía lúcido y feliz de poder disfrutar de aquellos momentos de paz y sosiego.

Frente a él se veía el océano, que en aquellos momentos hacía honor a su nombre Pacífico. En calma total y besando suavemente el borde de la costa la arena blanca que contorneaba la playa y lejos al final del horizonte su unión definitiva con el firmamento como si los tres, arena, mar y cielo fueran uno mismo.

Llegaba el atardecer. Él acababa de esconderse detrás del horizonte y las primeras estrellas en el laberinto del espacio y ante un cielo totalmente despejado iniciaron su aparición.

El espectáculo en medio de aquel clima veraniego era impresionante, ya se divisaban aquellas tres majestuosas en fila, y a sus lados como guardianas destacaban claramente Rigel, una estrella gigante azul, y al otro costado estaba Betelgeuse, no menos gigante que la anterior pero diferente en su color, rojo. Todo aquel conjunto de estrellas no era más que la constelación de Orión que se ubicaba, ¡vaya! a 250 años luz de la tierra y tal vez eran, porque lo que se veía en el cielo no eran otra cosa que las imágenes del pasado.

El anciano estaba como en una gran sensación de éxtasis contemplando todo aquello, y para adornar aún más surgió nuestro satélite en todo su esplendor.

De forma inesperada se cruzó la estrella fugaz que a todos nos gustaría ver, que tanto podía ser una roca de diez toneladas como una simple partícula de polvo cósmico. A diferencia de muchas que aparecen por las noches, estuvo como 3 o 4 segundos en el firmamento, segundos que el hombre disfrutó con mucho placer.

Pero de pronto algo golpeó con mucha intensidad su mente y un millón de recuerdos afloraron su cabeza de tal forma que todo su cuerpo trastabilló e hizo que abandonara aquella sensación de la que disfrutaba minutos antes incorporándose de inmediato, exclamando para sí:

— ¡Debo hacerlo! Me queda poco tiempo, algo en mi interior ordena que tengo que contarle y relatar todo aquello tan inmenso que he vivido con él. El mundo tiene que conocer el bien que nos ha hecho y ojalá otros parecidos existan para imitarlo.

De improviso es interrumpido por una persona que se acercó lentamente balbuceando algo temerosa:

— ¡Profesor! ¿Se encuentra usted bien?

La señora, de unos 50 años, al escuchar los gritos del anciano repitió la pregunta ya que la primera vez no obtuvo respuesta. El profesor repitió:

— ¡Ah! Sí, señora Grey, sí estoy bien. Solo un poco emocionado por recuerdos personales.

— Bien me deja usted más tranquila. Simplemente comunicarle que tiene ya su cena servida en el comedor, y si no dispone de otro servicio me despido hasta mañana.

— Perfecto, puede retirarse. ¡Oh! Un momento por favor, hoy es miércoles, es así señora Grey, ¿verdad?

— Así es, profesor.

— Pues tómese unos días de descanso y no vuelva hasta el lunes.

— Pero, ¿está usted seguro que no necesitara ningún servicio hasta entonces? — contestó la perpleja asistente.

— No se preocupe, tengo alimento suficiente en la heladera y como puede comprobarlo usted misma de momento mi salud es excelente. Bueno, no tanto, pero puedo apañármelas sin problemas. Puede retirarse y descansar.

— ¡Muchísimas gracias, profesor! Pero créame, no marchó muy tranquila.

— No se preocupe, estaré bien. ¡Ah! Y no me llame *profesor*. Ya sabe que dejé de serlo hace muchos años.

— Muy bien prof... digo, señor McConaughey.

— Señora Grey, dígame, ¿cuánto lleva usted a mi servicio?

— Errr... desde que... — hubo de cortarse la asistente.

— Sí, no hay problema — contestó el anciano —, desde que enviudé hace 20 años ¿verdad?

— Puede llamarme Willfred, que estará más acorde con esa profesión que abandoné hace un cuarto de siglo.

— De acuerdo, señor Willfred, y hasta el lunes, si la providencia así lo quiere y una vez más muchísimas gracias.

— Que descanse, señora Grey. Nos vemos ese día y efectivamente, si Dios quiere.

Y la fiel servidora del anciano se retiró a su casa cerrando suavemente la puerta.

El anciano persistió en sus pensamientos repitiéndose una y otra vez: *¡debo y tengo que empezar ya!, me queda poco tiempo y ahora es una lucha contra reloj*. Y salió disparado hacia otro compartimiento de la casa en la que sabía que encontraría lo que buscaba.

En un lugar apartado de su vivienda fue hacia una trampilla que conectaba con el sótano donde era allí, y todo ordenadamente guardaba los utensilios que no usaba habitualmente pero que de alguna manera u otra le provocaban buenos recuerdos.

— ¡Tiene que estar por aquí! — exclamaba un tanto nervioso, y empezó la labor de escudriñar por todos lados y escondrijos del ordenado sótano.

Doce o quince minutos hubieron pasado hasta que se dejó oír el pequeño grito de satisfacción significando ello que acababa de encontrar lo que con tanto afán estaba buscando.

— ¡Ohooh! ¡Aquí estas mi querida compañera! Ahora a ponerte en condiciones y empezar ya que el tiempo apremia.

Retiró el bulto y agarrándolo con sumo cuidado lo sacudió con delicadeza, quitándole el polvo que se había acumulado durante largo tiempo en aquel saco que escondía lo necesario para lograr su cometido.

— ¡Ah, mi querida Olivetti! Espero que funciones porque te necesito urgentemente.

El anciano tomó el bulto con sumo cariño dirigiéndose hacia las escaleras del sótano con una rapidez impropia para su edad. Deseaba fehacientemente que su vieja máquina de escribir aún funcionará, ya que era muy esquivo a las nuevas tecnologías prefiriendo su anticuada máquina ante la modernidad del ordenador de última generación que tenía en uno de sus escritorios.

Lo depositó cuidadosamente sobre una mesa ubicada en otra habitación de su cómoda casa, cerciorándose primeramente de que la cinta que contenía la tinta no estuviese estropeada o seca de más.

Sí, lo estaba muy seca, hubo de dirigirse a uno de los baños de su vivienda recogiendo del botiquín un frasco con alcohol azul, y con una destreza inusitada y un pulso demasiado firme para su montón de años fue humedeciendo poco a poco la cinta que aflojara el movimiento de la misma para poder retratar las letras.

— ¡Perfecto! — exclamó —. Ahora miremos el carro. Bien, bien — dijo mientras se movía de un lado para otro como si fuera nuevo. Y quitándole el polvo a las teclas y demás

carcasa lo probó con un folio que por allí tenía en su ordenado escritorio.

Todo en orden. La vieja Olivetti estaba a segundos de comenzar su tarea. Fue en busca de un paquete con 500 folios en blanco que estaba en su pequeña biblioteca y se preparó para comenzar a escribir. Realizó pequeños ejercicios con sus manos comprobando que sus dedos estaban ágiles y aptos para la faena a punto de comenzar.

— Bien, amigo, el mundo conocerá el bien que le has proporcionado te lo mereces.

En aquellos momentos sonó el teléfono.

— Dígame — contesto Willfred, tomando su antiguo celular que aun funcionaba a las mil maravillas.

— Hola, abuelo. Soy Johnatan ¿Cómo estás?

— ¡Ah eres tú! Sí, me encuentro muy bien Jonny. Pura casualidad, tenía pensado llamarte la próxima semana pues necesito un pequeño favor que tú puedes hacerme querido nieto — se apuró el anciano a replicar.

— Pues claro, *abu*, lo que pidas lo haré con mucho gusto. Dalo por hecho. Primero te explico el motivo de mi llamada y luego me cuentas tú. Quisiera que el fin de semana siguiente contara con tu presencia ya que disputo un importante *match* en la liga y que estuvieras presente me motivaría muchísimo.

El anciano dudó por momentos ya que su nieto vivía en San Diego, una ciudad al sur de los Ángeles, a más de 200 millas de su residencia. Pero al fin se decidió. Iría,

pues alentaría a su nieto en tan importante juego y casi con total seguridad se reencontraría con sus otros dos más que tenía, y sus demás familiares, en especial con Elisabeth que esperaba su primer bisnieto.

— Gracias, abuelo, no te imaginas la alegría que me das al contar con tu presencia. Pero ahora dime, ¿qué necesitas de mí?

— Es que, verás, en estos días voy a escribir una historia que necesito que me la publicaras no escatimando en posibles gastos. Para mí es importante que mucha gente pudiera leerla y pensé en ti, puesto que tu trabajo en la imprenta me facilitaría el proceso.

— No se hable más, cuenta con ello. Además — replicó su nieto —, yo también creo que mucha gente debería conocer lo que me imagino que vas a contar. Deberías haberla escrito hace ya mucho tiempo. Pero, en fin, estás a tiempo.

— Muchas gracias, Jonny. Te dejo ya mismo, voy a ponerme a ello. Nos vemos la semana próxima. Un abrazo y muchos saludos a Hilary. ¡Os quiero!

— Ok, nosotros también te queremos.

Se cortó la comunicación.

— ¡Bien! — exclamó el anciano para sí —. Comencemos entonces.

Y enfundándose los lentes y apartando a un lado el celular, sus dedos ágiles aún comenzaron a agitarse y el *tick tick tick* de las teclas de la vieja máquina de escribir

retumbaron dentro de la sala, ecos que le produjeron una inmensa satisfacción.

De pronto sus ojos se humedecieron dando paso a una lágrima que escapando de su vista acabó cayendo en el rellano de su lente, aunque sí apareció en su arrugado rostro una leve sonrisa.

Sus recuerdos afloraron en su mente todos juntos retrocediendo casi 70 años en el tiempo. Acarició tiernamente una medalla que llevaba en su cuello desde su niñez, regalo de sus padres, y las letras en el todavía vacío folio como por arte de magia comenzaron a aparecer.

Primera nota del anciano

Antes de relatar los acontecimientos quiero dejar muy en claro que mi vida ha sido muy satisfactoria, tuve la suerte de tener unos padres maravillosos que dieron la vida por mí, una esposa fiel a la que aun hoy sigo amando en su ausencia, dos hijos que fueron mi vida (niño y niña) y tres nietos que adoro con todo mi corazón.

No tuve hermanos y he vivido un trance muy amargo ya que perdí a mi padre con 15 años. Mi madre a pesar de ser muy joven prefirió no rehacer su vida con otra pareja dedicando todo su tiempo a que yo triunfara en la vida. Y por supuesto que lo consiguió.

Bueno, creo que está todo dicho, el relato de esta historia comienza ya...

Tick tick tick

Aún recuerdo con inusitada claridad, y parece que lo estoy viviendo, los suaves golpes que mi madre producía en la puerta de mi habitación.

— ¡Will, Will! Despierta, no llegarás a tiempo — gritaba notándose claramente signos de inquietud en su voz.

— Hola, buenos días madre — repliqué tranquilizándola —. Sí, llegaré. Aunque me da igual, ya que esa maldita no me aprobará por perfecto que realice el examen.

— Pero Will, es el que falta para recibirte de profesor de Educación Física.

— ¡Claro, madre! Pero no te imaginas quién va a examinarme, y por desgracia para mí, es el último.

— ¿Quién es Will? — preguntó la madre temiendo una mala noticia. Y se lo dije.

Mi pobre madre al escuchar la respuesta, palideció transformándose su cara en gestos de ira, rabia e indignación.

— Sí que es mala suerte — contestó a duras penas —, pero si haces los ejercicios bien no tendría motivos para eliminarte.

— Ya encontraría uno. Sé que me odia, madre, y a pesar de ser un pretexto tan absurdo como injusto.

— Así es — contestó —. Sí, en eso tienes toda la razón. Anda, ven a desayunar y que suceda lo que tenga que suceder.

Y así lo hice, me vestí muy elegantemente, desayuné tranquilo y con mucho cuidado para no enchastrarme el traje y abandoné mi casa en busca de un milagro.

Aún pude oír las palabras de ánimo de mi adorada madre diciéndome:

— Suerte, hijo, y que sea lo que Dios quiera. Te has esforzado mucho para graduarte te lo mereces.

— Hasta la noche — saludé.

En aquel instante se dejó oír un potente trueno presagiando una intensa tormenta.

— Parece que lloverá — comenté en voz baja, y un beso cariñoso rozó la mejilla de mi cara. Un beso tierno de una madre preocupada por lo que más quería en el mundo.

Fui al garaje donde dormía mí ya veterano Ford, no sin antes tomar un impermeable ya que el tiempo amenazaba con brindarnos una buena descarga de agua. Tardaría unos 45 minutos en llegar al borde de la Península californiana donde se encontraba la universidad. La carretera era buena y aunque descargara el diluvio próximo, yo personalmente estaba en un estado de relajamiento total fuera de lo común, como si ya daba por hecho mi posible suspenso.

— Nada de nervios — me dije —. Esa desgraciada me va a suspender, pero no conseguirá desquiciarme.

Durante el camino pensaba en el motivo ridículo que esa inspectora sentía hacia mí. El problema no fue con ella sino con su hija, con la que tuve una breve relación sentimental. Relación que no funcionó y decidimos dejarlo de común acuerdo. Casi un año fue suficiente para darnos cuenta de ello. La señora inspectora me había tomado cariño y acogiéndome en su casa no paraba de agasajarme, evidentemente me quería para marido de su hija. Lo notaba, y no dejo de reconocerlo. Al principio me agradaba, pero para mi parecer el amor trata de sentimientos mutuos y no de zalamerías hasta en algunas ocasiones ridículas y si no existe ese mutuo sentimiento, la relación de pareja va directa al fracaso.

Y así lo comprendimos mi ex novia y yo. Su madre lo lamentó a tal extremo que comenzó a odiarme desde aquel momento. Intentó hacerme la vida imposible el último año de carrera, teniendo en cuenta que su cargo dentro de la universidad era muy importante.

¡Lo pagarás, Willfred, juro que lo pagarás!

Me llegaban este tipo de misivas constantemente que encontraba en mi pupitre de estudio, con la complicidad de algún malnacido remunerándolo generosamente.

Dichas misivas no me preocupaban en absoluto, limitándome simplemente a guardar aquellos mensajes por si debería presentarlos en algún momento como prueba. Y así fue pasando el tiempo hasta ese día de la prueba final.

Llegué al centro con tiempo suficiente en medio de potentes descargas eléctricas y fuertes truenos que descargarían miles y miles de metros cúbicos de agua y me acordé de lo mal que lo pasarían aquellos que padecían de omorfobia¹.

Saludé a mis compañeros de examen. Comenzando el mismo, pasando al salón, creo recordar vagamente que ese día éramos 5 los aspirantes que a los 20 años teníamos el sueño de recibirnos de lo que nos apasionaba, la carrera de Educación Física General.

El teórico transcurrió con normalidad, empleando menos tiempo que el permitido. Segurísimo estaba que mi examen había salido perfecto.

¹ Omorfobia: síndrome padecido por aquellas personas que tienen terror a la lluvia.

En breves momentos pasaríamos a las pruebas físicas, poniéndonos por supuesto equipación adecuada para ello. Entrando en el gimnasio dieron comienzo las pruebas bajo la supervisión de nuestra amiga inspectora, que se limitaba a ver y escribir y escribir sin articular palabras.

A medida que los alumnos finalizaban las pruebas abandonaban el recinto para esperar en otra sala los resultados.

Me dejó para el final. Ella y yo solos en la inmensidad del recinto.

— ¡Comience! — sentenció —. El brillo de sus ojos denotaba venganza ávidos de ella, pronto se consumiría y sus propósitos logrados.

Así lo hice. A mi parecer creo que no tuve el más mínimo error en todas las pruebas que se realizaron con una perfección digna de una gran preparación.

— No hace falta que continúe, el examen ha terminado — habló, no permitiéndome realizar la última prueba que sería la más fácil de todas —. No es suficiente para su aprobación — prosiguió —, debe presentarse el próximo año. Buenos días —. Y tras escribir algunas palabras en su cuaderno, concluyó —. Puede retirarse.

Algo repliqué aún a sabiendas que no conseguiría nada positivo.

— Pero señora inspectora, sabe usted muy bien que no he tenido fallos en el examen. ¡No es justo! — exclamé muy ofuscado.

Y sin contestarme se dispuso a abandonar el recinto. Quedé estático sin tiempo a reaccionar, y como ya lo imaginaba intenté seguirla y salir de allí. Llegando estaba la inspectora a la puerta de salida cuando tres personas irrumpieron de súbito en el gimnasio.

La mujer se detuvo de inmediato quedándose muda al reconocer a los tres personajes:

— Inspectora Garrett, deténgase usted un momento — aquella voz tajante y firme parecía una orden, tal era la magnitud y potencia que demostraba.

— Y usted, alumno Mcconaughey, no se retire que debe escuchar esta charla que mantendremos con la cordial compañía de su examinadora — fueron las palabras del siguiente hombre allí presente.

— Hemos seguido mediante cámaras todo el examen — habló un tercero —, y por el cargo que nos compite queda usted aprobado con sobresaliente y desde este momento con la autoridad de que disponemos lo declaramos profesor de Educación Física General. Nuestras más sinceras felicitaciones.

Y uno a uno me fueron estrechando la mano. No es menester explicar la satisfacción que sentía en aquellos momentos, todo el gran sacrificio de mis progenitores había dado sus frutos.

— Muchísimas gracias, caballeros — exclamé agradecido y lleno de euforia controlada.

— Antes de marcharse, profesor — ya me llamaban de esa manera lo que aumentaba más la alegría pertinente

de la que me sentía invadido —, tiene que respondernos a una pregunta que nuestra señora inspectora aquí presente debe oír.

— Muy bien, señor director, soy todo oídos — dije muy ávido y lleno de curiosidad.

— Los hechos acontecidos en este recinto hace minutos — comentó diciendo el sub director — suponen una falta muy grave provocada por la señora Garrett y es usted mismo que debe indicarnos si quiere denunciar el hecho o si prefiere dejarlo estar.

El momento de mi venganza parecía haber llegado y confesaría que las ganas no me faltaban, pero no, no lo haría, dejaría pasar la situación y olvidarla. Entonces contesté:

— No, no, señores directores, no presentare acusación alguna contra esta señora, creo que me permitirán llamarla así pero sí me gustaría — por momentos me detuve en la respuesta. Y mis ojos se clavaron en los de ella, que cambiara su actitud para con los alumnos porque detrás de estos jóvenes existen familias que se sacrifican para que sus hijos tengan una vida mucho mejor que la de ellos y lo que estoy diciendo me consta, ya que lo he vivido en propias carnes, si se me permite la expresión. Es todo —. Y así finalicé mi pequeño discurso.

— Perfecto, profesor — puede usted retirarse.

—Muy amables — respondí, abandonando lentamente el local.

Los tres hombres quedaron a solas con la destrozada inspectora, que, con mucha humildad, mezcla de desasosiego y temor escuchó unas últimas palabras que le tenían reservadas.

— En cuanto a usted, Garrett, esta vez se ha salvado. Esperamos que de ahora en adelante siga los consejos tan bien redactados por nuestro nuevo profesor — y le puntualizaron esta última palabra y tajantes concluyeron —. Puede retirarse.

— Gracias, señores directores, les agradezco su compasión.

— Nada tiene que agradecerlos, sino a ese muchacho que acaba de marcharse por esa puerta, gracias a él sigue usted aquí.

— Desde ahora les prometo que cambiaré mi censurada actitud.

— Por su bien así lo esperamos.

Yo me había quedado muy cerca de la puerta habiendo escuchado la totalidad del diálogo que antes relaté, alejándome rápidamente del lugar. Instantes después salían del gimnasio los cuatro. Hube de ubicarme cerca de la puerta de salida de la universidad para informarle a mi madre la buena nueva ya que estaría apesadumbrada y nerviosa por la falta de noticias. Estaba a punto de oscurecer y la tarde se presentaba más negra de lo normal por los gigantes nubarrones que cubrían el cielo.

De pronto percibí un terrible estruendo que debió oírse en varias millas a la redonda, y el agua comenzó a caer de

una forma estrepitosa, hecho este que unido a la luz que producían los constantes rayos creaban un paisaje tan macabro como maravilloso.

Pasarían de las 7 de la tarde cuando disponiéndome a marcar los números de casa para tranquilizar a mi madre que no me cabían dudas de su estado inquietante una voz rota y temblorosa me interrumpió.

Las exclamaciones deberían escucharse en un radio de muchos metros.

— Gracias Willfred, muchas gracias, gracias, y perdón, perdón, perdón.

La inspectora se dirigía a mi persona soltando una y otra vez esas palabras, *gracias, gracias, gracias, perdón, perdón, perdón...* giré la cabeza estaba allí con el rostro desencajado y demostrando aparente arrepentimiento que estuve convencido de que fuera todo lo contrario y la escena la creaba para despistar. Me acerqué a ella, mi cara habría quedado a 20 centímetros de la suya, mis ojos penetrantes taladraban los suyos y lo reconozco mi respuesta nació muy de adentro de mi ser y hoy casi 70 años después sigo pensando que estuve desacertado, pero lo siento, no pude evitarlo:

— Primero, señora, no soy dios para perdonar, y segundo... las gracias guárdelas para los monos²...

Di media vuelta y abandoné la universidad.

² Con estas palabras, amigo lector, quiero dejar bien en claro que estoy muy lejos de herir sensibilidades ante los que puedan pensar que es un menosprecio hacia un animal. Tan noble como es el mono y todo tipo de primates.

CAPÍTULO 2

El espectáculo en la calle parecía dantesco, entre los rayos, el ruido que producían y la lluvia que arreciaba, conformaban y entorno increíble a simple vista, y precioso, todo a la vez, para observar detrás de una ventana muy bien resguardados.

Llegué al coche empapado por completo, enfundado en el impermeable que había tomado en casa. Ya dentro del vehículo, me dispuse a llamar a mi madre y darle la buena noticia³. Precisamente en aquel momento se produjo un terrible estampido.

Seguramente lo había producido otro de los miles de rayos que por aquellos momentos caían a lo largo y ancho de toda California. A través de la lluvia, hizo su aparición una gran luz que inundó todo el cielo y que alumbró el interior del coche.

³ Antes de continuar con la historia quisiera hacer un breve comentario queridos lectores, que debemos recordar que por aquellos tiempos corrían los años sesenta del siglo pasado cuando el hombre aún no había llegado a la luna, y no existían celulares ni cámaras de imagen directa, y me refiero a la llamada que realicé hablando con mi madre a cincuenta millas de distancia, que dicha llamada fue posible mediante un *walkie talkie* de gran potencia cuya señal recibía en su casa con claridad, y que nos permitía hablar como si fuese un celular solo nombrando la palabra cambio entre medio. Sin duda se trataba de un receptor de radio muy sofisticado para la época. Algo similar aconteció en el gimnasio donde realicé la prueba física en el examen, donde hago alusión al hecho de que los profesores seguían aquel momento mediante cámaras. La televisión transmitía desde hacía poco tiempo, y fue de esta manera que, con la instalación de micrófonos muy bien camuflados, y un repetidor de tv transmitía la señal siendo de esta manera como pudieron seguir en directo toda la prueba, tecnología que, aunque parezca un poco cutre, era muy avanzada para la década.

De pura curiosidad, y sin temor a mojarme, descendí del auto para observar.

— Qué extraño... — pensé. Lo que acababa de ver sí que era muy extraño y, a la vez, curioso: una estrella fugaz atravesó el encapotado cielo tardando cuatro o cinco segundos en desaparecer.

Hube de conformarme. A fin de cuentas, era eso, una simple estrella fugaz, una más de las tantas que se dejan ver todos los días en el cielo de todo el mundo. Lo curioso del fenómeno fue que se produjo por debajo de la tormenta... Pero bueno, acontecimientos similares en nuestra atmósfera se producen continuamente.

Y sin más preámbulo, me introduje en el coche, no sin antes, claro está, solicitar el clásico deseo que suele formularse en estas situaciones aisladas. No recuerdo con certeza mi deseo, pero imagino que sería lo normal en estos casos, felicidad y bienestar para mi madre y para mí, que éramos única familia por aquellas fechas. La alegría de mi madre al conocer la noticia, es inútil describirla, y yo ya estaba deseoso de llegar a casa para contarle con todo tipo de detalles lo acontecido en la universidad.

Por lo menos me esperaba una hora de viaje teniendo en cuenta el gran diluvio que estaba cayendo, hecho que haría ralentizar mi regreso. Años después, nunca se me olvidó aquella noche de noviembre, y no precisamente por la inclemencia del tiempo.

Puse el vehículo en marcha e inicié el regreso a casa. Y como siempre había, ajusté el cuentamillas a cero porque me daba la sensación de que el viaje se me haría más corto.

— ¡Qué barbaridad! — exclamé. No recordaba una tormenta tan agresiva como aquella, aunque, sí creo recordar la ausencia de viento. El agua caía a baldes sobre el asfalto, formando curiosos globitos y ráfagas de agua por las canaletas de la calzada.

Habría recorrido unas quince millas sin ningún tipo de incidente, incluso prácticamente sin tránsito tanto de ida como de vuelta. Tenía la sensación de que la lluvia arreciaba aún con más fuerza y que teniendo el limpiaparabrisas a su máxima velocidad, me impedían ver la carretera con claridad. Tuve que reducir un poco más la velocidad.

Ocho millas más adelante, me vi en la necesidad de apretar el freno con tal violencia, cuando un obstáculo se apareció ante mí en la carretera. Ante la frenada, el coche se paró en seco dando un pequeño volatizo, quedando en mitad de la carretera.

De súbito hube de conectar las luces de avería para señalar aquella posición tan peligrosa y no causar algún posible accidente. Descendí del vehículo con extrema rapidez y corrí cuanto pude para llegar ante aquel obstáculo que se había aparecido de improviso, que había estado a punto de llevármelo por delante.

Aquello parecía una sombra dentro del abundante diluvio que seguía cayendo con estrepitosa intensidad, y a medida que fui acercándome, ahora ya se asemejaba un pequeño bulto que parecía moverse atravesando la carretera muy despacio, lento pero seguro. Ya estando muy cerca, no tenía dudas, aquella cosa era *algo vivo*.

Aceleré el paso, apenas dos metros me separaban del objetivo. El agua empañaba mis ojos dificultando mi carrera, por suerte no tropecé con ningún obstáculo, y al fin pude ver aquello que de improvisto se presentó en medio de la calle en medio de aquel entorno dantesco.

En aquel instante mi corazón se impregnó de una inimaginable ternura al ver a que cachorrito indefenso y tal vez a punto de morir. Era un perrito que no tendría más un mes de vida, y que con total seguridad había escapado del cobijo de su madre.

— Pero, hombre — exclamé —. ¿Qué haces aquí perdido, compañero? — le hablé como si esperara una respuesta que, claro está, no recibiría.

Aunque sí, y en plena noche, ya pude apreciar que de sus ojos se desprendía una mirada que interpreté de agradecimiento al recogerlo y salvarle la vida. Lo recogí sin perder un instante y corrí velozmente hacia el coche, acomodándolo en el asiento del copiloto. Intenté secarlo con unos paños que guardaba en la guantera, cubriéndolo con mi saco⁴ del traje, que estando seco en el asiento trasero le sirvió de abrigo, y allí lo coloqué lo más cómodo que me pareció posible.

Reanudé el regreso a casa ansioso de llegar en medio de aquella vorágine rocambolesca. De vez en cuando dirigía una mirada al cachorrito escondido debajo del saco totalmente cobijado.

⁴ Saco: en gran parte de América latina, esta palabra la palabra se refiere a una simple chaqueta.

Algunas millas más adelante, tuve una impresión de inquietud, pues no apreciaba ninguna señal de movimiento en el animal. Detuve el coche y lo destapé con mucho cuidado, y sentí una gran sensación de alivio al comprobar que se había quedado dormido al encontrarse en aquella posición muy cómoda y cálida. Así que volví a cubrirlo, prosiguiendo nuevamente la marcha.

La tormenta seguía arreciando con fuerza y el agua cayendo en forma de diluvio dificultaba aún más el regreso a casa. Al fin, y tras dos horas de marcha dificultosa, logre estacionar el *Ford* en el garaje. Agarré al cachorrito con mucho cuidado, que todavía dormía, y disparado entré en casa, poseso de una inusual algarabía normalmente justificada debido a la situación de felicidad que por aquellos momentos me llenaba.

Mi madre apareció de pronto y, cuando se disponía a abrazarme, se detuvo en seco, al percatarse del bulto que llevaba entre los brazos.

— Ohhh.... Will... — y la pregunta, obvia, surgió al instante —. ¿Qué traes ahí? — y al unísono pudieron percibirse suaves gruñidos que escapaban del pequeño cachorro, acabando de despertar.

— Mira, madre, lo encontré en mitad de la carretera. Casi lo atropello, y, al verlo en aquella situación, no dude en recogerlo.

Con mucha rapidez, fui en busca de una cesta que usábamos para menesteres domésticos, y allí lo acomodé, de tal manera que se sintiera lo más cómodo posible. A pesar de ello, los gruñidos se acentuaron. El motivo se veía claro: tenía hambre.

— Hay que darle un poca de leche tibia — dijo mi madre, al percatarse del signo de protesta.

— Sí, sí, vamos... luego de cuento lo que sucedió en la universidad.

Calentamos un poco de leche, e improvisamos un biberón con una botella y un viejo chupete que, por suerte, teníamos en algún recóndito lugar de la casa. Le acercamos la mamadera a la boca, y el movimiento fue reflejo, automático, creyendo que mamaba de la teta de su madre.

En ese momento pudimos apreciar su extraña belleza, con un hocico un poco alargado, y dos orejones que muy pronto se erguirían. Tenía un pelaje no definido, pareciendo combinaciones de colores que iban entre el negro marrón y grisáceo, y podíamos decir con un toque de amarillo. Aunque lo que más me llamó la atención fue el grosor de sus patas, presagiando un animal de grandes dimensiones. Y entonces acabó el biberón improvisado, quedando nuevamente dormido, no sin antes dirigirnos una mirada penetrante donde se apreciaban notablemente muestras de agradecimiento. Creo que era evidente, y parecía saber que, con ese rescate puramente casual, le había salvado la vida. Y, entonces, se durmió al instante. Fue entonces que la tormenta pareció amainar, y la lluvia dejó de caer.

Le conté a mi madre todos los detalles de lo acontecido en la universidad, disfrutando de un café delicioso que preparó mientras seguía con atención la curiosa anécdota que sostuve con la despiadada señor Garrett.

A la mañana siguiente decidiríamos qué hacer con el cachorro. A pesar de todo, la noche transcurrió tranquila, en gran contraste de aquel ajetreado día que nos tocó vivir. El animal durmió en aquella cesta improvisada junto a mi cama.

Algo me había despertado de improviso. Abrí los ojos, y lo tenía allí, encima del pecho, lamiéndome la cara. Parecía decirme que volvía a sentir hambre. Su cola, agitándose de un lado para otro, se balanceaba con rapidez, gruñendo tímidamente, avisando que ya era hora de saltar de la cama.

— Ya, ya... — y hube de apartarlo para poder vestirme.

Era fin de semana, y no había motivo para las prisas. Aunque, sí, lo reconozco, ya eran horas de desayunar. La voz alegre y emotiva de mi madre se dejó oír al otro lado de mi habitación.

— Profesor, hay que desayunar, y la orden va para los dos — ya le tenía otro biberón listo para ser engullido por nuestro pequeño huésped.

Y así lo hicimos. Fue con la luz del día cuando pudimos apreciar muy bien la belleza del animal. Un pelaje que podía ser negro por su lomo, una cola tupida en pelo del mismo color, siendo su pecho algo más claro que el manto, y cuatro patas, muy anchas semi amarronadas con tintes amarillentos, y mezclas de grises y ocre, donde destacaba en una de ellas, la derecha, exactamente de las delanteras, una zona blanca con pequeños caracteres ininteligibles. En su cabeza destacaban dos orejones ya enhiestos a pesar de su corta edad, un hocico un tanto

alargado y una marcada boca donde ya podían apreciarse los primeros colmillos.

— La verdad, Will, es un animal precioso.

— Así es, madre — le respondí —. Me pregunto de dónde se habrá escapado.

— ¿Qué harás con él?

— Madre, soy sincero, me gustaría quedármelo, pero necesitaría, en primer lugar, tu aprobación, y después, la de sus dueños, si los tiene.

— Mi aprobación ya la tienes, pero, ¿cómo reconocerás a sus dueños?

— Esa es la pregunta... aunque tengo una idea de poder averiguarlo. Me trasladaré al lugar aproximado donde lo encontré. Con seguridad sus dueños no vivirán muy lejos, y, una vez lo averigüe, lo devolveré a su madre.

El animal, muy próximo a nosotros, parecía estar atento a la conversación, y unos gruñidos un poco más fuertes que los anteriores, se dejaron oír. Nuestras miradas, al mismo tiempo, fueron rectas hacia él, no comprendiendo su actitud un tanto agresiva.

— Creo que nuestro invitado no está de acuerdo con la conversación — comenté.

— A mí también me lo parece.

— Amiguito — me dirigí a él como si me entendiera —, si no conozco a tus verdaderos dueños, no estaría en paz quedándome contigo.

El animal se quedó en silencio. Tranquilo, decidiendo acabar el resto de biberón que aún le quedaba. Sé que nos pareció extraño que suspendiese la ingestión del alimento, durante nuestra charla, pero, en aquel instante no le dimos importancia. Y sin más, rematamos el desayuno parcialmente suspendido.

Entonces decidí que mi amigo y yo lo pasáramos juntos ese sábado. Al día siguiente me desplazaría al lugar donde lo encontré perdido, y buscaría por allí la vivienda de sus verdaderos dueños, que por lógica no estaría muy lejos. Pasé prácticamente todo el día pendiente del animal, jugando a clásicos juegos como si fuera un niño con su mascota. Aunque, debo reconocerlo, llamaba mi atención la inteligencia que demostraba, para su corta edad. No llegaría a los dos meses, pero ya, parecía entenderme, colaborando en demasía con los juegos que en el jardín de casa realizábamos. A ratos quedaba estático, observándolo. Era un cachorro hermosísimo, así podía catalogarlo, y a intervalos se acercaba a mí, gruñendo insistentemente hasta lograr colocarse a mi altura, para unir su cara a la mía, lamiéndome las mejillas, dando evidentes muestras de cariño.

A la mañana siguiente, hube de vestirme de forma cómoda, ya que volvería a la carretera para recorrer unas cuantas millas. Debía encontrar a sus verdaderos dueños, y era menester hacerlo con urgencia.

— Madre, tendrás que cuidar al animalito unas horas, me espera un largo recorrido, y no sé el tiempo que emplearé en encontrar el objetivo.

— No te preocupes, Will, nuestro anfitrión estará en buenas manos — lo miró con mucha ternura, y con el temor de encariñarse con él, sabiendo que al regreso de su hijo ya se conocería al verdadero dueño.

— Gracias, madre, no me cabe la menor duda de ello — y tras una simple caricia en el hocico abandoné mi casa.

El cielo ya despejado y limpio de la inmensa tormenta del viernes pasado componía un clima agradable para aquella época del año tan fría. Por supuesto, las estaciones son complejas e impredecibles en todas partes del mundo.

Ya en ruta, intenté recordar el lugar aproximado del encuentro fortuito. “Vamos a analizar”, pensé en voz alta. “Me parece recordar un indicador de millas con el número 23... sí, estoy seguro de ello”. Y firme y seguro en mis especulaciones, conduje con cuidado hasta encontrarlo. “El 23”, me repetí, y treinta minutos después di con el ansiado indicador.

— ¡Si, ahí está! — exclamé. Y estacionando el viejo *Ford* en un rellano del lugar apartándolo de la carretera, descendí del vehículo perdiéndome bosque adentro.

El paisaje se presentaba tupido en árboles y vegetación diversa, y unos metros más adelante se apreciaba un camino transitable.

— Perfecto, este será el pasadizo que me lleve a la casa de los dueños, espero... la lógica nunca falla.

El trayecto se presentaba interminable, aunque mi condición de profesor de educación física me permitía realizarlo a la perfección no notando en ningún momento señales de fatiga. Una hora caminando a paso muy ligero hubo de pasar, hasta que, al fin, apareció una casa demasiado grande, vallando su perímetro, y unos cuantos animales sueltos como vacas, terneros, gallinas y hasta cuatro o cinco caballos, pastando con total serenidad.

— Claro, esto es una granja, de aquí escapo el cachorrito, y creo no equivocarme.

Apurando un poco más el paso me dirigí hacia el portal de entrada. Dicho portal estaba cerrado con cadenas portadoras, creo recordar, y dos candados. A un costado de los mismos se encontraba un timbre. Había que llamar, y así lo hice, ávido de darles a los caseros la buena noticia del rescate del animalito perdido. No creí tener ninguna duda al respecto de que de allí procedía. Repetí el llamado. Aun tardaron un par de minutos en aparecer los caseros. Claro, era domingo, y quizás los sorprendí en la cama. Pero, ahora, hacia mí se dirigían dos personas, un hombre y una mujer de mediana edad acompañados de un alborotado chihuahua ⁵ que no paraba de ladrar al percatarse de mi inesperada visita. En pocos segundos recorrieron los cien metros que separarían la casa del portón de entrada, donde yo esperaba impaciente. Fui yo quien abrió el dialogo ante sus miradas inquietantes.

— Buenos días, señores — saludé cordialmente.

⁵ Chihuahua. Raza de perro muy pequeño y muy alborotador especial para vivir en ciudades, y de agradable compañía para los niños.

Devolvieron el saludo con un notable acento de inquietud y asombro ante una visita totalmente inesperada.

— Antes que nada, deben disculparme ante mi presencia aquí, y a estas horas en un día como hoy. Y es que tengo una pregunta muy importante que hacerles — esperé expectante para ver la reacción de los caseros.

— Bien, muchacho, te escuchamos — contesto la mujer secamente, con toda la apariencia de trabajar en el campo.

Pero la desconfianza todavía se notaba en sus rostros. Y los candados continuaban cerrados. Además, el chucho continuaba ladrando como si hubiera visto el diablo en persona. Ante una señal del hombre el perro paró de súbito, alejándose unos metros del cónclave.

— Es que la noche del viernes, durante la tormenta, me encontré en la carretera un cachorrito de perro recientemente nacido, que tal vez, haya escapado de aquí. Venía a informarles que está en mi poder.

La pareja se miró perpleja, aunque noté menos desconfianza en sus miradas.

— Y siendo así — continué —, se lo entregaría de inmediato, ya que el animalito aún necesita el cuidado de su madre.

Pasaron diez segundos, no más, cuando obtuve una respuesta.

— Mmm — exclamó la mujer, aunque con el tono mucho más agradable —. Lo siento, muchacho, pero esa que ves es la única fiera perruna que habita en la granja — dijo

señalando al chihuahua, comenzando a ladrar de nuevo —. Los demás animales ya los puedes ver con tus propios ojos: vacas, bueyes gallinas, patos, y un gato que andará por allí paseando.

No pude más que sonreír. Ver a ese animalito crispado al verme, produjo esa sensación, comprendiendo que de aquella granja no provenía.

— Bueno — conteste —, es evidente que este sitio no es el que busco. ¿Podrían indicarme otro por esta zona?

— Sí — contestó la mujer — del otro lado de la carretera hay otra finca similar a esta. Pregunte allí, aunque el cachorrito que encontró no pertenezca, me parece, a ese sitio. Si hay otra cosa en la que podamos ayudarte, lo haremos con mucho gusto — acabó diciendo con mucha amabilidad.

Me agradó el tono imperativo con el que se dirigía hacia mi persona, pero, claro, ya no podía ayudarme.

— Lamentablemente, no — respondí —. Buenos días.

— Hasta la vista, muchacho, y suerte.

Di la vuelta y me alejé de la granja. Reconozco que mi inquietud era notoria, no paraba de pensar que esa otra granja a la que se referían los amables caseros no podría ser el lugar de origen de mi rescatado, ya que el perrito había aparecido por sorpresa de ese lado de la carretera, y no del otro. Pero, decidí ir igualmente a hacerles una visita, el sitio que buscaba no podía estar muy lejos. Volví a la carretera, y crucé al otro lado.

El camino, aunque sinuoso, era similar al anterior, aunque se notara que por allí transitaban vehículos, que con seguridad serían los dueños de la finca. A ambos lados del camino se apreciaba una vasta vegetación que parecía un tupido bosque, que no ofrecería peligro, teniendo en cuenta que por allí vivían personas. Esos eran mis pensamientos, y, caminando con demasiado sigilo, atento al entorno, me adentré en el pasadizo.

Treinta minutos caminando a paso ligero me llevó llegar al destino buscado. La granja, muy similar a la otra en características, me pareció más moderna. Se veía un repetidor de radio sobre un poste alejado unos metros de la entrada, que con seguridad reproducía imágenes que podían verse dentro de la casa. No me equivocaba en mis conjeturas: antes de que llamara al timbre instalado a un costado del inmenso portón de fierro, se apreció una figura femenina, que, a unos cien metros de distancia, venía hacia mí.

Solo treinta segundos pasaron cuando la tuve ante mí. El corazón me dio un tremendo sobresalto, parecía que iba a escaparse de la caja torácica, y, lo confieso, hasta entonces, y con mis jóvenes veinte años, no había visto a una chica tan linda, preciosa y, además, para rematar la característica, pecaba de simpática.

— Buenos días. ¿En qué puedo ayudarte? — preguntó esbozando una leve sonrisa.

De pronto reaccioné, abandoné el éxtasis que por momentos me embargaba, y contesté tartamudeando tímidamente.

— Buenos días — apenas contesté como pude.

También confieso que nunca me había pasado algo así frente a una chica, pero esta vez, sucedió. Salvados aquellos momentos de apuro, me disponía a presentarme y a formular la misma pregunta que me había llevado hasta allí. Mientras, ella me miraba fijamente, como queriendo encontrar en mi rostro una persona conocida. Antes de que pudiera hablar, ella chasqueó los dedos, y dijo:

— Sí, creo que te conozco. Tú estudias en la universidad de San Diego, ¿verdad? — a la vez, noté un tono emocionado en su pregunta.

— Así es — contesté —, aunque ya he acabado la carrera.

— Yo estudio allí, y creo que te he visto en alguna ocasión acompañando a Elisabeth. ¿Es tu novia, ¿verdad?

Eran demasiadas preguntas, una tras otra, y, tal vez, a ella le había pasado lo que a mí, pensé con un deje de ilusión.

— Efectivamente, con una pequeña diferencia: *era*. Lo dejamos de mutuo acuerdo.

La chica pareció congratularse con mi respuesta, o por lo menos eso me pareció, replicando “*cosas que pasan*”.

— Elisabeth no era mi amiga, pero estábamos en el mismo curso — y continuaron las preguntas —. Ya no acudes a la universidad, ¿no? Me acabas de decir que has acabado la carrera. Felicitaciones por ello — hablaba todo ella.

— Así es, aunque la semana próxima debo acudir ya que los directores del centro quieren comentarme un asunto de mucha importancia.

Amigos, me lo inventé, no estoy acostumbrado a mentir, pero aquella ocasión fue más fuerte que yo, era un buen pretexto para volver a verla.

¿Creen en el amor a primera vista, estimados lectores? Yo, personalmente, no lo creía, hasta ese momento, por supuesto.

— Perfecto, ya nos veremos allí. ¡Ah! A propósito, me llamo Alice, Alice Conway.

— Willfred Mcconaughey.

— Pero ahora que nos hemos presentado, deberías decirme que te trae por aquí, un lugar un tanto apartado, y, en domingo.

En aquel instante apareció otra mujer de unos 45 años que también se fue acercando hasta nosotros. Yo permanecía del otro lado del portón. Antes de darme el tiempo de poder contestarle, hubo de presentármela.

— Mi madre — dijo. Al instante saludé educadamente.

— Mucho gusto, señora. Me presento: soy Willfred Macconaughey.

Devolvió el saludo, invitándome a pasar.

— No, no se preocupe, mi presencia aquí es un motivo muy trivial.

— Dime, entonces, Willfred.

Quiero reconocer que me agradó en demasía el tono de su pregunta. Alice se mantenía callada, siempre mirándome fijamente. Me lo parecía instintivamente. Les pregunté finalmente por el motivo que me había llevado allí. La respuesta que obtuve, casi la imaginaba.

— Imposible, muchacho. Aquí tenemos tres perros y son machos. No es de aquí la procedencia del cachorro al que haces alusión. Tal vez si preguntas en la granja del otro lado de la carretera...

— Vengo de allí precisamente — la corté, educadamente —, incluso fuero ellos que me nombraron este sitio. Bien, les agradezco su amabilidad, pero debo seguir buscando. Una última pregunta, por favor. ¿Podrían decirme si hay otra granja por las cercanías?

Esta vez fue Alice la encargada de contestarme.

— Nada, en muchas millas no encontraras más que bosque y vegetación.

— Sí que es extraño... — musité, aunque insistí —. ¿Pero seguras que es así? El animal tendrá dueño, y, además, me parece que tiene, incluso pedigri.

— Seguro que es evidente — contestó la madre —, pero de esta comarca no procede.

— Bien, entonces, gracias a las dos — me despedí.

Y dispuse a alejarme, cuando Alice interrumpió mi partida.

— ¡Perdona, Willfred! Solo una cosita más: desde hace algún tiempo se rumorea que hay lobos en la zona, aunque creo que es imposible, ya que nunca los hubo.

Asentí. Sonaba lógico, yo tampoco lo creía, nunca había oído hablar de ello.

— Por precaución anda con cuidado, en el camino de vuelta.

— Así lo hare, señorita — yo estaba muy tranquilo, esa teoría que se rumoreaba tendría que ser falsa, y no pasaría de un simple rumor. De nuevo me despedí — Nos vemos, ¡adiós!

— Que sea pronto — dijo Alice en voz baja, pero lo bastante alto para que lo escuchara, y lo que fue muy agradable para mis oídos.

— Así sea — respondí, sintiendo el corazón latir con más fuerza.

Y reinicié el camino de regreso al auto. Mientras caminaba, los pensamientos brotaban en mi cabeza como empujados por la incertidumbre de mi fracasado objetivo. *Lobos*. ¡Que tontería! Teoría ridícula, nadie había visto uno por aquellos parajes. Y descolocado, llegué al auto, iniciando el camino de vuelta.

Puse el coche en marcha, no sin darle vueltas al asunto. ¿De dónde había escapado ese pequeñín? No encontraba explicación posible, aunque una palabra volvió a mi desorientada mente: *lobos*. Esa podía ser una alternativa. Intentaría averiguarlo al llegar a casa.

“Pero miremos el lado positivo de la cuestión”, pensé para mis adentros. “Creo que el amor había tocado mi acelerado corazón, y aquello me confortaba. *Una de cal y otra de arena*, el antiguo dicho se ponía de manifiesto. “Amigo rescatado, creo que tendrás que quedarte conmigo”, pensé. Y eso, claro estaba, era lo que estaba deseando.

CAPÍTULO 3

Sin siquiera estacionar el auto en el garaje, y luego de un saludo apurado a mi madre, corrí, casi volé, hacia la biblioteca ubicada en alguna parte de mi casa. Mi madre quedo perpleja y con la palabra en la boca, y con ello las preguntas habidas de hacerme, pero no le di tiempo. Mi afán era cerciorarme lo antes posible del único motivo real que tenía con respecto a la procedencia del cachorro, no podía ser otra, y me repetía una y otra vez: *lobos, lobos...* Sí, era eso.

Busqué y rebusqué en la pequeña biblioteca hasta encontrar el libro buscado. Mi madre me siguió un tanto nerviosa, viendo mi actitud, y quería respuestas, no acabando de comprender tal situación. Por supuesto que el momento se presentaba incomprensible, pero la impaciencia era tal que debía encontrar el ejemplar buscado lo antes posible.

—Vamos a ver, vamos a ver... Si no procedes de esas dos únicas granjas en 50 millas cuadradas, el rumor de la existencia de lobos en la comarca debería ser cierto.

Sería extraño, pero no encontraba otra solución posible a esta encrucijada. Encontré el libro deseado, y con demasiado apresuramiento, leí ávidamente el titular del capítulo: “Lobos en California”.

Lobos en San Diego... qué ironía, pero había que agotar todas las respuestas posibles. Empecé a leer el artículo, convencido de que en esas palabras encontraría la respuesta buscada.

“Existen lobos en California donde forman manadas, y el llamado lobo gris, así es como le llaman a esa raza cánida, buscan su guarida entre las montañas Rocosas, en el área conocida como Condado de SISKI YOU, a 400 millas de Los Ángeles.

Podemos asegurar que es la única región del estado californiano donde viven.”

Que estático, mi cara sería una mutación de los músculos faciales, no reparando de la de mi madre que ya estaba junto a mí. No leí más, la única respuesta posible a la incertidumbre, había quedado resuelta.

“Pero, entonces, de dónde diablos vienes, amigo”, pensé para mis adentros. De momento, esta pregunta quedaría sin respuesta, y Dios sabe si la encontraría.

— Will, por favor, dime qué pasa — la cara de preocupación era bien visible.

Intenté calmarla.

— Tranquila madre, es que estoy en medio de un acertijo, sin posibilidad de solución.

— Tiene que ver con la procedencia del perrito, ¿verdad?

— Así es, en toda la región ocupando 50 millas cuadradas, solo existen dos granjas, y de ninguna de ellas procede nuestro amigo. Quedaba simplemente esta única posibilidad de que fuera hijo de una loba que viviera en la zona, pero eso es difícil de digerir, me acabo de enterar

que la manada más cercana habita a 400 millas de San Diego.

— Sí que es extraño — atinó a balbucir.

— ¿Dónde está ahora, madre?

— Duerme — fue su corta respuesta.

— Viendo los acontecimientos, tendremos que adoptarlo.

— Lo criaremos muy bien, Will, no dudes en ello. Luego de haberle salvado la vida, ahora hay que ofrecérsela, no te parece.

— Pues, que así sea.

La decisión estaba tomada.

— Nos quedaremos con el cachorro a pesar que su tamaño sería como la de un pastor o un Collie, tal vez más grande.

La conversación fue interrumpida por el propio animal, emitiendo grandes gruñidos que indicaban simplemente hambre. Y allí, moviendo su voluminoso rabo, se acercó a mí, solicitando que lo levantara en brazos. Así lo hice. Visto de muy cerca, se veía aún más bello, sus orejotas prácticamente erectas, su trompa un tanto alargada y negra, y el manto del mismo color, con claros en el pecho, apreciaban un animal de extrema belleza, rematando su estirpe, la gran mancha blanca que destacaba a lo largo de su pata delantera izquierda.

— Ya... — entre mis manos le hablé, siempre con aquella sensación de que entendiera lo que le hablaba — . Habrá que ponerte un nombre, ¿verdad? — y me dirigí a mi madre — . ¿Cómo le llamaremos? — pregunté con afán de que colaborara en ello.

Dudó durante unos segundos. Y un instante antes de que abriera la boca para dar su opinión, me detuve a observar aquellas manchas blancas que adornaban su pata delantera.

— Mira por dónde, madre, su nombre lo lleva estipulado en su pata.

— ¿Cómo dices? — contestó algo confusa.

— Observa: la mancha blanca superior tiene forma de Y griega, la del medio es una circunferencia casi perfecta, y la de más abajo, es idéntica a la primera. Ya tenemos el nombre. Lo llamaremos ... Yoy. ¿Qué te parece?

— Me gusta — asintió.

— ¿Y, a ti, pequeño? — aquellos pequeños ladridos no se hicieron esperar, estaba convencido de que aprobaba su bautizo.

Durante la cena de aquel domingo de invierno, hablamos del futuro que me esperaba como profesor de educación física general., y que por suerte no se hizo esperar. A la mañana siguiente, recibimos una llamada telefónica procedente del centro universitario, donde había realizado mi carrera.

Ironía del destino, el día anterior le había mentido a la chica de la granja, a la que no podía sacar de la cabeza, y con pretexto de volver a verla, y, ahora resultaba que había sido cierto.

Les cuento: serían las diez de la mañana, mientras jugueteaba con Yoy, cuando sonó el teléfono. Descolgué.

— Buenos días, dígame.

— ¿El señor Wilfred Mcconaughey?

— Con él habla.

— Soy el director de la universidad de San Diego, Jones Criad,os gustaría hablar con usted, profesor, puede ser posible.

El corazón me dio un sobresalto, parecía salirse del pecho.

— Por supuesto, director, solo indíqueme la fecha, y allí estaré.

— Pues, el próximo miércoles, ¿le parece bien? Sobre las doce p.m.

— No faltare, allí estaré.

— Correcto, lo esperamos.

En realidad, esperaba esa llamada, aunque no tan pronto. Pero, mira por dónde, no paso por mentiroso. Era menester comentar la alegría de mi madre, y no digamos de la mía personal, poder ejercer la profesión a corto plazo.

— Ojalá, Dios lo permita Will — fueron sus palabras con un signo de emoción.

Al día siguiente, martes, dediqué gran parte del día a cuidar de Yoy, que, siendo tan pequeño, demostraba una inteligencia un tanto impropia para un cachorro de tan temprana edad. Simplezas como sentarse, ofrecerme una de sus patas a modo de saludo, pararse en sus traseras, recoger objetos que le lanzaba a distancia y difíciles de encontrar, volverme a saludar, en fin, como dije antes, simplezas, pero un tanto impropias para un animalito de tan corta edad. La verdad, que yo personalmente estaba feliz de haberlo adoptado, aunque, a menudo, me invadían pensamientos confusos acerca de su origen.

Le construí una cama confortante de madera y sumamente acolchada de tal manera que tuviera la máxima comodidad para su descanso, aunque, tengo que decirlo, siempre terminaba durmiendo en mi cama, claro está, hecho que no me desagradaba.

Ya en miércoles, me dirigí a la universidad con tiempo suficiente para acudir a la cita, la primera entrevista de mi, hasta entonces, corta vida.

— ¡Suerte, hijo! — se despidió mi madre besándome suavemente en la mejilla. Vi derramársele una lágrima, seguramente por el recuerdo de mi padre, fallecido hacía un lustro.

La verdad, que a mí personalmente también me hubiera gustado que aquí, y ahora y entonces dedicarle unas palabras dentro de mis emotivos pensamientos: *“Gracias, padre. Tú también fuiste base fundamental en mi carrera*

profesional, que intentaré desarrollarla lo humanamente posible en honor a vuestros sacrificios”.

Y salí apresurado para que mi madre no captase la lágrima que había escapado de mis ojos ya humedecidos por la emoción de los recuerdos.

— Hasta la noche — alcancé a balbucir en voz baja.

— Aquí espero, y suerte.

La entrevista con los directores de la universidad fue todo un éxito, resulta que el profesor titular del centro, se dio de baja permanente, y me ofrecieron el puesto, que, por supuesto lo acepté de inmediato. Conseguí un buen contrato, y comenzaría a trabajar en pocos días, al finalizar el mes en curso.

Una vez finalizado el papeleo pertinente, con su documentación en plena legitimidad, abandoné la sala, no sin antes agradecer a la junta en pleno, la confianza que habían depositado en mí, incluso, sin experiencia en el cargo.

La alegría que en aquel momento invadía mi cuerpo, era inexplicable, necesitando llegar a casa cuanto antes para darle a mi madre la buena nueva. Ya fuera de la universidad, a punto estaba de subir al coche, cuando oí una voz a mis espaldas, que llamaba alborotada, intentando atraer mi atención.

— ¡Will, Will, espera un momento, por favor!

Reconocí al instante la autora de los gritos. Por educación, hube de voltearme y atender aquella llamada, que parecía un tanto desesperante.

— Hola, Elisabeth — respondí secamente.

Aunque nuestra relación había acabado de buena manera, no me era agradable entablar una conversación con mi ex. Soporté oír lo que quería comunicarme.

— Hola — dijo tímidamente —. Solo deseaba decirte que te estoy muy agradecida por lo que has hecho por mi madre.

— Tranquila, no fue nada.

— Fue demasiado — añadió.

— Pensé — y con estas palabras dejaría zanjado el diálogo — que detrás de esa señora existiría una familia, y que por lo tanto no merecían cargar con su mala acción, y no me creí con derecho a denunciarla. Eso es todo, ahora, si me disculpas, debo irme.

Di un giro súbito, y en pocos segundos abordé mi auto, alejándome del lugar. No obstante, creí haber oído mi nombre un par de veces más, haciendo caso omiso a ello.

Más tarde, al llegar a casa, y después de dar la buena noticia a mi madre que esperaba impaciente mi regreso, me enteré que, a pocos metros de mi charla con Elisabeth, una chica que yo conocía, solo un poco, había estado pendiente de nuestro fortuito diálogo.

Yoy se acercó a mí, con demasiada algarabía, demostrando su alegría por mi regreso. Y lo alcé en brazos, acariciándole en toda su cabeza. Ya empezaba en mí a nacer el cariño por aquel animalito, y no solo por haberlo salvado aquella noche de una muerte segura, sino, además, por el gran amor que sentía hacia los animales.

De pronto sonó el teléfono.

— Dígame.

— Hola Wilfred, ¿sabes quién soy?

— Sí, por supuesto, eres Alice. Pero hoy, aunque estuve en la universidad, no logré verte.

— Ya lo sé — contestó — . Pero yo a ti, sí.

— ¿Cuándo, dónde? — pregunté ansioso.

— Cuando hablabas con Elisabeth, pero te has ido tan de prisa que no tuve tiempo de llamarte.

— Sí, bueno, es que no me es muy agradable hablar con ella, aunque, te repito, que hemos finalizado de buenas maneras nuestras diferencias.

— ¿Y entonces qué? — me largó por sorpresa — . Hemos de vernos alguna vez.

— Claro, si lo estoy deseando, además, has de saber que dentro de pocos días comenzaré a trabajar allí, como profesor de educación física, suplantando al actual, que deja el puesto.

— Ok, perfecto, pues allí nos veremos, lo estoy deseando.

— Yo también, Alice, te lo juro.

Y descolgué el teléfono. Supe que era verdad lo de las mariposas que revolotean en el interior de una persona cuando está enamorada. Yo, en mi caso estrictamente personal, ya las estaba sintiendo.

Durante los próximos días me dediqué a Yoy, con el propósito de enseñarles algunos ejercicios, para intentar que se mostrara un animal inteligente. Y hay que ver la evidencia, aprendía con mucha facilidad, por ahora, lo habitual, sentarse cuando se le ordenara, brindar la pata para saludar, esconderle objetos para que los buscara y traérmelos, en fin, ejercicios típicos y fáciles de realizar. Aunque debo reconocerlo, destacaba en dos de ellos, el salto de longitud, que, a pesar de ser un cachorro, parecía un canguro, además, el salto de altura, donde ya lograba superar el metro.

Con el paso de los días, su crecimiento era notorio, y sus ejercicios cada vez más perfectos, también es cierto, su alimentación era fructuosa, acompañada de pequeños trozos de carne, que le ofrecía durante las comidas.

No me cansaba de mirarlo, imposible conocer su raza, y esa impaciencia provocó que lo llevara al veterinario de la ciudad para conocer su descendencia y el posible pedigrí, que, tras escudriñar varios libros del asunto, no obtuve ninguna posible aclaración al respecto.

Antes que nada, debo decirles que todos los días, mantenía una conversación muy agradable y romántica

con Alice. No ya no tenía dudas, ambos estábamos enamorados.

— Buenos días, Edward — saludé entrando en la clínica saludando a mi amigo, el veterinario, portando a Yoy entre mis brazos.

— Hola, Will — contestó el amable médico de animales —, y compañía, por supuesto. ¿Qué le pasa a tu mascota?

— No, no, en realidad no está enfermo, solo venía por alimento, y de paso, saber si eres tan amable de aclararme a qué raza pertenece.

Al mismo tiempo, lo deposité en el suelo, acto, que el animal, por reflejo propio, se sentó, muy educadamente. El amable doctor comenzó a examinarlo, lo que a Yoy le pareció agradable, ya que, puesto en la camilla, se estiró por completo para dejarse explorar.

— Mmmm, veamos — balbuceó Edward. Yo seguía muy atento el examen. Pasaron diez largos minutos. También quince, veinte, la cara del veterinario me parecía un poema. Al fin se pronunció,

— Amigo Will, lo siento, parece pastor, Collie, ovejero, pero no logro identificarlo, no lo vínculo con ninguna de esas razas, tendrás que llevarlo a un especialista — y repitió —. No puedo ayudarte.

— Bueno, pues, recomiéndame uno, ya que quisiera conocer su especie, teniendo en cuenta que pasara el resto de su vida conmigo.

Me indicó un muy buen adiestrador que vivía en San Diego, que con total seguridad podría ayudarme.

— Él te dará la respuesta que necesitas, estoy seguro, amigo.

No tardé un segundo más, le coloqué la cadena a Yoy, recogí el alimento, y salimos como el rayo de la clínica. Minutos después, nos encontrábamos frente al destino indicado por el tan amable veterinario. Detrás de la casa, se veía un amplio campo en perfectas condiciones, encontrando todo tipo de obstáculos, unos cuantos perros por allí corriendo, y un hombre dándoles órdenes. Estaba claro que era el adiestrador.

Me acerque paulatinamente, cogí a Yoy en brazos, ya pesaba lo suyo la sabandija, y tratando de no interferir en su trabajo, esperé pacientemente a que acabara la labor, a un costado del campo. El hombre se fijó en nosotros, detuvo su labor, y fue acercándose despaciosamente con el objetivo de no distraer a las bestias que, en aquel momento le ocupaban.

— Muy buenas, ¿en qué puedo ayudarlo? — preguntó con cierta amabilidad — . Veo que trae un cliente.

— Bueno, sí y no, necesitaría que me concediera una entrevista para una consulta.

— Muy bien, muchacho, vente por la tarde y te atenderé con mucho gusto.

— Ok, gracias mi nombre es Wilfred Mcconaughey y vivo en el pueblo.

— George Harris, para servirte, Te espero luego.

— Aquí estaré, sobre las cuatro, si le parece bien.

— Perfecto — contestó.

Depositó a mi amigo en el suelo e iniciamos el camino a casa, con un toque de alegría y esperanza, puesto que ese hombre me develaría la procedencia de mi protegido. Y a las cuatro de la tarde de aquel día una incógnita más se sumaría, a las que ya me machacaban el cerebro.

El adestrador estuvo 45 minutos examinando a Yoy, que también se dejaba hacer como la vez anterior, y mi impaciencia llagaba al límite.

— ¿Qué pasa, señor Harris? — pregunté con mucha inquietud.

Durante breves segundos no obtuve respuesta, hasta que sí, recibí una, no convincente.

— Lo lamento, amigo, me es imposible catalogar el tipo de raza a la que pertenece este animal, pero de lo que, si estoy seguro, que será un maravilloso ejemplar, cuídalo mucho.

— Pero, señor Harris... — respondí confusamente.

— Sí, sí, te repito, no conozco esta raza, puede ser una mezcla de muchas, pero, te repito nunca vi una igual. La verdad, es un misterio, de lo que si estoy seguro es que goza de muy buena salud.

La respuesta me desconcertó por completo, y ya proveniente de un excelente profesional, no pregunté otra cosa que solicitarle los honorarios de su consulta.

— Wilfred — hubo de mirarme extrañamente —, no te cobraré un solo dólar, lógico, fue imposible darte una respuesta satisfactoria, pero, si en algún momento decides adiestrarlo, no dudes en traerlo.

— Así lo hare, no le quepa la menor duda.

Abandoné la consulta con más incógnitas aún. “¿Quién eres, amigo?”, me dirigí hipotéticamente hacia Yoy. Los ladridos agudos del perro, y el movimiento violento de su cola, fueron la respuesta, y mirándome fijamente, estiró el hocico, para que le colocara el collar con su correa correspondiente.

De regreso a casa, me detuve unos momentos a observar un inmenso, tal vez gigante edificio, que se estaba construyendo en las afueras de la ciudad. Leí el inmenso cartel donde informaba de la gran obra en construcción.

UNIVERSIDAD DE SAN DIEGO - *próxima construcción*

Tiempo estimado de fin de obra: 25 de agosto de 1964

Nombre: JFK

**Especialidades: MEDICINA, ABOGACÍA Y
EDUCACIÓN FÍSICA GENERAL**

— Anda, mira por dónde, está incluida mi carrera, y es evidente que el nombre es un homenaje al reciente presidente asesinado.

El ladrido de costumbre se dejó escuchar. Y sin más incidentes, volvimos a casa.

* * *

El anciano detuvo el relato.

Era muy tarde, debía descansar para estar lucido la mañana siguiente. Ingirió la medicación diaria a la que estaba sometido, y bebiendo tan solo un simple vaso de leche, fue lentamente a su habitación.

Una vez en la cama, dirigió una mirada de cariño hacia los dos cuadros que estaban en la mesilla de noche de su lado izquierdo, allí se encontraban su esposa, sus dos hijos, Frank y Elisabeth, y él mismo. Todos esbozando una pronunciada sonrisa, y, a pocos centímetros, en el otro cuadro, Yoy, en primer plano con su compañía.

— Os quiero.

Pronunciando estas palabras en voz demasiado apenas perceptible a la vez que recogía con suma delicadeza la medalla que pendía de su cuello hacia cerca de 70 años, y a ti también, finalizó estampando un cariñoso beso. El cansancio ya lo invadía, tras apagar la luz, quedó plácidamente dormido.

A la mañana siguiente, muy temprano, saltó del lecho, y con mucha fuerza y alegría, fue a la cocina, tomó un rápido desayuno, y, sin pérdida de tiempo volvió a meterse de lleno en la tarea que le apremiaba.

La señora Grey no volvería hasta el lunes, el silencio en la casa se ponía de manifiesto, hecho este, que el propio anciano notaba claramente.

— En fin, yo a lo mío — se dijo, y dirigiéndose al escritorio, dispuso se a retomar la historia.

Humedeció un poco el carro de la máquina, y los *tic tic tic*, clásicos de las teclas, sonaban otra vez, produciendo tenues ecos, apercebidos en el silencioso ambiente del recinto de la sala.

Sus recuerdos, claros como el agua, comenzaron a fluir en su mente ya espabilada para lo temprano de la mañana. Recordó, de pronto, cómo sus padres habían entrado aquella mañana en su habitación, con una inmensa torta y diez velitas encendidas, un paquete con forma redonda y otro mucho más pequeño.

— ¡Feliz cumpleaños, Will! Sopla y pide un deseo. Estos son tus regalos.

Por ser un niño, abrió primero el más abultado: ¡una pelota de baloncesto profesional! Me volvía loco el basquetbol. Y el otro regalo: una joya, una cadenita con su medalla de oro, con un pequeño cristo incrustado y del reverso, grabado un corto mensaje, que, a pesar de mi corta edad, hubo de emocionarme: *Siempre estaré contigo*. Colgaron la cadena de su cuello, y desde ese instante, no se la quitó jamás.

Instantes después, el anciano pareció volver al presente, reanudando su relato.

* * *

Entré en casa, libré a Yoy de la cadena, que, tras una breve carrera, saltó alegremente hacia mi madre, que se acercaba, ávida de conocer las noticias que podía traer.

— Ya está Yoy, gracias por el recibimiento —. ¿Y qué me cuentas?

— Nada, madre, nuestro amigo parece venir de ninguna parte — exclamé con una sonrisa benévola y perspicaz a la vez —. Aunque, a pesar de ello, el animal está sano, y, que, además, lo queremos.

Tres *guau guau guau* se dejaron escuchar, y yo, irónicamente contesté:

— Sí, sí, tú también nos quieres.

Y los tres nos dirigimos hasta la cocina para poder merendar.

Aún quedaban algunos días para comenzar mi trabajo en la universidad, así que en los siguientes días me dedicaba a pasear con mi perro, e intentaba enseñarle más trucos. Pero parecía que no hacía falta, su inteligencia se ponía de manifiesto a cada instante, y su gran olfato, le permitía localizar objetos que escondía previamente en lugares bien ocultos.

Y fue por aquellos días, que el animal, su primer acto beneficioso. Paseando por el parque, en aquella tarde tan

agradable con un hermoso sol resplandeciente, con la plaza abarrotadas de madres con sus pequeños, e incluso damas y caballeros paseando sus mascotas, yo entre ellos, se produjo aquel incidente.

En determinados momentos de la tarde, descansando en un banco del parque, varios niños se acercaron para jugar con Yoy, que parecía disfrutar con ello, y, a decir verdad, el semicachorro, era muy digno de observar por su belleza, al recibir el sol en todo su pelaje, brillaba con inusitada nitidez, acompañando lo enhiestas de sus orejotas, y, por todo ello, llamaba la atención de varios niños que acabaron por rodearlo. “¿Cómo se llama? ¿Cuánto tiempo tiene? ¿De qué raza es?”, tales eran algunas de las preguntas que disparaban una tras otra.

No los conté, pero más de ocho, había seguro, y todos rodeándonos como si estuviéramos ofreciendo un pequeño espectáculo. Se oían algunas reprimendas de sus madres.

— Dejad en paz al señor, no lo molestes, vamos venid aquí...

— No se preocupen señoras, a mi perro le encantan estos juegos, además, le gustan los niños.

De pronto irrumpió en la escena, una señora de unos cincuenta años, lloriqueando y gritando.

— Se perdió mi gato, ¿lo han visto? Lo vi escapar hacia esta zona del parque, ¿lo han visto?

— Por favor, señora, cálmese — le sugerí.

La sonrisa de los niños que se encontraban a nuestro lado, desapareció al momento, al segundo se acercaron otras madres, para saber que había pasado.

— Es que — continuó la angustiada señora — , estaba en el jardín de mi casa, con mi gato. Yo vivo allí — dijo señalando una casa en el otro lado de la calle —. Cuando explotó una rueda de un vehículo que pasaba por allí, y *Misifus* se asustó tanto que, espantado, huyó hacia esta zona del parque. ¿Pueden ayudarme a encontrarlo?

Los presentes, un tanto indecisos, asintieron la desesperada demanda de la infeliz mujer.

— Bien — comencé — , ¿por donde dice que le vio huir?

Y señaló una zona del parque que se encontraba muy poblada de árboles. Yoy me miró de pronto como queriéndome decir algo, sí que lo entendí.

— Señora — la llamé — , siéntese en el banco, por favor.

Ella obedeció. Mi amigo saltó a su lado, acercando el hocico hacia los brazos de la señora. Comenzó a olfatearlos en toda su dimensión. La señora sin tener una clara explicación, se dejó hacer. Las demás personas del entorno seguían la escena con perplejidad y extrañeza. De inmediato, Yoy abandonó el banco, invitándome a que lo siguiera, como era su costumbre dando suaves gruñidos. Y salió disparado hacia una determinada zona de la tupida arboleda.

A ratos se detenía para que pudiera darle alcance, a pesar de su corta edad, la velocidad desplegada por sus patas era muy considerable. La carrera consistía en ir

esquivando árboles, uno tras otro, para dirigirse a cierto lugar determinado, como si ya supiera el escondrijo del asustado gato.

De pronto se detuvo. Su mirada fijaba dos enormes pedruscos anclados entre un montón de maleza. Entonces fue que escuché los desgargantes del gatito que, debido al gran susto, había saltado aquellas piedras, cayendo al otro lado.

— ¡Albricias, lo has encontrado! — exclamé en pleno de júbilo — . ¡Lo has encontrado!

Y fui al lugar. Del otro lado de los pedruscos, existía un gran hoyo de medio metro de diámetro, y una profundidad de metro y medio aproximadamente. Allí había caído el tal *Misifus*, que con total seguridad hubiera sido casi imposible poder rescatarlo con vida, cuando dieran con él. Y Yoy, lo logró. Me acerqué a la fosa, que quien sabe quién, o que I construyera, y con mucho cuidado me introduje en ella pudiendo rescatar al animal sano y salvo. Lo que, si tenía muy claro, que de inmediato denunciaría este percance.

— Hurra por ti — exclamé mirando a Yoy muy entusiasmado — . Gracias, le has salvado la vida.

Muy rápidamente regresamos al lugar donde esperaba la angustiada señora dueña del gato. Al vernos aparecer con el felino en mis brazos, los aplausos de los presentes resonaron en medio del parque, especialmente dirigidos a mi persona ya que lo transportaba entre mis brazos. La dueña, emocionada, no paraba de darme las gracias, y los niños allí presentes festejaban el momento.

— No, señora — dije —, el que verdaderamente salvó a su mascota, fue él — y lo señalé significando que realmente fue el héroe —. Y, por lo tanto, el que merece los elogios. Creo, personalmente, que ninguno de nosotros hubiéramos dado con él tan pronto.

La mayoría de los críos se acercaron a Yoy, acariciándolo repetidamente besándolo en su cara y a lo largo de lomo, que, por supuesto no era grande aún, puesto que todavía era un semicachorro. La emocionada señora acarició tiernamente a mi perro, llenándolo de elogios y frases bonitas.

— Gracias, gracias, y que Dios te bendiga.

Ante estas palabras, mi amigo se colocó en dos patas, una de las pruebas que realizaba a menudo, dedicándole una mirada, como si en realidad la estuviera entendiendo. Me fijé en ese gesto, no tuve dudas, la estaba interpretando.

Al escuchar aquellas palabras, “*que Dios te bendiga*”, sentí en mi interior el impacto de ellas, a pesar de mi condición de no católico. No soy ateo⁶, sí creía en una fuerza superior, invisible y poderosa, y ese era mi Dios, el que, sin dudarlo, existía. Con respecto al ámbito religioso, prefería esperar el momento, abstenerme, y abstenerse no es delito, sino esperanza. De momento, mi perro había salvado una vida, de la cual me sentía orgulloso.

⁶ Ateo. Persona que no cree en nada en lo que respecta a la existencia de un dios todopoderoso.

Mi trabajo en la universidad iba perfecto, me consta, los directores estaban demasiados conformes con ello.

Mis encuentros con Alice se sucedían frecuentemente, estábamos convencidos que nuestro amor era real y con futuro. Y decidimos comprometernos a una pedida de mano, que por aquella época era imprescindible, incluso hasta hace pocos años también se practicaba, con fecha de boda a determinar. Era tal el amor que sentíamos mutuamente, que ya lo dábamos por realizado. Incluso, hecho muy importante, nuestras familias estaban totalmente de acuerdo, apoyándonos al máximo.

Alice adoraba a Yoy, cariño remunerado del animal, que ya bastante crecido, era maravilloso verlo lucir en sus diabluras. Aunque, sí notaba que entre él y yo existía un muy fuerte apego, entre humano y bestia un tanto fuera de lo normal.

Días después de esos acontecimientos, una mañana, día festivo, mi madre y yo nos vestimos con nuestros mejores enseres. Ella vestía muy elegante, y yo el mejor traje de que disponía. Íbamos a dar un paseo, un rito que repetíamos cada tres meses, a recordar un día demasiado triste para ambos, precisamente, el día que mi padre nos abandonó para siempre. Recolectó varias flores del jardín, que, por aquella estación lucían esplendorosas. No recuerdo si fueron rosas, margaritas, crisantemos..., en fin, una mezcla que formaron un ramo muy especial para la ocasión.

Era evidente que visitaríamos el cementerio del pueblo, donde reposaban los restos de mi padre, reducido a cenizas en una urna muy brillante, en especial cuando en determinado momento del día le daba de pleno el sol. Esta vez fuimos tres: Yoy, también nos acompañaba. Luego de varias súplicas a los cuidadores del recinto, nos permitieron acceder con el animal.

Ya, frente a la lápida reluciente de su tumba, se leía:

JONHATAN WILLFRED MCCONAUGHEY GRIMM

***Falleció en esta localidad, el 29 de septiembre de
1954, a los 45 años.***

D.E. P.

Mi madre depositó con mucho cariño las flores sobre la tumba, dejando una lágrima, emanada de los recuerdos. Luego fue mi turno.

— Hola, viejo — mi voz se pronunciaba débil y temblorosa —. Como ya sabes, he conseguido un buen trabajo, tengo una prometida que me hace muy feliz, y tanto mamá como yo disfrutamos de buena salud. Espero que tú igualmente, allá donde quieras que estés, te encuentres bien, esperando algún día nuestro reencuentro. Aquí te presento al nuevo integrante de la familia, que además nos protege.

Yoy encrespó un poco más sus orejas, y acercándose a la lápida, descansó la cabeza en ella. El momento producido se veía tan emocionante como triste a la vez. No pude contener el llanto, producido en silencio, pero las lágrimas fluían empujadas por la propia situación. Necesité de tres llamadas para que quitara su cabezota de esa situación, parecía que no quería abandonarla, como si necesitara más tiempo para estar así. A la tercera, obedeció, y lentamente abandonamos el recinto.

Ese día, como cada visita, lo pasábamos un tanto tristes. Luego, ya acostumbrados por esa situación repitiéndose una y otra vez, lográbamos superarlo, continuando con la vida habitual, la diaria lucha de todos los días. Seis años ya de aquel trágico día en que Dios solicito su presencia, día que no olvidaríamos nunca, y que lo llevaremos siempre en nuestros recuerdos. Si hemos de encontrar un consuelo para ello, digamos que su muerte no le produjo ningún sufrimiento, ya que el infarto de miocardio le sobrevino en momentos de su descanso. Fue imprevisible ya que no padecía de esa patología, simplemente se le detuvo el corazón. Injusto, sí, pero la vida es así de ingrata, a veces, pero hay que aceptarla.

Volvamos luego a los acontecimientos posteriores, que, si fueron tan agradables unos, también insólitos, otros. Por aquellas fechas, las obras de la nueva universidad estaban acabadas, pronto comenzarían a funcionar. Era un aliciente más para nuestro querido pueblo. Me animaría a decir que todo San Diego estaba encantado de ver cómo crecía como ciudad.

Al día siguiente, al reanudar mis tareas laborales, fue que recibí la noticia. Escuché por la megafonía, aún recuerdo aquellas cornetas grandes, ubicadas en diferentes

ángulos del recinto universitario: “*Profesor Mcconaughey, acuda por favor a la dirección.*”

Extrañado, me presenté de inmediato. *Toc toc toc*, golpeé la puerta del directorio. *Adelante* fue la respuesta pausada y firme. Me encontré a las tres autoridades más importantes, listas para comunicarme aquella noticia, que demás está decir, no me esperaba.

— Profesor, queremos ofrecerle un traslado, si lo acepta, por supuesto.

— ¿Un un un traslado? — tartamudeé un tanto nervioso.

— Como sabrá, la nueva universidad comenzará a funcionar en breve, y como sabemos que su residencia está allí, le ofrecemos trasladarlo a ella. ¿Qué le parece?

Por breves momentos permanecí sin contestar. ¿Qué me iba a parecer? Por supuesto una maravilla de noticia, además no tendría que cambiar el viejo *Ford*, pues los desplazamientos diarios lo iban deteriorando cada vez más. Evidente que acepté al momento, abandonando el despacho sumamente feliz

Esta noticia provocó conformidad y alegría en mi madre, aunque no tanto en Alice, pues nos veríamos mucho menos. Yoy, parecía unirse a la algarabía de mi madre, dando brincos en todo el salón.

— Alice, ¿qué te parece la noticia? — le pregunté en unos de nuestros encuentros esporádicos.

No le di tiempo a contestar, y le solté la pregunta sorprendiéndola ante mis palabras.

— ¿Qué te parece si fijamos la fecha de la boda ya?

Su rostro se iluminó por completo, abrazándome y besándome en toda la cara. La respuesta era obvia, ¿no creen?

Y así lo hicimos, a pesar de que su carrera estudiantil aún no había finalizado. La decisión estaba tomada, teníamos la incertidumbre del lugar donde vivir, pero ello no era obstáculo para materializar nuestra unión. Ya lo comentaríamos con calma, y de común acuerdo con nuestras familias.

Y fue en aquel lugar tan acogedor que lo estábamos barajando, cambiando impresiones, los pros y los contras, en fin, esos pequeños detalles muy pronto solucionables, que decidimos, por el momento, vivir en San Diego con mi madre.

Días después de la importante decisión, fue que se produjo aquel acontecimiento que tendría gran repercusión en todo el pueblo, y diría más, en todo el estado de California. Algo que retengo en mi mente más de sesenta años después, y que continúan revoloteando en mi ser, como un pequeño milagro protagonizado por él.

Aquel fin de semana de finales de verano, se presentaba muy agradable. El sol acariciaba nuestros rostros con fina delicadeza y la ausencia de nubes no producía brisa que enturbiase el ambiente.

— Qué maravilla de día — exclamo Alice en una de tantas visitas a casa.

— Pues, la verdad que es así — contestó mi madre, y a la vez proponiéndonos un plan al que nos fue imposible negarnos —. Chicos, ¿qué les parece si les preparo una rápida merienda, y van a pasar el día a la playa del acantilado?

— Me parece una buena idea — contesté —. Es más, diría buenísima.

Por supuesto, consiguiendo el acuerdo de mi novia, que le pareció una idea genial. Cogimos el traje de baño y un bikini muy anticuado para la época actual, pero que en aquellos tiempos de 70 años antes y de mi madre, claro está, se usaban muy a menudo. Apuramos a enfundárnoslo, mientras ella nos preparaba, la comida.

Encontré unos capeones ⁷, que prácticamente había dejado de usar, y un par de alpargatas para Alice.

— Les prepararé unos bifés⁸ a la milanesa, y una tortilla de papas con cebolla.

— Delicioso — contestamos estando de común acuerdo.

Todo perfectamente colocado en una bolsa especial para que el alimento se conserve caliente, y otra para las bebidas, que consistía en una Coca-Cola de un litro en envase de vidrio (aún no se fabricaban las de dos litros en envase de plástico, ni las envasadas en lata), adjuntando una botella de agua bien fría. Tampoco se olvidó del alimento de Yoy, que nos acompañaría en el agradable

⁷ Champeones: me refiero a un par de tenis o zapatillas normales.

⁸ Bifes a la milanesa: lo que comúnmente se conoce en España como bistecs empanados.

paseo. En esa playa del acantilado permitían la presencia de animales, siempre que estuvieran continuamente controlados.

Y entonces partimos hacia el destino elegido, pensando que pasaríamos un día disfrutando al máximo, un día de descanso y relajación. Pero me equivoqué: aquella tarde se convirtió en asombro e incredulidad, que incluso hoy me resisto a creer, y que no olvidaré nunca mientras viva.

Llegamos a destino. La playa lucía encantadora, aunque poco poblada. El mar, en completa calma, con el cielo, límpido, totalmente despejado con un sol radiante, luciendo en todo su esplendor sin ninguna nube que lo intentara deslucir, formaban un conjunto que llamaríamos, y sin temor a exagerar, de majestuoso y envidiable para los amantes de lo que nos brinda la madre naturaleza.

Escogimos un lugar cercano a las rocas, desplegando la sombrilla, muy deteriorada por el poco uso, que, además, era la única pieza que teníamos en casa. El paseo surgió de improviso, no estando preparado para ello.

La alegría de Yoy era notoria, escudriñaba los alrededores, olfateando todo lo que encontraba a su paso. Prueba de ello era su inmensa cola agitándose intermitentemente de un lado para otro.

Qu animal más precioso, no me cansaba de admirarlo, y Alice coincidía conmigo en ello.

— La verdad — me comentó —, una maravilla de ejemplar.

— Y qué inteligente — continué su frase, y de inmediato cambiamos el tema mientras admirábamos el entorno idílico a nuestro alrededor.

La charla derivó en planes de futuro con respecto a nosotros como matrimonio. Ella estaba a punto de culminar su carrera como ingeniero técnico, muy importante para la época de los 60, y mi trabajo, estable ya, desempeñando mis funciones en el nuevo instituto. A todo ello, tras una charla amena de una hora aproximadamente, el calor se hizo notar con más intensidad, sobrepasando los 30 grados centígrados, hecho que motivó una idea que Alice me comentó al instante, y que yo compartí sin dudarla.

— Will, ¿qué te parece si nadamos un rato?

— De acuerdo — contesté, la temperatura lo estaba demandando.

Y creo que Yoy, estaba de acuerdo, ya que sus tenues ladridos se dejaron escuchar.

— Yoy, tú te quedaras debajo de la sombrilla custodiando nuestras pertenencias. ¿Te parece bien?

Sí que me entendió, ya que hubo de cobijarse al instante debajo de ella.

Cincuenta metros nos separaban del agua en calma total. Era casi mediodía y el sol ya arreciaba con sus potentes rayos. De la mano fuimos acercándonos paulatinamente a la orilla, volteando un poco la cabeza para observar la actitud de Yoy, algo más tranquilo. Pude ver que no nos

quitaba la mirada en ningún momento, como si nos vigilara. Y nos metimos en el agua, convencidos de que así era.

Un poco alejados también chapoteaban diversos grupos de personas, entre ellos niños, que disfrutaban de la generosidad que nos brindaba la madre naturaleza.

Y nos fuimos metiendo poco a poco hasta que el agua nos llegó a la cabeza. Escuché decir a Alice: “Uyuyuy... ¡que fría esta!”.

— No te olvides que esto es el océano — le dije —. Vamos a zambullirnos y verás que pronto el frío desaparece.

Tanto ella como yo éramos buenos nadadores, y nos lanzamos al mismo tiempo. Nadábamos unos metros, parábamos, reanudábamos la marcha, así estuvimos unos cuantos minutos. Y sin darnos demasiada cuenta, nos alejamos un poco de la orilla.

El agua, clara y mansa, y ya más entibiada, nos parecía excelente, Daban ganas de seguir y seguir y seguir, y así lo hicimos durante un buen rato, nos sumergíamos hasta el fondo, allí la profundidad pasaría los tres metros, volvíamos a emerger, jugábamos, nos reíamos. Mientras el mar parecía a la vez jugar con nosotros. Realizábamos cortas carreras, Alice era muy buena nadadora, y casi igualaba mi velocidad. Quiero aclarar que no presumo de superioridad, pero mi condición de profesor de educación física me había exigido nadar a la perfección.

Pasó más de una hora, y seguíamos allí. De vez en vez dirigía una mirada a la playa, para ver la actitud de mi amigo. Entonces me di perfecta cuenta de que nos

habíamos alejado demasiado de la costa, superaría los 200 metros. En tales circunstancias no nos damos cuenta, ya que la corriente te va arrastrando poco a poco mar adentro. Fue entonces que comentándole a Alice mi deseo de volver, le propuse salir del agua argumentando una falsa hambre que en ese momento estaba lejos de sentir.

Podía intuir algún tipo de peligro, a pesar de la calma total del mar. Pero no se lo hice saber, para no ponerla un tanto nerviosa.

— ¿Qué te parece si volvemos a la orilla?

— De acuerdo, Will, yo también tengo hambre, volvamos. ¡Caray! — exclamó — ¡Qué lejos estamos!

— Tranquila, nademos despacio. Si te cansas te ayudo un poco.

— No, estoy bien, volvamos.

Minutos después, nuestras piernas encontraron suelo firme, y ya caminando alcanzamos la arena, yendo al lugar donde nos habíamos instalado, y del que Yoy nos salió al encuentro. De pronto se detuvo junto a mí un tanto nervioso e intranquilo, así me lo parecía. No era para menos: instintivamente llevé mis manos al cuello, algo que hacía muy a menudo desde hacía casi doce años, y allí faltaba algo. *Algo*: la medalla de oro que mis padres me habían regalado al cumplir diez años, con el cristo incrustado, y su correspondiente cadena.

Quedé estático, sin poder moverme y sin reaccionar. Las lágrimas brotaron impulsadas por el inmenso dolor que me invadió y que se me rebelaba en la cara, mezclándose

con las gotas de agua que aun permanecían en todo mi rostro y pelo.

— ¿Qué te pasa, Will? — preguntó Alice, no comprendiendo aún mi actitud.

Hubo de repetir la pregunta unas dos o tres veces, hasta que al fin reaccioné.

— Perdí la cadena — atiné a contestar. Y dirigí una mirada de intenso rencor hacia aquel mar aún en calma, que me había arrebatado algo tan sagrado para mí, como lo era aquella simple cadena de oro. Abatido me desplomé sobre la arena, impotente para solucionar aquel percance. Alice intentaba consolarme cariñosamente.

— Pobre — no sabía qué hacer para que dejara de llorar, e intentaba animarme con palabras como estas —. Ya compraremos una similar, no sufras, Will, veras que este desgraciado incidente tiene solución.

Yo sabía que esa solución a la que se refería era imposible de solventar, nada, ninguna joya, aunque fuese de diamantes, era capaz de sustituir aquella, a pesar de ser una simple cadena. De pronto comprendí que sería inútil seguir llorando, y enjuagué las lágrimas con una servilleta sacada de la bolsa.

Ya sobre la arena, sintiendo el cálido acariciar de las manos de mi novia sobre las mejillas aun húmedas por las lágrimas, y presa de una angustia notoria, alguien se abalanzó sobre mi cuello, olfateándome bruscamente, y además lo hacía con una violencia inusitada.

— Gracias, Yoy — dije, pensando claro está que lo hacía porque había captado mi tristeza.

Pero estaba equivocado. Se apartó bruscamente de mí, y a dos o tres metros, comenzó a ladrar efusivamente mirándome fijamente. Insistía, no teniendo otra solución que incorporarme.

— ¿Qué pasa, amigo? — los ladridos continuaban, ahora con mayor insistencia.

Avanzó unos metros y volvió a detenerse. Mientras ladraba, continuaba con su mirada fija en mí. Estaba claro, quería que lo siguiera. Pero la pregunta era: ¿a dónde? Fui tras él, sin entender un ápice y desorientado por su actitud.

Ahora lo veía claro: iba hacia el mar. Sus patas ya rozaban las tenues aguas del Pacífico, y las olas parecían besar la arena con la suavidad de una compenetración maravillosa producida por la naturaleza. Volvió a detenerse, y yo con él, a cuatro metros, ya metido en el agua que casi cubría la espinilla. Reanudó su carrera mar adentro.

¡Yoy! — grité asustado —. Detente, por favor.

El agua ya lo cubría. Y moviendo sus potentes patas, comenzó a nadar mar adentro, hacia, hacia... ninguna parte. "Se va a ahogar", pensaba angustiosamente. Y sin pensarlo, fui tras él. De cualquier modo, debía detenerlo. ¿Se habría vuelto loco? No, imposible. Todo tipo de pensamientos pasaban por mi cabeza en pocos segundos, ante esa situación inesperada. Continué tras él dando grandes brazadas en un intento vano por darle alcance. Pero no lograba mi objetivo. Era imposible darle alcance.

Mis gritos de dejaban oír en toda la playa, la gente se aglomeraba en la orilla, víctimas de una curiosidad extrema. Aunque creo que la situación así lo requería.

— Yoy, para, para... ¡para! — pero el animal, haciendo caso omiso de mis órdenes, seguía su carrera hacia adelante, hacia ninguna parte, y yo tras él, convencido ya que si no se detuviera se hundiría, perdiéndolo irremediamente.

Unos 200 metros, más o menos, nos separaban de la costa, pero seguía avanzando. Qué pretendía, solo él en su cabezota debía saberlo. Incertidumbre, que por suerte desvelé pronto. El animal se detuvo. A lo lejos, divisaba a Alice mezclada entre la multitud que poco a poco se metían en el agua para poder seguir mejor los acontecimientos.

Llegué junto a Yoy. De pronto empezó a nadar en círculos, metiendo intermitentemente su hocico bajo el agua. Me invitaba a imitarlo, acto claro que deseaba que me sumergiera. En medio de toda la confusión, me tranquilizó un poco al notar que no demostraba señales de agotamiento. Pero, ¿qué debía hacer ahora? ¿Para qué sumergirme? Y en aquel lugar a 300 metros de la orilla. Por el rabillo del ojo, observé a unas pocas personas, nadando en nuestra dirección, pero se daban la vuelta al notar la lejanía en la que nos encontrábamos.

Y al no escuchar gritos de socorro, abandonaban la idea y regresaban. El animal insistía en sus movimientos con la cabeza, introduciéndola en el agua, sumamente mansa en aquel momento, quizás, un tanto extraño, teniendo en cuenta la gran distancia en que nos hallábamos de la arena. No lo pensé más, decidí sumergirme e intentar

llegar al fondo, que se hallaba a unos cuatro metros de profundidad. Llegué en segundos. La condición física de la que disfrutaba así me lo permitía, desenvolviéndome con total agilidad, incluso bajo el agua.

Sí, toqué el fondo marino, pero... ¿qué diablos estaba viendo? No podía creerlo, incluso un sorbo de oxígeno salió de mi boca divisando unas pocas burbujas. Noté la claridad inusitada del agua, ya que, a esa profundidad, debería ser un tanto opaca, o mala exactamente, incluso observé algunos peces vagando por allí. Estuve segundos sin reaccionar, me di perfecta cuenta que el tiempo apremiaba, llevaba casi dos minutos sumergido, y empecé a sentir la necesidad de reponer aire. Actúe con rapidez, aparté dos grandes pedruscos incrustados en la arena del fondo, los únicos por el entorno, y la recogí, con una emoción que convulsionó todo mi cuerpo, convulsión motivada por el tesoro hallado: mi querida medalla con su cadena estaba atrapada allí, entre aquellas piedras. Y con el último sorbo de aire aún en los pulmones, la recogí con mucho cuidado, y pataleé con rapidez, hacia la superficie.

Con el puño izquierdo bien cerrado, apretando el gran tesoro recién recuperado, saqué la cabeza fuera del agua, con los pulmones a punto de estallar, y, de inmediato escudriñé todo el entorno buscando el hocico de mi perro. Allí estaba, y, tras emitir un intenso ladrido, comenzó a nadar rumbo a la playa.

Lo seguí, nadando prácticamente con un brazo, vigilando que se moviera sin ningún peligro, pero qué diablos, parecía que él era el que me controlara a mí, girando la cabeza a intermitencias, donde lo seguía cuatro o cinco metros más atrás.

Llegando a la orilla, pude ver gente acercándose para ofrecernos algún tipo de socorro y ayudarnos a salir, pero ya noté el suelo y logré ponerme de pie. Yoy continuó unos metros más, deteniéndose, pudiendo apoyar sus cuatro patas sobre la arena. Pude ver a Alice acercarse a toda prisa hacia nosotros, apartando a la aglomeración que la rodeaba. Los curiosos siempre aparecen por doquier, donde piensan que existe alguna situación inverosímil.

— ¡Will, Will! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? Dime, por favor, el motivo de tan extraña situación.

Aún con el puño izquierdo fuertemente cerrado, utilicé el brazo libre para abrazarla, empujándola suavemente hacia el lugar elegido para instalar la sombrilla.

— Te lo cuento ahora — y tras mirar a Yoy fijamente, susurré —. Amigo, sabré algún día quién eres...

Ladridos de evidente alegría se dejaron escuchar, muy típicos en el animal cuando se producía situaciones con final feliz, y aquella, sí que lo era.

— Cuéntame, mi amor, qué fue lo que se les atravesó por la cabeza a ustedes dos.

Entonces abrí el puño, Alice emitió tal grito de asombro, que estoy seguro que la oyeron la mitad de los paseantes de la playa, y eso que se extendía bastante.

— Es, es, es... — tartamudeó — tu cadena perdida en el mar. Y la has encontrado, si no lo estuviera viendo, imposible de creer. Es una soberbia barbaridad.

— No, yo no la encontré — respondí, aún agitado por el gran esfuerzo realizado hacia momentos —. Fue, fue... él — y señalé a Yoy —. Me guio hasta el sitio preciso, y no me preguntes como, pero lo adiviné, yo simplemente tuve que sumergirme y tomarla del sitio donde había caído. Estaba en el fondo, entre dos rocas.

— Pero esto es increíble — no paraba de asombrarse mi desconcertada novia —. ¿Cómo pudo...?

— No lo sé, pero lo hizo.

Ambos miramos al animal, estaba tranquilo, y parecía satisfecho por la hazaña lograda. Exacto, podíamos catalogarlo de hazaña, ya que estoy convencido que ningún animal en el mundo lo hubiera logrado, incluso a 300 metros de la orilla y a cuatro metros de profundidad. Y fui hacia él, preso de una emoción desmesurada, abrazándolo, y una vez más, las lágrimas se hacían presentes en mi desencajado pero feliz rostro. El animal se dejó acariciar, aparentemente satisfecho, aunque un tanto desconfiado, dirigiendo su mirada hacia un extremo de las rocas. Era evidente que había reparado en algo que nosotros pasamos por alto, en aquel momento de tanta emoción y algarabía.

A pocos metros de nuestra situación, una persona seguía muy atenta nuestra conversación. Portaba entre sus manos un objeto que identificamos de inmediato. Segundos después hubo de acercarse a nosotros, identificándose. Su cara me era familiar, en alguna ocasión la había visto antes. “¡Claro!”, exclamé para mí, acordándome al instante.

— ¡Hola, buenos días! — saludó con extrema amabilidad.

— Clare Jordan, ¿verdad? — respondí.

— Así es — respondió —. Veo que me conoce.

— Bueno, de vez en cuando veo la televisión, y las noticias. Soy Wilfred Mcconaughey, y ella, mi futura esposa, Alice Conway. ¿En qué puedo servirla? — espeté de inmediato para descubrir su inesperada presencia junto a nosotros.

— ¡Ah, este es Yoy! Mi perro favorito.

Un pequeño rugido, apenas ininteligible, escapó de sus entreabiertas mandíbulas. La reportera correspondió en un gesto entre amable e indiferente.

— Mire, le comento: he presenciado lo ocurrido hace unos minutos, y tengo que rendirme ante la evidencia. Es una historia tan real como fascinante.

— Ya lo creo, incluso para nosotros que la hemos vivido, y aún no damos crédito a lo que pasó en el mar.

— Y efectivamente sería imposible de creer, de no haber sido por... — se produjo un silencio seguido de una pausa en su comentario —, de no haber sido por este aparatito, que lo ha registrado todo desde un primer momento.

Miré el pequeño artilugio, mis sospechas eran confirmadas: una filmadora, en blanco y negro, por supuesto. En aquella época eran bastante rudimentarias, y también escasas, algo que solo portaban los periodistas de las televisiones con gran volumen de televidentes.

— Ya que me ha reconocido, sabrá de mi programa en el canal 2 de California, y me gustaría tenerle, bueno, tenerlos, a usted y su perro como invitados. Sería un reportaje tan inaudito como fascinante, y creo que el país debería conocer esta historia de pura realidad. ¿Qué le parece? ¿No lo cree así?

Alice y yo nos miramos un instante, como dudando de aceptar dicha invitación, pero declinamos en nuestras dudas, aceptándola al momento.

— Por supuesto, *cari*. No veo ningún motivo para rechazar tal invitación. Y, mira, creo que Yoy, está de acuerdo — su cola revoloteaba con gran intensidad que era capaz de formar una minúscula onda de aire.

— Además, el estado debería conocer esta maravillosa historia real, nuestra televisión es muy potente, tiene 40 kilohercios de potencia en antena, y es capaz de llegar a toda California, y gran parte de Nevada — remató la reportera un tanto orgullosa.

— ¡Caray! — exclamé —. Sí que es potente. Bien, no tiene más que indicarnos cuándo desea esta entrevista, y allí estaremos.

— Muchas gracias, señor Mcconaughey. Esta es mi tarjeta, lo llamaré en breve, si es tan amable de indicarme su número telefónico.

El sol se había ocultado bajo un manto de nubes que no presagiaban nada bueno en cuanto al tiempo, y la temperatura descendió de forma brusca en pocos minutos.

—Creo que sería prudente marcharnos, esto anuncia lluvia, ¿no creen?

—Mire, Wilfred — respondió la reportera —, no será necesario llamarlo. Mi programa se emite los miércoles a las 21 horas, y va en directo, con que estén allí una hora antes será suficiente. ¿Está de acuerdo?

Asentí, mientras recogíamos los enseres rápidamente antes que se descargara la tromba de agua que se acercaba.

— ¿Conoce usted la ubicación de TV 2 Cal?

— Sí, está en las afueras de San Diego, precisamente a pocas cuadas⁹ de la universidad donde trabajo.

— Correcto, allí los espero, a usted y al héroe, por supuesto.

— Y, allí estaremos. Un saludo y hasta entonces.

De súbito comenzó a tronar, y pusimos, como suele decirse en estos casos, pies en polvorosa.

A decir verdad, esta historia merecía ser contada, y más desde el momento que el animal entró en el agua, hasta mi encuentro con Alice, en la arena, enseñándole la cadena recuperada. Todo lo había captado la filmadora, aunque sí es necesario señalar que dichas imágenes no disfrutaban de gran calidad, pero, a pesar de ello, se distinguían muy bien los hechos acaecidos, ya conocidos.

⁹ Cuadra: distancia que abarca 100 metros.

Velozmente recogimos los enseres, apurando el paso hacia el auto, y una vez dentro, se descargó una gran tromba de agua, que a la vez provocó la inmediata estampida de la gente que disfrutaba de su descanso en la playa.

El día de la entrevista llegó incluso antes de lo que esperaba.

El estudio era deslumbrante. Hoy sería un simple plató de televisión modestamente decorado: focos de luces por todas partes, cuatro cámaras de televisión, con apariencia de cartones con forma cuadrada, y una pequeña platea donde albergaba algunos espectadores seleccionados por los directores del programa.

Nos ubicaron en un sitio privilegiado, en compañía de otros invitados de prestigio, en los que recuerdo a Carl Sagan, un productor y ufólogo muy conocido por la gente en aquellos años, y a su lado, cuatro muchachos muy flacuchos y con melenas muy abundantes de última moda en la década de los sesenta. A uno de ellos lo recuerdo bien, llevaba lentes, y que algunos años después, lamentablemente era vilmente asesinado por un maniático que ojalá haya sufrido lo indecible y podrido (y disculpen el término) en la cárcel. Aunque no estoy muy seguro, creo que no llegó a entrar ya que fue también asesinado por alguien que hizo justicia por su propia mano. Lejos estaba yo de imaginar el éxito, aún hoy 60 años después, que tuvo aquel grupo musical a nivel mundial, que en sus comienzos desataban la locura, no solo en los jóvenes, incluso en gente madura. Su música era cautivadora, y contagiosa entre la multitud, pero en el aspecto personal, nunca me llamaron la atención. Incluso, teniéndolos a medio metro de nuestra ubicación, ya que Yoy reposaba

entre mis piernas, sujeto con una fina cadena de metal, a mi juicio innecesaria. Pero había que cumplir el protocolo. Precisamente al chico de lentes lo colocaron a mi lado, que no paraba de mirar a Yoy, que, a decir verdad, su estirpe impresionaba, y el inglés lo admiraba por ello.

— ¡Buenas noches! — saludó la presentadora Clare Jordan —. Queridos televidentes, adorados presentes de TV 2 Cal, estoy convencida de que el programa de esta noche les asombrará en grado máximo. La mayoría de ustedes no creerán lo que vean, a pesar de que las imágenes sean claras y evidentes. No mienten, mis queridos televidentes, así os lo puedo asegurar, además, hoy, transmitimos en directo con la cadena de radio y televisión del estado de California.

Mi desgastada memoria todavía recordaba aquellas palabras de la señorita Jordan, como si las estuviera reviviendo de nuevo.

* * *

Las teclas de la vieja Olivetti, parecían echar humo, tal la rapidez del anciano al transcribir aquellos emotivos momentos.

De pronto se produjo un parón en la escritura, para detener la aparición de dos lágrimas producida por los recuerdos, que afloraron de improviso, y que rápidamente enjugó, agarrando un pañuelo que había en un costado del escritorio. Abandonó la silla para dirigirse a la cocina por un poco de agua. Debía recuperarse del momento emotivo que acababa de aflorar invadiendo sus

emociones, y, así, con más lucidez, poder continuar con el relato.

Bebió, volvió a llenar el vaso, y ya más calmado, retornó a su silla en el escritorio, era ya muy tarde. “Un capítulo más y descansare por hoy”, pensó.

Las teclas se volvieron a activar, leyó las últimas frases, y su mente, lucida de nuevo, volvió a funcionar.

* * *

En primer lugar, entrevistó a Carl Sagan, que explicó su próximo proyecto, consistente en una serie que tendría impacto mundial, *Cosmos*, que estuvo muchos años en antena obteniendo un éxito rotundo.

También nombró las apariciones de ovnis, que aparecían todos los días en distintas partes del mundo, incluso muy a pesar de que la mayoría de la gente se inventaba esas supuestas apariciones, y que hoy día, no hay evidencias ciertas de que existan. Ojalá las hubiera. Algunos contaban que habían visto humanoides, platillos voladores, y con muchas luces. Otros contaban que habían sido abducidos, y muchos con más imaginación aseguraban que eran máquinas del tiempo, con turistas visitando su pasado. En fin, todo tipo de comentarios de los que aún hoy se habla.

Más tarde les llegó el turno a los cuatro chicos ingleses, a los que atiborraron con todo tipo de pregunta. Hablaron de

las próximas giras por el mundo, de sus nuevas canciones, y que en breve grabarían una en especial dedicada a ellos mismos, y que aún estaba en proyecto.

— ¿Y cuál es esa canción, chicos, si puede saberse?

No estoy muy seguro en recordar aquella respuesta, creo que nombraban un submarino, o un río, pero sí que se referían a un color en especial, el amarillo, algo parecido a *yellow submarine*, o una canción que sonaría parecido.

Lo único cierto, que el público enloqueció en aplausos cuando se dirigieron al estrado y sin música, cantando un trozo de aquella canción. Dicha canción tuvo un éxito incomparable, y que hoy se sigue escuchando, seis décadas después por el mítico grupo hace años desaparecido.

Y, ahora nos tocaba el turno. Se hizo un gran silencio, el plató quedó impactado por las siguientes palabras de la presentadora:

— Amigos míos, nuestro último reportaje de la noche. Les parecerá asombroso, y la mayoría de ustedes creerán que es fraude, pero, dentro de mi más honrosa credibilidad, puedo confirmar y asegurar que yo misma presencié estos hechos. Doy fe de ello. Luego hablaremos con los protagonistas, que como ven están entre nosotros — y nos señaló.

Las cámaras nos enfocaron en primeros planos, los potentes focos se estrellaron en mis ojos, haciéndolos parpadear, efecto adverso en Yoy, que, sin sobresaltarse, se incorporó con lentitud.

Se hizo el silencio. La película empezó a emitirse, estando perfectamente montada. El video comenzó en el momento que el animal iba corriendo hacia el agua, y me vi yendo hacia él, intentándole detener. Era evidente que la reportera alertada por mis gritos, pensó, y no se equivocaba, que allí podía encontrar una buena opción, a modo de noticia, para su programa. Transcurrieron 20 minutos de película. La mayoría del público presente, quedó mudo por completo.

La minoría comentaba la posibilidad de fraude, entre pequeñas carcajadas y sornas de no credibilidad. Era lo previsible, creo que no se tenía conocimiento de un caso similar de que un animal detectara objetos bajo el agua. Era prácticamente imposible. Es cierto que encontraban drogas, personas perdidas, casos similares, pero no en la inmensidad del mar a 300 metros de la costa.

Sé — comencé tartamudeando un poco, ya que no estaba acostumbrado para hablar en público, y menos en televisión — que les parecerá difícil de creer, pero tal como lo han visto, ha pasado. Mi perro tiene un gran poder olfativo, y podemos demostrarlo ahora entre todos ustedes.

Clare apuró a contestar.

— Adelante, señor Mcconaughey. Está toda California pendiente de ello.

— Ok, le ruego al público que no se asuste, ya que Yoy es totalmente dócil y obediente, y se desplazará entre todos para encontrar un objeto, que de inmediato le haré identificar. Unos asistentes le facilitaron una pelota parecida a la de tenis, acercándosela al hocico del perro,

para que pudiera tomarle el aroma que desplegaba la mencionada pelota. Seguidamente, Yoy abandonó el plato, acompañado de dos colaboradores. Lo encerraron en una habitación fuera del escenario, y allí se quedó tranquilo, siempre sacudiendo la cola de un lado al otro, esperando. Hecho que las cámaras de televisión lo seguían en todos sus movimientos sin perder detalle. Ya en plató, y de espaldas al público, agarré la pelota y la lancé con fuerza contra los presentes. Alguien la atrapó en pleno vuelo.

— Caballero — le dije al hombre —, le ruego que la esconda entre sus ropas, lo mejor que le sea posible. Muchas gracias.

Así lo hizo el señor muy amablemente, obedeciendo mi solicitud. Creo que la camufló en uno de los bolsillos del saco que vestía. Eso creí ver.

— Ya pueden acercar a mi amigo al plató — les pedí a los colaboradores que aguardaban cualquier orden. Así lo hicieron, Yoy estaba junto a mí, de inmediato le di una orden —. Yoy, vete por la pelota.

El animal salió disparado hacia el público, y antes de saltar a la tribuna, escudriñó muy atento el entorno. Saltó entre la gente, y ya en plena tribuna, fue esquivando espectadores aquí y allá, hasta que, al fin, se detuvo ante alguien.

— Por favor — me dirigí hacia la persona, no se mueva, y el hombre ensimismado obedeció lo que le solicitaba. Y dejó que Yoy actuara. Su hocico buscó el pecho del hombre, y hurgando dentro del bolsillo interior del saco, retiró con sus perfectos colmillos blancos la pelota, que al azar yo había lanzado minutos antes.

Con el objetivo cumplido, el animal se acercó a mí, entregándomela suavemente. Al mismo tiempo, fuertes aplausos se dejaron oír, retumbando en todo el estudio. Acto seguido, el perro, ante una señal casi imperceptible que le indiqué, se acercó a la platea, hubo de incorporarse con sus dos patas traseras, para luego agradecer, podíamos decir, los aplausos recibidos. Hubo de ser la directora Clare Jordan la que interrumpió los interminables vítores, que luego de 3 minutos seguían resonando sin parar.

— Damas y caballeros, ustedes lo han visto. Lo reitero, todo lo que ha pasado hoy, aquí, esta noche, tiene la misma credibilidad que la de sumando uno más uno, equivale a dos —. Nos hemos quedado sin tiempo, debemos despedirnos, no sin antes agradecer a nuestros invitados de esta noche, y esperando contar con vuestra presencia, los espero la próxima semana. Un saludo y hasta entonces.

Antes de despedirnos, los cuatro músicos se volvían locos en caricias a Yoy, hecho que agradecía con saludos constantes y movimientos abruptos, dando muestras de agradecimiento, y hasta Carl Sagan hubo de hacer un comentario que nos provocó signos de hilaridad.

— La verdad, señores, parece un animal llegado del Cosmos.

CAPÍTULO 5

El anciano volvió a sentir necesidad de beber otro sorbo de agua, ya de camino a la cocina, de súbito sonó el timbre agudo del teléfono. -Bien, veamos quien es ahora.

Dígame- Hola, soy yo -contestaron del otro lado del auricular.

Ah, eres tú, Hilary, a que se debe el motivo de tu llamada.

-

Como ya sabes, ayer hable con tu esposo, y acepte su invitación para presenciar el partido importante que tiene.

Si, si, abuelo, ya lo sé, pero te llamaba porque hace unos minutos tuve una charla con Elisabeth, - aunque era su abuelo político, así lo llamaban todos, Will, era muy querido por sus nietos y esposas -y creo que esta un tanto preocupada por ti.

Pero, preocupada, por qué motivo -contestó el anciano un tanto inquieto.

Veras, tu asistente, la señora Grey, inquieta por estos días de descanso que le otorgaste, se comunico con tu hija Elisabeth, y muy nerviosa, por cierto.

No es para preocuparse, estoy perfectamente, solo decidí estar en completo silencio, ya que estoy escribiendo una historia, que a decir verdad, tendría que haberla escrito hace varios años.

Bien, abuelo, siendo así, ya estoy más tranquila. Ajá, y para tu mayor tranquilidad, he de llamarla ahora mismo para que se entere de los motivos.

Gracias, un beso enorme y hasta pronto - lo mismo digo y dos besos enormes para ti.

Hola, hija, ¿cómo estás? - Papá, ¿estás bien? - La primera pregunta fue lanzada de sopetón sin responder al saludo. Claro, hija, solo necesito estos 4 días para poder escribir la historia que vivimos todos, junto al inolvidable Yoy, y necesito plena tranquilidad para hilvanar tantos recuerdos.

Pues, me alegro que te hayas decidido a ello, entonces no te interrumpo más, y continua, te quiero, papá. Nos vemos pronto. Así será, si DIOS quiere.

Fin de la conversación.

Y ya instalado en el escritorio, retomo el relato.

El tiempo fue transcurriendo, eran increíbles los adelantos del animal, inteligencia, equilibrio, destreza, en fin, que solo le faltaba hablar.

El video filmado en aquella playa, fue difundido a lo largo y ancho de todo el país, y tanto impacto causó, que alcanzo cruzando fronteras e incluso el continente.

Pero no adelantemos acontecimientos, volvamos semanas después de la entrevista en TV. Se anunció en todo San Diego, la visita de un prestigioso circo romano, sin lugar a dudas, uno de los mejores del mundo.

Estaba claro que los niños asistentes lo pasarían muy bien con el espectáculo que brindarían.

Días después, ya instalados los diferentes escenarios, consistentes en una gigantesca carpa, con capacidad para 3000 personas aproximadamente, comenzaron los espectáculos.

Según la prensa, eran inigualables, acróbatas con temerarios ejercicios en las alturas, payasos que provocaban auténticas locuras en los niños, y en los mayores con los elefantes, tigres, leones osos, chimpancés, aunque, a pesar de todos estos animales amaestrados, se encontrarían con alguien más...

Por aquel entonces, Alice había culminado brillantemente su carrera universitaria, y pronto trabajaría en ello.

Todos recibimos la gran noticia con mucha alegría, y teniendo los dos buenos trabajos, y permanentes, la boda no se haría esperar.

Will - me llamó mi madre - un señor desea hablar contigo. Extrañado me dirigí hacia la puerta de entrada de casa, para recibir aquella extraña visita.

Tenía ante mí, a un señor muy elegante, con un habla inglesa irregular - evidente extranjero pensé - que se presentó con amable cortesía, dándose a conocer como el representante del circo romano, que tanto éxito estaba consiguiendo en la comarca.

Mucho gusto, caballero, ¿en qué puedo ayudarle?

Verá, ¿me permite pasar? - preguntó afablemente. Así lo hice, Yoy se ubicó a mi lado, siempre vigilante.

Oh, - exclamo el visitante- aquí tenemos a la estrella. Perdón- interrumpí- se refiere a mi perro. Así es, mi señor- sabemos que es un sabueso increíble y con mucha inteligencia.

Yoy, movía el hocico de un lado a otro, y su cola apenas se agitaba daba la sensación de incertidumbre.

La verdad, exacto, es muy inteligente, y muy bueno, a pesar de que, por momentos da la impresión de peligroso.

Bien- vamos al grano- me espetó- nuestro circo se marchará en breve de San Diego, y realizaremos las tres últimas funciones este fin de semana. Una de estas funciones estará dedicada a los niños, incluso, a los que padecen algún tipo de enfermedades, y deseábamos que su perro participara en esa, muy especial, que les provocara grandes alegrías. La función será benéfica, pero, a pesar de ello, le pagaríamos el dinero que nos solicitara, de aceptar, claro está.

Mi madre y yo nos miramos- también me acerqué a Yoy, y contestamos los dos, casi al mismo tiempo - Por supuesto que estaremos, y Yoy, creo que está de acuerdo, - verdad, amigo. Ladridos de alegría se dejaron oír, y, ahora sí, su cola se movía con mucho, con movimientos uniformes.

Si me permite, - con una pequeña condición. Claro, lo escucho.

Usted ya lo dijo, es una función benéfica, por lo tanto, no cobraremos un solo dólar.

Muchas gracias, así será, un pequeño detalle, la televisión transmitirá en directo el espectáculo, que hoy mismo me dispongo a promocionar.

OK, todos de acuerdo, dígame la fecha de la función y allí estaremos. Será el próximo sábado a las 19 horas, ¿le parece bien? perfecto, allí estaremos, tenemos tres días para ensayar el espectáculo que esperemos provoque la alegría de esos niños.

Y, así como llegó de forma tan educada, el hombre abandonó nuestra casa.

-Bien, Yoy, ensayemos qué haremos en esa gala.

En aquel instante llegaba Alice, un tanto extrañada del hombre tan bien vestido que se alejaba del recinto, a través del jardín.

Ni que decir de lo contenta que se puso, al conocer la noticia, - que ironía, ahora Yoy, estrella de circo. Y nos dirigimos a otra estancia de la casa, donde habría que hablar de otros temas muy serios e importantes que nos ocuparía en las siguientes.

- Manos a la obra, Yoy, tenemos que preparar el espectáculo para esos niños, que deben sonreír a pesar de sus entristecidas vidas.

Yo mismo no paraba de admirar las peripecias de la que era capaz, y uniendo su instintivo poder de captación, también resaltaba una gran capacidad de equilibrio, que se ponía de manifiesto, por ejemplo, al tensar una cuerda de un árbol con otro, - ya que había varios en el amplio jardín de casa- caminando sobre ella, como si lo hiciese

en tierra firme. Era maravilloso verlo, - pero si aún después de 60 años me parece que lo estoy viviendo, - algunos vecinos se acercaban al portón de casa, aplaudiendo a rabiar por lo que veían, un espectáculo digno de admirar, por un animal de una belleza inusitada en todos los aspectos.

También destacaba el cariño que nos demostraba, en especial hacia mi persona, convencido, - creo- de que yo fuese su principal protegido.

Seguro estaba de ello, el animal así lo sentía, lo demostraba el cariño y el respeto que nos brindaba a cada instante.

El circo estaba a rebosar, hasta en los pasillos se ubicaba gente, y de todas las edades, y una tribuna especial, instalada en un costado del escenario donde existía la platea central, donde se sentaban cómodamente, unos 100 niños con enfermedades graves, muchos de ellos con ausencia de cabello, afectados por esa cruel enfermedad, el cáncer, que aún hoy, con todos los adelantos, los médicos no son capaces de curar cuando su estado es avanzado. Aunque la quimioterapia fue descubierta a mediados de los años 40 del siglo pasado, en los 60 aún estaba evolucionando, y la gran mayoría de los enfermos, fallecía. Y, repito, hoy, transcurrido un cuarto del siglo XXI, sigue pasando.

Las cámaras de TV seguían punto por punto el inmenso espectáculo circense, provocando risas y alegrías en las caras de aquellos desgraciados, que por momentos les hacía olvidar de la cruel realidad de la que no daban crédito, y que pronto, a muchos de ellos les llegaría en forma de fatal desenlace.

En pocos minutos sería nuestro turno, para brindarles el número que, con tanto cariño, habíamos preparado.

Señoras, señores, niños, aquí presentes, estimados televidentes, ha llegado nuestro número final. Se hizo el silencio. Las cámaras de televisión hubieron de acercarse aún más a la platea, era obvio que la promoción realizada se centraba en nosotros. Mire a Yoy, en una mirada rápida, se veía tranquilo, sacudiendo su rabo como siempre lo hacía en momentos de alegría, , todo lo contrario en mi, que no lo voy a negar, ni hacerme el valiente, me temblaban las piernas, y el corazón parecía escapar del pecho, como huyendo del momento. Me dirigí al centro del escenario, acompañado de mi fiel amigo, saludé al público en general, y me acerqué un tanto a la platea donde se encontraban los 100 niños especiales, - amigutos, les presento a Yoy, desde ya, un amigo más, que les brindará algunas gracias, les pido que no se asusten, y que disfruten de su agradable compañía.

A continuación, se desplegó una cuerda tensada sobre 10 metros de altura, sobre el escenario, entre dos soportes firmemente clavados. Al costado una fina escalera que nos permitiría llegar al objetivo.

El ejercicio consistía en caminar por ella como lo hacen millares de equilibristas, pero de lo que estoy seguro que nunca habían visto a un simple perro caminar por ella empleando sus cuatro patas, y allí se lanzó, y yo, que también disfrutaba de gran equilibrio, fui detrás de él. El peligro consistía, en que debajo del trampolín improvisado, no existía ninguna red que frenara una más que posible caída al vacío.

Pero estábamos seguros de que ello no pasaría, lo habíamos practicado cientos de veces en el jardín de casa. La destreza del animal causaba entusiasmo, no solo en los presentes, sino además en todos aquellos que estuvieran siguiendo las imágenes por televisión. Luego de escasos minutos, de jugueteos arriesgados sobre la cuerda, si, se dejó oír un potente OH, OH, OH, cuando Yoy, posándose sobre sus dos patas traseras, se incorporó, pareciendo saludar al público con sus delanteras.

Era increíble presenciar aquella escena, estoy convencido que no existirían muchas similares. Descendimos lentamente, yo en primer lugar, como posible contención en caso de una trágica caída, por aquella escalerilla para un animal de cuatro patas podía traerle alguna dificultad. Hecho, que, por suerte, no se produjo.

La ovación fue impresionante, gritos de, - ¡hurra, viva!,- se dejaban oír a lo largo y ancho del recinto. Debo confesar que me sentí muy emocionado por la situación, y con dificultad pude pronunciar unas pocas palabras que costaban salir de mi garganta con demasiados titubeos.

Damas, caballeros y niños, amigos televidentes, sus aplausos nos reconfortan de manera especial, y Yoy así lo demostraba con sus clásicos movimientos de cola que nos tenía acostumbrados en momentos de júbilo.

Me gustaría que cada uno de vosotros, - me dirigí a la platea donde estaban los 100 niños enfermos, - descendieran, de a uno, y en fila, al centro del escenario, mi compañero tiene que comunicarles algo muy especial.

Así lo hicieron, y de forma bien ordenada, y calmada.

Yoy, fue rápidamente hacia un inmenso bulto, que los colaboradores del circo habían colocado en un costado del escenario.

Allí aparecieron cantidad de bolsas blancas, que el animal mordía suavemente, de a una, y las entregaba a los niños que muy ansiosos esperaban en fila india, y emocionados.

Obvio decir que dichas bolsas contenían pequeños obsequios, con la intención de hacer un poco más felices a aquellas criaturas desafortunadas.

Yoy entregó el primer regalo al cabeza de la fila, y de inmediato se sentó, estirando la pata derecha, - aquella que marcaba su nombre, - en señal de saludo.

El niño quedó un tanto paralizado. Allí intervine tranquilizándolo, - no te preocupes, - solo quiere saludarte. El pequeño titubeó un segundo más, pero acabó tomando la pata de mi amigo.

Los aplausos no paraban de producirse, además el gesto noble de la organización, bien lo merecía.

Mi madre, Alice, y algunos familiares de mi futura esposa, orgullosos de lo que habían presenciado, golpeaban sus palmas sin descanso, y creo que aquel sábado noche, lo recordaríamos durante mucho tiempo, yo, en especial, porque tal como lo habéis leído, - amigos lectores, - así había sucedido, y, efectivamente, hoy, después de 60 largos años, lo sigo viviendo emocionado.

Poco apoco, el circo fue desalojándose, dirigiéndonos a casa, donde nos esperaba una, -suculenta cena, - asistiendo los familiares de Alice que habían acudido al espectáculo circense.

Ah, me olvidaba de contaros, - además de esa succulenta cena, recibirían una, - más que importante noticia.

Mi novia y yo, contábamos con trabajos seguros, y muy bien remunerados, además, por lo tanto, ya no era necesario retrasar más esa agradable noticia, - que todos imaginareis, - Nuestra boda...

En plenitud de aquella agradable velada, con una gran cena, - que me parece que aún la esté degustando, - es más, recuerdo con claridad en qué consistía, - primero almejas en salsa, corvina al horno con papas, y un inmenso pavo, que, aunque no fuera la noche de acción de gracias, la ocasión bien lo merecía.

De pronto, me incorporé poniéndome de pie, alzando mi copa, repleta de un cava especial, pronunciando unas breves pero emotivas palabras, - Señoras y señores, vamos a brindar, por esta noticia, que aquella señorita, - y señalicé a Alice, - les comunicará a continuación.

Y me allegué a ella con los anillos en la mano. Yoy, a un lado de la mesa, maravillosamente adornada para la ocasión, parecía participar del momento de felicidad que estábamos viviendo, y así lo demostraba, con sus característicos movimientos producidos en ocasiones de extrema felicidad, y aquella ocasión, bien la merecía.

Ante los ojos de DIOS, los declaro... marido y mujer... Puede usted, besar a la novia.

Fue un día perfecto, de total felicidad, la fiesta nupcial se desarrolló en un prestigioso restaurante de la ciudad, sobrepasando en un centenar, los invitados a la ceremonia.

Todo eran sonrisas, abrazos, enhorabuenas, en fin, lo necesario para un, - broche de oro, - para tal acontecimiento.

La inmensa emoción de mi madre, se reflejaba en el rostro, y sus ojos no paraban de fabricar lágrimas de alegría a cada instante.

Yoy, cuidadosamente adornado en su cuello con un lazo expresamente fabricado para la ocasión, lucía resplandeciente, y atento a lo acontecido en la fiesta, disimulado y apartado unos metros del enclave ceremonial.

Solo se produjo un incidente aislado durante la fiesta, y, tal vez incentivado por alguna copa demás, que pude solucionar de inmediato. El motivo, una acalorada discusión entre dos familiares lejanos de Alice, que acabaría convirtiéndose en una gran pelea a, - puño abierto, - allí mismo, en el epicentro de la celebración. Un impacto a modo de puñetazo golpeó en el rostro de un hombre, que cayó al suelo, entre palabras muy subidas de tono. El agresor, un hombre osco, y demasiado musculado, no paraba de escupir insultos al caído, que poco podía hacer ante tanta envergadura.

Quienes son, mi amor, -pregunté a mi recién estrenada esposa,-

Esos dos llevan años discutiendo por un asunto familiar, algún día acabarán de mala manera, no me cabe la más mínima duda.

Son primos lejanos, con muy poco, más bien escaso, -sentido común, -

Bien, lo solucionaré inmediatamente. - contesté- entonces llamé a mi fiel amigo, -

¡Yoy, ¡acércate! el animal obedeció al instante, abandonando aquella posición de alerta, que ya había observado en la acción de los dos causantes alborotadores.

Llegué junto al agresor, - ni siquiera conocía su nombre, ¿qué hace?, - pregunté con gesto de muy ofuscado, - ¿Le parece buen momento para esta discusión tan violenta? - no ve que hay demasiadas miradas indiscretas alertadas por los gritos y golpes, impropios de dos caballeros muy bien vestidos, como se les ve.

Willfred, discúlpeme, - el si conocía mi nombre, - es qué por un momento, he perdido los nervios, - reaccionó mucho más calmado.

Muy, bien, - contesté acercándome a un palmo de su cara, - Mi estatura, en un metro ochenta y cinco, casi igualaba la suya.

Si usted ha perdido los nervios, tengo un buen amigo que puede ayudarle a encontrarlos. - y palmeé la cabezota de mi fiel amigo, que seguía muy atento el tono de la conversación.

Pasaron unos segundos, nuestras miradas permanecían fijas una con otra, - no obtuve respuesta, - a tal hecho decidí girarme, y abandonar el lugar, y allí quedó el hombre solo, qué por arte de magia, parecía haberse calmado, e incluso ayudó a incorporarse al agredido, que, aún un tanto tambaleante se dejó ayudar- Vamos Yoy, creo que este inconveniente ya está solucionado.

Salvando este pequeño incidente, la fiesta continuó su ritmo normal y hubo de prolongarse hasta altas horas de la noche.

Al día siguiente, viajaríamos a New York, para disfrutar de unos pocos días de descanso, - la vulgar luna de miel- y Yoy quedaría con mi madre.

Cuídala bien, amigo, y abracé su cabezota, dándole varias muestras de cariño, hecho que el animal agradeció, como hacía siempre.

Al retornar del viaje, viviríamos con mi madre, ya que no tenía familiares cercanos, todo lo contrario de Alice que si los tenía.

Nuestros planes consistían en adquirir una propiedad amplia, donde fuésemos felices, con dos niños que habíamos decidido tener, y que por supuesto, serían el fruto de nuestro amor, pero ello dependía de su majestad, el TODOPODEROSO.

Por suerte, así lo quiso, como ya saben, mis queridos lectores, aunque si es cierto, que no pudimos imaginar los acontecimientos que se producirían al poco de llegar de nuestras vacaciones.

* * *

Se acercaban navidades, el frío empezaba a hacerse sentir, - no nos preocupaba, - éramos felices, - y mi madre demostraba un cariño especial hacia mi esposa, que cuidaba como si fuera su propia hija.

Will, - despertó mi esposa del placido sueño que aparentaba disfrutar, - ¿ya te levantas? - preguntó, un tanto sorprendida.

Era claro que la desperté al saltar de la cama abruptamente. No te preocupes, querida, y continúa tu sueño. Es que son las cinco de la mañana, - Ya lo sé, pero es que retransmiten en directo el lanzamiento de la nave Apolo 8, quiero verlo, - tú sigue durmiendo.

¡Ah, era eso, ya me contarás!,- se dio media vuelta y quedó plácidamente dormida.

* * *

El 21 de diciembre de 1968, tres astronautas, Frank Borman, James Lowell, y William Ander, partieron desde el centro espacial Kennedy, en el estado de Florida, dentro de la cápsula Apolo 8, misión que tenía por objetivo, orbitar la luna, y luego volver a la Tierra.

Despegó a las 7,51 AM, hora del este, 3 horas menos en el estado de California.

Y, usando las tres etapas del Saturno V, que los llevaría hasta la órbita terrestre, y desde allí, seguir camino hacia la Luna, tardando tres días en llegar.

La misión fue todo un éxito, seguida, siete meses después por el Apolo XI, que, con idéntico éxito, logro el alunizaje por todos conocido, guardando en nuestras memorias, la clásica y famosa frase pronunciada por el astronauta Neil Armstrong, - pequeño paso para el hombre, gran paso para la humanidad.

Will, pegado al televisor, - aún en blanco y negro, - seguía los acontecimientos con mucha atención, cuidando de que la voz del locutor apenas se dejara oír, - claro, eran las 5 de la mañana-. Pero la tranquilidad no se prolongó demasiado, tronando en toda la casa, una llamada telefónica, muy estridente en la en la totalidad de la sala.

Yoy, casi dormido, permaneciendo a mi lado, hubo de sobresaltarse.

Ring, ring, ring, la insistencia era absoluta y pertinaz, despertaría a mi esposa, y también a mi madre, incluso en otra habitación bastante alejada de la nuestra.

No tuve otra opción que levantar el tubo, muy inesperado para aquellas horas.

Contesté un tanto ofuscado- Diga, - ¿quién es?

Hablo con el señor Willfred Mcconauguehy.

Así es, - ¿quién me llama?,- insistí un tanto inquieto por el tono de voz captado del otro lado del auricular.

Me llamo Jules Foster, y soy capitán de la Guardia Civil de Napa¹⁰, y necesitamos su inmediata presencia en

¹⁰ Valle de Napa: El valle de Napa, al norte de California, es una región de Estados Unidos, muy prestigiosa en todo tipo de vinos. Está, en su totalidad, dedicada al cultivo de viñedos muy pintorescos, que se extienden sobre colinas ondulantes, que hacen aún más bello, el valle.

En especial durante la temporada de vendimia cuando las uvas están maduras, y aptas para ello. El valle es atravesado por el río Napa, y sus afluentes son muy importantes en la irrigación de los viñedos. En dicho valle, existen muchas, y muy importantes bodegas, de una arquitectura encantadora, y además edificios de estilo rústico, con influencia europea, que a menudo ofrecen degustaciones de vinos y tous.

El valle está rodeado por montañas, como las Moya campos, al oeste y las montañas Vaca, al este. Ellas contribuyen, y también crean un clima único, y apto, para el cultivo de uvas de alta calidad. También es famoso por su cultura gastronómica, que hacen que muy a menudo, restaurantes de primera clase sean galardonados en vinos y alimentación.

Por lo tanto, disfrutando de ese tipo de clima, - podíamos llamarlo mediterráneo, - con veranos cálidos, e inviernos secos y suaves, hacen posible el cultivo de uvas como, Cabernet, Sauvignon, y Chardonnay Merlet, todas de primerísima calidad.

Por lo tanto, este prestigioso valle, posee un turismo demasiado abundante, hace posible la fabricación de los mejores vinos del mundo. Y todo este encanto de valle, a 120 millas de San Diego, de pronto se ve empañado por aquella simple llamada telefónica, producida a intempestivas horas de la madrugada.

el valle, por supuesto que acompañado de su perro, del cual tenemos conocimiento de sus potentes dotes como rastreador. Mi desconcierto momentáneo hizo que contestara lo primero que apareció en mi confundida mente, - Pero, capitán, es tan grave la situación para que soliciten nuestra ayuda.

Amigo mío, créame, respondió- aunque no lo crea, están en juego la vida de 10000 personas, incluso, una debacle total que se produciría en el propio valle.

Ahora, ya inquieto, pedí aclaración de esa aparente desesperada situación.

Por favor, explíquese, capitán.

Le cuento, profesor, - en apariencia, parecía que el supuesto alto cargo de la Guardia Civil, me conocía en demasía.

Hemos solicitado los servicios de la Policía Montada de Canadá, con sus mejores 10 unidades caninas, para resolver este grave incidente, sin resultado positivo.

Pero, cuénteme ya, - por lo que más quiera, - ¿cuál es el problema?

Como ya tendrá en su conocimiento, señor Mcconauguehy, nuestro valle es uno de los principales productores de vino del mundo, y hace una semana, desaparecieron del depósito, de la bodega más importante de la región, diez palets, con 100 cajas de vino cada uno, de la mejor cosecha obtenida en los últimos 50 años.

La bodega está desesperada, ya que alertando a la gente el no consumo de ese producto, provocarían, con total seguridad, el cierre automático de la empresa, y 200 familias se quedarán sin trabajo.

Un momento, capitán, estoy un tanto confundido, ¿cuál es realmente el problema?

Mire, solo le comento que la muerte repentina del mejor etnólogo de los EEUU, al realizar su cata, que suele hacerse siempre, antes de lanzar el producto a su distribución, nos hace pensar que toda la producción está contaminada, y que produce la muerte a todo aquel que la consuma.

Por favor, profesor, viaje hoy mismo, y el dueño de la bodega le informara de todo tipo de detalles.

OK, estoy de acuerdo, pero debo solicitar el debido permiso en mi centro de trabajo.

Por ello, no se preocupe, hemos hablado con los directores del centro JFK, y ya han autorizado su traslado inmediato a Napa.

Correcto, capitán, comienzo a prepararme para el viaje, comprendo que no hay alternativa, espero serles útiles, y podamos – llevar a buen puerto este caso-

Mil gracias por su comprensión profesor, una unidad de la Guardia Civil los recogerá en casa por la mañana.

Tenemos faena, Yoy, esta vez parece grave, - hable hipotéticamente con el animal, siempre a mi lado, y, de la forma que me miraba, parecía entender mis palabras.

Apareció Alice, un tanto somnolienta, preguntando, - ¿Qué sucede Will?,-

Le expliqué lo poco que conocía del caso, y que debía hacer una valija con ropa para varios días, ya que la situación parecía muy grave.

Unos ladrones habían robado 10000 botellas de un gran vino envenenado, y que estaban dispuestos a vender con etiquetas diferentes, a no ser que la prestigiosa bodega, pagará una cantidad millonaria, que no podían hacer frente.

El precio solicitado podría calcularse entre tres o cuatro veces más, de lo que valdría la propia bodega, a pesar de ser unas de las mejores del mundo de la época.

El viaje al valle de Napa, se hizo un tanto monótono, y lento, ya que las pocas palabras articuladas, se dirigían a mi compañero de viaje, cómodamente instalado en un lugar del vehículo que nos transportaba.

Tres horas fueron necesarias hasta que llegamos a las dependencias de la Guardia Civil, fuertemente custodiados.

Si, evidente que el asunto era de extrema gravedad, hecho que hube de corroborarlo, al tener una primera entrevista con el principal mandatario de la bodega en cuestión.

En un compartimento aislado de la comisaria, fue que se produjo esa primera charla. En aquella habitación nos encontrábamos el capitán, primer mandatario de la Guardia Civil, el empresario, mi perro y yo.

Luego de las presentaciones habituales, de inmediato solicite datos del problema en cuestión, rompiendo el silencio abruptamente.

Muy bien, caballeros, necesito datos del problema en cuestión. El empresario fue claro en su explicación, - Resulta que este año, la vendimia fue de una calidad excelente, y aprovechando las circunstancias, lanzaríamos al mercado una tirada exclusiva de un vino súper especial, con solo 10000 botellas.

Incluso, su elaboración fue minuciosamente controlada por nuestros mejores operarios y expertos en la materia.

Segundo a segundo, todo fue, sin posibilidad de fallo, todo supervisado y vigilado. Esta remesa tendría que ser la mejor del mundo, y en ese objetivo estábamos inmersos y convencidos de que así sería. Estuvo el vino recién elaborado en barricas de roble, y bajo grandes medidas de seguridad, durante varios meses. Dado este paso, estuvimos de acuerdo que ya estaba apto para su embotellamiento y distribución. Solo necesitábamos la aprobación mediante cata especial, de nuestro etnólogo que es... bueno, que fue el mejor del mundo en su labor.

En aquella pequeña reunión de cata especial, solo estábamos, mi colaborador especial, el etnólogo y yo. Solo bastaron diez segundos luego de la ingestión, cuando el hombre se desplomó fulminado contra el suelo y a pesar de que los servicios sanitarios se presentaron poco tiempo después, nada pudieron hacer por salvar su vida.

La escena nos parecía inaudita e irreal, no encontrábamos respuesta a lo que acababa de acontecer. En unos primeros momentos pensamos en un ataque fulminante de corazón, hecho este que fue descartado al día siguiente cuando se le fue practicada la autopsia. Su muerte fue producida por envenenamiento, por un potente y letal contaminante encontrado en la bebida, y que deducimos sin lugar a equivocarnos, que una mano asesina introdujo en las gigantescas cubas donde se almacenaba el vino, y que el dueño de esas manos asesinas, trabaja en esta empresa.

La declaración fue clara y determinante, solo atine a preguntar, - que veneno tan potente es capaz de contaminar 10000 litros de vino.

La respuesta no se hizo esperar, - Los análisis dieron potentes dosis de osmio ¹¹ fundido, mezclado con partículas de mercurio y que introdujeron a la perfección dentro de las gigantescas cubas.

Evidentemente un veneno mortal de necesidad, - sentenció, -.

¹¹ Osmio: uno de los metales más raros del mundo, y a la vez el más caro. Hoy en día, se usa para la configuración de joyas, y su precio actual oscila entre los 2000 a 2500 dólares el gramo. Este metal fue descubierto en el año 1803.

CAPÍTULO 6

Jules Foster, mi perro y yo, observábamos con mucha atención, a través de una mampara, a los 12 posibles culpables del terrible atentado.

Los inculpados, los responsables de la fabricación del sensacional vino, estaban allí, esperando ser identificados, porque estaba claro, uno, o más, eran los autores de la barbarie.

Lo curioso del caso, - como fuese posible que miembros tan experimentados de la policía montada de Canadá con sus diez unidades caninas más inteligentes, no hayan podido identificar al autor y resolver este caso.

Imposible de creer, pero allí estaban, y todos se declaraban inocentes. Yoy, observando a cada individuo, parecía desorientado y a la vez confundido ante una posible solución difícil de solventar.

Pues, si EL estaba en esta situación, imagínense yo, sin explicación plausible.

Lo cierto que uno de esos hombres se hizo con grandes cantidades de osmio, mezclándolo en el contenido de las cubas, y ninguno aparentaba señales de nerviosismo e inquietud.

El caso no sería fácil de resolver, y el tiempo corría en contra, la vida de muchas personas estaba en peligro.

Bien, capitán, ¿me va a decir usted que todos estos hombres tienen acceso al osmio, depositado en las cajas fuertes de la empresa? Así es, profesor, ese metal lo empleamos para bordear con pequeños incrustes en las

etiquetas de las botellas, para obtener más calidad de sensacionalismo en la presentación de las mismas.

Está claro que tendremos que interrogarlos uno a uno, y ver que caigan en contradicción durante la charla. Y una de las cosas más importantes de la cuestión, conocer la ubicación exacta de la mercancía robada.

Efectivamente, ese era nuestro principal objetivo, pero las unidades caninas de la policía canadiense, desorientadas no han podido dar con el paradero de dicha mercancía. Y ya sabemos que ese es el mayor peligro.

OK, capitán Foster, comencemos inmediatamente, - hay entre ellos alguien que se niegue a declarar, - No, todos están dispuestos a contestar nuestras preguntas, ninguno parece nervioso, y si, seguros de sí mismos.

Veremos, empiece ya a llamarlos uno a uno, mi amigo, permanecerá atento, al final lo descubrirá, esté usted seguro.

Eso espero, es la última basa que nos jugamos, confío en ustedes.

Dentro de la sala interrogatorio, paso el primer sospechoso, un hombre alto, como de 1,80 de estatura, complexión fuerte y pelo relativamente corto.

¡Siéntese!,- le ordenó el capitán, - allí no, ¡aquí!,- pronunció muy ofuscado.

Serénese, capitán, le sugerí mansamente, - ¿puedo preguntar ya?

Ante su asentimiento, empecé con preguntas de rigor, siempre ante la atenta mirada de mi fiel amigo.

Dígame, caballero-, ¿cuál es su nombre?,- Harris, Peter Harris, -Bien, señor Harris, cuénteme, como comienza la fabricación de esta bebida. Nos enfundamos un mono azul, y calzamos unas zapatillas estriadas para comprimir y machacar muy bien la uva.

Es un método moderno y muy sofisticado, empleado exclusivamente para nuestra bodega.

Cuántas personas se introducen en las cubas a la vez, -

Cuatro, señor.

Y allí, pisamos con fuerza la uva, para que libere la mayor cantidad de mosto, precisamente por ello, usamos zapatillas con estrías, objetivo, que la fruta quede completamente triturada.

Es posible que alguno de sus compañeros dentro de la cuba, transportaran cantidades de osmio, para, de esa manera derramarlo y adulterar el contenido.

¡Imposible!,- saltó exclamando el interrogado, - Antes de entrar, todos somos sometidos a una fina lluvia que purifica prácticamente toda posible contaminación con algún elemento extraño camuflado en el mono en cuestión.

Durante cuanto tiempo pisotean las uvas los integrantes del equipo de turno, -

Aproximadamente una hora, una vez machacada la fruta, abandonamos la cuba.

Lo mismo realizan los demás compañeros de las otras dos.

Luego, donde se dirigen, -

Vamos a los vestuarios donde existen taquillas con nuestros nombres, y allí colocamos los trajes, para su destrucción al día siguiente.

Creo saber que ese día fue un viernes, y la incineración no se produciría hasta el siguiente lunes. En efecto, - contestó el operario.

Hoy, a última hora se procederá a la destrucción de los últimos trajes, ya que la operación fue suspendida en su momento.

De improviso, di un gran salto en mi asiento dirigiendo directamente la mirada hacia el capitán, - Foster, comuníquese ya mismo con la bodega, para que suspendan la incineración de los trajes.

La clave del asunto puede encontrarse allí, - hágalo, ya, por favor-.

El capitán de la Guardia civil de Napa, asintió perplejo obedeciéndome, a pesar que realizó un pequeño comentario, - Le advierto que en su momento fueron debidamente analizados, todos, desde el primero, sin encontrar nada extraño.

Con seguridad, no repararon en un asunto que no deja de revolotear en mi mente, y en la que tal vez, puede llevarnos al culpable.

Pues, espero que así sea.

* * *

Hola, hablo con la bodega LA BAJA CALIFORNIA, Así es, - contestaron supuestamente del otro lado del aparato, - así lo supuse ya que no había podido escuchar la respuesta.

Orden de suspensión inmediata para la destrucción del último material empleado en la producción del vino, ¿está claro?,- sentencio el capitán, - ya mismo vamos para allá.

Que nadie entre en esos vestuarios, - las órdenes del hombre en un estado aparente de ofuscación eran tajantes, - no tardamos en llegar.

Y así lo hicimos el jefe de la policía montada de Canadá, el susodicho capitán, yo, y mi fiel amigo, que sería una pieza clave en la investigación.

En pocos minutos, y con la sirena activa en el coche patrulla, llegamos a nuestro destino.

Apenas hubo presentaciones, y en segundos nos encontrábamos todos dentro del vestuario.

Allí estaban, colgados de un improvisado perchero, todos los trajes utilizados por los operarios implicados en la presente delincuencia de la propia conspiración, y la manipulación del producto fabricado para su próxima venta, y posteriormente su salida al mercado.

En la parte superior de la vestimenta, figuraba el nombre del usuario que había vestido dicha ropa.

Solo quedaba inspeccionarla milímetro a milímetro, para intentar encontrar algún indicio que incriminara en aquella ropa, y con pruebas suficientes al posible delincuente en cuestión.

Hice un pequeño gesto a Yoy, y de inmediato se dirigió al primer equipo colgado en las perchas.

Entre 10 o 12 minutos era el tiempo que empleaba mi perro al escudriñar y olfatear cada equipo allí colgado. Durante más de una hora estuvo en esa labor de reconocimiento, sin aparente resultado. Yo personalmente pensé que no encontraría nada allí, pero... como me equivocaba...

De pronto se detuvo en uno de ellos, sus ladridos se dejaban escuchar con gran intensidad, y su mirada se fijó en un determinado punto del propio traje. ¡Ese!,- exclamé con remarcada emoción, - En ese, - caballeros, - puede estar la clave.

De inmediato se solicitó la presencia del técnico de la empresa, el que se dedicaba al mantenimiento y cuidado de los mismos, para examinar el elegido por Yoy. El mono de trabajo fue minuciosamente explorado por a que hombre, que 20 minutos después, dio su veredicto, - lo siento, caballeros, nada he encontrado que pueda incriminar al hombre que vistió este traje.

Pero, ¿está usted seguro?,- pregunté un tanto decepcionado. Es que mi perro encontró algo en esa ropa, y no tengo dudas que la clave está en ella.

El animal continuó ladrando, ahora con más intensidad, y su cabeza, se inclinó hasta aquel punto... Allí estaba la solución.

Entonces me dirigí con firmeza hasta muy cerca del capitán Foster, - Me permite usted que yo mismo inspeccione esta ropa, - y la pregunta llevaba un poco de temor ante una supuesta negativa, que por suerte no se produjo, - Por supuesto profesor Mcconaughey, obre usted a su antojo.

Aliviado me acerque a Yoy, y lo mire fijamente, - dime donde, amigo, -

El animal mordió con mucho cuidado una de las zapatillas y me la cedió acercando su inmenso hocico a mis manos.

La agarré con avidez, seguro que allí encontraríamos lo que buscábamos.

Los policías seguían atentos la escena, - incluso el técnico especializado, - que no podía entender como se le había pasado por alto aquel detalle. En el supuesto, - claro está, - que fuese la solución.

Y sí que lo era.

Tomé entre mis manos aquel zapato, introduje la mano, que apenas cabía dentro, - previa colocación de guantes de látex, - y , a primera inspección, no aprecie nada anormal.

Y entonces le di la vuelta a la zapatilla...y allí estaba la prueba definitiva, clave para la investigación.

Señores, -exclame con una gran satisfacción que me invadía en aquellos momentos decisivos.

Aquí está, - ya tenemos al culpable, - Capitán Foster, le dije con voz firme y contundente, - consígame una lupa, la más potente que encuentre, o cualquiera, la que tenga a mano. El capitán, un tanto desconcertado salió de la habitación en busca del objeto solicitado. Cinco minutos después aparecía con la lupa en cuestión.

Con la mano izquierda agarre la zapatilla, y dándole la vuelta coloque la lupa muy cerca de las estrías.

Allí pude ver pequeñísimos filamentos de algún metal, que, por supuesto no me cabían dudas que fuera osmio.

Observe, capitán, es así como contaminaban la bebida, - al prensar con las piernas el mosto, el ácido hacía desprender el osmio introducido en pequeños filamentos entre las estrías, hecho que provocaban paulatinamente el envenenamiento del zumo que desprendía de la uva, y por lo tanto el completo de la producción.

Y, al intercambiarse de cubas, el delincuente las contaminaba una a una.

Señor Mcconauguehy, ha dado con uno de los responsables, - dijo el policía canadiense, - Ahora miraremos el resto de los equipos para encontrar otros posibles culpables.

Al no encontrar más rastros de osmio, era evidente que existía un único culpable.

Solo quiero hacer una pequeña rectificación a sus palabras, el que ha encontrado al culpable no es otro que mi fiel amigo, - y lo acaricie efusivamente.

En efecto, profesor, - exclamaron al unísono los dos capitanes.

El capitán Foster tomo el teléfono marcando nerviosamente un número concreto.

Señorita Calahan, localíceme lo antes posible al señor Jules Smith.

Le dijo el empresario, tras haber recogido el tubo que le otorgó el capitán Foster. Muy bien, jefe, - le contesto la secretaria de la empresa.

Sabe usted que lamento, - pregunto el capitán a su compañero de la montada, - No, por supuesto, dígame, - Que esa sabandija, lleva el mismo nombre de pila que yo. Ambos inspectores esbozaron tímidas sonrisas circunstanciales.

Hecho que también fui contagiado por dichos comentarios, que me produjeron un deje de hilaridad.

Me ha mandado llamar, jefe, - pregunto un tanto inquieto Jules Smith, - ya en presencia del mandatario.

Así es, aquí a mi lado, como puede ver, están estas dos personas que tienen que hablar con usted. Caballeros,

ustedes dirán, - contesto no sin dirigir una leve mirada hacia Yoy, que no le perdía vista.

Entonces se escuchó la voz tajante del capitán, -

Como capitán de la Guardia civil de Napa, queda usted detenido presuntamente por el asesinato del etnólogo Francis Oconnor, y la contaminación de 12000 botellas de vino recientemente elaborado.

Todo lo que diga en este momento, podría usarse en su contra en un juicio, ante un tribunal constitucional. El hombre fue esposado de inmediato.

CAPÍTULO 7

Comience usted a hablar, -sentencio el oficial de la Guardia Civil, ya en dependencias del cuartel. Pero, antes es necesario recordarle, qué si niega los hechos, que en apariencia son evidentes, puede enfrentarse a la pena de muerte por el asesinato del etnólogo Francis Oconnor, mexicano con nacionalidad estadounidense, y la contaminación de 12000 botellas de vino que cómplices de su persona, están dispuestos a extorsionar, y distribuir a los distintos comercios, lo que podría ocasionar otras 12000 muertes.

La silla eléctrica le espera ansiosa, - acabo el oficial quizás un tanto para atemorizar al individuo y así confesase la verdad del caso.

Le escucho- concluyó diciendo-

Por suerte, los capitanes me permitieron escuchar la declaración del detenido en su totalidad desde otra sala contigua, y Yoy, siempre permaneciendo a mi lado.

El empleado Jules Smith, se vio acorralado y sin posibilidad de contrarrestar los cargos imputados. Así comenzó:

La operación fue ideada por dos hermanos que viven en México, cuya situación económica es muy precaria.

Y basándose en la confianza que poseo,- bueno, que poseía,- en esta empresa de gran prestigio mundial, trazaron el plan.

Arriesgado, sí, pero acabaría siendo ejecutado con total éxito. Mi misión, ya que tenía acceso directo con el osmio, era llevarlo en pequeñas cantidades a un joyero que se encargaría de fundirlo y moldeándolo en finas tirillas que serían incrustadas en las estrías de las zapatillas.

Antes de proseguir, me gustaría hacer un simple comentario, - el mencionado joyero no tenía la más mínima idea de los fines de este encargo. Ante sus preguntas, lo engañé diciéndole que el objetivo no era de mucha importancia.

Y quedo convencido, realizando mi encargo.

Una vez colocados con mucho cuidado en las estrías, el osmio se desprendería debido a los gases que desprenden las uvas y ramas, mezclándose con el mosto, haciendo que lo contaminase poco a poco.

Un plan perfectamente elaborado, - pensé, - ahora vendrá lo más importante, espero que lo confiese.

Finalizada la operación, y la elaboración del vino, las cajas irían rellenándose, y apilándose en palets de 100 cada uno.

Los diez palets fueron trasladados a una nave cercana a la bodega, y 30 días después se procedería a su distribución. Estaba la operación completada, solo elijamos un día, - teníamos 30 para ello,- para trasladarlos a un lugar secreto, y teniendo en cuenta que yo poseía las llaves de la empresa, sería un plan muy fácil de ejecutar.

Ya estábamos listos para la amenaza y extorsión a los jefes de la bodega.

Evidentemente no podrían negarse teniendo en cuenta el prestigio del que disfrutaban a nivel mundial, y si lo hacían dicho prestigio se perdería para siempre.

Y eso es todo capitán Foster.

Por supuesto que no es todo estimado caballero, - y no sé por qué le digo así, - respondió, - me tiene usted que contar donde tienen la mercancía adulterada. Y más le vale que me lo diga con exactitud, y la cantidad de hombres que la custodian.

Se imaginará que debemos actuar lo antes posible.

El acusado bajo la cabeza, hubo de revelar el lugar en el que se encontraban los palets, además, no tenía otra opción, y lo sabía.

Cuando se está contra las cuerdas, es evidente que tienes la partida perdida.

Muy bien, necesito consultar un mapa para indicarles el lugar exacto de la nave secreta.

La carta geográfica que solicitaba el delincuente, se encontraba puesta en la pared de la estancia donde Yoy y yo seguíamos con demasiada atención la declaración, que mostraba un plano total del valle de Napa muy bien cartografiado.

Hacia la estancia donde nos encontrábamos, se dirigían los tres hombres, - los dos policías y el delincuente, siempre con las manos esposadas.

Se oyó chirriar la puerta, Smith fue el primero en entrar, seguido de los dos capitanes.

Y estábamos los cinco dentro, en pocos segundos conoceríamos el lugar de la mercancía robada, y de inmediato iríamos en busca del resto de la banda, si es que la había.

Acompañados de varias unidades policiales.

Eso era lo que yo creía... pero....

Estando ya todos frente al gran mapa estampado en la pared, - ocuparía más de un metro cuadrado- se oyó la voz tajante del capitán Jules Foster, - Señálelo, pues ¿qué espera? ¿qué llueva? y le recuerdo que estamos en sequía, -

Necesito un rotulador para enmarcar la zona.

De inmediato se lo consigo, - fue la respuesta tajante del oficial.

Y abandonó la habitación dejando un tanto entreabierta la puerta.

Hubieron de transcurrir diez, tal vez quince segundos, cuando se oyó un chasquido seco, fulminante de necesidad.

La bala penetra directa entre las cejas del delincuente, que cayó desplomado en el acto.

Tan de sorpresa nos causó la situación, que por momentos no lográbamos reaccionar al ver al hombre caído en el suelo, en medio de un charco de sangre que

manchaba toda su cara, y con los ojos fijos y abiertos, señal de muerte inminente.

Apareció el capitán con la lapicera¹² entre las manos, perplejo por lo que estaba viendo.

El primero en reaccionar fue Yoy, que hubo de dirigirse velozmente hacia la puerta de salida, para intentar detener al autor del disparo.

Al unísono, yo también reaccione, dejando escapar una orden tajante, autoritaria y desesperante, Yoy, detente ya, - El animal se detuvo en seco, quedando petrificado ante mi solicitud.

No persigas al autor del disparo, - le ordené, -

Entonces intervino el canadiense, - Pero su perro podría darle alcance en pocos segundos, de esta manera lo perdemos.

Mi estimado capitán, no acaba de comprobar que el autor del disparo está armado.

Mi perro iría hacia una muerte segura antes de que pudiera derribarlo.

El policía callo, se quedó en silencio, lo que argumentaba el profesor, comprendió que eso fuese muy probable.

Ante mis palabras todos silenciaron, echo evidente que compartían lo expuesto. Entonces Yoy

¹² Lapicera: un simple bolígrafo, que así lo llaman en gran parte de Latinoamérica.

retrocediendo, volvió junto a mí. La calma total y ausencia de palabras corroboraban las mías.

Instantes después todos corrimos a las puertas de la comisaria, pero ya no vimos a nadie sospechoso.

El poco personal que trabajaba en aquellos momentos en el establecimiento, no observaron nada fuera de lo común, en los demás agentes allí de servicio.

Señores, siento decirles que estamos como al principio.

No se apesume, capitán, antes que levanten el cadáver, escrutemos la documentación que lleva, podría existir algún indicio que nos lleve al lugar que buscamos.

Nada descubrimos en los documentos encontrados en los bolsillos de su saco.

Solo el documento nacional de identidad y unos pocos dólares que no sumarían más de treinta.

Y ahora ¿por dónde seguimos? - era la pregunta a resolver, -

La incertidumbre era total, miraban una y otra vez el mapa, pero la extensión del grafico era demasiado extensa, aquello se asemejaba a la típica frase, - más difícil que buscar una aguja en un pajar, -

En aquellos momentos aparecía el forense, autorizando el levantamiento del cadáver.

De pronto reparé en la ausencia de mi perro, y exaltado exclamé, - donde está Yoy, - todos se miraron sin

encontrar respuesta válida, - solo un breve comentario que no recuerdo bien de donde provino, - Pues, hace momentos estaba junto a nosotros.

Ya me disponía a iniciar carrera hacia la puerta, cuando me detuve bruscamente, - Yoy se presentó en la puerta de la sala, traía algo enganchado entre los colmillos. Parecía una carta, que con absoluta seguridad se le habría caído al asesino de su compañero, en su fugaz y veloz carrera hacia la salida.

De inmediato se acercó a mi soltando el sobre, algo humedecido por su saliva. Y yo, a la vez, se lo entregue al capitán Foster, creyendo lo normal que fuese el quien lo leyera.

Por suerte aquella carta nos dio un poco de luz verde para intentar avanzar en el caso.

Se leía perfectamente las instrucciones a seguir por el delincuente. La carta tenía matasellos de ciudad de México, evidente que su procedencia era de los hermanos Smith, residentes allí. Pero algo no cuadraba, era más que imposible que hubiesen llevado ante traslado la mercancía adulterada, además no creía que llevara a cabo la ejecución de su propio hermano.

Pues, empecemos por el principio, - sentencio el capitán, - Orden de detención a los hermanos Smith, residentes en Ciudad de México. La Interpol se encargará de ello lo antes posible. Le contestaron ante la solicitud de emergencia.

Ahora, tendremos que esperar noticias hasta que se produzcan las detenciones, y, entonces podremos interrogarlos directamente.

Todos asentimos ante los comentarios del capitán ya que carecíamos de más datos concluyentes.

Mientras llegaran las noticias, nos alojaron en un cómodo hotel, donde le fue permitida la estancia a mi fiel compañero.

Solo nos quedaba esperar, ojalá fuese pronto, nuestro tiempo era escaso. Lo importante era que ya conocíamos los autores del delito, nos faltaba el contacto que con total seguridad vivía aquí, en el propio valle.

Amigo, el día fue duro, será mejor que descansemos, - que te parece, - El pequeño rugido de Yoy, pareció estar de acuerdo con mi opinión.

A punto de introducirme en la cama, un sonido estridente retumbo en toda la habitación, hecho que evito mis propósitos.

Ring, ring, ring...el teléfono sonaba claramente en mitad del silencio, -Es el señor Mcconauguehy.

Con el habla, lo escucho.

Tiene usted una conferencia procedente de la ciudad de San Diego, desea aceptarla.

Me sobresalté en el acto, algo podría haberle pasado a mi esposa o a mi madre.

Por supuesto, comuníqueme, por favor.

Y augurando un mal presagio, sin poder ayudarles estando a 120 millas de ellas. Por milésimas de segundo me sentí impotente calmándome al instante al escuchar la voz alborotada y entusiasta de Alice, -

Que habría pasado para que me llamara con tanta algarabía y a esas horas un tanto intempestivas, - sin duda una noticia demasiado importante, pero perplejo no podía adivinarla.

Que sucede, cariño, - pregunte demasiado apresurado, -

Antes que nada, quiero saber cómo estas tú, y como llevan las investigaciones del caso que te llevó a Napa, y lo más importante, ¿cómo estás tú, y también Yoy, y cuándo volverán?

tranquilízate Alice, las investigaciones van por buen camino, lo que hace que aun tarde unos cuantos días en volver. Desde ese punto de vista, todo bien, pero no deja de inquietarme tu llamada a estas horas, - dime mi amor ¿qué pasa?

Por de pronto, entonces no quiero ni puedo esperar a que regreses para decírtelo, - denotaba cierta emoción en sus palabras, hecho que me tranquilizaba un montón.

Pasa, querido, que...te recuerdas que unos días antes de tu partida hacia el valle, tu madre me acompañó al médico por una pequeña dolencia que aparentemente me incomodaba.

Pues, claro que me acuerdo, y por suerte no fue nada importante. Alice, - ahora si más nervioso, le pregunté ¿tienes algún problema?, ¿estás enferma?

Pregunta tras pregunta escapaban de mis labios subiendo el tono de impaciencia, -

Sí, - contestó, - pero enferma de alegría, y no tengo dudas que tú, en décimas de segundo también lo estarás.

¿Es lo que me estoy imaginando? - pregunté al mismo tiempo que una lágrima brotaba de mis ojos inmensamente emocionado.

Si, Will, estamos esperando él bebé que deseábamos.

Ahora, las lágrimas fluían a borbotones, y la emoción colmaba los límites quedando por momentos sin palabras y al borde del grito que clamaba por escapar de mi garganta.

Yo seguía el momento muy atento, y un tanto inquieto por mi estado de euforia, que a la vez le transmitía que algo bueno estaba pasando.

Creo que el tubo del teléfono había quedado bastante ensalivado de los besos que le transfería a través de él.

La alegría que se puede palpar y sentir, solo la pueden experimentar las personas implicadas en ello, y yo , afortunadamente, era una de ellas.

Por DIOS, Alice, cuídate, y que mi madre no te deje un solo instante sola, me comprendes.

Se que lo hará, despreocúpate de ello.

Estoy seguro, - exclame, -

¿Cuándo nacerá nuestro niño?

Son solo dos meses de embarazo, si no hay complicaciones, a finales del verano.

Habrás que ir pensando en nombres ¿no te parece?

Tenemos mucho tiempo, hasta que nazca no sabremos su sexo¹³.

Pero si podemos especular, si es tal o cual, en fin, barajar nombres, - recalqué, - Así es - respondió.

Nuestra despedida telefónica, fue muy agradable, y ya estaba deseando finiquitar el caso, para volver a casa y abrazar como corresponde a mi esposa. La felicidad embargaba todo mi ser, momentos como estos valen la pena vivirlos y estar en esta vida, muy a pesar de que infinidad de seres humanos piensan que VIVIR ES UNA MIERDA.

Esa noche me dormí imaginando a nuestro hijo, y lo feliz que sería jugueteando todo el tiempo con él.

Y, además como lo recibiría mi fiel amigo, aunque convencido que lo cuidaría tal como lo hace con nosotros.

¹³ Sexo del bebé: En los años sesenta del siglo pasado, no existía aún la tecnología para conocerse el sexo del bebe de la señora embarazada de turno. Había que esperar el momento del nacimiento, y esa impaciencia la tendrían que soportar los padres, en especial aquellos que preferían un sexo determinado.

A las ocho de la mañana volvió a sonar el teléfono, despertándome bruscamente, incluyendo a Yoy, que descansaba a mi lado.

Había que esperar el momento del nacimiento, y esa impaciencia la tendrían que soportar los padres, en especial aquellos que preferían un sexo determinado.

Señor Mcconauguehy, - contestó la voz del recepcionista al otro lado del tubo, - el capitán Foster desea hablar con usted. Póngalo de inmediato, - supliqué, -

Capitán, ¿qué ha pasado? -

Los dos hermanos Smith restantes están viniendo. Los Estados Unidos desde México, donde fueron localizados y detenidos.

En pocas horas los tendremos en Napa para interrogarles. Le avisaré cuando lleguen, una unidad policial los recogerá en el hotel donde se hospedan.

Aquí esperamos, capitán. Confiemos que arrojen luz en este caso, máxime si tenemos en cuenta que se encuentra uno de ellos asesinado en nuestras propias narices-

Ya estoy deseando acabar con este caso, principalmente ahora que he recibido la mejor noticia del mundo, - le contesté a Foster.

Me alegro por usted profesor, pero si no es mucha indiscreción preguntarle que le ha producido tal emoción.

Y se lo conté, dándome, por consiguiente la sincera enhorabuena, agregándome,- vamos a ser directos y tajantes con estos malhechores, le aseguro que cantarán toda la verdad, y no solo se lo aseguro, se lo garantizo, tan convencido estoy, como que me llamo Jules Foster.

CAPÍTULO 8

Los hermanos Smith entraron esposados en las dependencias de la Guardia Civil, acompañados de varios efectivos que le controlaban todos los movimientos.

Allí estábamos las mismas personas que la vez anterior, los dos capitanes, mi perro y yo.

Señores Smith, tendrán conocimiento de sus arrestos, y de su inmediata interrogación.

Hablo uno de ellos, haciéndose notar el clásico acento canturreo de los mexicanos.

Sí, somos conscientes de ello, - hemos robado la última cosecha de vino, con fines extorsionistas a los propietarios de la bodega.

OK, - asintió Foster, - pero se olvida de otro delito que es tan grave, o más aún, que el anterior.

La extrañeza del delincuente se notó en las contracciones de su rostro.

También se dibujaron en el otro hermano, que parecía muy sorprendido y extrañado.

Capitán, ¿qué insinúa?,- fue la simple pregunta de uno de ellos ante tal grave acusación.

Vamos a ver, amigos, yo, personalmente tengo poca paciencia, y no le permito a nadie que se me haga perder el tiempo. ¿Van ustedes a decirme que no conocen el asesinato hace dos días de su otro hermano, el que trabajaba en la empresa vitivinícola?

¿Jules está muerto?,- preguntaron a la vez los dos parientes mexicanos. ¿Quién lo hizo?, esto no estaba en nuestros planes, y menos aún, la muerte de nuestro hermano.

Si les soy sincero, - pensé,- personalmente me parecía que decían la verdad.

Eso es lo que queremos saber, - espeto el canadiense, -

Pobre hermano nuestro, lo han asesinado, estaba previsto que nadie muriera en esta operación, incluso teníamos previsto destruir la mercancía adulterada en el supuesto que hubiéramos fracasado en nuestros planes y la operación no haya tenido el éxito esperado.

Además de ser un hombre bueno, se dejaba manipular con extrema facilidad y no fue difícil convencerlo.

¿Y ustedes piensan que vamos a creernos esta patraña?, - contestó el de la policía Montada.

Y la respuesta no se hizo esperar, - pueden ustedes creerlo o no, pero, por nuestra querida mamacita, ya en el cielo, acabamos de enterarnos de esta cruel noticia. Jules no se merecía morir así.

Se hizo el silencio, la incertidumbre, una vez más, volvía a estar sobre la mesa.

Los capitanes se miraron, desviando su mirada perpleja, hacia mí.

¿Usted que opina, profesor?

Creo que dicen la verdad.

Entonces, ¿quién lo ha matado y por qué?

El por qué está claro, iba a revelarnos el lugar de la mercancía, - y creo que el autor del asesinato, está dentro de este cuartel.

Un, - topo, - estoy seguro. Y no será tarea fácil, existen demasiados trabajadores en estas dependencias.

Capitán Foster, - necesito hablar con usted, ¿podemos salir un momento?

Si, por supuesto. ¿Se puede quedar unos minutos vigilando a esta parejita tan bien avenida?

El canadiense asintió.

Ya fuera de la habitación le comenté al capitán si ya teníamos el informe del médico forense que le había practicado la autopsia.

Aun no, aunque no tardara en comunicárnoslo.

Bien esperemos entonces, la clave puede estar allí. Estoy convencido de ello.

La impaciencia del capitán era desbordante, y decidió trasladarse a la sala de autopsias para confirmar la información personalmente.

No fue necesario. El informe llegó poco después.

Capitán, póngase al teléfono, es una comunicación urgente.

Dígame, - contestó desde el teléfono de la sala.

Soy el médico forense, capitán, tengo el informe que estaba esperando.

Eureka, hable, por favor.

La bala extraída de la cabeza de Jules Smith, es de una parabelum calibre 38 corto. Espero que esta noticia le solucione un poco el asunto, arrojándole luz al problema.
-contestó el médico.

Ya lo creo, amigo mío, no puede imaginarse lo claro que vemos ahora el – entripado- Una última pregunta, - ¿está usted seguro del tipo de arma que usaron en el asesinato?

Completamente.

Nada más, muchas gracias. Se cortó la comunicación.

La algarabía del capitán era indescriptible, y no paraba de decir, ¡lo tenemos...lo tenemos!...

¿Qué le han dicho?,- pregunté curioso ante tal situación de alboroto.

Acompáñeme, profesor, y salió disparado hacia otra zona del cuartel.

Solicitó al compañero canadiense que lo acompañara, y además convocó a cuatro funcionarios que por allí se encontraban trabajando.

Vengan armados, y traigan esposas, vamos a detener al asesino de Jules Smith.

Yo también los seguía, mi curiosidad en aquellos momentos era indescriptible.

Vamos Yoy, le ordené, Yoy, Yoy, ¿dónde estás? - por momentos le había perdido de vista.

Por suerte lo encontré al poco tiempo, cada día me sorprendía más la astucia del animal.

Llegamos a la salida de la comisaria, los siete, como locos corriendo hacia allí.

Nos encontrábamos frente a la sección de la recepcionista, que se asustó al vernos llegar desesperados y fuertemente armados.

Capitán, - se sorprendió la mujer.

Señora Callaghan, - comenzó Foster, y a la vez sentenciando, - queda usted detenida por el asesinato de Jules Smith, y creo que ya conoce el protocolo, - todo lo que diga...y... bla, bla, bla, podrá usarse, bla, bla, bla...Y fue esposada de inmediato sin decir una sola palabra ante tal actitud.

Ya allí se encontraba Yoy, en la puerta de salida, como vigilando a la señora, sentado, sin desviar la mirada, fija en la delincuente.

Estoy convencido, es más, seguro de ello, que el animal ya sabía quién era la autora del crimen, ¿cómo y por qué?,- esa es la pregunta a resolver.

Uno de los agentes desplego una bolsa de plástico y dirigiéndose a la recepcionista, le ordenó, - coloque aquí su arma reglamentaria, señorita Callaghan.

La mujer, aún confundida por la situación, hubo de obedecer, aunque en el fondo de la cuestión, bien conocía el motivo.

Esposada y bien custodiada, la trasladaron hacia otra de las salas de interrogación.

Creo, - comenzó el capitán Foster, - que lo mejor para usted, será que comience a confesar el crimen del que se le acusa, y lo haga con todo tipo de detalles, y se lo digo, créame, - es por su bien.

Como usted ya lo sabe, si confiesa, la pena será mucho menor, de lo contrario, - y también lo sabe, - sería ...pena de muerte...asesinato a sangre fría, con consecuencias evidentes de muy graves, porque está implicada en el robo y extorsión del vino adulterado, con grave peligro de muerte de más de 10000 personas, de la cual ya han muerto dos.

Y, además, la prueba demostrable del tipo de arma que acabó con la vida de Jules Smith, solo la llevan personal policial femenino, y que yo sepa, en esta dependencia, la única mujer que trabaja aquí, es usted.

Ante tales explicaciones muy bien explicadas por el policía, hubo de derrumbarse, declarando con mucha claridad, todos los detalles de la operación delictiva, hecho que nos dio mucha luz para la resolución de los atentados y asesinatos producidos.

Y Yoy, lo había intuido, lo demostraba el simple hecho de su ubicación en la puerta de salida a pocos metros de la recepción donde trabajaba la asesina.

Y vuelvo a repetirme una y otra vez, ¿cómo lo supo?,- rastreo, intuición, vaya a saber que, - amigo lector, - el instinto animal sigue siendo un gran misterio para la ciencia.

La verdad, el plan estaba muy bien elaborado, con la complicidad de los hermanos Smith, y la colaboración de tres esbirros que custodiaban la mercancía en la nave donde la almacenaban.

Ahora, solo faltaba conocer el lugar de almacenamiento, detener a los delincuentes, destruir la mercancía, ... caso cerrado.

Y una vez más, Yoy nos advertiría de un grave peligro que nadie de los encargados de la operación había advertido.

Si que está lejos el lugar,- dije,- De cualquier manera hay que ponerse en camino inmediatamente.

Tenemos que constatar con el estado vecino, para solicitar ayuda en el supuesto que se produzcan situaciones peligrosas, como tiroteos, o cualquier otro incidente de extrema violencia.

Totalmente de acuerdo, - asintieron los capitanes, que también serían acompañados de la brigada canina de la policía Montada de Canadá, compuesta de diez unidades, perros totalmente adiestrados para casos similares.

Yoy, que ya había tenido algún tipo de contacto cos estos animales, daba la sensación que le obedecían como si fuese el líder de la manada, y que se comunicaban, como si planeasen algún modo de actuación.

Yo, por cierto, estaba convencido de ello.

BREVE COMENTARIO

En Reno, Nevada, a 200 millas al este de Sacramento, se encuentra una zona llamada AREA 51, que es una base militar de la Fuerza Aérea de los Estados Unidos, situada en el desierto de Nevada, cerca del lago Groom.

Esta zona está catalogada por ser famosa en teorías de conspiración, y se cree, - nadie lo sabe con certeza, - que realizan investigaciones de todo tipo, y pruebas clasificadas TOP SECRET, aunque el gobierno estadounidense no confirma, ni tampoco niega, lo que da lugar a que esto sea posible.

De momento, incluso hoy día, nadie lo sabe, a pesar de estar convencidos de ello. Esta base la llaman AREA 51, y también se extiende a 320 millas al sureste, en el estado de Nevada.

Y, hacia allí nos dirigíamos. No muy cerca de la base, pero si lo suficiente para casi adentrarnos en el desierto.

Precisamente en ese lugar, en medio de la nada se encontraba nuestro destino.

Objetivo, ya conocido, - detener a los delincuentes, y destruir el, - preciado vino, -

La policía y la Guardia Civil de Nevada, fue informada de nuestros planes, e incluso solicitamos ayuda a la base del AREA 51 para la destrucción del material adulterado, aunque esta demanda fue rotundamente denegada.

Estaba claro que no debía mezclarse en asuntos cotidianos de delincuencia.

Luego de un largo trayecto hasta Nevada, primero en avión, que el ejército del aire nos facilitó, y luego en carros blindados donde viajaban las unidades caninas, llegamos a destino luego de dos días.

Es verdad que habían elegido un sitio difícil de encontrar en aquel paraje perdido en medio del desierto, pero mi pregunta era, - ¿con qué propósito habían construido una nave en aquella zona, y a pocas millas de la valla que prohibía la entrada a cualquier vehículo no autorizado a la prestigiosa base?

No encontré respuesta clara, aunque los fines quedaban al descubierto, para fechorías, crímenes y robos.

Ya se habían desplegado todas las fuerzas militares rodeando la estancia.

La nave tendría unos 500 metros cuadrados, y, curiosamente no estaba cerrada por ninguno de los lados,

si existía un ancho pasadizo de unos tres metros que llegaba hasta la gigantesca puerta de la edificación.

Todo alrededor era arena fina y blanca, - como la de las playas, - con algunos matices verdosos.

El recinto fue rodeado, pero nadie daba un paso al frente para asaltar y detener a los delincuentes que con seguridad se encontraban dentro.

Esperaban ordenes, todos estábamos a la expectativa, y los animales al borde del camino, atentos y vigilantes.

Yoy, se encontraba un tanto adelantado, y su hocico daba muestras de inquietud.

Había algo sospechoso en todo ello. Y esa era mi persuasión, mi inquietud ante tal actitud.

Segundos después, el capitán Foster, extrajo de unos de los coches, un megáfono, con el simple fin de alertar a los ocupantes de la nave, que se entregaran sin violencia, y que, de ser así, nadie resultaría herido.

No tenían idea de la cantidad de personas que se encontrasen en el recinto, pero creían que no sería un gran número.

¡Atención!,- comenzó, - salgan todos con las manos en alto, no abriremos fuego, se los garantizo.

Esperó unos segundos, nada, todo en el más absoluto silencio, hasta sospechamos que la nave estaba sin ocupantes.

Repitió el llamado, todo igual, sin respuesta.

Luego de cinco minutos, avanzamos hacia el portalón.

Avisad a los demás, a mi orden actúen de la misma manera, y háganlo por la arena, producir el menor ruido posible.

No obstante, otorgó otra oportunidad repitiendo las mismas palabras, - el mismo resultado, -

Bien, avancemos.

De inmediato, Yoy empezó a emitir potentes ladridos, encarándose delante del capitán, bloqueándole el paso, ya que empezaba su avance dispuesto a transmitir la orden de ocupación.

¿Qué pasa Yoy?, - lo acaricié acercándome a él, -

Los ladridos continuaron, ahora con más intensidad.

Algo pasa, capitán, - no hagamos nada de momento, por favor, - le supliqué, -

A mi perro le inquieta algo, y debemos averiguarlo. Además, todo este silencio es sospechoso.

Démosle unos minutos, estoy convencido que lo descubrirá.

¿Verdad, Yoy?, - le pregunté irónicamente, -el animal respondió con ladridos más tenues.

Y avanzó con mucha cautela hacia el camino asfaltado en medio de la fina arena.

El calor en aquellos momentos era bochornoso, unos 80 grados faringey, 40 grados centígrados aproximadamente.

El sudor invadió mi cara, goteando a borbotones, sabía que Yoy estaba en peligro y eso me inquietaba de muy mala manera, su vida pendía de un hilo, - esos pensamientos me corroían la mente.

El animal siguió avanzando cautelosamente, ya había invadido un metro el suelo asfaltado.

Acercó el hocico a la arena sin pisarla, pero con mucho sigilo y precaución.

Los agentes seguían muy atentos la actitud del animal, ya que era evidente que, en el rastreo, una pista había detectado.

De súbito, reculó, y volviéndose hacia mí, empezó a emitir gruñidos que solo yo podía identificar.

Un peligro inminente se escondía en la zona, y Yoy lo había detectado.

Eso es lo que entendí, y no me había equivocado.

Capitán, - permítame acercarme a la zona donde se encuentra mi perro,- por favor.

Foster asintió.

CAPÍTULO 9

Lentamente entre en el camino asfaltado, siempre detrás de mi amigo, que también avanzaba con inmensa cautela.

El silencio, por aquellos momentos parecía sepulcral, incluso no se apercibía ningún movimiento dentro de la nave.

De pronto, Yoy se detuvo a escasos centímetros del bordillo que separaba el camino de la arena. Dirigió su cabezota hacia un punto determinado de la blanca arena, e instantes después se revolvió hacia mí, mirándome fijamente.

Algo había allí, que entrañaba peligro, - pero que, - y entonces decidí averiguarlo.

Me acerqué muy despacio sin pisar la arena, y estirando la mano derecha comencé a hurgar en ella, como, tal cual lo hacen las gallinas buscando comida entre la hierba y la tierra.

Los resultaron aparecieron al momento.

Habiendo formado un hoyo de cinco centímetros aproximadamente, apareció algo que parecía una piedra negra, y demasiado chata en su superficie.

Al momento retiré la mano con suavidad, y un tanto nervioso me incorporé, intentando calmar al animal haciendo que me imitara.

Mi amigo aparentaba demasiada tranquilidad y hubo de recular con extrema calma.

Ambos ya nos encontrábamos junto al capitán, que no dejó de sorprenderse al vernos actuar de esa manera.

Profesor, dígame ¿qué sucede?, - ¿ha descubierto algún indicio?,-

¿o algo importante que nos aclare la situación?

La respuesta fue contundente, - Creo que sí, pero antes hemos de cerciorarnos muy bien. Usted dirá, - fue su respuesta un tanto desconcertante.

Consigamos unas cuantas piedras lo suficientemente grandes, buscándolas por el entorno. A la vez solicité ayuda a varios agentes para la encomienda.

Apilémoslas juntas. A pesar del desconcierto total de la brigada, obedecieron mis órdenes.

Luego de diez minutos logramos reunir gran cantidad de ellas, y bien grandes, tal como lo había solicitado.

Agarre tres, o tal vez cuatro, no recuerdo bien, y acercándome al camino asfaltado, las lance al aire con mucha fuerza hacia cualquier lugar de la arena colindante con el propio camino. Cayeron secas, sin rebotar, a plomo, pero nada más, no había sucedido lo que yo sospechaba.

Es extraño, me dije, me habré equivocado.

Y decidí repetir una vez más la operación.

En un primer momento pensé en estrellar una contra aquella piedra chata que había encontrado en un primer momento, pues lo descarte enseguida, ya que al final se producía lo que sospechaba, casi con seguridad sería hombre muerto, o por lo menos quedaría mal herido.

Una vez más me asome al principio del camino solicitando la compañía de dos hombres para que hicieran lo que yo, efectuar nuevos lanzamientos a la deriva.

De nuevo una docena de piedras fueron lanzadas al aire lo más alejadas posible de nuestra posición.

Esta vez sí, mis sospechas fueron confirmadas, la onda expansiva de las cuatro explosiones que se produjeron al contacto de las piedras contra la arena provocó que cayésemos al suelo, no causando, - por suerte, - heridas en ninguno del entorno.

Los gestos de asombro del capitán y demás agentes presentes, se notaron al reflejarse en sus rostros compungidos por lo que acababan de presenciar.

Así es, capitán, con seguridad, todo en derredor de la nave estará minado con bombas muy sensibles, que explodian al ínfimo contacto de presión.

Creo no equivocarme, pero son minas que empleaban en la segunda guerra mundial, para proteger determinados puntos de combate.

Al producirse los estampidos, los restantes agentes ubicados en el reverso de la nave acudieron alarmados para enterarse de lo acontecido.

Es demasiado arriesgado acercarse, - comentó el capitán- puede que incluso haya alguna otra bomba colocada en el camino.

Daremos un último aviso a la posible gentuza que se encuentre dentro del establecimiento, para que se entreguen de una maldita vez, de lo contrario entraremos con violencia. Sentencio Foster con evidentes síntomas de rabia e impotencia.

Señor Mcconaugueyh, una vez más, gracias por su labor.

Mi estimado capitán, gracias a él, - señale a Yoy, - él fue quien descubrió el campo minado.

Pues, tiene razón, - gracias amigo, - y le tendió una tierna caricia por la cabeza, acto que Yoy agradeció con un tenue ladrido.

El megáfono se activó segundos después, - Salgan con las manos en alto, están rodeados-no hay escapatoria, - fueron las firmes palabras del locutor – no voy a repetírselos- y ya fuera de sí, agregó, - En pocos minutos bombardearemos desde el cielo toda la nave, y morirán todos, si no salen de inmediato.

Tienen diez minutos para rendirse, a partir de ya, si no obedecen, las bombas no les perdonarán sus miserables vidas, - ya quedan nueve minutos y veinte segundos...

El ejército del aire, fue avisado y ya venían en camino dos cazas- bombarderos con tres bombas cada uno, que destruirían todo el establecimiento, incluidos los diez palets de vino, que seguramente se encontraban dentro, y todo ello en décimas de segundo.

Dos minutos después el portalón de entrada se abrió, y, tras ella aparecieron tres sujetos con las manos en alto, que sumisos, se dejaron esposar, sin posibilidad de intento de ataque, o una hipotética huida.

Fueron introducidos en uno de los camiones de máxima seguridad, donde permanecerían retenidos hasta su traslado a las dependencias de la propia Guardia Civil, y su posterior interrogatorio.

Quince minutos después, los aviones de combate ya rondaban la nave para su destrucción.

Hubimos de alejarnos una milla, más o menos, del lugar, desde donde observaríamos la explosión con total seguridad.

Las bombas fueron letales, solo escombros podíamos apreciar, y una gran nube de humo entre negro y grisáceo, se elevó entre las nubes, escasas en aquellos momentos.

También llegó a nosotros el potente tufo, que despedía el vino al saltar por los aires destruyendo los palets. Las bombas fueron letales, no quedó nada de todo aquello.

¡Caso cerrado!, - exclamó el capitán satisfecho por el éxito obtenido en la peligrosa misión.

Recibí el abrazo correspondiente, alejándonos del lugar pletóricos por lo bien que había acabado el caso.

Mas tarde supimos que el dueño de la destruida nave estaba completamente al margen de los delitos, solo les había alquilado el recinto sin conocer los fines que

perseguían los delincuentes. Por tal motivo, semanas después fue indemnizado por el gobierno.

El asunto había acabado con rotundo éxito, pese a los peligros a que fuimos sometidos, ahora tocaba volver a casa emocionados por el deber cumplido.

Profesor, necesitamos que permanezca en Napa dos días más, - ¿puede eso ser posible?, -me preguntó el capitán un tanto inquieto.

Dudé en responder, aunque, al final asentí, incluso sin conocer el motivo.

Y, por supuesto que lo pregunté.

El alcaide y todo el cuerpo de la Guardia Civil de Napa, quieren hacerle llegar un reconocimiento por la colaboración prestada tanto por usted, como su animal, que ya sabemos que fue fundamental en la resolución del caso.

No es necesario, capitán, se nos ha llamado porque la situación así lo requería, y lo más importante, la vida de 10000 personas estaban en peligro, al margen, claro está, de las dos que no pudimos salvar.

Pero, aun así, quieren hacerlo, será un homenaje sencillo pero muy significativo. Incluso estará la televisión transmitiendo.

Ya, - me dije en silencio, - más publicidad. La verdad, no me agradaba en absoluto.

Al día siguiente, el capitán de la Policía Montada de Canadá, volvió a su país, junto a sus diez unidades caninas, que por curiosidad eran todas hembras, Se decía que detectaban mejor que los machos ciertas situaciones de búsqueda, así como los machos lo hacían en otras diferentes.

El homenaje fue emotivo pero breve, nos ofrecieron una medalla al mérito en

bien de la gente, combatiendo la delincuencia.

La TV no perdió un segundo de grabación, difundiéndolo en diferido para gran parte de los Estados Unidos.

Veinticuatro horas después, ya nos encontrábamos en el ansiado regreso a casa.

Felices por el éxito obtenido, aunque esa felicidad pasaba a segundo plano, porque lo que yo ansiaba de verdad era poder abrazar a mi esposa, la noticia de su embarazo traspasaba todos los límites de la propia vida.

Entonces me vino a la mente otra célebre frase del gran ufólogo que fue Carl Sagan.

Para seres insignificantes como nosotros los humanos, la inmensidad del universo, tan solo es soportable a través del AMOR.

El regreso se hizo interminable, pero, al fin, la unidad policial nos dejó en la puerta de casa.

Imagínense la primera reacción al tener a mi esposa delante, la alce en brazos y no menos de mil besos debí estamparle en toda su cara.

Entre risas y llanto este reencuentro lo recuerdo como si lo estuviera viviendo otra vez.

Momentos como estos hay que vivirlos al máximo, porque en la vida cotidiana no se producen a menudo, y solo por ello, vale la pena estar aquí, además, no se olvidan nunca.

Por lo menos, siempre hablo como pienso yo, personalmente, y no discrepo de los pensamientos ajenos, aunque los discuta. Cada uno es dueño de su libre albedrío.

Ya en casa y narrando a mi esposa y a mi madre, los acontecimientos sucedidos en el Valle de Napa, y que todos conocen, nos reincorporamos a la vida cotidiana que, en mitad de todo ello, hace que el ambiente sea más agradable y fácil de llevar.

Y más aun, con el aumento de la familia que estaba ya muy próximo.

Las conversaciones a diario, eran prácticamente las mismas, siempre en un entorno de máxima felicidad, - como ya lo he remarcado.

Elisabeth o Frank, -

Alice prefería que se llamara como yo, si era niño, claro, pero a mí me agradaba demasiado Frank.

Hagamos una cosa, - me dijo, - ya que el nombre de Elisabeth, - en caso de que fuera niña, ya está decidido, si es varón, pongámosle los dos nombres.

Y, al final, estuvimos de acuerdo en ello. Para finalizar el tema, mi madre aplaudió la decisión tomada.

Así llamaríamos al futuro habitante de San Diego.

Estás de acuerdo, Yoy, - me dirigí a mi amigo como si fuera una persona más en la charla.

Creo que sí me entendió, los ladridos alborozados que emitía, siempre se dejaban escuchar cuando captaba un clima de inmensa felicidad en el ámbito familiar.

Y eso sí que lo notaba, segurísimo de ello.

Tres meses habían pasado desde el incidente en el Valle de Napa, cuando una llamada desde allí, retumbó en el teléfono de casa.

Alice tomó el auricular por estar muy cerca del mismo.

Muy, bien, caballero, de inmediato le pongo con él, un saludo.

Will, te solicitan. - ¿puedes acercarte?

Por supuesto, - ¿quién es? - pregunté intrigado.

Una persona que ya conoces, - dijo extendiéndome el brazo para que tomara el tubo.

Alice quedó junto a mí, seguramente para observar la reacción que podía experimentar al contactar con la persona del otro lado del teléfono.

Capitán Foster, un gusto hablar con usted, - ¿qué tal esta?,-

Así comencé la conversación de manera amable y un tanto intrigante.

¡Oh, muy bien!, por cierto, y el gusto es mío en contactar nuevamente con usted, profesor.

El motivo de mi llamada no reviste ninguna gravedad, no se preocupe, todo lo contrario.

La verdad, capitán, acaba usted de tranquilizarme, ya sabe las que pasamos hace algunos meses.

Así es, amigo mío, - simplemente lo llamo por...

Mi rostro se transformó en una sonrisa que puede denominarse vulgarmente como de, - oreja a oreja, -

Alice, percibiendo el gesto, notó esa tranquilidad que señalan las buenas noticias.

Pasaron varios segundos.

Esta usted seguro, profesor. - me preguntó el capitán.

Si, no tengo la más mínima duda, de que de ser como usted dice, el servicio que podrá prestar a la sociedad, será muy importante.

Pues, muchas gracias, amigo mío, de mis más honorables saludos a su esposa, extendiéndoles a su madre.

Así lo hare, capitán Foster, y recuerde que aquí tiene su casa, si en alguna ocasión visita San Diego. No esperaba menos de usted, - buen amigo, - así lo hare, un saludo.

Will, por DIOS, que ha pasado, - clamó Alice por una inmediata respuesta, -me puedes explicar que ha pasado.

Enseguida lo sabrás, querida,.

En eso apareció mi madre, que, alertada por un tono demasiado alto e imperativo en la conversación, se unió a nosotros con un deje de incertidumbre.

Yoy, Yoy, ¡ven aquí amigo mío!

Y alcé la voz denotando cierta emoción.

El animal se presentó de inmediato, sentándose frente a mí, hube de ponerme de rodillas para estar a su altura.

Lo agarré por su formidable hocico con las dos manos exclamando- ¡joye!,- pedazo de sabandija, me has ganado de mano.

El animal me miraba fijamente. Por supuesto que no entendía nada de lo que le estaba diciendo, más bien gritando, -

Has sido papá antes que yo, bandido.

Y lo besé efusivamente como nunca lo había hecho.

Efectivamente así era, una de las unidades caninas de la Policía Montada de Canadá, había quedado preñada y por las fechas, el padre de los cachorros tenía que ser Yoy.

El animal comenzó a ladrar, como si se diera cuenta del significado de mis palabras, y lo que le estaba comunicando.

Las sonrisas de Alice y de mi madre se dejaron oír a modo de carcajadas.

Yoy acababa de ser padre de seis cachorros, y según decía el capitán uno de ellos se parecía demasiado a ÉL, incluso llevaba la misma marca blanca en la pata, aunque este la tenía en la izquierda y era hembra.

El motivo de la llamada simplemente era comunicarme que, como dueño del animal, - macho, - me correspondía un cachorro.

Fui acercándome hacia esposa y madre, qué escuchando el diálogo, estuvieron de acuerdo en que me negara a recibir el regalo, esa unidad canina, e incluso siendo hijo de Yoy, podría prestar importantes servicios a la sociedad, además, nunca compartiría el cariño que sentía por mi fiel amigo, a pesar de ser su hija.

Ante tal negativa, compartieron mi deseo, a pesar de que estarían también de acuerdo en el supuesto de que lo hubiera aceptado.

Yoy, en nuestro entorno, emitía suaves ladridos agudos, como pareciendo percatarse de la situación. Los animales perciben situaciones agradables ante comportamientos humanos.

Por lo menos yo, así lo creo.

Por de pronto, continuamos con nuestras vidas sencillas, pero siempre en un entorno puramente agradable.

El momento esperado y lleno de plena felicidad, fue la llegada de Frank, nuestro primer hijo.

Por suerte, todo salió, -a pedir de boca, - y el nuevo vástago fue acogido por Yoy con mucho cariño, que no había forma de separarlo de la cuna.

Sus primeros pasos, el primer biberón, el primer juguete, todo lo compartíamos con una felicidad envidiable para cualquier familia.

Hasta ese periodo de mi vida no podía más que estarle agradecido a DIOS, por lo que me estaba ofreciendo.

ERAMOS FELICES...

Felicidad que fue incrementada año y medio después, con la llegada de Elisabeth, nuestro segundo hijo, bueno, - esta vez, niña.

Al igual que con Frank, Yoy no se apartaba de la cuna, no descuidando la vigilancia que ejercía en ellos, en especial cuando íbamos a nuestros trabajos, y mi madre quedaba sola con ellos.

En general, - y repito una vez más, - éramos una familia de seis, completamente plétóricos de felicidad y bienestar.

Creo, y estoy convencido de ello, que toda persona que se dedica a hacer el bien, se merece pasar con una vida similar a la nuestra, a pesar que en la mayoría de los casos no es así.

Pero esto es lo que nos ha tocado, en este recóndito planeta ubicado en un extremo de la Vía Láctea, quizás, siendo los únicos en el infinito universo.

Esto último, yo, Wilfred Mcconaugueyh, no estoy convencido de ello, y lo dijo ese prestigioso ufólogo, del que fui ,- fan,- durante muchos años, Carl Sagan, y comparto plenamente su frase,- SI EN VERDAD ESTAMOS SOLOS EN EL UNIVERSO, CUANTO ESPACIO DESAPROVECHADO.

CAPÍTULO 10

INTERMEDIO

Tick, tick, tick...

De pronto el sonido de las teclas de la vieja máquina de escribir, cesaron.

El anciano retiró las manos de las mismas, tratando de incorporarse de su silla, lo hizo muy lentamente, sus rodillas crujían como cuando los dedos de las manos estallan al doblarlos unos con otros.

Con dificultad, pero lo consiguió.

Tenía que estirar un poco las piernas, llevaba muchas horas sentado, además sentía apetito, los gruñidos del estómago le indicaban que había de llenarlo con un poco de alimento.

Bien, haremos un leve descanso.

Es viernes y aún tengo el fin de semana antes de que vuelva la señora Grey.

Veré que tengo en la heladera para apaciguar un poco estos gruñidos del estómago reclamándome que lo llene con algo.

Luego realizaré unos encargos, ya que es el perfecto momento para ello.

Un simple vaso de leche y un emparedado bastaron para calmar su apetito momentáneo.

Lo poco que había dormido estos días, marcaban huella en su rostro ya arrugado por el tiempo, su cabellera, aunque escasa y blanca por completo, lucía un tanto enmarañada, y las ojeras se apreciaban claras debajo de sus ojos, como reclamando un poco más de descanso.

Llegando al baño, se empapó la cara con agua fría, poniendo un poco de orden en su cabellera, logrando un correcto peinado.

Luego, dirigiéndose a su habitación, se enfundó unos pantalones, - tipo vaqueros, - y una simple camisa blanca, que arremangó hasta la mitad de sus brazos.

¡Listo!, - exclamó- para salir a la calle es suficiente, el clima es ideal para pasear, no hace falta abrigarse más.

Miró la hora en su viejo ORIENT, las cuatro de la tarde.

¡Perfecto!, - y animado se dirigió hacia otro lugar de la casa.

A un palmo de la puerta que daba al sótano, había, - una especie de mesilla, - con algunos adornos sobre ella.

Hubo de esforzarse un tanto para mover el mueble hacia un lado.

Era evidente que detrás ocultaba algo.

Efectivamente, un metro hacia la izquierda, quedó al descubierto, enmarcado en la pared, lo que parecía una pequeña puerta muy bien disimulada.

Lo qué si dejaba en claro, que, tras esa puerta, el anciano ocultaba objetos qué con absoluta seguridad, serían muy queridos, y que no deseaba que nadie ahondara en ellos.

Ni siquiera sus hijos, que eran lo que más adoraba en su vida.

Penetro en el habitáculo, que no tendría más de diez metros cuadrados de superficie.

Prendió la luz, y allí aparecieron los objetos que ocultaba con demasiado cuidado lejos de cualquier mirada que pudiera hacerle algún tipo de preguntas que no desearía contestar.

Una tras otra, las veces que entraba en el pequeño habitáculo, se emocionaba, haciendo que las lágrimas siempre fluían imposible de contener.

Lágrimas de bonitos recuerdos, que lo ayudaban, - y mucho, - a sobrellevar el día a día de su existencia.

De frente, un mural estampado en la pared con muchas fotografías, unas en blanco y negro, otras en color, además, otras tantas muy recientes.

En ellas aparecían sus padres, siempre con él, entre ellos, sus hijos, con su esposa en el día de la boda, y en varias etapas de su vida como matrimonio, y demasiadas con sus hijos, tanto durante su niñez, como ya de mayores.

En otro lugar de la pequeña estancia, decenas de fotografías donde se apreciaba Yoy en muchas situaciones de su larga vida, - casi alcanzo las dos décadas antes de su fallecimiento, -y, además, otro objeto sobrepuesto en una diminuta estantería debajo del mural.

Aquello se asemejaba a un jarrón, pero con tapa demasiado grande y lacrada, debajo del cuello del recipiente, de un tono blanquecino, colgaba una inmensa medalla, - la que le había sido otorgada por su gran labor contributiva en la resolución del caso del Valle de Napa.

Y debajo de la medalla, una gran fotografía en color del propio animal.

Bien, - se dijo el anciano después de besar casi todos aquellos recuerdos, - te ha llegado el turno de ocupar el lugar que te corresponde, viejo amigo.

Y tomando cuidadosamente aquel jarrón, - hoy día llamado urna donde se depositan las cenizas del ser querido acabado de fallecer, - lo introdujo en una mochila, y tras apagar la luz del habitáculo, salió fuera, colocando de nuevo la mesilla en su habitual sitio, quedando la sala como estaba antes de la incursión.

Nadie de momento conocía ese habitáculo, pero en el testamento lo nombraba con plena exactitud.

Portando la mochila con las cenizas de Yoy, salió a la calle.

La tenue brisa existente explosiono contra su rostro produciéndole una agradable sensación, que apenas

revoloteó su perfecta cabellera blanca, o dicho de otra manera, - lo que quedaba de ella.

Cerrando la puerta y con paso firme, piso el jardín de su casa, alejándose del lugar.

Las cinco de la tarde, - se dijo, - hora perfecta para realizar el recado que me ocupa.

¡Buenas tardes, profesor!, - le saludó la primera persona que se cruzó en su camino, -

El anciano correspondió al saludo que tan amablemente le dedicaba su vecino, continuando su marcha decidida hacia su destino.

Cruzó la avenida que se encontraba a la derecha del mar, y en pocos minutos se encontraba en su primer destino.

Se detuvo frente al establecimiento.

Entró decidido, como ya lo había hecho cientos de veces, saludando cordialmente a la dependienta.

Muy buenas tardes, profesor, - dijo correspondiendo al saludo del anciano. - y soltó al instante la clásica pregunta de toda persona al mando de su negocio - ¿le preparo el ramo como siempre? -

Bueno, casi, - respondió dejando en el aire el complemento de la frase.

Si es tan amable le agradecería que aumentara un jazmín¹⁴ más a los de siempre.

Muy bien, señor Mcconaugueyh, así lo haré, - esperando que no sea por el aumento en deceso de algún familiar, - habló la dependienta con un toque de curiosidad.

No, no se preocupe, solo para colocar la flor en cierto sitio que creo que quedará perfecta.

Y con un tono irónico acabó la conversación diciendo, - incluso mi familia que descansa allí, lo agradecerá.

No me cabe la menor duda, - contesto la dependienta satisfaciendo su curiosidad.

Agarrando el precioso ramo con la mano que le quedaba libre, abandonó la floristería.

Llegó a su segundo destino.

Entró en el recinto, atravesando el inmenso portal donde se leía en letras grandes y claras, -Campo Santo municipal de San Diego.

Hubo de dirigirse directamente al panteón familiar, perfectamente limpio y bien cuidado.

Sus visitas frecuentes, permitían esa sensación agradable, a la vista de la gente que acudía diariamente al cementerio.

¹⁴ Jazmín: flor de una belleza indescriptible de color blanco, y de un aroma perfumado y agradable, de gran intensidad.

Saludo al portero, que ya casi lo consideraba un amigo, y, encontrándose frente a la tumba familiar, no sin antes persignarse con la clásica, - señal de la cruz, - comenzó una charla, como si de personas vivas, se tratara. -hola padre, hola madre, y usted, mi vida, - refiriéndose a Alice, fallecida veinte años antes, - les traigo un amigo que conocéis bien, - bueno, usted no, padre, pero ya le habrán informado de EL, creo que ha llegado el momento que los acompañe, ¿les parece bien?,-

Como imaginando las respuestas entre lágrimas y sonrisas, descansó la urna en un costado del panteón, y con una pequeña llave abrió la mampara que guardaba otras tres, todas en fila con una separación de treinta centímetros una de las otras, que el fino cristal resguardaba de las inclemencias del tiempo.

Tomó con mucho cuidado la urna, ubicándola a continuación, junto a las otras.

Aún quedaba espacio para una más, - la suya, que también descansarían en el sitio restante, cuando llegara su hora, que presentía no se demoraría mucho más.

Realizó el intercambio de las flores, quedando el interior completamente aseado y perfumado, por los nuevos jazmines recientemente adquiridos.

Tomó entre sus manos la medalla del perro, colgándola del cuello del recipiente, estampando una gloriosa foto del animal con su nombre inscripto en ella.

¡Listo! - exclamó profundamente. Cerró con cariño la mampara, quedando a la vista la lápida perfectamente brillante.

Bueno, - mis amores, - debo marchar y volver a casa para continuar con el relato, - ¿Están de acuerdo?

Dispuesto ya a retirarse, una vez repetida la acción de persignación, se detuvo de inmediato al realizar una última mirada a la tumba, - algo había visto que se le pasó por alto.

Se revolvió hacia la lápida, sus ojos casi rozaban la inscripción, -sin lentes su visión para la letra pequeña era dificultosa, - y no las llevaba consigo.

Qué curioso, - se dijo, -

Cientos de veces realizando las mismas tareas en este panteón, y no había reparado de esa pequeña frase al pie de la misma, - se acercó aún más, -

Quería leer, saber que ponía allí, - su curiosidad se vio superada por la incógnita de quién, y con qué permiso habían grabado allí, al final de los nombres, a pesar de que en el fondo de su ser no le desagradaba, cuando al fin pudo leer la enigmática frase, y también muy bonita.

Bien, ya les preguntaría a sus hijos, seguramente habían sido ellos, no cabía otra opción.

Y se retiró del lugar no dejando de pensar en aquellas palabras que contenía la misteriosa frase, y bonitas, claro está.

Creo catalogarlas así de bien.

En letras mayúsculas, y con un toque de dorado se podía leer, -

PRONTO ESTAREMOS JUNTOS...

Abandonó el recinto, fijando su regreso a casa.

De pronto su celular tembló dentro de su vaquero, -

Hola, papá, ¿cómo te encuentras?

Buenas tardes, Elisabeth, - le respondió a su hija, - estoy perfectamente, dando un paseo y charlando un poco con tus abuelos, y también con tu madre.

Ante tales palabras la hija del anciano hubo de alarmarse, - ¿qué dices, padre? , -

¿De verdad estas...?

Si, Eli, no te preocupes, es que aproveché la tarde, que por cierto se ve muy agradable, y fui al Campo Santo para limpiar un poco el panteón.

Lo de hablar con ellos es relativo, ya sabes que en ocasiones hablo conmigo mismo.

Bueno, ya me tranquilizas lo suficiente, - contestó la asustadiza hija.

Simplemente el motivo de mi llamada es saber cómo estás y si necesitas algún servicio, teniendo en cuenta que la señora Grey no vuelve hasta el lunes.

Esta todo bien, hija, estoy en la mitad del libro y este fin de semana espero acabarlo, - no te preocupes.

Vete diciéndole a Jonathan que la semana próxima le llevo el original, y quedamos que intentará publicarlo.

Correcto, así lo haré, cuídate, por favor, y vuelve a casa pronto, - fueron las últimas palabras de Elisabeth antes de cortar la comunicación.

Guardó el celular en el bolsillo del pantalón, y reanudó su vuelta con un caminar pausado, que le daba tiempo en admirar el entorno demasiado agradable que tenía a su alrededor.

Entre medio de dos árboles enmarcados en un bonito jardín, adornado de preciosas flores de muchos y variados colores, y de diversos juegos para los niños, diviso un banco, decidiendo ocuparlo por unos minutos.

La tarde estaba agonizando, y le pareció buena la idea de descansar el tiempo que le pareciese necesario.

Su respiración profunda era gloria para sus desgastados pulmones, y aquella brisa proveniente del océano, le ofrecían vida y vigor a su corazón que latía todavía con fuerza y continuidad.

De pronto sus pensamientos se centraron en el relato que le ocupaba, y una pequeña incertidumbre le bloqueó la mente.

Es que los próximos tres capítulos del relato que pensaba escribir, eran demasiados violentos, - especialmente el número 13, - incluso pusieron en serios peligros sus vidas, y los lectores que estuvieran en ello,

podrían ruborizarse, hiriendo de forma directa las distintas sensibilidades que pudieran sentir, - vamos, que pasarían unos momentos muy incómodos imaginando las propias situaciones.

Dudaba en transcribirlo, o mejor, saltar esa etapa por lo drástica y cruel, pero al mismo tiempo se decía que si la historia se trataba de todo lo vivido con su fiel amigo, el libro se definiría como incompleto.

Si, - afirmó decidido, - lo voy a contar, - con pelos y señales sin escatimar el más mínimo detalle.

Aquí, en esta historia, debe conocerse todo.

Advertiré de ello.

El anciano entró en su casa decidido a no escatimar detalles, convencido y decidido con esa total seguridad que aún le caracterizaba.

Encontrándose ya frente a la máquina de escribir, sus manos empezaron a moverse con la característica fluidez que aún, a pesar de su longeva edad, poseía.

Tick, tick, tick...

CAPÍTULO 11

ADVERTENCIA DEL ANCIANO

Antes de proseguir con el relato estimados lectores, debo advertirles que lo que cuento a continuación puede herir de forma directa y demasiado profunda su sensibilidad.

Sí, les puedo garantizar, y créanme que todo lo ocurrido allí, antes de nuestra presencia, aunque parezca una gran mentira, fue totalmente verdad, y lo extraje de la crónica negra de la época.

Lo que van ustedes a leer, fue copiado de dicha crónica, (diálogos inclusive), y, aunque usted no crea estos hechos, le aseguro que así sucedieron.

Puedo catalogarlos de crueles, sanguinarios, despiadados, y todo lo inimaginable posible captados por una mente humana.

Este es el motivo de mi advertencia, y le repito una vez más, qué si usted es fotosensible e impresionista ante sucesos tan violentos, - en especial los que se desarrollan en el capítulo 13,- salte la página, y ocúpese de la siguiente, qué con absoluta seguridad, le confortarán un poco más.

Usted decide...

* * *

LAPONIA

Laponia es una región del norte de Europa, que abarca parte de Suecia, Noruega, Finlandia y Rusia, - por aquel entonces CCCP, Unión Soviética.

Limita por el norte con el océano Ártico, por el oeste con el mar de Noruega, y por el este por el mar de Barents.

Y está dividida por los cuatro países arriba indicados.

Que significa Laponia.

Desierto del norte, o también llamado Norte salvaje.

Los idiomas oficiales son el finés y el sueco.

Su ubicación geográfica varia, pero en general se encuentra en el Círculo Polar Ártico, lo que la caracteriza por ser una zona fría, con inviernos largos.

En Finlandia, la provincia de Laponia es conocida como LAPLAND, - en inglés, - siendo la zona más popular de la región.

Rovaniemi, la capital de la provincia saponina, en Finlandia, es la ciudad más destacada y es muy famosa por encontrarse allí, la llamada CASA DE PAPÁ NOEL.

Infinidad de personas, - especialmente niños, - la visitan durante las fechas navideñas.

Esta ciudad se encuentra enmarcada a tan solo 100 millas, - 180 kilómetros aproximadamente, -del Círculo Polar Ártico, y por ello, los especialistas recomiendan a los turistas, llevar ropa de mucho abrigo.

En las fechas de Navidad la temperatura oscila entre los 10 y 20 grados bajo cero, por lo consiguiente es recomendable lo siguiente...

Para las piernas, - mallas térmicas ajustadas, - por supuesto que menos efectivas que las de hoy en día, -

Para las manos, - guantes, también térmicos, o de forro polar.

Cuerpo, - una buena camiseta, (siempre térmica), doble o triple.

Cuello, - pasamontañas o bluf tubular, - llamado vulgarmente braga.

Cabeza, - gorro de lana, o piel sintética, a la moda en los años 60,- 70, es fundamental usar gorras que cubran rostro y orejas, principalmente para los niños.

En Rovaniemi, la ciudad que nos ocupa, ya empieza a nevar copiosamente en octubre.

Las horas de luz en Laponia varían considerablemente a partir de los siguientes meses, -

1 de noviembre amanece a las 8,15 y anochece a las 15,45.

15 de noviembre amanece a las 9 y anochece 14,55.

1 de diciembre amanece a las 10,10 y anochece a las 14 horas.

Y a partir del 15 de diciembre amanece a las 11 y anochece 13,30.

Por estas fechas y hasta febrero, las temperaturas suelen alcanzar los 30 grados centígrados bajo cero.

En Navidad, la ciudad de Rovaniemi, se ilumina,- junto a otras ciudades, - con luces navideñas y con algo muy especial,- linternas de hielo o bolas de nieve que suelen colocarse para iluminar los caminos a las casas, o a las cabañas en medio de la nieve, ofreciendo una estampa muy bonita.

Las auroras boreales son visibles desde finales de agosto hasta abril, más o menos, en el norte de Finlandia.

Aunque la noche debe ser muy oscura para vislumbrar este extraordinario espectáculo de luz.

La temperatura media por esas fechas no suele ser tan frías, - 14 grados bajo cero, - a pesar que deberían descender hasta los 40 grados bajo cero, pero, por suerte para los visitantes, este hecho lo produce la sequedad del aire.

Laponia ofrece experiencias de lo más interesantes como dormir en cabañas o en hoteles de hielo, se puede montar en motos de nieve, trineos de renos o perros, bañarse en saunas, ver un barco rompehielos, como el llamado Zampo en de Articé, e incluso esquiar.

Pero, a pesar de todo esto, no hay nada que iguale el estar ante una aurora boreal.

En la ciudad más importante de Laponia, - Rovaniemi, - las fiestas navideñas empiezan el 13 de diciembre, que es la noche más larga del año.

Dichas fiestas comienzan con la ceremonia del día de, -Lucia, - donde las mujeres recorren las calles con una vela encendida, cantando una canción que cuenta como Lucia vence a la oscuridad.

Luego continúan los villancicos que dan paso al resto de festejos.

Existe otro gran festejo en Laponia que se produce un poco antes de la navidad, es el llamado Solsticio de Invierno.

Laponia es uno de los lugares más increíbles del planeta, y se encuentra a tan solo 100 millas del Círculo Polar Ártico.

Tiene aproximadamente 200 mil habitantes, y 100366 kilómetros cuadrados de superficie, de los cuales 7700 son de agua.

En la actualidad, es decir en el momento que escribo esta historia, en ROVANIEMI, la ciudad que nos ocupa, viven unas 65000 personas, quizás algunas menos en aquella época en que sucedieron los crueles acontecimientos.

La moneda oficial que circulaba en los años 60. 70, se llamaba La marca finlandesa, - el FIM, -, y lo hacía desde

1860, hasta 1999, que dejó de circular con la llegada del euro.

A continuación les dibujaré un esquema, malamente, - por supuesto, - del lugar, donde muy pronto, mi amigo y yo, viajaríamos para intentar arrojar luz o resolver el caso del suceso que tuvo repercusión en el mundo entero como el más cruel y sanguinario de todos los tiempos.

Y ese lugar se encuentra prácticamente en el Polo Norte.



ROVANIEMI

Nuestro próximo destino

CAPÍTULO 12

Muy bien, muchachos, la clase ha terminado, - a las duchas, -

Uno de los chicos se me acerca cautelosamente y me pregunta con cierta timidez, ¿profesor, que tal me ve? - ¿y los ejercicios?-

Bueno, un tanto flojos, Philip, pero noto en ti que intentas esforzarte, y eso lo valoro al máximo.

Estoy convencido que al final del curso lo conseguirás y podré aprobarte como es debido.

Muchas gracias, profesor, me da usted un gran impulso para que siga en ello. Contestó el muchacho esbozando una leve sonrisa.

Tranquilo, y disfruta de las vacaciones navideñas que se avecinan, nos vemos en quince días, - ah, y ¡feliz Navidad!

Lo mismo le deseo, profe, - contesto el alumno abandonando el gimnasio.

Ya, camino de las duchas, uno de los interventores de la universidad, - JFK, - me interceptó, llamándome efusivamente, - ¡Mcconaugueyh, espere, por favor!

Me detuve de inmediato, ante el ímpetu de la llamada.

Dígame, señor Perry, - correspondí.

El director general necesita hablar con usted, y según parece, por el tono de la demanda, es muy importante.

Por supuesto, - contesté un tanto confuso, - díglele que me baño, y me presento de inmediato en su despacho, no tardo más de 15 minutos.

Perfecto, así lo haré.

Tock, tock...

Adelante, - me pareció oír una voz osca y temblorosa.

Penetré en el despacho con la misma inquietud de hace unos momentos.

Señor director, ¿me ha mandado llamar? - y me interrumpí de inmediato

El susodicho director, no estaba solo en el despacho, lo acompañaba el sheriff del estado, con rostro que denotaba demasiada inquietud, compungido, provocado por algún tipo de problema, y grave, que no hacía falta ser muy listo para detectarlo.

Sí, sí, pase profesor. -contesto el no menos preocupado director del JFK.

Le presento al sheriff McDonald del condado de San Diego.

Creo...creo que ya le conozco, - tartamudee ya confundido por completo.

Tiene un motivo muy importante que comunicarle.

Me presenté, - Wilfred Mcconaugueyh, para servirlo, - y le extendí la mano con mi característica educación.

Pero, para serle sincero, no acabo de aclararme el motivo de esta intempestiva y extraña visita.

Tranquilo, profesor, yo también le conozco bien, y a su fiel amigo, además, sus operaciones en el Valle de Napa fueron conocidas por millones de personas, y no solo en California, incluso más allá de nuestras fronteras.

Y este es el motivo principal de mi visita para entrevistarme con usted.

Mi rostro, en un gesto intuitivo frunció el ceño, no presintiendo nada bueno en esas palabras.

Sentémonos, por favor, - habló el director con mucho nerviosismo trabándose la lengua en un gesto fallido por demostrar tranquilidad.

Una vez, cómodamente instalados delante de un gran vaso de agua, la calma que presagia la tormenta, parecía acercarse, estaba totalmente convencido, y también lo estaba, en que Yoy, tenía mucho que ver en este asunto.

Verá, profesor, -comenzó el sheriff, - se hizo un nuevo silencio que me pareció eterno.

Me ruegan que comunique un asunto de mucha... no mucha, sino extrema gravedad, y que usted y su maravilloso animal, sería de aportación fundamental en ello, y la propia situación, por lo peligrosa que se presenta, debo contestarles lo antes posible.

Pero, está claro que necesito su aceptación en el caso, de que este dispuesto a ayudarlos.

Estoy dispuesto a ello, - asentí firmemente, - pero cuénteme cuál es ese gran asunto que me lo presenta como fatal.

Las palabras del sheriff cayeron sobre mi como cientos de puñales clavándoseme en el cuerpo al mismo tiempo haciendo que la piel se erizara como vulgarmente se dice, - la piel de gallina, -y por momentos machacándome la mente de forma directa.

Recibimos un comunicado procedente del otro lado del mundo donde requieren su inmediata presencia allí, junto a su perro, que creen que será pieza fundamental en este aterrador caso.

Pero ¡por favor sheriff! - exclamé contestándole, ya con el miedo metido en el cuerpo.

Explíquese de una vez, no me tenga en esta cruel incertidumbre.

Ya, - contesto el encargado del orden en la ciudad, - con voz tartamudeante y temblorosa a la vez.

SOY TODO OIDOS...

* * *

A CONTINUACIÓN, RELATAMOS LA EXPLICACIÓN DEL ANCIANO A CERCA DE SU PRÓXIMO DESTINO.

FECHA... MEDIADOS DE 1969

LA CASA DE PAPÁ NOEL

La casa de papá Noel es un lugar diseñado exclusivamente para los niños.

Dicho diseñador se llama, - o llamó, - no estoy seguro de ello, - ALVAR AALTO, y la casa se encuentra dentro de una cabeza de reno.

Es motivo de que niños turistas conozcan a Papá Noel en su propia casa, yendo en motos de nieve, o en trineos empujados por huskies¹⁵, o por los propios renos.

Está a ocho millas de Rovaniemi al norte, siendo esta la ciudad más importante de Laponia finlandesa.

El pueblo, - o parque, - de Papá Noel, está impregnado de colorido,- principalmente verde y rojo,. Con olor a madera, y sonido de cascabeles.

¹⁵ Huskies: Son perros amaestrados para llevar los trineos y obedecer las maniobras que les ordenen los conductores. Están adaptados para soportar bajísimas temperaturas y recorrer muchas millas sin cansarse.

También hay tiendas, restaurantes, cafeterías y bares, donde poder darse un refrigerio o calentarse un poco, y, además adquirir un certificado que demuestre que se ha conocido a Papá Noel en persona, y por un módico precio.

El lugar no es muy grande, incluso podíamos llamarlo pequeño, si lo comparamos con cualquier otro mercado navideño.

Sin embargo, es demasiado popular en todo el mundo.

Los niños, - que son miles, - que visitan esta peculiar casa, reciben variedad de regalos, enganche perfecto para la concurrencia de tales cantidades de visitantes de pantalón corto.

La mayoría de personal que trabaja aquí, - ganando sueldos muy altos, - viven en Rovaniemi, son artistas muy conocidos y bailarines, llegado de otros países.

Este lugar maravilloso para los pequeños, está, - como ya dijimos a ocho millas al norte de la ciudad, - en pleno Círculo Polar Ártico, -que cuenta alrededor, - hoy día, - con 65000 habitantes, que, prácticamente todos, trabajaron alguna vez aquí, ya sea en limpieza, cocina o ventas.

La oficina de Papá Noel es la principal atracción del recinto, y la entrada es gratuita, por lo que se trata de una parada obligatoria durante la visita turística.

Al entrar al edificio, los ELFOS¹⁶, con sus grandes orejas y piel semi verdosa, darán la bienvenida, y guiarán a los visitantes a través de la mansión de madera de Papá Noel, hasta llegar a la oficina.

Allí está sentado en su sillón, y saluda a los miles de turistas que se presentan a diario.

Se puede hablar y sacar fotos con la cámara de algún empleado, ya que está prohibido usar la propia.

Luego, al salir, se pueden adquirir las susodichas fotos, a un precio, - no demasiado barato que digamos, -

- Si lo comparamos con el precio actual en este siglo XXI. Nos podría costar entre 50 y 100 dólares cada una.

Además, se puede caminar por el Círculo Polar Ártico, donde podemos apreciar una marca que indica el punto exacto en que se encuentra.

Si se desea ver auroras boreales, hay que alejarse de la ciudad, ya que la contaminación lumínica es demasiada y no se aprecian en toda su belleza.

Los turistas deberían desplazarse a un bosque, o un parque natural cercano a Rovaniemi, ya que esa sería la mejor opción para deleitarse de uno de los fenómenos naturales más apreciados y bellos del mundo.

El parque ANGA Y BIRDS, es un pequeño parque infantil, decorado con diferentes elementos relacionados con un popular juego finlandés, - que en estos momentos se me

¹⁶ Elfo: personaje mítico de cuento de hadas.

escapa el nombre, - pero sí sé que es muy divertido para los niños.

Este parque se encuentra a diez minutos de la ciudad, por lo que se trata de una visita de gran intensidad y jolgorio para los pequeños.

Si se viaja en invierno, -como la mayoría de los turistas, - la actividad recomendada es un, - safari, - en moto de nieve.

Se trata de otra alternativa muy original y sumamente divertida para visitar los bosques que rodean la ciudad, a pesar de que la principal y obligatoria sigue siendo acudir a LA CASA DE PAPÁ NOEL.

CAPITULO 13

PRIMERA PARTE

ACLARACIÓN DEL ANCIANO

Los hechos que a continuación narro, fueron obtenidos, - diálogos inclusive, - de la crónica negra de la época, que fue catalogada como la más cruel y despiadada que se conoce hasta el momento.

Además, - opinión personal, no creo que se vuelva a repetir una igual, es decir, casos similares, incluso, me atrevo a afirmarlo.

Y le vuelvo a recordar, - querido lector, - este capítulo es un tanto especial,- consta de cinco partes, y un desenlace, en alguna de ellas los hechos narrados pueden herir su sensibilidad y hacerle pasar ratos desagradables, lo que me insta a decirle que si es así, pase la página , y vaya directo al desenlace que tal vez le hagan pasar esos supuestos malos momentos.

Usted, - mi querido amigo, - DECIDE...

PEQUEÑO COMENTARIO DEL AUTOR

El nombre y país de origen del individuo en cuestión, son ficticios, no creo que ningún país en este planeta sea merecedor de acunar a tan despiadada alimaña.

El verdadero nombre y el lugar de nacimiento de dicho asesino, nunca fue revelado, razón de más, al conocerse los hechos, que si fueron contados al resto del mundo.

Salomón Sorensen, de nacionalidad alemana, - nació en Berlín, el 29 de febrero de 1951, - nombre, país, y capital, son totalmente falsos, -

Al nacer, fue abandonado por su madre, depositándolo a las puertas de un establecimiento de acogida, donde se dedicaba precisamente a ello.

Su infancia transcurrió en medio de burlas, vejaciones y palizas propinadas por otros niños, e incluso por los empleados que trabajaban en el centro.

Durante años fue acumulando odio, rabia y menosprecio, en especial, a aquellos niños que lo torturaban de continuo, haciéndole mucho daño.

Es decir, fue naciendo en el un delincuente, - en potencia, - que por desgracia se puso de manifiesto tiempo después.

Ver un niño delante, es como si viera al propio demonio.

Y con ese odio abandonó la residencia, ya que, al cumplir la mayoría de edad, - 18 años, - se vio en la obligación de hacerlo.

Era el año de 1969.

Ese año, fue recordado en la historia por la hazaña lograda por aquellos tres astronautas, -Armstrong, Aldrin y Collins, - al pisar la Luna por primera vez, y la frase celebre del capitán de la misión Neil Armstrong, - un pequeño paso para el hombre, pero inmenso para la humanidad, - lo dijo en el momento de poner su bota en suelo selenita.

Espero que seas un hombre de provecho.

Fueron las últimas palabras que recogieron sus oídos al abandonar aquel lugar funesto para sus sentimientos.

No contestó.

Con una simple mochila y cinco chelines en el bolsillo comenzó a transitar por las calles de Berlín, un poco atemorizado por aquellos grandes edificios, los autos de diversos modelos, y las personas deambulando por todos los rincones de las diferentes calles y avenidas, - y los pitos y cláxones que se dejaban oír en medio de una gran ciudad como aquella.

Estaba claro que con aquel dinero y no tener a nadie donde acudir, debería pensar urgentemente en aclarar su situación, que se le antojaba catastrófica.

Por el momento se instaló en una esquina muy concurrida de transeúntes, y transformando su apariencia, su cara con una sombra de barba, ceño fruncido y pelo largo, sucio y alborotado, intento demostrar lastima, y de esa manera obtener algún dinero mediante limosna, y lograr

dormir esa primera noche en alguna fonda de, - mala muerte, -.

De vez en cuando, debía cambiar de sitio, ya que era repudiado, - incluso por algunos niños acompañados de sus padres que no hacían nada por llamarles la atención.

Y, por si fuera poco, recibía agresiones de agentes del orden, ya que no permitían indigentes en esas zonas privilegiadas del gran Berlín.

Así estuvo un par de años deambulando de un lado para otro sin posibilidad de tener un futuro claro a corto plazo.

Ya harto de aquella situación, debía, - hacer algo, - para cambiarla.

Y decidió inclinarse por lo más espeluznante que pueda albergar una mente humana, la de un psicópata.

Llego a pensar, - todavía, - que no existen psicópatas que le igualen.

Con el primer hurto que realizo robándole un poco de dinero a una anciana que transitaba por un callejón, posiblemente de camino a su casa, compro un afilado cuchillo de 20 centímetros de hoja, y con serrucho por un lado de su hoja.

Así fue como comenzó su larga trayectoria delictiva que fue a más en poco tiempo.

Poco a poco fue acumulando dinero con delitos bien organizados cuidándose perfectamente de no ser detenido.

Pero sus objetivos iban más allá de estos simples robos.

Entonces se produjo el primer asesinato.

Vigilante, muy cerca de uno de los Bancos más importantes de Berlín, proyectó toda su atención en un hombre, no muy alto, delgado, y de aparente debilidad física, aunque perfectamente vestido con un traje que parecía de fina y cara calidad.

Abrazaba cuidadosamente un portafolios de piel, - también debía ser muy caro, - notándose que dentro llevaría algo muy importante, y por lo que abultaba, estaría a rebosar de ese ... algo.

Era evidente que aquello no eran simples folios, pero si, podía ser dinero en efectivo.

Decidió seguirlo sin que el hombre se percatara de ello.

Entonces este, se metió en un portal, no muy lejos del Banco, dejando la puerta del mismo entreabierta, pues volvería a salir a la calle.

Y, entonces actuó...

Logró entrar en el edificio observando como el hombre husmeaba en uno de los buzones del correo, con seguridad el que le pertenecía.

Buscaba correspondencia, y siempre abrazando fuertemente el portafolios que parecía cuidar celosamente.

El hombre cerró el buzón, recogiendo un par de sobres, y al dar media vuelta, se encontró de frente con Salomón Sorensen, que le miró fijamente a los ojos.

Perdón, - exclamo aquel infeliz, lejos de sospechar que le quedaban segundos de vida. ¿Vive en este edificio, porque no me es conocido? ¿hace mucho que...?

El hombre no pudo finalizar la pregunta, su cuello había sido cercenado de la cabeza cayendo de inmediato al suelo en medio de un gran charco de sangre.

Salomón recogió el portafolios, abandonando el portal sin despertar sospechas, alejándose lentamente del lugar.

Por suerte las posibles salpicaduras de sangre no le habían alcanzado, y cuando descubrieran el cadáver decapitado, ya se encontraría lejos de allí.

No escudriñó dentro del portafolios hasta no encontrarse fuera de la escena del crimen.

Tomando el primer bus que pasaba por la zona, se alejó consiguiendo su objetivo.

Treinta minutos después, el autobús llegó a su destino, en un alejado parque de la ciudad.

Fue allí, en uno de los bancos del parque, ajeno de cualquier mirada indiscreta, donde decidió ver el contenido de su robo.

Quedó perplejo.

No deba crédito a lo encontrado dentro del portafolios.

¿Será verdad? - hablaba solo dudando de lo encontrado en el interior. ¿Estaré soñando?

¿O mi vista está jugándome una mala pasada?

Miles y miles de marcos alemanes aparecían en el interior de ese ya deteriorado portafolios.

¡Esto es una pequeña fortuna! – exclamó eufórico por el contenido. - el botín valió la pena.

Bien Salomón, pensemos los pasos a seguir y rentabilizar este dinero, - cavilaba pensativo recostado en aquel mugriento banco del parque, a esas horas prácticamente vacío de visitantes.

Y, entonces le surgió un plan a seguir, que le parecía el más coherente dada su situación.

Con la disputa de las dos Alemanias, - la del este y oeste, - u occidental, - separadas por el mítico Muro de Berlín, que como ya sabemos, fue derribado en el año 1989, permitiendo a las dos Alemanias convertirse en una sola, era muy sencillo obtener un pasaporte con su nombre decantándose por una de ellas, y eso era lo que haría, obtener ese documento para abandonar el país, y elegir un destino donde satisfacer su odio hacia determinados seres humanos.

Solo debería elegir muy bien un destino bastante alejado de Germania, y no debía equivocarse en su determinación.

Con todo ese dinero en su poder, se compró un traje de buena calidad, se hospedó en uno de los mejores hoteles de Berlín, y se presentó en el Gobierno Civil para tramitar el documento que le permitiría abandonar Alemania.

Lo consiguió al instante.

Ahora había que elegir su próximo destino.

Hubo de informarse de algunos lugares, sus costumbres y demás formas de vida de varios países, hasta que al fin se decidió.

¡Aquí esta!, - exclamó jubiloso, - este es el lugar perfecto, me da lo mismo que haga un poco de frío, ese será mi destino...

Norte de Finlandia, Rovaniemi, la Casa de Papá Noel, y por estas fechas comienzan a acudir miles de turistas, especialmente niños, y ellos son mi objetivo.

Y allí, me voy ya...

* * *

El viaje fue agotador, muchas horas de tren, demasiadas de buses, autos y demás cambios de medios de transporte, pero de solo pensar en su satánica misión, y en el éxito que obtendría para satisfacer su odio, rencor, su ira, su rabia, le confortaba en demasía.

Se hospedó en un hotel muy cerca de, - la casa de Papá Noel, - donde los niños acudirían a diario.

Su siguiente objetivo, construir un refugio muy apartado de la ciudad, en mitad del bosque un bosque muy tupido e impregnado de exuberante vegetación, donde poder realizar sus macabros planes.

Mientras los obreros lo construían en ese lugar elegido, suficientemente escondido y de difícil acceso, se dedicó a controlar los hábitos del actor que ocupaba el sitio del famoso Papá Noel.

Donde vivía, las horas de entrada y salida del trabajo, en general su vida cotidiana, el monótono ir y venir de aquel hombre que hacía feliz a tantos niños.

* * *

Pasaron cuatro meses.

Las navidades se aproximaban.

El refugio en los bosques, una vez finalizadas las obras, había quedado tal como lo había demandado.

Un lugar inhóspito donde nadie repararía en él.

Y allí intentaría consumir sus planes.

El sitio idóneo controlando el vehículo de turno para acceder en medio de la nieve.

El recinto con un amplio salón confortable con potentes grupos electrógenos para producir la luz necesaria, dos servicios, una cocina demasiado amplia, y al fondo, tres habitaciones muy grandes con muchas camas y adornos navideños, con variedad de juguetes que confortaría a los peques que pudieran vivir allí.

Y, además, una sala de muchos metros cuadrados donde allí instalaría el terror jamás imaginado por mente humana.

Todo estaba listo para actuar, dichos actos le producirían grandes cantidades de dinero, - negocio redondo, - se lamia los labios al ejecutar sus planes, tan solo había que actuar con cautela y un poco de sentido común.

El próximo paso se le antojaba un tanto escabroso, aunque con sigilo, y todo a su tiempo, podría lograrlo.

Se apostó demasiado cerca de la vivienda donde vivía Goer Sapovich, el hombre que actuaba de Santa Claus.

La hora de llegada estaba calculada, llevaba tiempo controlándola.

Era de noche, Goer penetró en su casa, un tanto alejada de la ciudad.

Como todos los días, - lo primordial era dedicarse a los quehaceres de la casa, teniendo en cuenta que era viudo y vivía solo.

Con sus sesenta años y en esas circunstancias se sentía un hombre feliz.

Lo primordial al llegar a casa era encender la chimenea para calentar un poco el ambiente y darle un toque hogareño a su solitaria vida.

Luego, prepararse algo de cena y poner la radio para escuchar su programa favorito.

Y esa era su rutina diaria, pero conforme y feliz por hacer felices a ininidad de niños.

La cena de aquella noche consistía en un fuerte guiso de bacalao noruego, con una bebida potente en alcohol muy consumida en esa región polar.

En general era una persona satisfecha y feliz, de bien, y querida por gran cantidad de habitantes de Rovaniemi.

Pero Goer Sapovich estaba muy lejos de pensar que aquella frugal cena iba a ser la última de su vida.

CAPITULO 13

SEGUNDA PARTE

De pronto, su mano a punto de llevarse la cuchara a la boca, se detuvo.

TOC, TOC, TOC...

Los golpes en la puerta fueron la causa de esa detención.

¿Quién será a estas horas?, - se preguntó extrañado apagando el transistor de radio.

Toc, toc, toc - se volvieron a repetir los golpes.

Entonces, ante la insistencia hubo de abandonar la cocina y dirigirse hacia la puerta, para abrir al inquieto visitante que llamaba repetidamente.

Tendría que ser un asunto importante teniendo en cuenta la forma del llamado.

Abrió la puerta, produciendo un leve crujido de las bisagras endurecidas por el frío.

- Buenas noches, buen hombre, - saludo el enigmático visitante.

Bu... buenas noches, - tartamudeó contestando, - ¿en qué puedo ayudarle? - continuó Sapovich siempre confundido e inquieto.

Verá, estimado caballero, - contestó Salomón amable y sonriente.

Me llamo Salomón Sorensen, aquí tiene mi tarjeta de presentación, -le extendió un pequeño cartoncillo con unas letras impresas, - ¿me permite pasar un minuto? -le traigo un sensacional negocio que no tengo dudas que le va a interesar.

El dueño de casa vaciló un instante, pero la presencia de aquel caballero tan amable y perfectamente ataviado de una vestimenta digna de un señor de alta alcurnia, le decidió a permitirle el acceso a la vivienda.

Nadie, desde hacía mucho tiempo, entraba en ella, ni siquiera lo recordaba, pero aquella fatídica noche se produjo el hecho.

Si, por supuesto, pase señor, - al mismo tiempo que dirigió una fugaz mirada a la tarjeta, - Sorensen Salomón, -.

No le robaré mucho tiempo, - comenzó, - verá, soy promotor de eventos y creo saber que usted por su trabajo, trata de entretener a niños como Santa Claus, - ¿me equivoco?,-preguntó conociendo en demasía la respuesta.

Efectivamente, así es, pero tome asiento mientras preparo algo de beber. Le invitó cordialmente, - ¿prefiere algo en especial?

No, lo mismo que usted, - respondió ubicándose en el sofá de la sala.

Un minuto después, los dos hombres, cómodamente sentados y con un vaso repleto de una bebida perfecta para la noche fría, gélida, que se presentaba, comenzaron la charla.

Salomón tendría que convencer a aquel desgraciado que se creyera el engaño que tenía en mente.

Tengo programado para la semana entrante la visita de 75 niños, y me gustaría que los tratara de una forma especial, ya que son de familias muy importantes y poderosas.

Eso delo por echo, allí tratamos a todos por igual, - contestó Goer un tanto serio.

No me cabe la más mínima duda, caballero, pero quisiera que le entregase a cada uno de ellos, estas tarjetas, que son invitaciones para disfrutar de forma gratuita de todas las atracciones del parque infantil.

Y Salomón extrajo del bolsillo un manojo de ellas donde se indicaba lo recién comentado.

Está claro, que usted llevará una sustanciosa comisión que ya mismo le entrego por anticipado.

Y saco de uno de los bolsillos de su gabardina, un sobre conteniendo un gran fajo de billetes extendiéndoselo al incauto anfitrión, que a su vez se notó en su rostro una mueca de ambición al descubrir el interior del sobre conteniendo una gran suma de dinero.

¿Solo tengo que realizar esta simple operación?, - preguntó Sapovich extrañado, -

Pues, sí, solo eso.

Delo por echo, - se apresuró a contestar, - recogiendo con rapidez todo ese dinero, junto a las tarjetas, como si temiera que el extraño visitante se arrepintiera.

Trato echo, pues, - y le extendió la mano cordialmente, como si de dos buenos amigos se tratara.

Ahora tocaba la parte más difícil del plan.

Bien, amigo Goer, ¿qué le parece que salgamos a tomar unos tragos para festejar nuestro acuerdo?

Mmmm... no sé, es un poco tarde- dudo.

Pero mírelo de esta manera, mañana no tiene que madrugar, además el lugar que frecuento y que conozco bien, está impregnado de ... de, gratas compañías, ¿no sé si usted me entiende?

La leve sonrisa del anfitrión se notó claramente en su rostro aceptando de inmediato la invitación, - ¡que caray!, después de todo era humano, - se convenció a sí mismo.

Bueno, al fin de cuentas una noche es una noche, ¿no le parece?

Le ha dado usted en el clavo, - contesto Salomón satisfecho con la respuesta.

Y enfundándose un espeso sobretodo¹⁷, ambos salieron de la casa.

No sin antes ahogar el fuego, que aún chispeante ardía en la chimenea.

Vamos, allí tengo mi auto.

¹⁷ Sobretodo: prenda de vestir que cubre toda la vestimenta de la persona para soliviantar el frío de la calle. Se le llama de esta manera en gran parte de américa latina.

En aquellos momentos, la nevada era intensa, razón por la cual tuvieron la necesidad de apurar el paso hasta conseguir llegar al lugar donde Sorensen tenía estacionado su vehículo.

Solo un minuto tardaron en ello.

El auto se puso en marcha con los dos viajeros un poco alegres por el negocio concretado, y, a pesar de la intensa nevada que se cernía sobre Rovaniemi, ya se dirigían al supuesto bar recomendado por el alemán.

La circulación lenta dificultosa por la inmensa capa de nieve impidiendo una visibilidad casi nula, hacia que Salomón pusiera todos sus sentidos en ella, solo pensando en la manera de acabar sus propósitos funestos para su acompañante.

En pocos momentos abandonaron la ciudad, adentrándose cuidadosamente en el bosque.

Es por aquí donde se encuentra el local, - pregunto un tanto extrañado el finlandés, -

Así es, caballero, está un poco alejado del centro, pero no se preocupe, conozco muy bien el lugar, y no ofrece peligro alguno poder llegar.

Pronto llegaremos, - finalizó.

Ya más tranquilo, el compañero quedó en silencio un tanto ansioso por llegar a su destino, después de todo llevaba mucho tiempo sin compañía femenina, ya casi había olvidado cuando la tuvo por última vez.

Treinta minutos llevaban circulando entre las escabrosas capas de nieve que ralentizaban aún más la marcha, además los copos seguían cayendo de una forma vertiginosa por los caminos del bosque, el limpiaparabrisas casi no podía despejar el cristal, echo que provocó el descenso de Salomón para sacudirla con sus manos.

¡Ya estamos!, - exclamó Sorensen al percatarse de muecas de intranquilidad por parte de su acompañante.

Ve, amigo, observe esas luces allí adelante ¡ese es el lugar!

Goer hubo de relajarse al oír aquellas palabras, y, efectivamente ver las tenues luces que se divisaban a lo lejos, al borde del camino.

De pronto el auto se detuvo.

Dio un pequeño salto, pareció haber chocado con algún obstáculo escondido bajo la capa de nieve.

¿Qué pasa? - preguntó alarmado el finlandés, -

Pues, no lo sé, bajaré del auto para averiguar la razón del choque, usted espéreme aquí.

El hombre obedeció viendo descender a su conductor que fue directamente a un lugar determinado del bosque unos metros más adelante, donde se detuvo.

Un obstáculo parecía impedir la circulación a la vez que Salomón se inclinase para apartarlo.

No lo consiguió.

Tuvo que volver, con paso demasiado apurado hasta el auto.

Amigo, - le llamó abriendo suavemente la puerta que parecía atascarse por el congelamiento de la manija.

Necesito ayuda para mover un objeto que nos impide continuar.

Y no se preocupe, entre los dos lo lograremos, no puedo solo, simplemente es apartarlo del sitio unos pocos metros.

El hombre accedió de inmediato acompañando a su compañero al lugar indicado.

Parece una tapa de metal que oculta algo por debajo, empujemos, - señaló el ficticio Papá Noel.

Entre los dos lograron mover la tapa metálica, duplicando su peso debido a la espesa nieve que se acumulaba sobre ella, dejando al descubierto un gran pozo de dos metros de diámetro y cinco de profundidad.

Esos eran los cálculos que hacían los dos hombres, barajando los posibles motivos de aquel socavón construido por alguien en medio de la nada.

Sin embargo, estuvieron de acuerdo en que lo cavó algún cazador furtivo para conseguir alguna pieza, muy apreciadas por esas fechas.

Efectivamente así era, Goer, con mucha curiosidad se acercó al borde del gigante agujero, asomándose mirando fijamente el interior para divisar alguna posible presa caída en su interior, cuando sintió en su espalda el

contacto de dos manos que con fuerza lo empujaron cayendo de pleno al fondo de la fosa.

¡Eh, oiga! Sorensen, ¿qué ha hecho?, imposible salir de aquí, debe buscar ayuda, no puedo salir, no hay donde sujetarse, busque una cuerda, o algo parecido, pero, hágalo ya, - fueron las palabras enloquecidas del pobre hombre atrapado en aquel agujero, del que, sin ayuda, no saldría jamás.

Las palabras cínicas del alemán se dejaron escuchar, - Perdón, fue un tropiezo que provocó el choque con usted, no se preocupe, intentaré sacarlo, - fue dicha conversación que parcialmente tranquilizó al infortunado hombre.

Dentro de esa madriguera era imposible escapar, si no recibía ayuda del exterior.

Sorensen se dirigió directamente al auto, y abriendo el maletero, sacó dos bolsas, - pesarían unos treinta kilos cada una, - y con demasiada dificultad las transportó hasta el borde del socavón.

El hombre atrapado intentaba adivinar los pasos del que sería su salvador, aunque no se percibía con claridad el objetivo, o la manera de sacarlo de aquella trampa, desde allí abajo era prácticamente imposible.

Salomón volvió al auto, una vez más, trayendo consigo una gran pala recogedora.

A pocos pasos del agujero se encontraba una montaña de tierra semi oculta por la nieve, - evidente que era la extraída al construir el pozo.

Sorensen ¿está usted allí? - preguntaba gritando y desesperado el atrapado.

No obtuvo respuesta.

En aquellos precisos momentos, la nevada cesó. El malvado, alemán procedió a recoger la primera bolsa y empuñando un gran cuchillo, la rajó vertiendo su contenido en el agujero, cayendo de pleno sobre Goer Sapovich atrapado allí.

Los gritos desesperados del infeliz se dejaban escuchar produciendo un eco sordo que nadie era capaz de escuchar en ese paraje inhóspito y alejado de la civilización.

¡Eh, eh, que hace, maldito hijo de perra! -

Esto es cal viva, me va a matar, ¡asesino!

Entonces repitió la acción con la otra bolsa.

Los chirridos angustiosos y dolorosos del pobre finlandés, sintiendo como la cal penetraba lentamente en su cuerpo, eran desesperantes, y ya perforando sus espesas ropas llegaban al contacto con su piel produciéndole un dolor insoportable en medio de la gélida temperatura reinante en esos terribles momentos.

Solo pudo escuchar, y con dificultad, unas palabras de su verdugo diciéndole, -no se queje, su muerte será más rápida, y esbozando una gran carcajada, empuñó la pala y comenzó a verter la tierra que mezclada con la nieve se antojaba aún más macabra.

Los alaridos desgarradores del pobre escandinavo al penetrar la cal en su cuerpo, eran imposibles de describir, solo se podía imaginar el sufrimiento del ser humano al sentir como la muerte lo invadía lenta pero dolorosamente inevitable. Cinco minutos después, se hizo el silencio, y no se pudo percibir ningún tipo de movimiento.

Media hora más tarde, el agujero quedo completamente taponado, y aplastando la superficie del mismo, cubrió con aquella tapa todo el lugar.

En pocos días la nieve comprimirá el terreno, provocando que este noble caballero no sea encontrado jamás.

Con tales pensamientos, el asesino abandonó el lugar dirigiéndose al auto, no sin antes recoger cuidadosamente los artilugios empleados en la acción, para asegurarse de que no quedara vestigio alguno de tal cruel acto.

Y poniendo el vehículo en marcha, se dirigió hacia aquellas luces que se percibían en la distancia.

Era esa la casa donde vivía, además, el escenario de la matanza más cruel realizada hasta la fecha, y muy posible difícil de igualar.

Ya dentro de su habitáculo, y relajado por completo, se colocó muy cerca de un crepitante fuego que ardía firme, colocándose a pocos centímetros acercándose una silla, para que el calor del mismo penetrase en su piel provocándole un gran placer.

Acto seguido, se sirvió un buen vaso de wiski sueco, y comenzó a planificar su siguiente paso, no sin antes

brindar por aquel desgraciado que descansaba en el fondo de la fosa.

Dos días después se hizo pública la ausencia del Papa Noel, y la casa debía abrirse en breve para atender las múltiples visitas programadas de muchos niños deseosos de ello.

La casa seguía cerrada y la temporada daba comienzo en breve.

Los encargados deberían solucionarlo ya, el asunto urgía.

Y, allí, apareció el buen hombre con aspecto de bonachón y buena persona.

Se enfundó el traje más elegante, y hubo de presentarse en las dependencias del municipio.

Muy pronto sedujo a los directivos que se convencieron al instante de que sería un buen sustituto de Goer Sapovich mientras este estuviera ausente.

Las visitas a la Casa de Papá Noel serían constantes, y los niños no sospecharían nada del reemplazo, pronto aparecería el titular volviendo a su trabajo.

Mientras tanto, Salomón ocuparía su lugar.

Una simple condición había sugerido el malvado asesino, no estaría más de quince días, ya que sus obligaciones así lo requerían.

Todos de acuerdo, los alcaldes convencidos de que ese tiempo era suficiente para encontrar sustituto, siempre que no volviese el titular. Y aceptaron la sugerencia.

Y allí aparecía nuestro macabro hombre en La Casa de Papá Noel, sentado en el trono, y saludando a cada niño, qué posándose sobre sus rodillas, le pedían regalos.

La concurrencia era masiva, los turistas acudían por millares llevando sus criaturas a dicha casa navideña.

El momento era ideal.

Elegía cada niño para entregarle aquella tarjeta, donde invitaba al poseedor de la misma a un día gratis para todos los juegos del parque.

Los encargados de dirigir el parque se pusieron de acuerdo en el proyecto, cobrando, por supuesto, una suma de dinero, y viniendo dicha idea del personaje, aceptaron al momento.

Además, el municipio lo aprobó, las fechas eran idóneas, y no dudaron en ponerla en práctica.

Efectivamente, distaban muy- mucho de imaginar el plan sanguinario que se escondía detrás de esas buenas acciones.

Aquella misma noche, debía estudiarlo muy bien sin despertar ningún tipo de sospechas.

Y con esos pensamientos revoloteando dentro de su cabeza, abandonó el local, cuidando muy bien de cerrar las puertas como todos los días.

Su jornada diaria había finalizado.

A pocos metros de allí, estaba aquel niño, que, como casi todos los días, deambulaba por la zona, intentando obtener algunas monedas para llevar un mendrugo de pan a su empobrecida familia.

Solo intentaba subsistir el día a día, mediante limosna conseguida por algún viandante, que, con un simple acto de caridad, le entregaba.

- Buenas noches, hijo, - le interrumpió Salomón interceptándole el paso. -

El niño contestó con voz ronca y temerosa, -Hola, señor, ya me iba, mi mamá estará esperándome en casa.

No te preocupes, - contestó el hombre, - solo quiero darte un poco de dinero y regalarte unos juguetes que llevo en el auto.

El niño, que con no más de diez años, aceptó de inmediato embolsándose rápidamente unas cuantas monedas que le entregó el cruel, Papá Noel, ya despojado de su habitual disfraz.

Una vez que hubieron llegado al auto, lo introdujo mediante cierto engaño, y poniéndolo en marcha se alejó rápidamente del lugar.

¿A dónde vamos, señor?, - preguntó el pobrecillo e ingenuo pequeño, ante tal situación, -

A un lugar donde encontrarás muchos regalos, y más tarde te llevo a casa.

La sonrisa del niño se dibujó en el rostro, imaginando los presentes que aquel desconocido, tan amablemente, le ofrecía.

Cuarenta minutos después, llegaban a la maravillosa guarida, - sin prácticamente dialogo entre ellos, -invitando al acompañante a descender del vehículo, y dirigiéndolo hasta la habitación donde almacenaba cantidades variadas de juguetes infantiles, lo invitó a que tomara todo lo que deseara.

Que alegría se llevará mi mamá cuando le cuente todo esto, y, además darle todas estas monedas.

El niño eligió unos cuantos juguetes que apartó hacia un lado, obedeciendo a su anfitrión.

Déjalos allí, luego te ayudaré a llevarlos hasta el auto.

Una vez que abandonaron la sala, la puerta se cerró, y por momentos se hizo el silencio.

Tu espera aquí, -sentenció con un tono de voz que denotaba cierta maldad, -

El infeliz obedeció.

Salomón Sorensen fue hacia la habitación donde siempre la tenía cerrada con doble vuelta de llave.

En el centro de ella se encontraba un caldero, - tipo olla, - de un metro de diámetro aproximadamente, y debajo, un gran hornillo que funcionaba con carbón vegetal que tardaba muy poco tiempo en calentar el contenido de dicho caldero.

Esta vez lo llenó hasta el borde, con agua proveniente de nieve derretida, y que en pocos minutos entraría en ebullición.

Del techo, pendía una soga fuertemente amarrada y una polea que permitía subir y bajar a placer, el bulto que se le insertara.

Perfecto, - se dijo, - en poco tiempo estará todo listo.

Salió de la habitación.

El hombre le ofreció al pequeño unos dulces, mientras daba tiempo a que el hornillo cumpliera su misión, calentar el agua.

¡Mmmm!, que ricos, - ¿tiene alguno más?, - le preguntaba preso de una inmensa alegría, - ¿y los regalos, señor?

Una pregunta tras otra formulaba el emocionado pequeñajo.

Ofreciéndole más de lo que pedía, le contesto, - sí, vamos por ellos.

Y lo condujo hacia la habitación donde la gigante olla ya había entrado en ebullición.

Una vez dentro, la puerta se cerró con macabro sonido de bisagras que retumbaban como presagio de algo horrible y difícil de imaginar para cualquier mente humana provistas de un mínimo sentido común.

Cuanto calor hace señor, ¿es aquí dónde me entregará los regalos?...

CAPITULO 13

TERCERA PARTE

A propósito, niño, ¿cómo te llamas?

Billy, Billy Fenton.

Perfecto, Billy, ahora vamos a hacer una cosa.

Dígame, ¿me va a dar ya los regalos?

Claro, claro, pero antes tengamos una sorpresa, cierra los ojos y pon las manos atrás con las piernas muy juntas.

¿Así, señor? Así, perfecto.

El macabro personaje apretó con fuerza las manos del debilucho niño, atándolas fuertemente con una soga, de seguido repitió la operación con las piernas de modo que el niño quedara totalmente inmovilizado.

El pequeño abrió los ojos, un tanto incrédulo, pero apenas tuvo tiempo de pronunciar palabra cuando se sintió impulsado hacia arriba activado por la polea instalada en el techo.

De inmediato, Salomón, con el niño ya en el aire, y mudo por la inesperada situación, lo desenganchó de la polea, y volteándolo por completo, lo volvió a enganchar, de modo que el pequeño Billy, quedó colgado cabeza abajo.

Fue en ese momento que empezó a dar alaridos de terror al notarse en esa situación.

-Calla, maldito, - aquí nadie podrá oírte, - eran las palabras tenebrosas de Sorensen, siempre con aquella sonrisa malévola dibujada en su rostro.

- Ahora, prosigamos, -sentenció.

La polea, una vez puesta en funcionamiento, trasladó el cuerpo de Billy, prácticamente inerte por lo perfectamente sujeto que estaba por las cuerdas, hasta la posición exacta donde estaba instalado el gigante caldero, ya en su máxima ebullición.

La cabeza del pequeño quedó justamente encima de la olla, a unos 75 centímetros.

El niño ya notaba en su cuerpo el inmenso calor procedente de allí.

Comenzó a sudar a medida que la polea bajaba lentamente acercándolo a la boca del gran recipiente, humeante de vapor de agua.

Los gritos del pobre infeliz que desprendía su garganta, eran desesperantes, presagiando que pasaría si la cuerda pendiente del techo seguía bajando.

Y, efectivamente, así lo hacía.

Su cabeza rozaba ya el agua hirviendo, sintiendo las salpicaduras de gotas que emanaban como puñales del caldero, y que laceraba sus pómulos no alcanzando aún ninguno de sus ojos.

Centímetros faltaban ya para que la cabeza rozara el agua, burbujeante como si de un geiser se tratara.

La cara de Salomón Sorensen aparecía como disfrutando al máximo de aquella aberración.

De pronto detuvo la polea, accionado una palanca, a tan solo diez centímetros del agua, que ya había alcanzado parte de su cabello.

El hombre recogió un tarro de vidrio de una estantería donde se veían gran cantidad de ellos todos iguales, y lo acercó a la mesa próxima a la olla.

Allí lo depositó.

Era evidente que alguna sustancia recogería en él.

Prosigamos, - continuo, -

El niño atemorizado y sudando copiosamente ya no articulaba palabra.

Y la polea volvió a activarse, continuando su trayectoria hasta sumergir la cabeza del pobre Billy en el agua hirviendo.

Las piernas querían moverse dando muestras del inmenso dolor que estaría padeciendo.

El agua le estaría destrozando los ojos, la boca, la nariz, quemándole el pelo perforando el cuero cabelludo, y pocos segundos después dejó de patear.

Ante esto, elevó una vez más la polea, dejando ver un rostro despellejado con los ojos inyectados en sangre, pero aún con un sople de vida en ellos.

Aun no, - dijo el asesino, - y volvió a introducir la cabeza en el agua, ya un poco teñida con restos de piel y sangre.

Un minuto después lo alzó hasta dejar libre un trozo del cuello que no había sido alcanzado por el agua, acercó el envase de vidrio y mediante una certera puñalada a la altura de la aorta, empezó a manar un chorro de sangre que recogía en dicho recipiente.

En pocos segundos hubo de llenarlo quedando el cuerpo del pequeño vacío de sangre.

Ya sin vida desde hacía varios minutos, el cuerpo del desdichado fue descolgado y depositado en una manta extendida en el suelo.

El caldero dejó de hervir, retirándolo del fuego que aún continuaba crepitando.

Agarrándolo fuertemente con las manos el recipiente lleno de la sangre extraída, lo taponó agregándole una sustancia que podía ser formol, devolviéndolo al sitio de donde había sido sacado.

Encontró una lapicera que se encontraba en la mesa, y escribió en una etiqueta el nombre del desdichado, y contenido del recipiente.

Luego lo devolvió a su lugar de origen donde se podían ver una larga fila de recipientes vacíos iguales al ya lleno, como esperando lo mismo, ser rellenos por ... quien sabe que atrocidades.

Al final de la etiqueta, se podían leer las siguientes palabras, - la sangre de Billy, un niño maravilloso, -y así quedó expuesto el primer frasco.

Con la satisfacción en su rostro, que en ningún momento desapareció, con la cabeza totalmente descarnada y desfigurada, con mechones de pelo hecho jirones, y la totalidad del cuerpo pálido por la ausencia de sangre, envolvió el cadáver alzándolo en brazos, trasladándolo fuera de la vivienda.

A varios metros de ella, se encontraba un gran pozo de más o menos diez metros de profundidad y dos de diámetro, disimulado perfectamente entre la nieve.

Deslizó una tapa, también blanca, con lo que le quedaba de ropa, lanzó el cuerpo al fondo de la poza.

Tras este acto, volvió a deslizar la tapa, cubriendo de nuevo el socavón.

Ya tendría tiempo de comprar más sacos de cal viva, para que la putrefacción no se dejara sentir, además sus planes eran llenar esa mortal fosa.

Ya satisfecho por la acción, solo se le ocurrió comentar, - bien amigo Billy, has inaugurado la fosa, ahora vamos a por el segundo...

Y metiéndose en la casa ya que el frío y la nieve arreciaban con furor, añadió, - ahora a tomar algo caliente y mañana volver a ser Papa Noel, ja, ja, ja.

Al día siguiente ya instalado en su provisional puesto de trabajo, observaba en el entorno si habían notado la desaparición de aquel niño que día tras día se ubicaba cerca del lugar para pedir limosna.

Todo estaba tranquilo, con seguridad las autoridades no habrían dado crédito a su madre que estaría demasiado nerviosa por la ausencia de su hijo.

Rovaniemi es una ciudad relativamente pequeña, tendría que emplear mucho cuidado para la captura de su segunda víctima.

Mientras, en su trabajo diario disfrazado de, - Santa, - continuaba repartiendo tarjetas con invitaciones al parque patrocinadas por el municipio.

Y los niños acudían por multitudes, motivados por ello.

Por esas fechas ya era navidad, y cientos, quizás miles de turistas deambulaban la bella ciudad finlandesa, con otros tantos niños deambulando por el parque de atracciones.

Y, allí, observando la situación, siempre a la salida del trabajo, Salomón le había puesto el ojo a una niña que un tanto audaz, se alejaba demasiado de sus padres, confiados y entretenidos con otros turistas amigos charlando animadamente de asuntos incoherentes y típicos de familias adineradas.

Entonces dejó que pasaran las fechas navideñas.

* * *

Esa tarde se presentaba perfecta.

Las nevadas eran continuas y abundantes, y los niños, especialmente aquellos que nunca habían visto la nieve en persona, estaban, -locos, - de alegría jugando con las típicas bolas de nieve que estrellaban entre sí.

Estacionó su auto cerca del parque donde aquella niña solía jugar muchas veces, y fue acercándose a ella sigilosamente lejos de las miradas de las personas que, a pesar de la inclemencia del tiempo, se encontraban por la zona.

Esa pequeña tendría entre diez u once años, con pelo rubio rizado largo y muy linda de cara.

Por los rasgos, - pensaba el asesino, - podría ser noruega, o tal vez alemana, incluso, hasta daba el perfil ya que sería fácil de trasladar debido a la delgadez de su cuerpo.

Erin, no te alejes mucho, - le dijo su padre con rasgos muy parecidos a ella, - está nevando demasiado.

-Así lo haré, papá.

Los padres tranquilos, continuaron sus chacharas ¹⁸ inverosímiles con otras parejas que por el entorno se encontraban.

¹⁸ Cháchara: Conversación totalmente carente de importancia que mantienen dos o más personas.

Salomón esperó el momento.

Llamó la atención de la niña sacudiendo unos cascabeles de colores que resaltaban en la nieve y que había por doquier en fechas como aquellas.

Dos gigantes arboles implantados a un costado de los jardines, le resultaban perfectos para el secuestro.

Erin se acercó, presa de curiosidad al escuchar los hermosos sonidos que producían los cascabeles, relucientes entre los copos de nieve.

La pequeña, al margen de lo mucho que se alejó de sus padres, solo le importó acercarse a ese cascabel rojo que desprendía una luz maravillosa y de extraña belleza.

Se agachó para recogerlo, pero ya no pudo incorporarse, recibiendo un certero golpe en la parte posterior de la cabeza, que le hizo perder el conocimiento al instante.

Salomón la recogió en brazos y corriendo a gran velocidad, consiguió llegar al auto donde la introdujo en el maletero.

Y poniendo en marcha el vehículo se alejó del lugar dando varias vueltas por las cercanías, para que las huellas de las ruedas se confundieran con otras sin posibilidad de descubrir el camino que tomo seguidamente.

Minutos después se alejó del lugar, poniendo destino de su cabaña instalada en el medio de la nada.

Una hora tardo en llegar, debido a lo casi intransitable de la carretera, pero al fin ya estaba frente a su habitáculo.

La niña, aún desmayada por el golpe, la recogió cuidadosamente y ya dentro de la casa, la depositó muy cerca de la chimenea que puso a funcionar de inmediato.

El secuestro había sido consumado con total éxito, -pensó con la satisfacción que ya nos tiene acostumbrados, -el psicópata.

Y esperó a que la pequeña Erin recobrara el conocimiento, no sin antes repetir la misma operación que realizó con el infortunado Billy, atarla bien fuerte de pies y manos, para inmovilizarla por completo.

Erin, Erin, ¿dónde estás? llamaban los padres de la niña, - nos vamos a casa.

Sin obtener respuesta, repitieron la llamada dos o tres veces, ahora con más insistencia.

El mismo resultado, nada.

Dónde se habrá metido, - se preguntaba su madre, ya, más que enojada, preocupada por la ausencia de respuesta.

La noche ya se hizo presente, y aunque se unieron varias personas para intentar encontrarla, por supuesto que no consiguieron el objetivo.

Después de dos horas de intensa búsqueda, un colaborador encontró el cascabel y unas huellas que al poco tiempo desaparecieron debajo de la nevada.

Es decir, se borraron por completo.

Cuando la policía se personó en el lugar, nada sospechoso pudieron encontrar, ni la más mínima pista para tener un simple indicio de lo sucedido.

Inspeccionaron en su totalidad el inmenso parque con los alrededores, pero todo fue inútil.

De la desaparecida, ni rastro.

Solo se escucharon las frías palabras de los inspectores que, en estos casos de desaparición, deberían esperar veinticuatro horas antes de poner en marcha el operativo.

Sería desesperante para los padres, pero nada podían hacer, solo intentar por sus propios medios encontrar su paradero.

* * *

Al contrario que la vez anterior, el contenido del caldero no hervía, pero si manaba de allí un fuerte olor a salobre, y, tal vez un tanto nauseabundo.

La hoguera, ubicada un par de metros más allá del gigante perol, continuaba encendida desprendiendo mucho calor.

La niña colgada, al igual que el malogrado Billy, con las piernas y manos sujetas, y la cabeza boca abajo.

Fue en ese instante que la niña comenzó a dar señales de recobrar el conocimiento.

Gritos potentes de angustia salían de su boca, y terroríficas miradas en derredor marcadas en sus bonitos ojos azules.

- Oh, que maravillosos ojos tienes encanto, habló el satánico alemán, -será una verdadera lástima que los cierres para siempre.

La cría, presa del pánico, era incapaz de articular palabra.

La polea comenzó a deslizar el cuerpo pendiente de ella, desviando un poco la trayectoria del caldero, hasta colocarla frente al crepitante fuego que despedía un inmenso calor.

Salomón le arrancó de cuajo la parte superior de la chaqueta térmica, dejando al descubierto el cuerpo de cintura para arriba.

La polea fue bajando lentamente hacia el fuego, la cabeza de la niña, a 30 centímetros de las llamas, comenzó a sudar copiosamente.

Las gotas manaban a raudales deslizándose a través de su cara.

Rápidamente, Salomón tomó un nuevo frasco de la estantería, y acercándolo a la parte baja de la cabeza de Erin, comenzó a recoger el líquido sudoroso que ya goteaba como si fuera una canilla¹⁹ a medio abrir.

¹⁹ Canilla: simple grifo de cocina o baño.

La cabeza de la niña, con su larga cabellera rubia algo chamuscada por el calor, no paraba de moverse, haciendo que dicho movimiento, provocase más abundancia de sudor grasiento, depositándose en el frasco.

Durante largos minutos continuo el intenso fluido, hecho que provocó la detención de todos los movimientos.

La infortunada, se estaba deshidratando.

Salomón Sorensen, al percatarse de ello, la retiró de inmediato de la hoguera.

La cantidad de grasa ya era suficiente, cerró el frasco conteniendo aquel liquido gelatinoso mezclado con sales corporales y un tanto espeso, y lo colocó a centímetros del anterior que contenía la sangre de Billy.

A continuación, lo etiquetó con el nombre de Erin, escribiendo debajo simplemente, - grasa corporal.

Los dos recipientes quedaron colocados uno al lado del otro, como inicio de una larga fila que tenía pensado obtener.

Segundos después, con el pequeño cuerpo apartado del fuego, la niña pareció recobrar el conocimiento abriendo los ojos cargados de ese terror marcado en su rostro, y con algunas gotas de sudor aun resbalándose por las mejillas.

Pero, mira que ojos tan bonitos tienes, es una verdadera pena que se cierren para siempre.

Regreso a la estantería, y tomó otro recipiente que llenó de un líquido que desprendía un fuerte olor, que lo

identificaríamos como formol, sustancia química que mantiene impoluto lo que se le sumerja en él.

La polea volvió a deslizarse hasta detenerse frente al caldero, que, sin estar en ebullición, continuaba desprendiendo aquel olor nauseabundo.

Tomó de la mesa un gran machete con punta demasiado afilada y ganchuda, acercándose a la cabeza de Erin boca abajo y ya muy próxima a la gigante olla.

La operación que a continuación iba a realizar no tiene manera de catalogarse, ya que estaba dispuesto a arrancarle los ojos estando con vida.

Con gran lentitud, el machete con forma de ganzúa, empezó a penetrar en la cuenca del ojo derecho, ante gritos desgargantes de la infortunada.

La sangre brotó con fuerza inusitada, pero el ojo fue extraído con perfecta precisión, depositándolo en el frasco con formol.

Repitió la operación, y los preciosos ojos azules de Erin, quedaron sumergidos en el líquido, tiñéndolo un poco de rojo.

Lo precintó al instante etiquetándolo simplemente con cuatro palabras, - Erin dos, mirada impenetrable-.

Parecía increíble, pero a pesar de tener sus cuencas vacías, y casi sin grasa en el cuerpo, la pequeña aun daba signos de vida.

Había que rematar la faena, - pensó Sorensen, - y la polea se activó una vez más, permitiendo sumergir la cabecita de la niña en aquel líquido maloliente.

Al momento se escuchó un terrorífico chasquido, aumentando la emanación de, hasta ahora humo tenue, procedente del recipiente gigante.

Era obvio, dicho líquido era ácido sulfúrico en su estado puro.

Un minuto después, la polea levantó el cuerpo apareciendo la calavera corroída por el ácido, permitiendo desaparecer cualquier signo de piel.

Ningún ser humano sería capaz de imaginar el sufrimiento de aquella pobre desdichada, a la que aun sus padres continuaban buscando.

Recogiendo el resto del cuerpo, también fue depositado en la gran fosa donde hacía ya unos cuantos días, reposaban los restos de Billy ya casi carcomido por la acción de la cal.

Esta haría lo mismo con el cuerpo de Erin.

De ahora en adelante debería actuar con sumo cuidado, Rovaniemi era por lo tanto una ciudad relativamente pequeña, y estudiar cuidadosos planes para satisfacer los oscuros deseos de una mente desquiciada y llena de satanismo.

Ni el diablo, hablando en sentido figurado, albergaba tanto odio hacia aquellos, por ser de tan corta edad, no habían empezado a disfrutar de los placeres que otorga la vida.

* * *

Acabadas las fechas navideñas, los turistas abandonaban paulatinamente la ciudad, a pesar de que aún continuaban recibiendo visitantes, pero, claro está, la cantidad había disminuido considerablemente.

Entonces se le ocurrió una idea que podría obtener mucha mercancía, - así llamaba a las posibles próximas víctimas, -de una tirada.

Pero estaba claro, que los pasos a seguir tendrían que planificarlos con una precisión impoluta y perfecta.

Esta idea podría saciar un poco su sed de matar, y además le reportaría mucho dinero.

Al finalizar las fechas navideñas, y ya puesto en el nuevo año de 1970, dejó su puesto de la Casa de Papá Noel, obteniendo del municipio de la ciudad una muy buena remuneración a su gran trabajo con cientos de niños, cuyos padres aportaron gran cantidad de beneficios tanto económicos como sociables.

La nueva gran idea le surgió una tarde paseando por el centro de la ciudad vestido como un gran señor, y disfrutando leyendo los periódicos comentando todos los días del desconcierto de las ultimas desapariciones de niños, de la policía local.

El perfecto traje que lucía, le permitía aparentar una gran persona, noble y simpática, en una palabra, - un lobo con piel de cordero, - un dicho muy antiguo, pero también cierto.

De pronto se detuvo frente a una gran librería donde exhibían las últimas novedades en libros, - se fijó precisamente en ese, - GRANDES ASESINOS DEL SIGLO XIX Y XX.

No lo pensó dos veces, y lo adquirió.

Ya instalado cómodamente en su increíble guarida en mitad de los grandes bosques de Rovaniemi, y después de embucharse de un trago una gran cantidad de vodka ruso, no sin antes echarle una mirada a los tres trofeos obtenidos en la sala del terror, se instaló cómodamente en un mullido sofá de la sala, dispuesto a darle una ojeada al libro recién adquirido.

Mientras, entre sus pensamientos más importantes, le tranquilizaba la idea de que en esos parajes, escondido en mitad de los espesos bosques de la Finlandia lapon, nadie daría con él ni a importunarlo, se sentía demasiado seguro, - en una palabra, - más seguro que, - y lo comparó con otra también célebre frase pronunciada por nuestro ya conocido Carl Sagan,

ESTOY AQUI SOLO, Y PASO DESAPERCIBIDO TANTO COMO... UN GRANO DE ARENA ENTRE TODAS LAS PLAYAS DEL MUNDO...

Se refería al planeta Tierra en el infinito universo.

Y tras tragar otro gran vaso del mismo vodka, comenzó la lectura...

Durante tres largas horas estuvo leyendo capítulo a capítulo ese libro de los asesinos célebres, hasta que se detuvo en uno muy especial que le llamó poderosamente la atención...

GADOR, ESPAÑA 1910

Francisco Nicolás, un viejo curandero, comenzó su lista de asesinatos de niños el 28 de junio de 1910, hasta que fue detenido, y una vez probado su cruel lista de desalmados crímenes, se procedió a su ejecución mediante garrote vil²⁰, medio usado por aquel entonces, y que hoy se continúa empleando en ese país del sur de Europa.

Y leyó detalladamente los métodos que empleaba aquel psicópata asesino.

Con esa base, Salomón esperaba superarlo ampliamente, tal eran esas ideas martillando su mente ya carcomida por la maldad extrema y el ansia de asesinar cruelmente.

¿Por qué no imitarlo?,- pensó.

²⁰ Garrote vil: El reo es colocado en una silla con respaldo, atado de pies y manos, colocándole en el cuello una anilla, que el verdugo acciona, como tipo morsa, estrangulándole inmediatamente. Se dice que el ajusticiado no sufre, pero yo, personalmente creo que sí.

Salomón Sorensen estaba convencido que con gran cuidado y maestría, nunca podrían descubrirlo para efectuar su captura.

El plan se presentaba arriesgado, pero valía la pena intentarlo.

Yo los cazaré todos juntos, de una tirada...

Aquella misma noche puso en práctica su plan y uno a uno, los pasos a seguir.

PRIMER PASO

Promocionar un viaje gratis al Círculo Polar Ártico a 100 millas de Rovaniemi, que tendría como objetivo más importante visualizar y admirar las increíbles e inigualables auroras boreales, todo ello acompañado de maravillosos regalos para los peques que se unieran a la excursión.

La bañadera²¹ transportaría solo a tres padres, - elegidos al azar, - ya que el cupo de la misma sería reducido, - solo viajarían niños.

Tendrían preferencia aquellos pequeños que obtuvieran el ticket que el municipio les diera en las pasadas navidades, para el parque de atracciones.

Seguramente pocos niños de esos quedarían, ya que la inmensa mayoría eran turistas, y se habrían marchado,

²¹ Bañadera: Especie de autobús, no muy grande, dedicado al transporte de alumnos para llevarlos al colegio, y retornarlos a casa.

pero se encontraría con muchos residentes que estarían encantados de realizar ese maravilloso viaje.

Los primeros 50 que se apuntaran tendrían la preferencia de viajar.

SEGUNDO PASO

Encontrar un conductor experimentado en llevar ese tipo de vehículo, y contratarlo para dicho viaje, claro está, ofrecerle una buena cantidad de dinero.

Creía que este segundo paso no sería difícil de solucionar, la temporada fuerte había terminado, y muchos se quedarían sin trabajo.

Por consiguiente, los postulantes no faltarían.

TERCER PASO

Como ya conocía el establecimiento donde alquilaban ese tipo de transporte, el dueño de la empresa contrataría a un conductor ofreciéndole gran suma de dinero, y pagándole por adelantado, aceptaría de inmediato, - por supuesto que el empresario recibiría una suma parecida a la entregada al conductor.

Actuando de esa manera, Salomón se ganaría la confianza del empresario.

De más está decir que Sorensen se presentaría aparentando una persona mayor y de buen pasar,

imposible de reconocer mediante un disfraz muy bien caracterizado.

Y CUARTO PASO

Dirigir la bañadera al lugar indicado, del resto se encargaría el propio alemán.

El macabro plan daría comienzo lo antes posible, ya necesitaba volver a matar.

Cerró el libro, no quiso leer más.

* * *

Elaboró multitud de carteles promocionando el precioso viaje al Círculo Polar Ártico, señalando en dichos folletos, el día, la hora y lugar de partida, con los chicos y los tres padres acompañando la excursión.

La idea de que viajaran los progenitores, - hombres o mujeres, - era simplemente para demostrar plena confianza en dicho viaje, y que fiscalizaran todo el trayecto controlando el comportamiento de los niños. Dichos volantes fueron colocados en sitios estratégicos, e idóneos para que el público pudiera leerlos y poder informarse con facilidad del asunto.

Disfrazado con una perfecta peluca y un espeso bigote, llevando lentes de los llamados, - culo de botella, - pago a un indigente para que colocase la publicidad.

Las familias que aceptaran el viaje, deberían presentarse en un determinado lugar, donde una persona estaría junto al vehículo que los llevaría a destino.

Todo estaba perfectamente detallado en los carteles, que fueron colocados en partes muy concurridas de la ciudad.

El conductor no fue difícil de encontrar.

Un hombre de 40 años aproximadamente que acreditó tener experiencia en la conducción de vehículos grandes.

Salomón Sorensen, disfrazado de aquella manera, contactó con el conductor dándole las ordenes pertinentes mediante la entrega de una fuerte cantidad de dinero.

Amigo, - le dijo, - la otra mitad al concluir el viaje. ¿Qué le parece?

Impresionado el hombre al verse con tanta plata junta, asintió sin poner ningún tipo de objeción.

Al día siguiente, el conductor puso en práctica la primera orden recibida, alquilar la bañera dando sus datos personales.

Finlandés, 41 años, trabajador en paro, y separado de su mujer, sin hijos, con dirección tal, tal y tal... y de nombre George Peterson.

Una vez realizados estos trámites, solo quedaba esperar el día de la partida.

* * *

Y ese día llegó...

Tal como George había sido instruido, por orden de llegada, los niños irían subiendo al coche bañera, bajo su estricto control, de uno en uno, y luego los tres padres elegidos por los familiares pertinentes.

Muchos de los pequeños quedaron fuera, ya que el cupo era limitado, convenciéndoles de que pronto habría más excursiones.

El vehículo ya completo, iba ocupado por 50 niños, - de entre 8 y 12 años, - y los tres padres, compuestos de dos hombres y una mujer.

Todo listo, y el autobús se puso en marcha en medio de una colosal algarabía de los ocupantes.

El día se presentaba milagrosamente óptimo, no nevaba y el frío no alcanzaba los 0 grados.

La bañera tomó el camino del bosque siguiendo el itinerario previsto.

A pesar de que a George le llamó un tanto la atención, puesto que la ruta elegida, no era la idónea para llegar al destino programado.

Pero ordenes son ordenes, - pensó, -alguna sorpresa le reservaba Sorensen para aquellos pequeños enloquecidos por el viaje.

Este es el viaje previsto, -le decía el conductor a uno de los padres que se había percatado de que no era el trayecto adecuado.

No se preocupe, caballero, es una sorpresa para los pequeños, - contestaba el conductor sin tener la más remota idea del destino que había tomado.

Entonces, el bus comenzó a introducirse en el bosque adentro.

Cuarenta minutos tardó la bañadera para llegar a un rellano donde esperaba un hombre gordo con el disfraz de Papá Noel.

Los niños, al distinguirlo entre el suelo impregnado de nieve, comenzaron a dar signos de alegría, imaginando los bonitos regalos que les esperaban.

El vehículo se detuvo.

Salomón, disfrazado del peculiar personaje, señaló la detención alzando ambos brazos.

¡Jo, jo, jo! - llamó la atención de los 50 pequeños, que, poseídos de una inmensa alegría, saludaban a través de las ventanas.

Peterson descendió, allegándose al costado de su jefe, improvisando unas pocas palabras, aún sin llegar a comprender las pretensiones del mismo.

Buenos días, señor Peterson, saludo amablemente el improvisado Santa Claus.

Al momento fue correspondido en tan amable saludo.

Por favor, comuníquelos a los padres que desciendan un momento del bus, usted quédese con los niños, no tardaremos mucho tiempo en preparar la primera sorpresa del día.

Obedeciendo el encargo, los padres descendieron, saludando al anfitrión muy amablemente.

Señoras, caballeros, antes que nada, les doy las gracias por asistir a este tan agradable paseo, - comenzó diciendo, - si son tan amables, acompáñenme que les enseñaré la gran ilusión que, con tanto amor y cariño he preparado a vuestros niños.

Llegaron a la maravillosa posada de Sorensen, enseñándoles una por una las tres habitaciones ya listas y adornadas con una peculiar presentación colmada de innumerables bultos que supuestamente contenían diversidad de regalos.

¿Qué les parece?, - les preguntó.

Maravilloso, wanderfull... exclamaron al unísono los dos hombres y la bella mujer.

Que contentos quedaran los pequeños.

Observen, las otras dos salas son muy similares, que les parece si los ubicamos en grupos de 16, y uno de 18.

¡Perfecto! - estuvieron de acuerdo los ingenuos visitantes.

-Bien, si son tan amables, me gustaría que ustedes dos, - refiriéndose a los hombres, - me acompañasen a una choza que hay a pocos metros, para que la sorpresa sea mayor y puedan vestirse como yo.

-No se preocupen por el frío, la cabaña está totalmente climatizada, por lo pronto no lo van a sufrir.

-Mientras tanto, usted, señora, si le parece, nos espera aquí, no tardaremos en volver.

-Así lo haré, no se preocupe, - contestó la señora.

Y los tres hombres abandonaron el recinto camino del lugar indicado con anterioridad.

Llegaron a la puerta de la casucha.

-Señores, acérquense un momento, quiero enseñarles esto...

El alemán con un poco de esfuerzo, ya que la nieve cubría aquella fosa, solicitó la ayuda de los dos hombres, hasta que el pozo quedó al descubierto.

-Acérquese, por favor, y miren abajo.

-Gracias.

Incrédulos los hombres obedecieron.

Fue entonces, cuando Salomón Sorensen extrajo de uno de los bolsillos del traje, una pistola provista de silenciador

y disparo dos veces, - a bocajarro, - contra los dos infelices, - chas, chas.

Los impactos dieron de pleno en la nuca de los dos hombres que, en el acto, cayeron al pozo donde aún quedaban vestigios de las muertes anteriores.

Echó un vistazo, no se movían.

¡Perfecto! pensó con satisfacción. Volvió a la choza donde guardaba varios sacos con cal viva, y los arrojó encima de aquellos desgraciados.

Tras este acto, volvió a tapar el agujero, dejando que la propia nieve desatada de improviso en aquellos momentos, volviera a cubrirlo.

Ahora, volvamos a la casa, allí espera la señora que será agradable conmigo, le guste o no.

Entró, cerrando tras de sí, con ese sonido seco y tenebroso que producían las bisagras endurecidas por el frío.

¿Todo listo? - preguntó la señora.

Así es, bella dama, bebamos antes un poco de vodka que el frío acecha, los señores ya están listos para la sorpresa.

Le tendió un gran vaso de la bebida que la mujer agradeciendo, se la zampó de un solo trago.

Salomón simuló imitarla sin ingerir una sola gota de vodka, simplemente habría que esperar unos pocos segundos para que el brebaje surtiera el efecto esperado.

Y así fue.

La mujer cayó desplomada al suelo, recogiéndola rápidamente, y llevándola al dormitorio donde allí, luego de despojarla de la totalidad de sus ropas, la violó salvajemente como una bestia en celo, haciendo alarde de su lujuria.

La infortunada señora aun inconsciente, fue alzada entre los potentes brazos del alemán, - que ahora, además de asesino también era violador.

Tras llevarla a orillas de aquel satánico pozo, volvió a mover la tapa, ya casi cubierta por el blanco elemento, le descargó un tiro en la nuca, y la lanzó al fondo del pozo quedando sobre los hombres recién depositados.

La desgraciada apenas realizó un pequeño estertor al recibir la bala, puesto que aún estaba con vida.

Volvió a echar una poca de cal, tras el cual cerró nuevamente el pozo, y todo quedó como al principio, como si no hubiera pasado absolutamente nada.

Insignificante signo de humanidad al no enterrarla con vida.

-No hubiera sido justo que sufrieras más, te merecías una muerte rápida, y no lenta, si te hubiese enterrado con vida, y eso, por los servicios prestados.

Y tras una potente carcajada se alejó del lugar.

* * *

Bien, ahora la segunda parte del operativo. Fue en busca de la bañadera donde los niños esperaban ansiosos el momento feliz.

Casi una hora había transcurrido cuando llegó a su destino.

Peterson allí seguía, ajeno a todo entreteniéndolo a los chicos con cuentos y anécdotas.

¡Al fin! jefe, ya no sabía que contarles a estos diablillos.

-Ok, Peterson, ahora usted me esperará aquí, mientras llevo a los niños a darles los regalos, ya que los tres padres los están esperando, y de pasada le traigo el dinero pendiente para saldar la cuenta.

-Aquí lo espero, amigo, - contestó impaciente con claras muestras de codicia.

* * *

-Niños, venid todos conmigo, ¡llegó la hora!

Alborotados los 50 peques, siguieron al alemán con aquella ilusión propia de esas edades, totalmente ajenos al drama que les esperaba.

-Vean, tres habitaciones, la primera es para todas las niñas, - 16 en total, las otras dos se reparten 17 en cada una, ¿me han comprendido?

-Adelante pueden ir pasando y disfrutar de todos esos regalos, son para ustedes.

-Luego iremos por los mayores, y retomaremos el camino hacia el Círculo.

¡Hurra, hurra, hurra! - exclamaban todos muy pero muy lejos de imaginar el final próximo que les aguardaba.

Una vez que estuvieron los niños dentro, cerró herméticamente las puertas y las habitaciones quedaron selladas.

Tenían agua y comida para varios días, lo cual estarían con vida, aunque si, muy temerosos por la situación.

Salomón tomó de la cocina una botella con un líquido rojizo y viscoso, y agregó dos vasos.

Los introdujo en una bolsa de plástico, y abandonó la casa cerrando cuidadosamente la puerta.

Aún se oían los gritos de alegría de los niños, que muy pronto se tornarían de terror.

Puso en marcha el auto, arrancando muy suavemente ya que la espesa nieve impedía circular con normalidad.

Unos cuantos minutos después, se detenía junto a la bañadera donde paciente esperaba Peterson siguiendo fielmente las órdenes recibidas.

-¡Al fin, caballero! estoy a punto de congelarme.

Y de inmediato la pregunta de rigor se dejó escuchar, - ¿dónde están los niños y los tres padres?

-Están disfrutando con los pequeños los regalos recibidos, no tardarán en presentarse, - contestó con amabilidad, - mientras, bebamos un trago de este maravilloso coñac francés, para calentarnos un poco.

-Una excelente idea, jefe, - respondió Peterson ávido de poderlo engullir.

Y ubicándose cómodamente en uno de los asientos del autobús -bañadera, Salomón le extendió un vaso y destapando la botella hubo de llenarlo hasta el borde, haciendo lo mismo con el suyo, - Salud, amigo Peterson-

-Lo mismo le digo, - contestó el infeliz, zampando el contenido del vaso de un solo trago.

-¡Mmmm!, sabroso, - ¿usted no bebe? - Si, por supuesto, pero mi garganta no soportaría una inundación como la que acaba de realizar, tome otro poco, y le llenó el vaso nuevamente.

Mientras, Sorensen hacía parecer que su vaso se acercara a su boca, Peterson volvió a repetir la acción anterior.

El alemán, sin haber ingerido una sola gota de aquel brebaje parecido al ilustre licor, esperó unos segundos.

No tardó en producirse el momento esperado.

¡Eh jefe... trajo mi Dine.... Diner..., y ya no fue capaz de articular ninguna palabra, cayendo a plomo sobre el pasillo de la bañera.

-Ok, - exclamó, al momento lo ató fuertemente de pies y manos, amarrándolo a otro de los asientos de manera que quedara totalmente sujeto e imposible de realizar cualquier movimiento.

Transcurridos segundos, se puso al volante del autobús, y circulando a marcha demasiado lenta, inicio el camino hacia un lugar previamente elegido por el asesino.

Veinte minutos fue el tiempo empleado en llegar al destino programado, el borde de un acantilado donde cincuenta metros más abajo, estaba el mar, con un oleaje extremadamente violento, con enormes olas de diez metros, que explosionaban contra la pared rocosa.

Descendió del autobús, ya colocado a pocos metros del borde, con el motor en marcha.

Solo necesitaba un leve empujón para arrastrar al pesado vehículo hacia el abismo.

A pocos centímetros del borde, la bañera se detuvo. La nieve impedía su marcha hacia el objetivo. Incluso intento empujar con todas sus fuerzas, pero le fue imposible cambiarla de posición.

Solo faltaban centímetros y la caída seria inminente, insistió, pero su fuerza no era suficiente, allí seguía estancado, muy próximo al precipicio.

Solamente le quedaba una posible solución al problema, volver por su auto, y mediante un leve toque quizás lograra moverlo.

No espero más, y corriendo tanto como le fuera posible fue en su busca.

Tiempo tenía, además, en aquel paraje desolado nadie se presentaría, solo debería mantenerse activo para que el frío no lo afectara.

Media hora después, logro alcanzar su objetivo, a poca distancia podía divisar el auto.

Se introdujo en el sacando de la guantera una botella, que destapo enchufando su boca en el pico, y dando un gigantesco trago, casi la dejo por la mitad.

Puso el contacto, que, con un poco de dificultad, consiguió arrancarlo.

Llegó junto a la bañera, descendió de su vehículo, y echo un vistazo en el interior, todo continuaba en orden, Peterson seguía dopado tal como lo había dejado.

Y entonces se produjo el pequeño empujón que le permitió a la bañera caer a plomo por el acantilado destrozándose en partes al golpear contra la pared rocosa, para, finalmente tomar contacto con el mar, más embravecido en esos momentos.

Se quedó mirando unos instantes la espectacular caída, hasta que el inmenso vehículo se sumergió lentamente, acabando con seguridad en el fondo.

El eco producido por el gran estampido del golpe se perdía entre los sonidos estridentes del oleaje estrellándose contra la pared de rocas.

La fuerte corriente lo llevaría lejos, imposible de encontrar, dificultad añadida debido a la gran profundidad del mar en aquella zona del Ártico.

Satisfecho, volvió a su auto, y retomó el camino de su posada, con el botín a buen recaudo.

* * *

Los niños gritaban asustados, no entendían la situación.

¡Calmaos, calmaos! gritaba Salomón con fuertes gritos intimidantes.

Y estos, temerosos obedecían, con la incertidumbre impregnada en sus cuerpos.

Se acercó a la habitación de las niñas, - que se acerque a la puerta la niña cuya madre está aquí. La pregunta no tardó en tener respuesta, - Soy yo, señor. - Bien.

Abrió rápidamente y agarrándola con fuerza del brazo, la empujó fuera de la sala, cerrando nuevamente la puerta.

-A las demás, si tenéis hambre, coman, allí tienen todo tipo de alimentos, ¡coman! repitió.

Debía conseguir otro trofeo, pensó el alemán-

Entraron en la sala del caldero, la temperatura era agradable.

El fuego crepitaba con fluidez.

La operación volvió a repetirse, hubo de quitarle la parte superior de la ropa, - la pequeña parecía hipnotizada, dejando hacer al hombre sin ninguna posibilidad de defenderse.

Tras atarla, la colocó cabeza abajo, siempre colgando de aquella polea.

Retiró otro de los frascos de vidrio colocados en la estantería, aunque este parecía un poco más pequeño que los anteriores.

La niña, presa del pánico continuaba sin articular palabra, muda por completo.

La pregunta surgió de súbito, - ¿Cómo te llamas? -Se demoró unos instantes en contestar, pero al fin lo hizo, - Renee, señor, - y aún tuvo fuerzas para preguntar, - ¿y mamá?

-Ya vendrá, -respondió secamente, -y acercando el recipiente a la barandilla de la infortunada, comenzó a propinarle fuertes golpes en la espalda desnuda, con un látigo de cuero, que al momento le provocaron sangre.

El llanto surgió al instante, aquel lacerante dolor producido por el látigo, producía copiosas lágrimas que el asesino recogía, acercando el recipiente al goteo incesante manando de sus ojos. Mas golpes, más lágrimas, y así,

hasta que la pequeña perdió el conocimiento en medio de un gran charco de sangre.

-Creo que ya está bien, - dijo el malvado alemán, - el tarro no se llenó, pero ya hay lágrimas suficientes.

Repitiendo la misma operación, cerró herméticamente el bote, con el nombre de la niña y su contenido.

Y lo colocó en la fila de recipientes, sus preciados trofeos.

De inmediato procedió a estrangular a Renee, que inerte había dejado de respirar.

Y la misma operación, conducirla al gran pozo, donde reposaban los demás restos humanos.

Otra bolsa de cal cayó sobre la recién llegada, y tapó.

Mañana iré a la ciudad para investigar cómo está el asunto, y de paso intentare divertirme un poco.

A la mañana siguiente, luego de un frugal desayuno, - café con leche, tostadas, un vaso a rebosar de un coñac de marca, se acercó a las puertas de las habitaciones, el silencio era total.

Todo en orden, - se dijo, - abandonando su casa rumbo al centro de la ciudad de Rovaniemi.

Lo primero fue comprar el diario para informarse de los sucesos más recientes.

Todo perfecto, solo hablan de la desaparición de los niños y de la bañadera.

Cómo pensaba, solo buscan al presunto autor, un tal George Peterson, culpándolo prácticamente de los hechos, - algún día lo encontraran ... ja, ja, ja, ...

La mañana y parte de la tarde se dedicó a almorzar y dar varios paseos por el centro de la ciudad, pensando ya en el próximo sacrificio, y la forma de hacerlo.

La mente cruel, retorcida y despiadada de este individuo, no tenía descanso, y ya, habiendo decidido cual sería la forma de, - ayudar a descansar eternamente a su siguiente víctima, - retornó a su casa, perdida entre los montes nevados de esa bella y maravillosa ciudad como lo era, y seguirá siendo, Rovaniemi.

* * *

Entró en la macabra habitación y preparó el inmenso caldero con agua en estado natural, es decir fría, o mejor dicho, - del tiempo.

Se detuvo en una de las habitaciones donde se encontraban reclusos los pequeños, preguntando con voz potente y firme, - ¿alguno de ustedes quiere jugar al juego de la rana?

La respuesta no se hizo esperar escuchando al unísono varios síes del otro lado de la puerta.

-Bien, muy bien, que se asome el primero a la salida.

Abrió, y muy rápido arrastrando del brazo al chico más cercano lo empujó fuera cerrando nuevamente la puerta.

¡Juguemos! - exclamo sonriente.

El niño, demasiado temeroso preguntó, - ¿cómo se juega, señor?

-Ya lo veras,- y agarrándolo con fuerza lo arrastró hacia la habitación del caldero que allí esperaba impaciente, la aparición de un nuevo cliente.

No creo que cabría en la cabeza de ningún ser humano, solo en pensar de realizar aquel juego macabro y despiadado.

Está establecido que..

Si cazas una rana y la echas en una cazuela

de agua hirviendo, ella, por instinto de salvar

su vida, salta fuera automáticamente, sin embargo

si la colocas en agua fría, allí se quedará plácidamente

nadando, si empiezas a calentar el agua muy despacio,

no se dará cuenta de ello, y sigue nadando.

Una vez que el agua está en ebullición, tampoco se

percatará, y se dejará hervir hasta su muerte.

El niño fue despojado de todas sus ropas y tomándolo en brazos, lo introdujo en el caldero.

- Esta fría, señor, - protestó el niño, -

-No te preocupes, tú eres la ranita, y pronto estarás a gusto.

Recogió una gran tapa del tamaño de la olla, con un agujero en el medio.

Colocó la cabeza del pequeño allí, y precintó la tapa, de modo que solo quedaba al descubierto la cabeza.

Y de inmediato encendió el fuego.

Los primeros minutos hicieron que el niño estuviera a gusto pensando que lo estaban bañando, además mucha suciedad tenía en todo su cuerpo.

La temperatura del agua comenzó a subir de tal modo que el chiquillo empezó a quejarse, - ¡Señor, señor! -me está quemando, déjeme salir-

Ya saldrás, - el regocijo reflejado en sus facciones estaba de manifiesto, disfrutaba del sufrimiento de ese pobre desgraciado al que ni siquiera preguntó su nombre, estaba claro que de él no quedaría nada para el frasco de turno de su macabra estantería.

Durante los siguientes diez minutos, en aquella siniestra habitación de torturas, solo se oían gritos desgargantes del pobre niño que se estaba desollando en vida, y alguna que otra carcajada de Salomón Sorensen que disfrutaba

con los gestos inverosímiles que se reflejaban en la cara del infortunado mártir.

Así estuvo disfrutando de la situación, hasta que la cabeza del pequeño se desplomó de lado con un color morado, y con los ojos aún abiertos teñidos de sangre saltándose de sus orbitas.

Era evidente, acababa de morir.

Luego, la misma operación, llevarlo en brazos, esta vez con mucho cuidado ya que la totalidad del cuerpo estaba despellejado por completo, pudiéndose ver los huesos entremezclados con jirones de piel achicharrada y cocida por el agua hirviendo.

- A la poza, -a dormir la mona con los demás, - exclamó satisfecho, lanzando al fondo otra bolsa de cal viva.

* * *

INTERRUPCIÓN DE LOS HECHOS

Señores lectores, no voy a continuar detallando el final de todos esos niños que aún estaban en las habitaciones, solo decirles que fueron desfilando uno tras otro hasta quedar el último, al que cocino, - siempre estando con vida momentos antes de producirse el desenlace fatal desencadenado la muerte, en una parrilla como si fuese una res.

Fue sacrificándolos de a uno, arrancándoles el corazón, a otros, los pulmones, el hígado, etc, etc, y colocando sus vísceras en los frascos debidamente etiquetados para que formaran parte de su colección particular, sencillamente orgulloso de ella.

Simplemente decirles que de aquel último chico al que asó a la parrilla, se cree que lo comió, produciendo un atenuante más a su lista de atrocidades, - el canibalismo, - aunque de este hecho no se tienen pruebas evidentes.

Yo, personalmente creo que lo hizo.

La mente del asesino no paraba de idear atrocidades y a los pocos días de aquellos crueles delitos, ya ideo otro plan tan macabro como el anterior, tal vez más hiriente porque tenía que ver con los sentimientos humanos.

¡Ahora, a poner en marcha el nuevo plan! -exclamó, - debo tener mucho cuidado y estudiarlo a la perfección.

-Lo primero es elegir un disfraz de alta definición, para luego alquilar un local, a ser posible, pequeño, en la ciudad.

-Después, imprimir unos cuantos folletos para que esa persona que necesite los servicios reflejados en él, acuda a mí.

Pensó un buen rato, para escribir un texto que impacte e interese la curiosidad del posible cliente, que en realidad necesite con desesperación a necesidad de esos

servicios al cual podrían destrozarle la vida, y que con garantía absoluta se le estaba ofreciendo.

Ya, en su escritorio, lapicera en mano, escribió lo siguiente:

MAESTRO SALVADOR

Auténtico e ilustre vidente espiritual, muy poderoso, con extrema rapidez y eficacia garantizada, con poderes naturales en su extensa trayectoria.

Con su experiencia, les ayuda a resolver todo tipo de problemas, y rápidos, por difíciles que sean.

En amor, enfermedades crónicas e incurables para la ciencia, además, recuperar o encontrar pareja, mal de ojo, suerte y salud, atraer clientes en su negocio o comercio, impotencia sexual, mantener el puesto de trabajo, protección familiar, depresión, etc, etc.

Resultados 100 por ciento garantizados.

Precios, la voluntad del necesitado, exceptuando la solicitud médica para solicitar un caso de vida o muerte.

Visitas, todos los días de 8 a 20 horas.

DIRECCION...

Leyó una y otra vez el texto, le pareció ideal, solo faltaba el lugar dónde se instalaría, y adornarlo de manera que pareciese el auténtico altar de un sanador bueno y eficaz.

No tardó mucho en encontrar ese local, un tanto pequeño, y cerca del hospital de Rovaniemi, el sitio idóneo para, - pensaba, - lograr sus objetivos, lucrarse económicamente, además, en lo suyo, volver a asesinar.

Pasaron quince días, - ya estaba todo listo, solo faltaba esperar la visita del primer cliente desesperado por su situación.

Efectivamente, no se hizo esperar.

* * *

Los golpes en la puerta sonaron tangibles, potentes, parecían de alguien desesperado.

Sorensen, maravillosamente disfrazado con un pelo abundante, - peluca perfecta, - y un bigote tocando la comisura de los labios, y sus lentes, - culo de botella, - maquillaban aún más su verdadero aspecto, todo ello, en conclusión, imposible de reconocer.

Una pareja, - de unos cuarenta años aproximadamente, - se personó en la puerta del pequeño local.

-Adelante, caballeros y buenos días, - tal fue el amable recibimiento del alemán para con sus visitantes.

Y los invitó a que tomaran asiento frente a su recibidor.

¿En qué puedo ayudaros? – le lanzó de inmediato la clásica pregunta, -

Los señores, un matrimonio de buen ver, no salían de su asombro escudriñando todo el local, parecía un templo budista, con velas encendidas por doquier, y cuadros de vírgenes, y la imagen de Nuestro Señor al medio de todas ellas.

La señora comenzó a llorar, mientras su esposo trataba de calmarla, - querida, por favor, veras como este buen hombre nos va a ayudar, -

-Eso está hecho, - caballero, - interrumpió Simón ya convencido de que el primer negocio funcionaría perfectamente.

Y el desdichado marido le explico el problema que los angustiaba y no les permitía vivir la felicidad que todo matrimonio desea.

-Verá, maestro, - por suerte de la propia vida, mi esposa y yo disfrutamos de una situación excelente, económicamente, me refiero, y contamos con un único hijo que es lo más importante para nosotros, pero, - se detuvo unos instantes viendo que su mujer volvía a derramar copiosas lágrimas que, incluso a él, lograron emocionarlo, -intentó calmarla nuevamente, prosiguiendo su discurso, -pero -Dios nos lo va a arrebatat.

-Explíquese, por favor, - replicó Sorensen que ya vislumbraba el primer negocio con suculentos beneficios.

Una enfermedad desconocida²² le predice no más de tres meses de vida, y los médicos no saben aún como llamarla,

²² Nota: Hoy día, la enfermedad a la que me refiero en el relato, es conocida por VIH, - sida, - desconocida en aquella época del siglo pasado, y que no fue descubierta hasta principios de 1980.

sus defensas corporales mueren velozmente, y son incapaces de encontrar un medicamento capaz de frenar ese debilitamiento, que un simple resfriado puede causarle la muerte. En conclusión, que los doctores, - y ya hemos visto a unos cuantos, - no han dado opción a su curación, que su muerte es inminente.

-Es por este motivo que recurrimos a usted, teniendo en cuenta que en el folleto pone soluciones a este tipo de problemas que nos toca vivir y que nos cuesta asimilar.

-Amigos míos, - comenzó haciendo alarde de un gran espectáculo macabro, - esto sí, tiene solución, pero...

La alegría se notó claramente en los ojos del matrimonio que veían una puerta abierta en la salvación de su pequeño.

-¿Pero? - contestaron al unísono los damnificados, -

-Este tipo de trabajos, no suelo realizarlo, porque lo ordena el Señor, además, el Divino, para consentirlo requiere el trueque...

Confundidos, y sin entender las palabras del maestro, - no tuvieron otra opción que volver a preguntar, - Explíquese, por favor. -

Sencillo, si salvamos la vida de su hijo, al cual Dios a llamado, Él, reclama otra...

¿Qué significa eso? - preguntaron absortos, desconfiando ya de las palabras escuchadas por el maestro.

Esperaban ávidos una respuesta clara y contundente.

-Que deberíamos sacrificar a otro niño para que el suyo pueda vivir, pero este trabajo, amigos míos, preferiría no hacerlo.

La duda surgió en la pareja, quedando perpleja, sin saber que decir.

-Y lo más complicado del asunto, - continuó Sorensen con aquella malicia que lo caracterizaba, - que serían ustedes mismos los encargados de traer al niño del sacrificio, y ante el altar divino, lo sacrificaran con sus propias manos.

-También tendrían que conseguir un poco de su sangre y grasa corporal para que yo fabricara ese ungüento que le salvara la vida a su hijo.

El silencio sepulcral quedó de manifiesto en la sala, el matrimonio, presa de una gran confusión por las palabras del curandero, no sabían que responder.

El maestro psicópata, convencido estaba de que aceptarían el acuerdo.

-Lo pensaremos, - fueron las únicas palabras que pronunciaron antes de abandonar el recinto.

-Ok, aquí estaré buenos días, -

El primer caso ya se cocía en el horno imaginario de la mente de esa alimaña.

Ahora, a esperar nuevos visitantes, el tiempo apremia.

Una vez conseguido el objetivo de recaudar dinero, y además saciar su sed de matar, lograría incriminar a gente inocente convirtiéndolos en asesinos potenciales.

Era un método para que nadie lo delatara, - sí, la verdad, estaba bien pensado.

No pasó mucho tiempo sin que personas con problemas similares se presentaran en el consultorio.

También los había con pequeñeces, problemas amorosos, males de ojo, impotencia, etc, pero estos casos no interesaban en absoluto a nuestro maestro, que los despedía con soluciones incoherentes y absurdas.

* * *

El primer cliente, el matrimonio con el hijo gravemente enfermo, hubieron de presentarse acompañados de un chico de aproximadamente seis años, con apariencia – zaparrastrosa, - es decir, totalmente desalineado, con sus ropas sucias y rotas, y un rostro que denotaba haber sufrido demasiado en su corta vida.

-Con la pena que nos ocupa, maestro, le traemos al niño que podrá realizar el milagro.

¡Bufff! - exclamó Sorensen, en un acto de inmenso sufrimiento y perfecta interpretación, -

-Sabrán señores, cuáles son las condiciones de este trabajo, y sus consecuencias, - ¿me equivoco?

-Lo hemos meditado mucho, y asumimos todas las responsabilidades.

-También estará en su conocimiento que este sistema de conjuros no me agrada absolutamente nada, - mintió el

alemán descaradamente, - y además, tiene un coste muy elevado, en lo económico, me refiero.

-No nos importa, dígame la cantidad y la forma de pago.

-Exacto, señores, la mitad del dinero ahora, y en efectivo, y la otra mitad al producirse la total curación de su hijo.

¿Cuánto? - respondieron impacientes.

-Dos millones de FIM²³, ahora, y el resto, como ya se los dije, al final del tratamiento.

-La verdad, sí que es demasiado, -se miraron fugazmente, - pero nuestro hijo es muy importante para nosotros, -¡proceda!.

Estaba claro que la segunda entrega del dinero, no se llevaría a cabo, pero esos dos millones eran suficientes.

-Y ahora, mientras consiguen ese dinero, yo voy preparando al niño, - que ajeno a la conversación no se enteraba de nada, - y el altar divino estará listo para su sacrificio.

En la parte trasera del consultorio, ya estaba el pequeño despojado de la totalidad de sus ropas, y atado a una camilla, fuertemente de pies y manos.

El hombre entro en el habitáculo donde yacía inerte, el pequeño, que, paralizado por el miedo, no llegaba a articular palabra alguna.

²³ FIM: Antes de aparecer el euro en Finlandia, existía la marca finlandesa, - FIM, la moneda oficial que circulaba en el país.

Tras él, lo siguió el alemán, portando un enorme cuchillo, estilo machete.

- ¿Viene usted solo? - le preguntó un tanto extrañado, -

-Así es, mi esposa prefirió no estar presente en esta salvajada.

-Bien, si así lo han decidido, procedamos entonces, y le extendió el brazo portador de la inmensa daga.

El hombre, vacilante, la tomó entre sus manos, y fue acercándose lentamente al niño, como deseando que ese leve paseo no acabara jamás.

Estando ya a centímetros de la yugular, la mirada horrorizada del pequeño se clavó a la de su verdugo, y viendo acercarse cada vez más a su garganta aquella arma cortante y filosa, capaz de partir en dos una hoja de papel, dejó escapar un estridente alarido acompañado de espesos lagrimones, bañando su cara deformada por el horror.

Salomón acercó un cuenco de cristal a la yugular del desdichado, con el fin de recoger la sangre y el sudor que brotaran de aquella garganta abierta en canal.

La punta del machete ya rozaba la piel del cuello, pero el hombre, presa en esos momentos de un nerviosismo incontrolable, no se decidía a hundirla en su objetivo, prolongando aún más, la angustia del niño.

La criatura continuaba dando desgargantes grito, que nadie podía escuchar, esperando segundo a segundo que

el frío metal perforara la piel, introduciéndose hasta el fondo.

El hombre, ya pareciendo arrepentido iba a retirar el arma del cuello, ya casi a punto de perforar, cuando Salomón diose cuenta de ello, y se decidió a actuar, tomando con fuerza la mano armada del cliente, empujándola hasta el fondo de la yugular que al instante salió la sangre a borbotones, recogiendo gran parte de ella en el cuenco, manchando la alfombra del suelo, con la perdida.

La cara de espanto del hombre al presenciar la terrible escena, donde solo se pudo percibir un tenue estertor saliendo de la boca del niño, acompañado de otro poco de sangre que escapaba por donde podía, se puso de manifiesto, y asombro por la acción del asesino.

A continuación, en medio de terribles estertores convulsionando al mismo tiempo, la criatura dejó de gritar quedando totalmente inerte.

-Ya es suficiente, - dijo Sorensen, - la sangre recogida y el sudor, hacen posible el mágico ungüento que le prepararé, y que podrá recoger pasado mañana, previa entrega del dinero acordado.

El hombre, asintiendo, acongojado aun por el espectáculo que acababa de presenciar, y con su voz completamente rota, solo atinó a preguntar, - ¿qué hará con el cuerpo?

-No se preocupe, yo me encargo y marche tranquilo, que la vida de su hijo permanecerá intacta, gracias a este desdichado, - y no lo olvide, el Señor así lo desea, ya ha acogido en su seno, el alma que acaba de abandonar su cuerpo.

Salomón Sorensen apenas escuchó el golpe de la puerta de salida del recinto, se dispuso a envolver el cadáver con una manta impermeable para que la poca sangre que quedara en el cuerpo del chico no traspasase el envoltorio.

Y conduciendo el bulto inerte lo depositó en el maletero del coche, saliendo del local por una puerta trasera donde nadie se percataría del acto realizado.

* * *

-Déselo a beber en tres tomas, y en poco más de un mes lo verá correr como lo hizo siempre y pleno de salud.

-Gracias, maestro, espero que así sea, el sacrificio fue muy grande, demasiado grande.

Y arrojando ese elixir, que podría llamarse, -el tónico de la vida, - abandonó aliviado aquel antro de muerte.

Cuando el incrédulo cliente volviera mes y medio después, reclamándole los resultados negativos del sacrificio, allí no quedaría nada en el local ni vestigios del maniático asesino. Tras contar meticulosamente el dinero, se despojó del disfraz, y absolutamente nadie lo relacionaría con los hechos.

Retornando a su casa en el monte, echó el cuerpo en la fosa, ya repleta de despojos humanos, o lo que quedada de ellos, además casi tenía agotada la reserva de cal, lo cual decidió clausurarlo definitivamente.

Esa tumba común de esqueletos, o lo que quedaba de ellos, debajo de la nieve, no la encontrarían jamás, de ello no le quedaba la mínima duda.

En los siguientes quince días, aún logró realizar dos sacrificios más, con chiquillos encontrados en la calle por padres desesperados, impotentes ante las desgracias de sus hijos, pese a las grandes fortunas que poseían.

Solo les narro rápidamente que sucedió con el último sacrificio realizado, donde se demuestra una vez más, la crueldad de este individuo nacido, - diría yo, - en las mismas entrañas del infierno.

Salomón Sorensen convenció a los padres de turno, que, como su hijo se encontraba en coma sin actividad cerebral debido a un incidente en la playa, falleciendo por ahogamiento, entonces, el Creador debería ser recompensado de la misma manera,

A la tarde siguiente, Salomón y el incauto cliente, trasladarían al cautivo pequeño hasta una desierta playa, con escasa actividad de veraneantes, y allí realizarían el acordado sacrificio.

Despojaron al niño de todas sus ropas, entre sollozos y gritos del mismo, al que nadie fuese capaz de oír.

Lo ataron fuertemente con los brazos a la espalda, y sus piernas prensadas y muy juntas, de tal manera que le fuese imposible moverse.

Luego lo metieron en un pozo cavado en la arena, quedando totalmente cubierto, dejando libre solamente la cabeza.

Ahora, solo quedaba esperar a que subiera la marea.

No tardaría mucho tiempo, teniendo en cuenta que las olas, tenues, ya que el Ártico permanecía en completa calma, ya rozaban la barbilla del infeliz que solo atinaba a dar bandazos con la cabeza, para impedir tragar agua, que, incluso, congestionaba su garganta, al estar helada.

En escasos minutos, quedó totalmente sumergida, - pienso en el sufrimiento del pobre niño al ahogarse lentamente, y se me crispa la piel como un pollo pelado.

Mientras, los dos hombres contemplaban la escena, solo podía apreciarse el gesto tenue de satisfacción del alemán perfectamente disimulado.

¡Perfecto! - exclamó Sorensen, -fin del ritual, en treinta días, despertará del coma, volviendo alegremente a la vida, y solo entonces, usted me hará entrega del resto del dinero acordado.

Hecho este que bien sabía que no se produciría dicho encuentro, pero no le afectaría para nada, teniendo en cuenta que ya había cobrado la mitad por anticipado, incluso superior a las anteriores.

Simplemente restaba desmontar el local, y desaparecer, volviendo a su aspecto normal, destruyendo su maravilloso disfraz.

Satisfecho por el plan efectuado con éxito, regresó a su habitáculo, no sin antes adquirir unas cuantas bolsas de cal viva, puesto que había agotado las reservas almacenadas en el galpón, cerca de la fosa.

Entrando en su casa, pérdida en mitad de la nada de los vastos bosques de Laponia, pensó que nadie en el mundo fuese capaz de dar con su escondrijo, pero pensó en el SER HUMANO, no cayendo en el contexto que en el mundo viven otros seres que precisamente... NO SON HUMANOS...

Poseedor de una pequeña fortuna, obtenida por aquellos incautos y desesperados personajes, reparó en que pronto llegarían las navidades, y Rovaniemi volvería a llenarse de turistas, y de niños, - claro, -y aun quedaban en su estantería muchos frascos por llenar...

CAPÍTULO 13

CUARTA PARTE

El desenlace

NAVIDADES DE 1970

Soy todo oídos, - hablé, por favor sheriff Mac Donald, - insistí ante un corto silencio.

Incluso dicho lapso de tiempo se me hizo eterno.

El director del JFK, mudo y sin articular palabra ni gesto especulativo, estaba, - y lo noté al volcar la mirada hacia él, - demasiado inquietante.

Durante treinta minutos estuve escuchando atentamente palabra por palabra los acontecimientos antes relatados.

Solo pequeñas pausas efectuadas por el relator se producían notando emoción y consternación por las palabras que escapaban de su boca.

Se detuvo breves instantes observando mi reacción, - lo noté claramente, -

Simplemente atiné a interrumpir dicho silencio, - es evidente, hay que darse prisa, ya tenemos las navidades pisándonos los talones, y, con claridad en el asunto, es el método, -operanding, - del psicópata, - y repliqué, - ¿sheriff, puede usted comunicar a las autoridades finlandesas que el día dos de enero, mi perro y yo partimos para Laponia?

-Este caso es aterrador, señores, no puede esperar, pasaré las navidades con mi familia y de inmediato nos pondremos en camino.

-La misteriosa desaparición de todos esos niños, así lo exige, y debemos frenar esto.

-Le recuerdo, señor Mcconaughey, que, además de todos esos niños, también han desaparecido seis personas mayores, entre ellos, padres de tres de los chicos.

-Sí, sí, claro, por ello les digo que tenemos que darnos prisa.

¿Viajaremos solos o con acompañante?,- pregunté de seguido, -

Estaba programado de que, en caso de que aceptase la misión, lo haría con un traductor y el jefe máximo de la Guardia Civil de San Diego.

-Ok, caballeros, no hay más que hablar, solo espero que llegue pronto ese dos de enero del nuevo año, y el horario en que han de recogernos a Yoy y a mí, los estaré esperando ansiosamente.

-Estoy seguro que daremos con esa alimaña.

-No le quepa la más mínima duda, - espeté no muy convencido de ello, pero demostrando seguridad en mi comentario, y también contando con la pericia de mi compañero, en las cuales confiaba ciegamente.

Fin de la conversación.

* * *

Yo, muy consternado por esta historia, tan real como la vida misma, - abandoné el recinto no dando crédito aún, de la versión perfectamente narrada por el sheriff Mc Donald, y no encontrando explicación, es decir, no entendiendo que puedan existir seres capaces de realizar hechos similares sobre la faz de la Tierra.

Seres que hay que eliminar a la brevedad posible sin piedad ni compasión.

* * *

-Hola, papi, tal fue el recibimiento de Eli, al verme entrar por la puerta de casa.

Corriendo hacia mí, se lanzó a mis brazos, abrazándome con los suyos, con su correspondiente, - te quiero, - de todos los días.

Aquellas simples dos palabras, - TE QUIERO, - que escuchaba a diario, llegaban a mi alma con una fuerza única, incapaz de ser igualada, haciendo que mi espíritu sea cada día más fuerte, y con ganas de vivir, dándole las gracias al Creador por permitir que naciera.

Hola, mi amor, sabes que yo también te adoro, - contesté eufórico por aquellos segundos de felicidad que me brindaba mi hija, abrazándola cuidadosamente y depositándola en el suelo.

Si, con sus apenas seis años, una persona de tan corta edad, era capaz de irradiar tanto cariño hacia alguien determinado, aunque fuesen sus padres, eso me hacía pensar, dándolo por hecho, de que, de mayor, sería una persona de bien, haciéndole ese pequeño gran favor, a la sociedad.

Seguramente Frank, sentiría de la misma manera tales sentimientos, aunque el, más reservado, se frenaba un poco al demostrarlos abiertamente.

En conclusión, Alice y yo, nos sentíamos orgullosos de nuestros hijos, y muy felices y satisfechos de la familia que habíamos formado.

Por el momento decidí no contar mi pronto viaje a Europa, ya buscaría el momento apropiado para ello.

Estoy seguro que iban a comprenderlo, la situación así lo requería.

* * *

A dos días de la navidad, mi esposa, en un momento que estuvimos a solas, me interrumpió de pronto, -Dime, ¿qué pasa, Will? - y lo hizo con extrema firmeza en su voz.

Era evidente que más tarde o más temprano, me lo iba a preguntar, - era imposible permanecer impávido ante la situación que me embargaba.

-Alice, - la mire fijamente, - ven, siéntate, tengo algo muy importante que contarte, y se, que no te va a gustar...

-Por favor, me estás asustando, y no te imaginas de qué manera, habla de una vez, - me zampó con la cara totalmente desencajada, -

Entonces, y tras varios minutos después, hube de contarle todos los detalles, sin escatimar ni uno, la conversación que mantuve en el directorio del centro donde trabajo, y con las personas con las cuales la compartí.

Y ese es el motivo de mi preocupación, Alice, - ¿me comprendes?

Por momentos permaneció muda, lo que acababa de escuchar parecía desbordarla.

Observé sus gestos, su reacción, su preocupación, se notaban claramente con la mirada fija en mí, - pasaron segundos eternos, la incertidumbre de su respuesta me incomodaba, sin imaginar cual sería...

De pronto me abrazó efusivamente diciendo, - Debes ir, deben, - rectificó al momento, - y detener a ese asesino.

Entonces la besé con todas mis fuerzas, acto de amor que correspondió, y que agradecí enormemente.

Su comprensión provocó que fuese imposible contener dos inmensos lagrimones que humedecieron mis ojos y que rozaran su boca pegada a la mía.

Ahora debía contárselo a los niños, pero lo haría pasado el 25 de diciembre, después de la navidad.

Esperando, que, a pesar de sus cortas edades, comprenderían nuestra ausencia por cierto tiempo.

Y así lo hicieron.

De la cena de Nochebuena, solo les cuento que fue una noche muy agradable con la presencia de la familia de Alice, al cual, mi madre y yo, teníamos una relación excelente.

Durante esos días, hablaba con Yoy, como si fuera otra persona, acariciándole la frente, y las orejas que bajaban al contacto de mi mano.

Así, uno al lado del otro, pasábamos momentos de reflexión, esperando que nuestra próxima misión, a pesar de lo peligrosa que se presentaba, llegaría a feliz término consiguiendo el objetivo planeado.

Así parecía sentirlo mi compañero, dando tenues alaridos de seguridad.

* * *

¡Frank, Eli! - venid un momento aquí, - llamé con aparente serenidad, lejos, muy lejos de sentirla, -

Dejando de inmediato lo que hacían, acudieron a mi llamado rápidamente.

-Siéntense, - dije, - uno a cada lado de mí. Quedando en medio del sofá de la sala, y abrazándoles, pasando cada

brazo por detrás de sus hombros, comencé a informarles de nuestra próxima ausencia, que no sería, mucha, - les mentí un tanto ya que no podía saber el tiempo que nos ocuparía la arriesgada misión, -

-Papá y Yoy van a tener que ausentarse de casa para realizar un trabajo muy importante, - ¿entendéis? - pregunté un poco inquieto esperando sus respuestas.

- ¿Por qué, papá?, - preguntó Frank un poco confuso por mis palabras, -

Eli permaneció en silencio expectante y atenta a mi respuesta.

-Resulta que Yoy y yo, viajaremos a un sitio donde van muchos niños, y debemos encontrar un señor que es muy malo, -me referí a una persona, sin tener la más remota idea de cuantos fueran los asesinos, - y en pocos días, estaremos de regreso.

-Y si van muchos niños, - ¿por qué no podemos ir nosotros? - también lo somos, - preguntó Frank mientras su hermana permanecía callada, sin articular un simple gesto.

Bien, te cuento, - y a la vez te prometo, que cuando finalice nuestra misión, los llevaré a ese sitio, de que a pesar que hace mucho frío, les encantará.

-Papi, - interrumpió Eli de improviso, - ¿cómo se llama ese lugar?

-Ese lugar se llama... LA CASA DE PAPÁ NOEL, y está muy lejos de aquí.

Y las preguntas de los niños fueron sucediéndose una tras otra, pero ya mi intranquilidad había desaparecido por completo al verlos interesados por nuestro próximo destino.

¿Y por qué hay un hombre malo? si Santa Claus es muy bueno, - ¿por qué hace mucho frío? - ¿y por qué?, y por, y por qué... y todos esos por qué los fui contestando inventando respuestas sacadas de mi mente, trajinada por el peligroso objetivo que se nos venía encima.

Pero algo, en mi subconsciente me decía que por un lado mi perfecta forma física, y la inteligencia y pericia de mi perro, unidos, lograríamos el propósito de la misión que nos llevaría a viajar al fin del mundo, el reino de los hielos, y el refugio de uno, o más asesinos en serie que deberíamos detener lo antes posible.

Intenté que la despedida de mis hijos, mi esposa y mi madre, al cual no había podido contener el llanto, fuese lo más fría y natural posible.

Solamente simples besos y un, - hasta pronto, -

Portador de escaso equipaje, ya que me habían advertido que, debido al inmenso frío en Laponia, me surtirían de vestimenta especial para poder soportar las tan bajas temperaturas del Círculo Polar Ártico, mi perro y yo subimos al vehículo oficial que nos llevaría al aeropuerto de California.

¡A por los asesinos, Yoy! -me dirigí a él, acariciándole como solía hacerlo siempre.

La respuesta del animal no se hizo esperar.

A la llegada del aeropuerto, los comandantes de la nave, es decir, los pilotos, me comunicaron que el animal deberá viajar en la bodega del avión junto al equipaje de los pasajeros, teniendo en cuenta que tripulaban un avión comercial.

-De acuerdo, - contesté mirando de reojo a mis tres acompañantes, el teniente, el capitán y el traductor.

Me miraron estupefactos sin saber que decir ante la advertencia de los pilotos, a sabiendas que los animales no pueden viajar con los pasajeros.

Yo también era consciente de ello, aunque teniendo en cuenta el motivo del viaje, pensé que me permitirían viajar con mi fiel amigo, en la cabina de la nave.

Pero, había que acatar las normas, - muy bien comandante, - respondí amablemente con un sarcasmo impropio de mi personalidad.

-Aunque le explico que este animal, así como lo ve, será pieza muy importante en el propósito de este viaje.

-Por lo pronto, solicito su permiso para viajar junto a él, en la bodega del avión.

-Los comandantes de la nave entrecruzaron miradas confusas, estupefactos por mi respuesta sin siquiera saber que contestar.

Pasados unos segundos, uno de ellos, tartamudeando me respondió, - espere un momento, caballero, consultaré su petición a mis superiores.

-De acuerdo, comandante, pero comprenda que esta misión, y estoy convencido que usted no está al corriente de ella, es muy, pero muy importante, - aquí espero.

No pasaron cinco minutos cuando la respuesta llegó a las puertas de la escalerilla desplegable del avión, en la cual ya habían abordado la totalidad del pasaje que viajaban a Europa.

-Le ofrezco a usted mis disculpas, señor Mcconaughey, pero comprenda, por favor, que nosotros cumplimos ordenes protocolares, ya nos han informado del motivo de su viaje y nos han autorizado a que su acompañante viaje junto a usted en la cabina del avión.

-Acepto sus disculpas, capitán, pero usted comprendame a mí, ya que este animal será pieza clave en la investigación que nos atañe, si es que ya le han informado de ello.

-Así es, profesor, me lo acaban de informar, acepte una vez más mis disculpas, y colóquense en el final de la aeronave, donde viajarán con total comodidad.

-Bueno, Yoy, ahora a descansar, el viaje será demasiado largo.

El suave gruñido de siempre, significando asentamiento, no se hizo esperar.

No voy a negarles diciendo que el viaje fue agotador, 12 horas de vuelo continuo, haciendo escala, primero en Madrid, donde nos retuvieron 4 horas, como pasajeros en tránsito, y otras tantas en Bruselas, por idénticos motivos.

Al fin llegamos a Finlandia, tomando tierra en Helsinki ciudad maravillosa del norte de Europa.

Aún nos separaban 800 millas para llegar a nuestro destino final, Rovaniemi, y lo haríamos en tren directo.

Nos quedaban algunas horas y decidimos pasear por diferentes partes de la capital, soportando el inmenso frío que se nos colaba en el cuerpo, siempre acompañado por los tres tenientes que colaborarían en el difícil caso que se presentaba.

Aunque, antes de dar ese necesario paseo, y debido a las bajas temperaturas, fuimos correctamente equipados por ropas especiales, para soportarlas, temperaturas, que, por supuesto, no estábamos acostumbrados.

En las piernas, por debajo del pantalón, me calcé una malla térmica bien ajustada al cuerpo, y unos guantes, también térmicos, para resguardar las manos.

En el cuello, un espeso pasamontaña, y un gorro de lana para la cabeza.

Estaba claro, que frío no iba a sentir.

Intentaron cubrir a Yoy con un tipo de abrigo, que rechazó al momento, echándose para atrás, gruñendo tímidamente.

-Gracias, señor, - interrumpí, - no hace falta que, vista a mi compañero, con ese pelaje del que disfruta, no creo que sufra las inclemencias del tiempo.

Y tras un largo y precioso paseo por la capital de Finlandia, llegó el momento de partir a Rovaniemi, donde nos

estarían esperando altos cargos de la policía y la Guardia Civil de la ciudad.

La verdad hay que decirla, tardamos más tiempo en llegar a destino, del que nos llevó el vuelo desde el otro lado del mundo.

Atravesando valles y montañas, con paisajes maravillosos con intensos coloridos, donde predominaba el blanco de las nieves eternas, llegamos finalmente a Rovaniemi, la ciudad de las grandes ilusiones de los niños por visitar ese gran recinto al que llaman LA CASA DE PAPÁ NOEL, que, por desgracia, muchos no vivieron para contarlo.

Llegamos a destino, - por fin, - al bajar del ferrocarril, fuimos recibidos por cuatro agentes, con evidentes aspectos muy importantes, ya que las medallas e insignias que colgaban de sus pechos ataviados de una chaqueta verde esmeralda, hacia resaltar aún más las condecoraciones, en medio de la casi noche, a pesar de que apenas fueran las tres de la tarde.

La amabilidad de estos agentes al recibirnos, fue demasiado amable y galante, incluso uno de ellos se atrevió a pasar la mano por la cabeza de Yoy.

Fueron ellos los que inauguraron el saludo, - Bienvenidos señores, no pueden imaginarse la impaciencia de las autoridades por su necesaria llegada.

-Gracias, oficial, - me referí de esta manera puesto que no conocía el rango militar de que disponía.

-Espero, con todo mi corazón que les fuésemos útiles.

En ello confiamos, señor Mcconauguey, la situación es sumamente grave, y debemos solucionarla lo antes posible, sospechamos que las desapariciones pronto se van a suceder.

Llevamos más de un año intentando encontrar la pista del, o, de los asesinos, sin éxito, incluso han venido expertos en la materia procedentes de Noruega, Suecia, Dinamarca, y también de la Unión Soviética, y no fueron capaces de encontrar rastro alguno de aclarar estas desapariciones, que a la fecha son cerca de un centenar.

Y lo más inverosímil, - profesor, - el que llevaba la voz cantante se dirigía únicamente a mí, - no se han encontrado ni uno de los cuerpos, que sospechamos fueron asesinados por los delincuentes.

Lo que queda claro, - dije, - es que aún no podemos hablar de asesinatos, sino, más bien, de raptos.

Así parece, profesor, - pero vayamos al vehículo, lo primero es conducirlos al hotel donde se alojarán, - ya tenemos solucionado el alojamiento de su compañero, que será el mismo que el suyo.

Luego, una vez instalados, ya podremos dirigirnos al cuartel general, donde analizaremos con calma todo el tema de la investigación a seguir.

El perfecto inglés en que se expresaba el finlandés, no hizo necesario que interviniese nuestro traductor.

El establecimiento de la Guardia Civil, y de la Policía Finlandesa, estaban unidos entre sí por diferentes puertas, que hacían que fuese uno solo.

El edificio se veía impresionante, y la cantidad de funcionarios deambulando, - o, dicho de otra manera, haciendo su trabajo, - superaban el centenar.

Nos condujeron a una inmensa sala muy bien equipada por una gigantesca mesa de caoba vitrificada, unas cuantas máquinas de escribir, y multitud de documentos, todo ello perfectamente ordenado.

La sala carecía de ventanas, y parecía tener cámaras, - cutres en aquella década, - en todos los vértices de las paredes.

Bordeando la mesa, 12 sillas, demasiado cómodas, que hacían sospechar, que esa gran sala era la junta de reuniones de las máximas autoridades militares y policiales de Rovaniemi.

Me invitaron a tomar asiento, y siempre Yoy permaneciendo a mi lado.

Los allí presentes no quitaban sus miradas de mi acompañante, - a decir verdad, Yoy impresionaba, su aspecto mezcla de pastor alemán, lobo, y no sé qué más, hacían de él, un ejemplar maravilloso a la vista de todo aquel que admirara la raza canina.

Una vez instalados, cerraron las puertas.

Allí nos encontrábamos, junto a tres personalidades perfectamente vestidos con impecables uniformes verdes ceniza, y gorra del mismo color, con un penacho rojo colgando de las mismas.

A todo ello, le agregamos multitud de medallas clavadas en sus pechos como demostración de altas autoridades pertinentes.

Y estaba claro que no me equivocaba, eran el gerente general de la Guardia Civil estatal, el teniente coronel de la Policía finlandesa, y el capitán de la ciudad, que, a partir de ese momento, llevaría el caso que nos ocupaba.

En el inicio del diálogo, habló el que más colgantes portaba sobre su pecho, se trataba del General.

-Señor Mcconauguey, le presento a George Segal, coronel de la policía finlandesa, el capitán Steven Conway, encargado del caso, y yo mismo, director general de la Guardia Civil de Laponia norte, Frederick Larsen.

Solo atiné a responder, - mucho gusto, caballeros, mi presentación es innecesaria, creo que ya conocen mi nombre, pero si debo presentarles a la pieza clave de este asunto, por el cual me han traído hasta aquí - este es Yoy, el principal agente, que estoy completamente convencido que nos guiará correctamente prestándonos una gran ayuda en la investigación.

Yoy, que hasta entonces había permanecido echado y en silencio, se incorporó de inmediato, como señal de saludos a tan importante delegación.

-Somos conscientes de ello, profesor, - mucho gusto Yoy,
-

El animal correspondió con un tenue gruñido, clara evidencia de asentimiento y aprobación, a dicho saludo.

Pasaron breves segundos cuando Steven Conway rompió el silencio, - creo que me corresponde personalmente informar al profesor de los últimos acontecimientos.

¿Qué les parece señores?

-Estamos de acuerdo, capitán, puede usted comenzar, - asintiendo, además, con gestos de aprobación.

-Ok, señor Larsen.

-Bien, capitán, viendo que estaremos juntos en el caso, comienzo a escucharle con suma atención.

-Empezaré por el principio, los días que comenzaron las primeras desapariciones, - afiné mis cinco sentidos, intentando encontrar un sexto que no existía, y escuché cada palabra, cada detalle de la historia, como para intentar obtener una primera pista, un pequeño indicio que me permitiera inaugurar esta madeja que se me antojaba tarea muy complicada y peligrosa.

Estaba claro que nos enfrentábamos a un asesino cruel y peligroso, que no dudaría un instante en acabar con nuestras vidas, o con un ejército completo, que intentara segar sus instintos.

Uno o más, ya que podrían existir cómplices, las desapariciones eran muchas, y el cerebro de la operación necesitaría la ayuda de colaboradores.

Lo que no teníamos en claro aún, era el objetivo de los delincuentes ante tales evidencias delictivas.

-Todo empezó con las navidades del 69, hace poco más de un año.

-Como usted sabrá, aquí en Laponia acuden miles de turistas, que traen a sus hijos, atraídos por la mundialmente famosa Casa de Papá Noel, ilusión que vive constantemente en esas cabecitas, pensando en la gran cantidad de regalos que recibirán de él.

-Yo, ya estaba al tanto de esa cuestión, pero decidí escucharlo sin interrumpirlo, y dejara que se explicara con la claridad suficiente para tratar de encontrar un indicio, por pequeño que fuese para empezar a trabajar.

-Y esa fue la primera desaparición inexplicable que se produjo a tan solo cuatro días de la nochebuena, - Goer Sapovich, que así se llama el hasta ahora, esas fechas, mejor dicho, el encargado de ser Santa Claus, y sin tener motivo aparente, ni habernos comunicado su inesperada ausencia.

-Su perfil es, o era, un hombre maravilloso, que vivía de la ilusión de millares de niños, y eso, lo hacía sentir sumamente feliz, hecho este que nos consta.

-Se mostraba un tanto ermitaño, si tenemos en cuenta que vivía solo, sin mujer ni hijos, y tal vez por ello, le hacía feliz verlos a ellos, cargados de múltiples ilusiones, a niños que nunca tuvo.

-Hubo que sustituirlo en tiempo récord, y, por suerte encontramos a un sustituto que supo, con la misma o parecida alegría, tratar a miles de visitantes que a diario se entrevistaban con él.

-Pero ese señor tan amable nos advirtió de antemano, que solo, y debido a sus obligaciones de trabajo, solo podía sustituirlo 15 días.

-Luego de ese periodo de prueba, ya no tuvimos noticias de él, aunque, una vez más, también encontramos un nuevo Papá Noel, que hoy, es el actual.

-A los pocos días, comenzaron las desapariciones, no solo de decenas de niños, también adultos, que al día de hoy no podemos confirmar si viven o no.

De súbito, me surgió la clásica pregunta circunstancial, - ¿sospechan de alguien, algún indicio, una pista, cualquiera por pequeña que fuese, nos puede ayudar?

-Bueno, en realidad estamos seguros, sospechamos de una persona en especial.

¡Albricias! - exclamé, - ¡id a por él...!

-Efectivamente, señor Mcconaughey, eso mismo que nos propone lo intentamos de inmediato.

-Pero, pasa, que ese hombre del cual estamos casi convencidos que es nuestro asesino, y de nombre Peterson, George Peterson, se encuentra en paradero desconocido, y, hasta el día de hoy, no hemos podido localizarle.

-Es por ello, que estamos seguros que es nuestro hombre.

¿Por qué lo afirma?,- pregunté ante tal seguridad, -

Verá, - profesor, - es que fue el mismo George Peterson quien alquiló una bañadera donde transportaba a 50 niños en una excursión para ver las auroras boreales en la franja del Círculo Polar Ártico, junto con tres padres elegidos al azar, que acompañarían la delegación juvenil, - y allí está la gran incógnita de este caso, todos se esfumaron como

por arte de magia, y una cosa más, también desapareció la bañadera.

No tenemos la más mínima idea de donde puede estar, hemos controlado los accidentes producidos en los últimos meses, cerrando entradas y salidas de la ciudad, y en posibles lugares un tanto siniestros, pero, - nada, nada de nada, - se los ha tragado la tierra, - es decir, - en este caso la nieve.

Por momentos, dentro de la lujosa sala, se hizo el silencio.

Mis pensamientos comenzaban a revolotear dentro de mi mente, como buscando un indicio por pequeño que fuese, para poder empezar a maquinar una posible investigación.

¿Fueron a interrogar al dueño del negocio donde alquilan este tipo de vehículos? - pregunté tímidamente, -

-Efectivamente, fue el primer procedimiento que realizamos, pero, además del enfado del hombre por haber perdido uno de sus vehículos, no arrojó ningún tipo de luz al asunto, - solo describió a George Peterson, que de inmediato mediante un retrato, - robot, - obtenido de su descripción, fue puesto en busca y captura, colocando cientos de retratos en diferentes puntos de Rovaniemi, e incluso haciéndolo extensible en toda Finlandia.

-Helsinki quedó empapelada por el retrato de aquel hombre al que todos los investigadores estaban completamente seguros de ser el autor de las desapariciones.

Que equivocados estaban.

Lo supimos dos días después.

Estábamos en momentos de descanso en el hotel donde Yoy y yo nos alojábamos, cuando escuchamos el clásico chirriar del teléfono, que en cada una de las habitaciones había.

-Señor Mcconauguey, - oí la voz del conserje a través del auricular, - tiene usted una llamada exterior, marque el número uno, por favor, - gracias.

-A usted, -contesté, - y obedecí, - ¿Dígame...?

-Buenos días, profesor, - soy el capitán Stevens Conway, tenemos un pequeño indicio, venga urgente, - por favor, - puede ser una pista relevante.

Como un rayo, salimos lanzados del hotel.

Debido a la importancia del mismo, siempre se encontraban taxis en la puerta, - la gente, los clientes, no paraban de entrar y salir de la edificación, simplemente ese era el motivo de los autos que trasportaban personas.

Nos ubicamos en el primero de la larga fila de espera, - donde el conductor nos miró con curiosidad y recelo, teniendo en cuenta que mi acompañante fuese un animal.

-No se preocupe, - me percate de ello, - llévenos al Cuartel de la Guardia Civil, le pagaré el triple de la carrera, - es muy urgente, -

El hombre, aceptó, aunque me pareció que no de buena gana.

-Bien, caballero, - asintió bajando el aparato que marcaba el precio del viaje, poniéndose en marcha tras esto.

Quince minutos después llegamos a destino.

-Tome, quédese el cambio, - era mucho más que el precio acordado, por eso el asombro del conductor que embolso el dinero rápidamente como temiendo que me arrepintiera.

Ojalá tuviera más carreras con pasajeros con perros, - pensó arrancando el taxi alejándose del lugar.

Dentro de la sala, aquella tan perfectamente amueblada, nos esperaban el capitán Conway, y Larsen, el director, -

Además, junto a ellos, una tercera persona, rústicamente vestida, con barba de algunos días, y un potente y penetrante olor a pescado.

Estaba clarísimo, - era un pescador.

-Caballero, - dijo Larsen, - cuénteles a esta persona, - señalándome, que le ha sucedido.

El hombre, un tanto asustado, no paraba de echarle una mirada a Yoy, que también parecía muy atento a lo que pudiera narrar aquella persona.

-Estaba faenando como todos los días, ya que mi sustento diario sale de ello, incluso no lo puedo realizar a diario, debido a la inestabilidad del tiempo en estas latitudes, cuando en un momento determinado, y con las capturas suficientes para la jornada, decido acercar el pequeño barco del que soy dueño, a la orilla de la playa, siempre controlando la profundidad de la marea a esa hora, para tomar un simple desayuno, cuando, debido a la bajante

del agua, divisé algo sobre la playa que me llamó poderosamente la atención.

-No dudé en descender de la embarcación, y caminé decidido hacia la orilla.

-Y allí pude ver el horrendo espectáculo, señores, - el pescador se detuvo unos segundos en su narrativa, -

-Si, díganos, por favor, hombre, ¿qué vio? -pregunté ávido de una respuesta que comenzara a fomentar claridad en el caso.

-Vi, una rueda de vehículo, suficientemente grande como para pensar en un ómnibus, o algo similar.

-Y, en medio de ella, una cabeza enganchada, un cráneo descarnado y deformado, enterrado en la arena, pareciendo que la totalidad del cuerpo estuviera tras ella.

-No toque absolutamente nada, y tan rápido como me fue posible, regresé a la embarcación, e inmediatamente me personé en el cuartel, para contarle.

-Lo terrorífico y siniestro, caballeros, - comentó, - es que, por el tamaño de la cabeza, me pareció la de un niño.

-Por favor, capitán, que nadie toque nada, vamos para allá, urgentemente antes que la marea vuelva a cubrir esos restos.

-En camino, - ordenó Conway, - si nos damos prisa, en cuatro o tal vez cinco horas, antes que llegue la pleamar, llegaremos a esa playa perdida en medio de la nada.

-Estimado amigo, venga con nosotros, guíenos hasta allí.

-De acuerdo, conozco demasiado bien esos parajes helados que nadie visita, y llegaremos antes yendo por tierra.

Casi seis horas nos llevó llegar a la playa perdida en medio de innumerables acantilados formados por hielos eternos y rocas que seguían un patrón uniforme a lo largo de varios centenares de metros, que, echando la vista hacia arriba, impresionaba solo de pensar en caerse desde esas alturas.

La verdad, el paisaje que podía divisarse era merecedor de una postal de terror...

Ya, en plena playa, observamos el bulto aún sin haber sido cubierto por la marea, aunque sí, a punto de hacerlo.

Apuramos el paso tal como si estuviéramos en mitad de una maratón, - y, hacia allí nos dirigimos.

Yoy fue el primero en llegar, taladrando la mirada en aquel horror, en aquel pobre infeliz, que habría sufrido una muerte lenta y horrible, presa, además de la angustia que debería provocar un fallecimiento por ahogamiento.

-Hay que darse prisa, - sentenció el capitán, - debemos, quitar el cuerpo de la arena antes que lo cubra el agua.

Habíamos ido preparados llevando picos y palas, ya que nos imaginábamos que tendríamos que cavar para liberar un posible cuerpo debajo de la cabeza.

Apartamos la rueda, con mucho cuidado ya que aparecía demasiado deteriorada por la erosión del mar,

comenzando la exhumación sintiendo el frío contacto del agua atravesando las gruesas botas de goma que calzábamos, y comenzamos a cavar.

Steven Conway dio aviso para que dos forenses se allegaran al lugar lo antes posible, pues deberían identificar el cadáver encontrado.

En poco tiempo la ambulancia con los forenses llegó a la playa.

El cuerpo en lamentable estado de descomposición, descarnado, con las cuencas vacías con evidentes signos de ataques, producidos por aves, incluso por peces intentando conseguir comida, y el resto, pedazos de carne putrefacta, donde, prácticamente se podían ver los huesos ya con tintes verdosos, producidos por la propia erosión del agua salada, fue sacado de la arena con mucho cuidado, donde los forenses ayudaron en la infausta tarea.

Envuelto en sábanas blancas, y trasladado a la ambulancia, - había que intentar encontrar en aquella piltrafa humana, -algún indicio, por pequeño que fuese para empezar la investigación del asesinato, ya confirmado, ya que, entre los huesos de las manos y las piernas, se encontraban jirones de una cuerda deshilachada y podrida.

Incluso estuvimos recorriendo parte de la playa en busca de una pista, por mínima que fuese y que nos permitiera confirmar la identidad del asesino, el hombre del que estábamos prácticamente seguros, - George Peterson.

Yoy, escudriñando por la zona, con su trompa sin despegarse de las arenas, se detuvo de pronto, a pocos centímetros de la rueda, en la que estaba enroscada la cabeza del infortunado cuerpo, echada unos metros más allá del lugar del hoyo.

¡Vamos ya! - ordenó el capitán convencido ya que su labor allí había terminado, -

La rueda déjenla donde esta, - agregó, - ya se encargará la marea de devolverla al mar.

De improviso, Yoy posó sus dos patas delanteras sobre la propia rueda, exaltado y emitiendo fuertes ladridos que evidenciaban una posible pista que habría detectado en ella.

-Yo, me percaté de ello.

-Espere, capitán, mi perro nos está alertando de algo que nos puede ayudar, y debe ser importante teniendo en cuenta el sonido de sus gruñidos.

¿Qué pasa, profesor? -se dirigió a mí con incredulidad, -

¡Mire! escuche su forma de ladrar, está claro que intenta alertar de algo importante que ha descubierto.

¿Está usted seguro? – volvió a replicar el capitán, dudando de la situación .

-Si, si, observe, está sobre la rueda, debe ser algo muy importante, carguemos la rueda también, - dije, - añadí, - creo saber que vamos a hacer con ella.

Aún titubeante, el capitán, sin comprender en absoluto el motivo de aquella decisión, estuvo de acuerdo, no de buen grado.

Y, por supuesto que me percaté de ello.

-Capitán Steven, en el camino le explicaré lo que pienso hacer con esa gran rueda, usted me dará su parecer.

El hombre de verde asintió sin mediar palabra.

De inmediato ordenó a los forenses que cargasen la rueda teniendo sumo cuidado en ello.

Durante el regreso a las dependencias policiales, le expliqué la idea, por supuesto incentivada por la atención puesta en esa gran rueda de coche, o quizás, tal vez, de un vehículo de dimensiones más grandes, como pudiera ser la de una ... bañera.

Creo una vez más que mi perro había estado acertado con esa actitud.

Además, en el cadáver de ese pobre niño no encontraríamos gran cosa que nos ayudase en la investigación.

-Sabe usted, profesor, no había caído en ese detalle.

-No hay tiempo que perder, dejaremos el cadáver en la morgue y vayamos hacia allí.

-También, tenemos constancia que en la ciudad no existe otro sitio que alquile este tipo de vehículos.

-Bien pensado querido profesor, pues, vayamos hasta allí.

-Correcto, pero no olvide que fue gracias a la colaboración de mi fiel amigo, señor Steven.

-Pues, tiene usted toda la bendita razón.

-Mírela bien, por favor, - se dirigió el capitán al hombre, que perplejo observaba desde todos los ángulos posibles, la rueda, -

Pasaron varios minutos con nuestras miradas fijas en la reacción de aquel hombre ante la inspección del rodado.

¡Al fin! exclamó con evidentes síntomas de enfado, - exacto, es una de las ruedas de la bañera que aquel desgraciado me alquiló, para después robármela, y, sigue sin aparecer.

-Denos, si le es posible, la descripción de ese hombre, se acuerda de su aspecto físico, -

-Claro que me acuerdo, no se imaginan el dinero que me hizo perder el finlandés de 41 años, trabajador en paro, y separado de su esposa, sin hijos.

Su nombre lo incorporé a la lista de inquilinos, dejándolo escrito en la agenda de clientes.

-George, o Georgensen Peterson, como quieran llamarle, - vive en esta dirección, - pero ya hemos indagado en ella, y no existe esa casa.

-Cuando le pregunté el motivo de dicho alquiler, me enseñó este cartel, - tome, léalo.

Y le extendió el volante donde promocionaba el viaje al Círculo Polar Ártico, que casualmente coincidió con la

desaparición de 50 niños y tres personas adultas, que fue denunciada en su momento.

Luego de escuchar atentamente las palabras del dueño de la empresa, ya no tenían dudas, el asesino en serie era George Peterson, ya declarado en su momento en busca y captura.

Pero, pasaban los días y no tenían noticias de su paradero.

Esa misma noche, en el hotel, y teniendo a Yoy a mi lado, mientras lo acariciaba, como solía hacer siempre, restregando mis manos por su gran hocico y orejas, se me ocurrió una idea que podía ser importante.

Si la rueda de la bañadera apareció en la playa arrastrada por la marea, el resto del vehículo podría estar en el fondo del mar, y no muy lejos de aquellos acantilados, donde precisamente destacaba esa propia playa en medio de la nada.

Tendríamos que rastrear los alrededores del fondo marino, claro está que no iba a ser tarea fácil, teniendo en cuenta la tecnología de la época, pero, si al fin encontráramos el vehículo, con seguridad nos daría alguna pista importante a qué atenernos.

Hube de comentárselo al capitán la mañana siguiente, donde su opinión fue clara y contundente, - tiene usted toda la razón, amigo Mcconauguey, pero, a pesar de ser una tarea nada fácil, debemos intentarlo, no podemos dejar que ese criminal continúe asesinando, y la temporada turística aún permanece, - ¡Manos a la obra!

Durante varios días, varios, - hombres rana, -así se les llamaba entonces a los submarinistas, inspeccionaron centenares de millas al este y al oeste de la playa, y las inclemencias del tiempo, dificultaban aún más las tareas de rastreo con la nieve cayendo en gran intensidad, acompañadas de un viento rachado con similitud de huracán.

Y, para aumentar más dichas dificultades, las irregularidades del fondo marino, lo complicaban aún más, descendiendo entre 20 y 30 metros, que por momentos se convertían en 50.

En general, una tarea ardua y dificultosa, que merecía intentar, teniendo en cuenta el cometido que nos ocupaba.

A pesar de todo, la belleza del paisaje marino presumía de una entrañable belleza, que presentaban la gran variedad de corales, y multitud de especies acuáticas con peces de diversos colores y tamaños.

Esto era lo que narraban los hombres rana, a pesar de que, en cuanto al objetivo, nada.

Nada de nada, pero, había que seguir sin claudicar, no rendirse.

El encontrar la bañera sería una clave importante, fundamental, y de ello si estaban convencidos.

Por momentos pensamos que estaban trabajando en vano, y que no lograrían encontrar el vehículo, quizás, no

lo habrían lanzado al mar, pero...de ser así, ¿qué hacía aquella rueda en aquellos parajes?

Incertidumbre que por suerte se resolvió dos días después, cuando estábamos a punto de abortar la misión.

Barajábamos esa posibilidad, cuando la llamada del teléfono, resonó de súbito en toda la estancia.

La voz al otro lado del tubo pudimos escucharla todos los allí presentes.

¡La hemos encontrado, capitán! exclamó la voz, casi a gritos, -

Todos, al unísono, saltamos de las sillas, ávidos de más detalles de la noticia.

Encontramos la bañera, muy dañada, por cierto, incluso logramos introducirnos en ella por la puerta de emergencia, y, la verdad, lo que hemos encontrado, capitán, no le va a gustar un ápice.

Se hizo unos segundos de silencio.

- ¡Por Dios! agente, hable ya...

-Encontramos... encontramos un cadáver en muy avanzado estado de descomposición, sujeto fuertemente a uno de los asientos.

El capitán, perdió por momentos todos los colores de la cara, quedando sumamente pálido, tan blanco como el papel.

-Me alarmé, - algo grave acababa de suceder.

-Capitán Steven, dígame, - ¿qué pasa?, - pregunté con esa sensación de mal augurio que acababa de sentir.

Y dicha sensación, se confirmó 24 horas más tarde, por desgracia no estaba equivocado.

El cadáver encontrado maniatado, pertenecía a George Peterson, el que hasta ese momento estábamos convencidos de ser el asesino.

Todas nuestras teorías se nos vinieron abajo, se derrumbaron como un simple castillo de naipes, - estábamos como al principio... sin nada.

Abrace a Yoy, y le hablé, - como si me entendiese, - ¡Uufffff! mucho trabajo nos espera, amigo, -

Su respuesta, como siempre, fue el clásico, - guau, - de asentimiento.

Esa noche no paraba de darle vueltas al asunto, y pensaba en voz alta, con la atenta mirada de mi compañero, dejándose acariciar como siempre en momentos de meditación, podíamos decir

Creo que seguía el monólogo al pie de la letra.

-Veamos, si la bañadera fue encontrada 15 millas al oeste de la playa, siguiendo el acantilado llegaríamos al lugar aproximado donde fue lanzada al mar.

-Quizás, allí, encontremos algún indicio que nos oriente un poco.

-Mañana lo comentaré con el capitán, creo que estará de acuerdo en ello.

La noche se me antojaba demasiado larga, imposible conciliar el sueño, por lo tanto, se me ocurrió una idea que, con total seguridad, me haría feliz y evadirme por un rato del inmenso problema que nos ocupaba.

Debido a la diferencia horaria, mi esposa estaría aún despierta, quería, y lo necesitaba, hablar unos minutos con ella.

Comuniqué la solicitud de conferencia, que se hizo esperar unos cuantos minutos. Por aquel entonces, y hasta no muchos años atrás, dicha solicitud tendría que pasar por una operadora, y unos cuantos pasos más.

Al fin escuché su voz, me llenó de regocijo y una sensación de paz y felicidad, - Hola, querida, - ¿cómo está todo por ahí?

-Hola, mi amor, eso mismo quiero preguntarte yo, llevas muchos días allí, sin noticias.

-Estamos bien, escucha quién está a mi lado, - acerqué el tubo a la boca de Yoy, para que este ladrara al oír la voz de Alice.

-Yoy, cuida bien a Will, ¿me has oído?, - la respuesta del animal no se hizo esperar, emitiendo dos potentes ladridos.

-Por lo menos están bien, y juntos, - tal fue el comentario de mi esposa.

-Así es, Alice, ya ves, estamos bien, pero, cuéntame, ¿cómo están los niños?

-Bien, aunque te echan mucho de menos.

-Consuélalos, diles que pronto estaré de regreso, y les llevaré muchos regalos en compensación por la espera.

-Así lo haré mi amor, cuídate, cuídense, te quiero...

Fueron sus últimas palabras antes que se cortara la comunicación.

Aunque pequeño, era un consuelo, ya que lo que más quería en el mundo estaba perfectamente, y ello me aumentaba las fuerzas para intentar solucionar este caso lo antes posible.

Pero, claro, estábamos como al principio y sin indicios ni pruebas a que agarrarnos, sin nada...

-Al menos, lo dicho anteriormente, mi familia está bien y eso era lo más importante.

-Pero, les cuento, - estimados lectores, - les parecerá una tontería, mi relación con Alice siempre la comparé con la vida de los hipocampos, - los comúnmente llamados, - caballitos de mar, - ellos tienen una única pareja a lo largo de su vida, y cuando uno de ellos muere, el conyugue no tarda en imitarlo, - sin embargo esto último fue lo que nos diferenció a mi esposa y a mí, ella murió hace veinte años, y yo sigo aún con vida, - a pesar de que aquel funesto día, algo muy importante murió dentro de mi corazón, esta es la diferencia, hoy, 20 años, 17 días y ... estoy viendo el reloj,... y nueve horas,... después, la sigo amando sin poder olvidar sus gestos, sus sonrisas, y cada instante en que compartí con ella, nuestra vida plena de felicidad.

-Caballeros, estamos como al principio, nuestro principal sospechoso apareció muerto, y el pobre niño de la playa

no puede aclararnos absolutamente nada, - comentó el capitán Steven, en la sala del cuartel, donde permanecíamos reunidos.

¿Alguna sugerencia? - preguntó.

Entonces comenté la idea que tuve la noche anterior en el hotel.

Yoy, permaneciendo siempre a mi lado, hubo de sentarse, enarbolando sus orejotas, pareciendo estar atento a mi comentario.

-Lo escuchamos, profesor, - espetó George Segal, el coronel de la Policía finlandesa.

-Bien, siguiendo la costa del acantilado en dirección oeste, esas 15 millas donde fue encontrada la bañadera, podríamos descubrir algún indicio, o prueba en el lugar que supuestamente pudo haber sido lanzada al mar, lugar, que más o menos podríamos calcular.

¿Qué les parece?,- pregunté tímidamente.

-Pues, sería una opción, teniendo en cuenta, que como suele decirse, - peor es nada.

Creo que mi opinión no convenció demasiado a los presentes, a pesar de que en mi interior esa hipótesis a cada segundo cobraba más intensidad dentro de mí ser.

-Señores, - intervino nuevamente Steven, - empecemos desde el principio.

Asentí, replicando, - ¿cuándo y dónde comenzaron las desapariciones? -

-Ok, profesor, todo comenzó cercanas las navidades del pasado año, cuando en Rovaniemi empieza el desfile de turistas con sus respectivos hijos, con el fin de visitar La Casa de Papá Noel, que ya creo, escuchó hablar de ella.

-Así es, capitán, - prosiga.

-Y esa fue la primera desaparición misteriosa, el hombre encargado de atender a los niños, George Sapovich, se esfumó sin dejar rastro ni explicación ante tal actitud.

-El ayuntamiento se vio en la necesidad de encontrar un sustituto en cuestión de horas.

Por suerte, se logró dar con ese hombre, un señor maravilloso que atendió a los pequeños, inculcándoles la ilusión navideña.

-Creo que se llama Salomón Sorensen, pero poco tiempo después, - cuestión de días, también desapareció, aludiendo asuntos de trabajo en el extranjero.

-Con total seguridad, volvió a su país de origen, Alemania.

-Pero, lo más desconcertante fue el paradero de los 50 niños que viajaban en la bañera, con tres padres elegidos al azar, para acompañar la excursión, uno de ellos, una señora en estado de buena esperanza, cuyo destino era visitar el Círculo Polar Ártico, y disfrutar de las bonitas y maravillosas auroras boreales.

Yo, estando muy atento a los comentarios del capitán, se me ocurrió hacerle una simple pregunta, - ¿Le parece probable que una de estas cinco personas, puedan tener algo que ver en el caso?

-Me temo que no, amigo mío, hemos indagado en ello, y es claramente imposible, - y le explicó por qué los descartamos de inmediato.

-La señora embarazada no la creímos capaz de gestionar terribles actos, a pesar de su corto periodo de tiempo estando en cinta, - que apenas se le notaba, - los dos padres, personas muy respetables y de bien, con múltiples actos en beneficio de nuestra ciudad, en conclusión, - descartados.

-Y los dos Papás Noel, se les notaba en demasía el cariño que sentían por los niños.

Hubo momentos de silencio, se palpaba la tensión en la sala.

-Visto los acontecimientos, ¿qué hacemos entonces?, - preguntó Seagal con cara impropia de un alto funcionario del estado.

Entonces decidí a exponer mi plan, que ya cosquilleaba en mi cerebro como miles de chispas revoloteando, golpeando mi mente, como locas.

Las miradas tensas y fijas en mí, clamaban preguntas a mis palabras, preguntas que arrojaran un simple rayo de luz en medio de la total oscuridad en la que estábamos sumergidos.

Y necesitaban respuestas para poder aferrarnos a un clavo ardiendo, en este turbio asunto.

QUINTA PARTE

El desenlace 2: La resolución

-Caballeros, - comencé, -se me ha ocurrido una idea como principio de la investigación.

-Por favor, profesor Mcconauguey, le escuchamos, cualquier hipótesis, por minúscula que sea, será bienvenida en este laberinto donde nos va a ser muy difícil encontrar la salida.

Muy bien, espero que estén de acuerdo en el planteamiento que voy a presentarles.

-Por débil que sea, hemos de aferrarnos a cualquier hipótesis, como si fuera ese, - palo ardiente, - ¡explíquese!, - casi gritaron todos los presentes, al unísono.

-Lo que tenemos claro, es que el propio asesino ha provocado el despeñamiento de la bañadera, desde el acantilado, con caída al mar, y con Peterson, maniatado, dentro, - pero, los niños y los tres padres, evidentemente fueron asesinados o secuestrados.

-Volquémonos en lo segundo, que, creo, es lo más coherente, y por lógica, para transportar 50 niños, en otro vehículo, y con el frío que haría en esos meses, - unos 20 grados por debajo de cero, su guarida no estará muy alejada de ese lugar, ¿no les parece?

-La idea que les expongo es la siguiente, -

En la estancia no se oía, ni la respiración de los allí presentes, que en aquellos momentos debería ser muy agitada.

Esos tres pares de ojos no pestañeaban, y se hacía notar signos de ansiedad e intranquilidad en ellos, todos ávidos de una explicación para poder dar un paso hacia adelante en el tema.

-Si me traslado al lugar del acantilado donde creemos que fue lanzada la bañadera, acompañado de mi fiel amigo, estoy seguro que encontraremos alguna pista por pequeña que sea, y siendo así, como creo, Yoy me guiará al habitáculo del psicópata.

-Si tenemos en cuenta donde apareció el vehículo sumergido, no nos será difícil el encontrar el sitio exacto del lanzamiento.

Alguien interrumpió la exposición, - sí, la idea parece comprensible, ¿pero no le parece que debería ir acompañado de agentes armados y experimentados en este tipo de situaciones?,-

-Vea que nos enfrentamos a un delincuente muy peligroso, demasiado diría yo, y eso que aún no sabemos que fue de los niños desaparecidos ni lo que hizo con ellos, mire como hemos encontrado al pequeño de la playa.

-Estoy de acuerdo, - contesté, -pero si nos presentamos con mucho personal, posiblemente alertemos al individuo y pueda aferrarse a una buena coartada.

-Sin embargo, si voy solo, acompañado, claro, de mi amigo, puedo simular ser un turista viajando entre las nieves.

-Simplemente necesitaría ciertos elementos para el viaje, ya que el destino lo tengo más o menos claro, -basta con seguir las coordenadas, y, bordeando el acantilado llegaré a él.

Transcurrieron segundos de silencio, - como si meditaran mi idea, - pero, al fin, estuvieron de acuerdo, - era una idea débil, pero, al fin de cuentas, era simplemente eso, una pequeña idea.

Alguien rompió el silencio, - de acuerdo, dígame que necesita...

Mi petición fue simple, - una pequeña moto de nieve, abrigo suficiente para soportar las terribles bajas temperaturas, un walkie talkie para poder comunicarme, alguna bebida isotónica, que por esa época no existían, pero si reconstituyentes, parecidos al red bull, y lo más importante, un arma cargada.

El capitán Steven abandonó su asiento dirigiéndose a la puerta de salida donde se detuvo luego de entreabirla, -

Hizo un llamamiento, -

-Sargento Pisk, - llamó, -

Al instante se presentó un agente perfectamente vestido con el uniforme de la Guardia Civil, con la educación que corresponde al saludo de un superior, - llevando su mano derecha hacia la sien, -

A sus órdenes, mi capitán, -

-Consígame una Parabellum nueve milímetros, y cuatro cargas completas.

Cinco minutos después, el pedido estaba en la sala.

¿Tiene usted alguna experiencia en armas de fuego?

-No, capitán, pero la llevaría a modo de intimidación por si me encuentro cara a cara con el asesino.

-Correcto, de cualquier manera, le instruiré, vamos ya mismo a las dependencias donde se realizan las prácticas de tiro.

-Debe usted estar familiarizado con el arma, no sabemos con qué tipo de monstruo se encontraría, en caso que diera con su paradero.

Ahora comprendía el motivo de pedir cuatro cargas cada una con ocho balas.

Recibí una perfecta instrucción de como debía colocar el cargador, poner y quitar el seguro, y, además, disparar a un blanco que estaría entre los quince y veinte metros de distancia. Con los primeros disparos, - lo reconozco, - me temblaba bastante el pulso, pero luego, poco a poco, la firmeza de la mano se fue acostumbrando, y hasta en dos ocasiones logré dar en el centro del blanco.

-Lo felicito, profesor, creo que esta casi preparado para portarla.

-Gracias, capitán, aunque preferiría no usarla.

Ya estábamos listos para emprender el viaje, esa mañana la temperatura alcanzaba los 18 grados bajo cero, pero, por suerte, aún, no nevaba.

Yo, enfundado con un gorro de lana de piel sintética, que ajustaban bien las orejas a pesar de estar protegidas por mi espesa cabellera y que también sufrirían el rigor del frío, un inmenso pasamontañas que protegía el cuello en su totalidad, una camiseta térmica muy gruesa , para el abdomen, pantalón anti- frío,- o térmico, -para ambas piernas, guantes que impedían el congelamiento de las manos, y por encima de toda esta indumentaria, otro abrigo de piel herméticamente cerrado, con un bolsillo extra donde portaba la cartuchera que albergaba la parabellum, ya lista para dar caza a, o las, supuestas alimañas que perseguíamos.

Intentamos abrigar a Yoy, con una vestimenta especial para animales, teniendo en cuenta que no estaba preparado para resistir tremendas temperaturas, pero se mantuvo reacio a ello, no permitiendo que se le cubriera con ellas, reculando y gruñendo tímidamente.

-No se preocupe, - le dije al especialista en dirigir las brigadas caninas, - que ya a mediados de los 70, funcionaban a las mil maravillas, no como las de hoy día, pero si se le aproximaban con resultados altamente positivos, - Yoy prefiere ir desnudo, además, ese gran pelaje que le cubre será suficiente para protegerse del frío.

El agente asintió sin mediar palabra.

-Buena suerte, - me deseo el capitán, - quedamos a la espera de noticias, quedamos en contacto las 24 horas del día.

-Gracias, capitán Steven, le estaré informando según avancemos...

Estudiando las coordenadas, continuaríamos bordeando el acantilado unas 30 millas, - el camino, a pesar de estar cubierto de nieve, se veía transitable, además, la moto que me habían proporcionado era especial para ello.

A mi lado viajaba Yoy, ya con las orejas erectas, y pendiente en cada metro que avanzábamos.

Durante las primeras millas, el viaje no tuvo inconvenientes, ni tampoco se veían huellas de vehículo alguno, la propia nieve se encargaría de borrarlas, de hacerlas desaparecer a los pocos minutos, máxime, teniendo en cuenta que las nevadas se sucedían constantemente.

Con cada metro de avance, nuestros cuatro ojos escudriñaban el terreno, buscando un indicio, por pequeño que fuese, para tener una pista concreta a la que poder aferrarnos.

A nuestra izquierda el choque de las olas contra las rocas, se dejaban oír, como una música tan agradable como macabra.

A lo lejos, débiles estruendos, presagio de una nueva tormenta.

De cualquier manera, estábamos preparados, ya que a la moto le habían colocado una gruesa lona para el caso de nevada intensa, pudiera guarecernos.

Aún no había comenzado a nevar, cuando potentes ladridos de mi compañero provocando lejanos ecos en el entorno, hicieron que detuviera la moto de nieve al instante.

Un tanto desconcertado, ya que, por los cálculos aproximados cartografiados, aún quedarían entre cinco y seis millas para el primer objetivo marcado, hizo que pisara el freno bruscamente.

¿Qué pasa compañero?

El animal continuó ladrando, ahora con más intensidad.

Descendimos del vehículo.

Al fondo, divisamos el comienzo de un espeso bosque, con árboles gigantes, y de todas las especies, dispuestos de tal manera que hacían el paisaje, maravilloso con mezclas entre blancos y verdes, con tonalidades diferentes, pareciendo una hermosa postal creada por la madre naturaleza.

Hacia allí, se lanzó Yoy dando un salto impresionante abandonando la moto, a una velocidad de vértigo, digna de cualquier perro adaptado a correr entre la nieve.

Era evidente, que algo lo había puesto en alerta, un indicio logró detectar.

En pocos segundos se alejó unos cincuenta metros yendo directamente a un sitio determinado, donde se detuvo.

Atiné a seguirle las huellas, en cualquier momento se detendría.

Llegué junto a él.

Lo vi escarbando, hurgando entre la nieve, hasta que se hizo con un pequeño papel que contenía unas palabras demasiado borrosas, y difícil de leer, teniendo en cuenta el deterioro de la misiva.

Tomé el folleto entre las manos, - ni idea de lo que podía significar.

Maes---ava---r..aute----ico--- vident---ayu--a res---er innu--
--es 100 or garan.....

Ya no pude leer más.

Esas palabras no me decían absolutamente nada, pero, lo positivo, alguien lo había perdido, y con seguridad los posibles asesinos.

Estaba en el buen camino.

Por instantes, perdí la visión de Yoy, a pesar de escuchar, un tanto alejados, sus ladridos insistentes.

Fui hacia el siguiendo las huellas, con la estricta seguridad de que había encontrado algo más.

Fue en aquel momento cuando vi la muerte tan de cerca como nunca lo había imaginado.

Fue al acabar de leer aquellas ininteligibles palabras, levanté la vista del arrugado papel,

y allí estaba, frente a mí, amenazante, a punto de atacar, un enorme oso blanco, que apoyado en sus dos patas traseras me miraba fijamente entreabriendo sus fauces, dejando al descubierto una fila de dientes amarronados y afilados.

El hambre lo estaría acosando, y tenía allí, a su alcance, su comida, - yo.

Tres metros me separaban de una muerte segura, y sin opción de defensa, el arma la tenía bien sujeta al traje térmico, y me faltaría tiempo para desenfundar.

Al primer intento de movimiento, la bestia saltaría sobre mí, destrozándome el cuerpo, de dos simples manotazos con sus garras listas para atacar.

El oso avanzó un paso, sigiloso, lento, pensando tal vez que su presa intentaría huir, - y otro, - ya casi lo tenía a un metro, no había duda, eran mis últimos segundos de vida.

Parecía increíble, en esos insignificantes momentos, desfiló en mi mente todo lo vivido hasta el presente, la vida misma, los buenos y malos ratos, todo tal cual lo había experimentado.

Era el final, - mi final...

El oso polar emitió un gruñido grave, como si estuviera controlando su comida.

Eso significaba signos de agresividad, también lo oí silbar, y resoplar con la cabeza baja y las orejas hacia atrás, esa expresión solo demostraba colera, acompañado de

fuertes gruñidos y rugidos, esos jadeos tenían que ver con una situación de estrés, estaba listo para atacar.

Sus tres parpados²⁴ se fijaron en mí, - su presa, - en segundos se abalanzaría y al primer zarpazo, mi vida escaparía, como lo hace el aire de un globo cuando se deshinchacha.

Cerré los ojos, mis últimos pensamientos recayeron en la visión de mis dos hijos, el cariño más fuerte que puede existir entre seres humanos, incluso por el amor maternal ni cualquier otro, - todos juntos no podían igualar dicho sentimiento, - ese era mi parecer, personalmente lo experimenté desde el mismo momento que escuché su primer llanto.

Aprete los dientes esperando que sus potentes garras se hincaran en mi cuello, en mi cuerpo, en mi todo.

El animal ya había levantado una pata, listo para atacar cuando inesperadamente se detuvo.

Aquella pata levantada a escasos centímetros de la nieve fue interceptada por alguien que yo conocía muy bien.

Aunque su potente mordida no causo apenas daño al oso, si lo hizo reaccionar desviando su mirada, volcándola en qué o quién le había importunado fastidiándole su comida.

Aquella situación era mi salvoconducto a la vida, ahora la prioridad de la bestia se centraba en saber qué o quién le había distraído.

²⁴ Nota: El oso polar tiene tres parpados que le impiden el deslumbramiento que refleja la nieve.

Yo tendría el tiempo justo para desenfundar el arma y disparar.

Yoy ladraba desesperadamente para distraer a la bestia que ya se revolvía hacia él.

Un leve hilillo de sangre apareció en la pata del oso, una pequeña herida que no provocó daño en su inmensa corpulencia.

El plantígrado se revolvió dispuesto a atacar a mi compañero, que continuaba ladrando con furia y aparente agresividad.

Era un hecho que no podría enfrentarse a un animal de esas características, su muerte sería inminente.

Fue en ese momento que logré desenfundar el arma y ya dispuesto a disparar contra la bestia, una situación inverosímil, provocó que desistiera de ello.

El gigante animal huía desesperado bosque adentro, tal vez espantado por la actitud de Yoy, que no paraba de emitir sus característicos ladridos.

Fue entonces cuando desistí de disparar ante tal huida.

En pocos segundos, mi fiel amigo había salvado la vida de dos seres, el oso y yo seguíamos respirando gracias a ÉL.

Cuando se hubo perdido entre los árboles y ya no existía peligro alguno, me eché a la nieve de rodillas abrazando a mi perro, besándolo en toda la cara.

Hecho que agradeció lamiéndome la cara y humedeciéndola con su saliva mezclada con la nieve derretida que también la empapaba.

La retribución parecía mutua, me dio la sensación que recordaba aquella noche a la salida de la universidad, tan lejana, por cierto, yo también lo había salvado de la tormenta.

Antes de regresar a la moto de nieve, y continuar nuestro camino, - a cualquier parte, - Yoy llamó mi atención e hizo que lo siguiera unos cuantos metros más adelante ya en pleno bosque teñido de blanco por completo.

Se detuvo en un lugar determinado unos 200 metros más adelante.

Intentó hurgar unos centímetros en la nieve, y ladrando efusivamente me señalaba ese sitio en concreto.

Algo había allí, su ímpetu así lo hacía saber.

¿Quieres qué cave aquí?, - le pregunté como si fuera un ser humano que me entendiera, -

Su respuesta fue contundente, además, conocía a mi perro demasiado bien.

En aquel lugar había algo, tenía que cavar.

Nos dirigimos al vehículo, estacionándolo a escasos metros del lugar señalado.

Agarré una pala, que habíamos traído, y comencé la tarea.

La nieve se habría desquebrajándose aún blanda por las continuas nevadas, y no se habían producido temperaturas habituales de 30 grados bajo cero en aquella época de la estación.

Logré abrir un socavón de metro y medio aproximadamente, pero, sin resultado positivo.

-No veo nada, Yoy, ¿qué intuyes?, - pregunté a punto de abandonar la excavación.

El animal insistió, produciendo largos ladridos de clara impaciencia.

En aquellos momentos comenzó a nevar con intensidad.

Fue cuando desistimos de continuar cavando, y continuar nuestro viaje, siempre al oeste, - algo me decía que más adelante encontraríamos la clave de nuestro propósito.

Clavamos un gran palo en el lugar, para señalar que allí, podía haber algo escondido o enterrado. Más tarde llegarían agentes, y buscarían... quién sabe que...

* * *

Algunos días después, me enteré que ese misterioso sitio que Yoy había señalado, minutos después del incidente con el oso, era la tumba de Goer Sapovich, el Papá Noel que misteriosamente había desaparecido en los días de navidad del año 1969.

El esqueleto, corroído por una gran cantidad de cal viva, aparecía prácticamente deshecho a varios metros de profundidad.

En lo que respecta al oso polar, había escapado de un circo, que, por esas fechas, hacía actuaciones en Rovaniemi.

Ante nuestra denuncia, fue capturado poco después, y devuelto al circo, que, por supuesto fue multado por incoherencia y descuido de sus cuidadores, hechos sumamente graves, por cierto.

Pero no adelantemos acontecimientos, queridos lectores, creo que estarán ansiosos por conocer la resolución de este cruel caso.

* * *

Una intuición me decía que íbamos en la ruta correcta, - el papel con frases ininteligibles, el sitio que Yoy me había señalado, que sin lugar a dudas allí encontraríamos algo, todos minúsculos indicios de que, efectivamente íbamos por buen camino.

Montamos en la moto, reanudando el camino por aquel sendero manchado por completo de blanco, y bordeado por gigantescos arboles de diversas especies, con variedad de pinos extravagantes, maravillosos que, adornados, precisamente por la nieve, que en esos

momentos caía con intensidad, hacían resaltar aún más, ese paisaje, perdido en la nada helada de la región.

Era como una postal dibujada dentro de la propia naturaleza, - creo que esto ya lo dije páginas atrás del relato, pero, la verdad, queridos amigos, tengo en la retina grabadas esas imágenes, y no me cansaría de repetirlas una y mil veces más.

Yoy prefirió no subirse a la moto, yendo unos cuantos metros más adelante.

El camino, escabroso, hacía que nuestra marcha fuera lenta, pausada, minuciosa, sorteando a la vez, obstáculos imprevistos del propio sendero.

No tenía la mínima certeza de hasta donde iríamos a llegar, pero insisto, algo en mi alborotada cabeza, me repetía una y otra vez, que nos dirigíamos en el sentido correcto.

Hecho este, que un par de millas más adelante, Yoy me lo confirmó.

Apagué la moto, descendí, donde Yoy se había detenido. Vi que tenía en la boca un objeto, hube de acercarme para poder identificarlo.

¡Eureka...! una botella vacía de vodka alemán.

Por esa zona, vivía, o paseaba gente, - lo primero, casi seguro, - lo segundo, poco probable en aquella época del año.

Alguien vivía por allí, había que seguir, estábamos en la buena senda.

La nieve dejó de caer por momentos, permitiendo apurar la marcha, reanudándola de inmediato.

Pocas millas más adelante, me vi en la obligación de detener la moto de nieve, para repostar combustible.

Aún quedaban cuatro galones, nafta ²⁵ suficiente para recorrer media Finlandia.

Al parar de nevar, el frío se acentuó bastante, alcanzando los 22 grados centígrados bajo cero, no sabría decir si sería fiable, pero es lo que marcaba el termómetro manual que portaba.

El frío atravesaba por momentos el traje térmico que vestía, a pesar que lo soportaba sin temor a congelamiento, - si temí, que mi compañero, al no estar ambientado en esas temperaturas, sufriera las consecuencias, - pero, ¡qué va! - continuaba impasible y firme por delante de la moto.

Parecía totalmente insensible a esa terrorífica temperatura, era evidente que su pelaje lo protegía, aunque si, un tanto extraño, - mi cuerpo protegido con la última tecnología en equipo de ropa térmica, lo estaba notando, pero ÉL, continuaba el camino como si nada...

Otro misterio con respecto a mi compañero, - un animal extraordinario, - me dije una vez más, - durante toda mi vida me alegré de haberlo rescatado de una muerte segura.

²⁵ NAFTA: en américa latina se le llama de esta manera al combustible que no es el gasoil común, - o también llamado diésel. Es un poco más costosa que este.

Si, creo que serían 30, o tal vez 40, las millas recorridas desde el incidente de la botella, pero al fin divisamos lo que esperábamos encontrar.

Y siempre bosque adentro.

Lo encontrado, me decía, me machacaba la mente, me convencía, - de que ello era lo que buscábamos.

Detuve la moto, camuflándola por detrás de unos espesos matorrales, y en silencio y cautela fuimos acercándonos hasta allí.

Yoy avanzaba completamente en silencio, unos pocos metros por delante, no debíamos alertar al posible habitante.

De nuevo, la nieve, a pesar de que esta vez fue bienvenida, ya que nos beneficiaría borrando las huellas dejadas por el vehículo.

La casa se veía preciosa, - dos plantas, una gran chimenea, toda recubierta de piedra, dos ventanales gigantes cerrados por cortinas de una materia especial y pareciendo hermético, impidiendo la entrada del frío.

Y en el centro una puerta blindada como si fuese la entrada de una gran caja fuerte.

Estaba claro que por allí era imposible entrar si no se le tenía la llave.

Nos acercamos sigilosamente y muy callados, solo se oía la respiración agitada que escapaba de mi boca echando fuertes bocanadas de aire, que casi se congelaban al abandonar la cavidad bucal.

Le hice a Yoy un gesto con la mano acercándola a los labios, como señal de ello, producir el menor ruido posible.

Todo estaba en absoluto silencio.

Dudé entre bordear la mansión, o llamar para percatarme de que alguien estuviera dentro, desistí, con certeza en esos momentos en la casa no habría nadie, - de no ser así, la chimenea estaría humeante, - entonces decidí bordear la estancia, y ver que encontrábamos por detrás.

Al fondo, en la lejanía, se divisaban montañas, y multitud de árboles, - un sitio perfecto en mitad de la nada helada de Laponia, un lugar ideal para el refugio de cualquier delincuente.

Nos llevó varios minutos llegar a la parte trasera de la casa, no existían ventanas, pero si había una puerta, aunque no tan segura como la delantera.

Manipulando un poco la cerradura, podríamos abrirla, y ver lo que hay dentro.

De improviso, Yoy se separó de mí unos cuantos metros, cuando se detuvo en cierto lugar posándose con sus patas traseras llamando mi atención.

Me estaba llamando, no cabía la menor duda.

Su gesto era evidente, - quería que lo siguiera, - y así lo hice.

Allí fue donde nos encontramos con el primer gran horror de la travesía, que, por desgracia, no fue el único, ya que hallaríamos uno mayor dentro de la casa.

Y lo más seguro del asunto, habíamos dado con el refugio del asesino.

Activé el walkie talkie,-

-Jaque mate rey 2, aquí torre blanca, llamando, cambio.

Usábamos una vieja clave imitando a una popular serie de televisión de la época llamada COMBATE, de mucha audiencia.

-Jaque mate rey 2,- lo escucho torre blanca, - capitán Steven a la escucha, - cambio.

-Capitán, hemos dado con la guarida del asesino, estén pendientes, les envío ubicación, pero no actúen por el momento, el individuo aún no ha aparecido.

Debemos tener cautela, ya les avisaré el instante de actuar, -

Ubicación, - siempre dirección oeste, bordeando el acantilado, 45 millas aproximadas, penetrando en el bosque por un desfiladero, - un palo insertado en el lugar, los guiará, una flecha dibujada en el bidón de nafta atado al palo le señalará la dirección que deben tomar, pero repito, - no actúen de momento, - y una cosa más, - en ese lugar indicado por el palo, deben abrir un socavón, profundo, por cierto, algo hay allí, aunque no sepa que es, seguro estoy que lo hay. Cambio y corto...

Un brazo descarnado entre amasijos de carne podrida y casi congelada, y huesos destrozados asomaba entre la nieve.

Y comencé a cavar, temiendo no ser el único esqueleto desmembrado que encontraría, - una chapa de fino material cubría parcialmente ese brazo.

Con mucho esfuerzo logré moverla, siempre con la atenta mirada de Yoy, que incluso intentaba ayudarme en el gran esfuerzo que estaba haciendo.

Lo que intuía, - tras el primer esqueleto, aparecieron muchos más, acompañados de un fuerte olor a cal común, mezclándose con la putrefacción de decenas de cuerpos depositados en esa fosa común.

Corroídos, si, por esa cal que había hecho muy bien su trabajo.

La mayoría de los restos parecían de personas pequeñas, - de niños, exactamente, - dándome cuenta de donde habían acabado aquellos pobres infelices.

Cerré la fosa, - entonces preso de la emoción del descubrimiento terrorífico que acababa de descubrir, no había reparado en una especie de galpón, ubicado unos cuantos metros más adelante.

Mi amigo, encontrándose a la puerta de dicho hábitat, volvía a llamar mi atención, con suaves gruñidos de alerta.

Debíamos ver que contenía ese galpón que no superaría los 20 metros cuadrados de superficie, - poco más que un ring de boxeo.

Con la pala pegué fuertes golpes al candado, medio congelado, golpes de rabia, indignación, repugnancia, y con tal violencia que en solo tres embestidas logre romper el candado saltando sus partes en mil pedazos esparciéndose por la nieve .

Teníamos el paso franqueado.

Con una leve patada, la puerta se abrió sin más, y logramos entrar.

Muchos sacos de cal viva aparecían amontonados ordenadamente en un rincón de la estancia, y a un costado, una amplia mesa con enseres de todo tipo, - cuchillos, hachas, taladros, en fin, utensilios, que usaría el asesino para matar a sus víctimas.

Salimos de allí.

-Tenemos que entrar en la casa, Yoy, no perdamos tiempo, en cualquier momento puede aparecer el psicópata, y debemos estar preparados para reducirlo.

Apurando el paso, nos dirigimos hacia la puerta trasera de la gran mansión, debíamos violentarla y penetrar en la casa lo antes posible.

Seguro estaba de que el más horrendo de los espectáculos aparecería ante mi vista dentro de ella.

Por supuesto, no me equivocaba.

Con tres violentos golpes de hacha, - herramienta que había tomado del galpón, - logré que la cerradura saltara en mil pedazos.

Con un leve empujón, pudimos entrar en la casa.

Lo primero que apareció, fue la inmensa cocina ataviada de los más modernos electrodomésticos de la actualidad.

A continuación, un gran salón, impecable, con sofás sofisticadamente cómodos, mesas de cristal con sus respectivas sillas acolchadas, diferentes cuadros de coloridos relucientes, y un pasillo plagado de puertas.

La evidencia demostraba que cada puerta contenía una habitación.

Avancé hacia la primera que iniciaba el corredor, - que hermosura, - juguetes maravillosos adornando paredes y muebles, varias camas adosadas al estilo, - cuchetas, diversidad de vajilla, - vasos, jarras, jarritas, etc. - platos con restos de comida, de varios días, pero sin despedir olores nauseabundos, - comidas como pan, galletas, - en fin, -aquella habitación estaba preparada y decorada para albergar niños, - no cabía la más mínima duda.

Las piezas del puzle encajaban a la perfección, supuse que las otras habitaciones serían del mismo estilo.

Decidí abrir otra puerta cuando reparé en la ausencia de Yoy que estaba siempre a mi lado.

Desistí de ello, lo llamé, siempre en voz baja, - aún no estaba seguro del todo de la ausencia de gente en el habitáculo.

Por precaución desenfundé la pistola, debería estar preparado, con seguridad me enfrentaba a uno, o más, hombres peligrosos, - en caso de ser uno, - como me lo

imaginaba, no conocía su envergadura y dotes para un posible cuerpo a cuerpo, - bien es cierto que mi condición de, - cinturón negro, especialista en artes marciales, jugaría a mi favor, pero el hecho de no conocer al rival ni su reacción, incluso la fuerza y envergadura, sería un grave peligro en el momento del posible enfrentamiento.

¡Yoy, Yoy! ¿dónde estás, amigo? – volví a llamar siempre entre susurros.

Al fin escuche su grave gruñido a modo de respuesta.

Abandoné el pasillo, volviendo a la sala principal.

Y allí estaba, detenido frente a otra puerta, mucho más amplia que las anteriores, mirándola fijamente en posición de alerta como solía actuar siempre que descubriera algo importante.

Fui hacia allí.

-Amigo, ¿qué pasa? -

Entonces fue que logré escuchar unas débiles llamadas, - súplicas diría yo, - agonizantes, como si significaran el final de una vida, - procedentes del interior de aquella habitación.

Agudicé el oído acercándolo a la madera reluciente de aquel portalón.

Parecía el sonido insignificante de una persona a punto de morir en medio de un sufrimiento espeluznante, - y lo más doloroso del asunto, no había dudas, eran las súplicas de un... niño.

No esperé más, - decidí entrar.

Coloqué la mano en el pestillo, con la seguridad de que no iba a poder abrirla, pero, - milagro, - la puerta se abrió sin el más mínimo esfuerzo.

Entramos.

Ahora si pude escuchar con claridad los ruegos de la persona que desesperadamente los solicitaba, y también confirmar mis sospechas, - eran las de un niño.

Y, además pude verle.

¡Por favor, señor sáqueme de aquí! - haré lo que me pida, pero hágalo por favor...

Miré la escena.

Mis ojos dejaron de parpadear, se clavaron en la dirección de las súplicas.

Allí estaba, un pobre chico, que no tendría más de diez años, insertado en un... cepo²⁶.

En la actualidad, aún continúa usándose, en países que NO VOY A NOMBRAR.

La cabeza del niño, aprisionada en medio de dos maderos y a los costados, uno a cada lado de la cabeza, los brazos aprisionados de la misma forma.

²⁶ Cepo: Instrumento hecho de dos maderos gruesos, que unidos, forman en el medio unos agujeros redondos, en los cuales se aseguraban la garganta y los brazos. Elemento de tortura usado en la antigüedad, para castigo de delincuentes.

Sus piernas no llegaban al suelo, soportando las rodillas, todo el peso.

La tortura del pobre niño debía ser crucial, insuperable, el desfallecimiento total, sus ojos acabaron por cerrarse agotando por completo sus fuerzas, y perdiendo el conocimiento acabó por desmayarse.

* * *

Aún respiraba.

No había tiempo que perder, tenía que violentar el cepo, romper el candado que lo aseguraba, un simple disparo bastaría.

Así lo hice, el candado saltó por los aires, - el niño logró entreabrir los ojos sobresaltado por el estampido del disparo, que lo hizo reaccionar.

Aparté los maderos y tomé a la criatura en brazos, - se volvió a desmayar.

A pocos metros divisé una camilla donde lo deposité, recogí un poco de agua en un vaso que estaba por allí, vertiéndole el líquido elemento entreabriendo su boca mancillada y cuarteada por la sequedad de los labios.

El niño pareció reaccionar, por suerte, - creí, - que estaba fuera de peligro.

Desvié la vista buscando a Yoy.

Se había separado unos metros mirando fijamente un determinado lugar.

Lo imité, dirigiendo mi vista hacia allí, siempre con él niño en brazos.

El escalofrío más grande que había sentido en mi vida se puso de manifiesto en ese instante.

La convulsión estuvo a punto de provocar la pérdida del equilibrio, y trastabillé, sin soltar al pequeño.

Lo que estaba viendo no daba crédito a ello, no encontraba palabras para describirlo, todo demasiado, - dantesco, - digno, muy digno, de una película de terror.

La estantería, de unos diez metros aproximadamente en su largo, albergaba aquellos frascos, todos ordenados y en fila, llenos de ...

Quedé estático, palidecí cuando levante uno de los recipientes que contenía un líquido blanco, - lo acerqué a mis ojos, el contenido incoloro, parecido al agua emanaba un ligero aroma salado al quitar el tapón, - fue entonces cuando leí la etiqueta estampada en el vidrio - se leía claramente un nombre y su edad, y debajo, en letras claras y remarcadas en negro, su contenido, - LÁGRIMAS, -

¿Sería posible lo que estaba leyendo? - qué clase de monstruo era capaz de hacer, y guardar algo así.

No menos escalofriante los contenidos de los demás frascos todos perfectamente colocados en esa estantería, - de la muerte, - y aún quedaban suficiente cantidad de

vacíos, como esperando ser rellenados por, - que sabe que....

Se veían uñas, dientes, dedos, corazones, pulmones, - en fin, todo tipo de órganos debidamente etiquetados e identificados por los dueños de dichos contenidos.

Apunto estuve de vomitar, - Yoy chocó contra mí, con seguridad para que reaccionara ya que había quedado petrificado al ver tanto horror, y para colmo de todo aquello, la instalación del gigante caldero y la polea encajada a la perfección.

En segundos, el entorno me permitió imaginar los diferentes tipos y maneras que padecieron aquellos niños, de encontrar la muerte, cuyos restos descansaban en el pozo descubierto por mi compañero, minutos antes.

* * *

No había tiempo que perder, de pronto reaccioné, - o Yoy me lo hizo saber, el asesino volvería pronto a casa, y debería sorprenderlo para capturarlo.

La nieve se desataba en forma de gruesos copos, - densos, - en otra situación que se antojaba muy diferente, hubiera resultado agradable disfrutar del paisaje.

No conocía la envergadura del hombre, pero yo confiaba en mi buena fuerza y de las dotes y métodos de defensa personal de la que disponía, - teniendo además un arma

con siete balas que gustoso se las metería en la cabeza no bien atravesara la puerta de entrada.

Me acerqué al niño, que un poco mareado se había ubicado en un rincón de la sala.

-Escucha, - comencé en tono cariñoso, acariciándole ambos lados de la cara, -tú vas a quedarte aquí sentado, en completo silencio, luego llamaremos a tus padres para que vengan a buscarte ¿lo has entendido?

El chico, aún con el terror en la mente, asintió moviendo la cabeza sin emitir palabra ni sonido.

Cerré la puerta, solo cabía esperar.

La idea era sencilla, - una vez dentro de la casa el asesino sería reducido y sorprendido sin posibilidad de defensa ante lo inesperado de mi ataque, no debería darle opción, atacándole por sorpresa, aunque fuese por la espalda.

También contaba con la colaboración de mi fiel amigo ante un posible intento fallido, - repito, no conocía su potencial físico, su peso, altura, - en fin, - su apariencia.

Tenía que estar muy preparado para sorprender.

Y nos pusimos a vigilar dirigiendo constantes miradas hacia el exterior donde destacaba esa espesa lluvia de nieve.

Con seguridad, Yoy detectaría con antelación, la llegada del individuo, y me alertaría.

La minúscula mirilla de la puerta apenas me permitía observar con claridad el exterior, dificultad añadida por la ya mencionada nieve.

Estaba seguro que mi perro me avisaría un poco antes.

No pude calcular con exactitud el tiempo que permanecimos en esa situación de alerta, - 45 minutos, tal vez una hora, - hasta que las orejas de mi fiel amigo se elevaron notificando la situación de, - alerta máxima. Volví a la mirilla, - mis nervios demasiado tensos me decían que llegaba la hora de actuar. Ya no nevaba, la visión al exterior era clara, nítida, increíblemente, y por sorpresa, un tenue y fino rayo de sol hizo su aparición.

Entonces fue que lo vi.

El hombre se acercaba a paso rápido hacia la puerta, el frío debía ser muy intenso - tal vez estacionó el vehículo algo alejado de su casa.

Tal vez el ruido del motor fue el motivo que aviso a Yoy, ruido que yo, - por supuesto, - no pude oír.

Ese demonio aparentaba ser muy alto, - tal vez de mi estatura, que rondaba el metro ochenta y cinco, - y se veía fuerte.

Estaba decidido, a esa alimaña no le daría opción, y lo atacaría una vez entrado en la casa.

No se lo merecía, - además, - no debía arriesgarme. Tal vez iría armado, - quién sabe.

Estábamos listos para sorprender, el hombre casi pisaba el porche de la mansión, - Yoy lo distraería y una vez

dentro de la casa, tras cerrar la puerta, lo anularía aplicándole el golpe, -Kout, - que tanto había practicado en bultos pesados especiales para ello.

Pero, claro, - era muy diferente con un ser humano, aunque estaba convencido que sería efectivo.

Eso sí, había que actuar con rapidez.

Con suma rapidez.

Se oyó el crujido de las bisagras de la puerta blindada, casi congeladas por el frío, el hombre cruzó el umbral de la puerta cerrando tras de sí, Yoy emitió un terrorífico gruñido provocando la inmediata reacción de Salomón Sorensen, dirigiendo la mirada hacia el lugar de procedencia.

Diose la vuelta un instante como reaccionando a la picadura de, - algo letal, - fue entonces cuando apreté el puño todo lo que me fue posible, y lo descargué en la cara del asesino, con tal fuerza que se oyó crujir la mandíbula, rota al instante por la potencia del golpe. El impacto fue certero, motivo que hubo provocado un copioso chorro de sangre manando de la ya posible rota nariz.

Tan fuerte y certero fue el golpe, que mis nudillos sintieron el impacto, - me dolían, - pero el individuo cayó al suelo desplomado, - boca arriba, - desmayado, en medio de un inmenso charco de sangre.

Fueron los segundos que aproveché para darle la vuelta y colocarle las esposas, que se me habían facilitado en la lista de elementos solicitados al capitán Steven.

Siempre, y ello tengo que mencionarlo, ante la atenta mirada de Yoy dispuesto a intervenir si hiciera falta ante cualquier eventualidad que complicara la captura del psicópata.

También hube de amarrarle fuertemente las piernas con una soga encontrada en la habitación de las torturas.

El asesino continuaba desmayado y sin posibilidad de complicarnos su captura.

Acerqué una silla, y con mucho esfuerzo, lo alcé hasta lograr sentarlo en ella, incluso lo aseguré pasando otra cuerda en derredor.

Estaba completamente inmovilizado.

La hemorragia nasal había cesado, y su mandíbula, a pesar de sufrir un pequeño desvío, no presentaba síntomas de gravedad.

En conclusión, - el asesino había sido capturado.

Le quité la pistola que escondía bajo su ropa, y me dispuse a despertarlo, -

¡Despierta, hijo del demonio! - espeté gritando fuertemente y dándole varias cachetadas en ambos lados de la cara.

Pasados unos segundos pude provocar su reacción.

Abrió los ojos, totalmente desorbitados con pequeños derrames en las pupilas, y pareciendo no entender lo que había pasado.

Entonces fue cuando pude verle muy bien la cara, - ojos redondos como pelotas de golf, nariz aguileña, ahora torcida por el golpe, espesas cejas a punto de juntarse por encima del tabique nasal y un espeso bigote que montaba sus labios casi ocultos, y cuarteados por el frío.

Las orejas, apenas visibles por una tupida melena, al estilo de aquel mítico conjunto musical que en los años 60 causaron sensación en jóvenes y mayores de ambos sexos, -yo sinceramente no fui presa de ese desenfrenado fanatismo, - y todo ello, acompañado de un cuerpo fuerte, esbelto y proporcionado, - tal era la apariencia de ese demonio de la naturaleza, el despiadado autor de las barbaries.

Y ahora yacía atrapado e imposibilitado de escapar.

Me acerqué a él, me miró con rabia e impotencia, ironía tal vez, realizó un movimiento reflejo, se vio inmovilizado, impotente, y, al fin pude escuchar su voz, - voz ronca, desagradable, pidiendo, incluso, explicaciones por la situación en la que se encontraba.

¿Quién es usted? - ¿qué pretende entrando en mi casa sin permiso, y agredirme de esta manera?, -fueron las primeras preguntas que se escaparon de aquella boca adornada por una fila de dientes amarillentos y desordenados.

El hombre, - de unos cuarenta años, quizás menos, - exigió, - ¡Explíquese!

Entonces fue que mi rabia ya no pudo ser contenida, y acercándome a su cara, lo agarré, con todas mis fuerzas de su exuberante cabellera, y con la mano derecha

liberada, desenfundé la parabellum, le eche la cabeza atrás, y le introduje el caño de la pistola en la boca, la engatille, - estaba lista para disparar,- mi dedo índice a dos milímetros del gatillo, temblaba, por momentos acaricie el percutor, las ganas desmesuradas de descargarle la munición restante me decía que lo hiciera, - pero claro, - no sería un final así, tan rápido de una alimaña como esa, tendría que soportar un castigo ejemplar, . Juro que por lo más sagrado de este mundo, que estuve a punto de hacerlo, pero logré aguantar esas iras desbordantes dentro de mi ser.

Yoy no se apartaba de mi lado un instante, siempre pendiente de lo que pudiera acontecer.

-Escúchame bien, - hijo de puta, - te vas a quedar quietecito en la silla, si intentas hacer el menor movimiento, por insignificante que sea, mi amigo, aquí presente, - te destrozará, como has hecho tu con esas pobres criaturas.

Mi mano izquierda apretaba con mucha fuerza su espesa cabellera, y quitándole la pistola de la boca, grité, - ¿Has entendido?

Apenas asintió con la cabeza.

Entonces Yoy le colocó las dos patas delanteras sobre las piernas atadas fuertemente, acercando el hocico con la boca entreabierta a su cara.

Salomón percibía el aliento del animal, prácticamente pegado a su nariz, que casi chocaba con la suya.

La baba que desprendía resbalaba por los pómulos del asesino algo hinchados por el golpe recibido.

Aquella visión terrorífica llenó de angustia al hombre que prácticamente no pestañeaba.

-Quédate así, Yoy, vuelvo en segundos.

Fui en busca del niño, que, con cara de estar padeciendo un profundo terror, no se había movido del lugar en que lo dejé, - incluso, se orinó encima, tal sería el sufrimiento que sentía en aquellos momentos.

Llegué junto a él, - ¿cómo te llamas? - pregunté para intentar sacarlo de aquella situación de pánico extremo, -

Con voz apagada y temblorosa apenas pude escuchar la respuesta, - Frederick, - ¿ya están mis padres aquí, señor?

-Aún no, pero pronto lo estarán, tranquilízate y ven conmigo, debo preguntarte una cosa.

Lo tomé en brazos, llevándolo al lugar donde Yoy vigilaba atentamente a Salomón Sorensen.

De pronto comenzó a llorar dando fuertes alaridos de temor intenso, al ver al delincuente sobre la silla, quieto y preso sin poder escapar.

-Tranquilo Frederick, - intenté calmarlo, - ese hombre ya no te podrá hacer más daño.

-Es... es... es el hombre malo, - tartamudeó, - y no paraba de llorar señalándole con el dedo índice de su mano izquierda.

Lo alejé de allí llevándole a una de las habitaciones plagadas de juguetes.

Lo más importante, - ya había confirmado al autor de los crímenes.

- Quédate aquí, no te pasará nada, juega un poco con todos esos juguetes, mientras esperamos que lleguen tus padres.

¿Has entendido?

-Si señor, usted es bueno, y... su perro también.

Cerré la puerta volviendo a la sala donde el prisionero seguía allí, estático por completo, atado a la silla, con los ojos fijamente puestos en los impresionantes colmillos cercanos a su cara, con disposición para actuar, tal como lo haría un depredador cuando ha elegido a su presa.

-Buen trabajo, Yoy, no abandones tu posición.

El animal respondió con un sórdido ladrido provocando que parte de su saliva, irrumpiera en pleno rostro de Salomón Sorensen, ya resignado y convencido de que allí había acabado su viaje, aún, no pudiendo comprender como había sido descubierto.

Claro está que no contaba con mi fiel amigo, capaz de realizar las hazañas más inverisímiles que puedan sucederse.

Pero esto, - mis queridos lectores, podrán comprobarlo en el capítulo final de nuestra historia.

* * *

-Jaque mate, rey 2, aquí torre blanca, - cambio, -

-Jaque mate, rey 2, lo escucho alto y claro, torre blanca, cambio.

¡Capitán Steven! el pájaro está en el trampero, - el delincuente no cuenta con compañía, y está seguramente amarrado sin posibilidad de escape.

-Ya pueden venir en su captura, - traigan varios agentes, el delincuente es muy peligroso. Lo podrá comprobar usted mismo.

-He señalado correctamente la ubicación de su guarida.

-Felicitaciones, profesor Mcconauguey, nos tenía muy preocupados, de inmediato nos ponemos en camino, - cambio y corto.

Fueron tres horas de espera interminable, - durante ese largo período de tiempo, no le quitamos el ojo de encima al asesino, que permanecía en completo silencio.

Y si en algún instante intentaba hablar, o gesticular de alguna manera, me encargaba de callarlo colocándole una vez más el arma en la boca.

¡Cállate, maldita alimaña!

-Los seres despiadados como tú, deberían estar callados para siempre.

-Solo espero que te castiguen como te mereces.

Una leve sonrisa asomó por debajo del espeso bigote que de inmediato desapareció, debido a una tenue caricia que Yoy le dedicó abriendo sus fauces amenazantes.

Ya no intentó hablar más permaneciendo quieto, mudo y parsimonioso, hasta la llegada de la Guardia Civil, con Steven al mando de la brigada.

Tras el llegó un camión del ejército de Laponia, con doce agentes fuertemente armados.

No sería necesario comentar las distintas reacciones de los agentes, no solo por la fosa común en la parte trasera de la residencia, sino por los contenidos de los distintos frascos de cristal y el complejo construido en aquella habitación de muerte.

-Profesor, no me cansaré de agradecerle enormemente lo que ha hecho por la sociedad finesa, - ¡venga un abrazo!

Fueron estas las efusivas palabras del capitán Steven, para conmigo, lleno de felicidad por la resolución del caso, que casi un año y medio los había tenido en vilo, y en la más completa incertidumbre.

Pero, sin temor a equivocarme, debía rectificar un poco, - mucho, - los elogios del entusiasta capitán.

-Por favor, capitán Steven, le recuerdo, y no debe olvidarlo, que el verdadero héroe de esta investigación culminada con éxito, - me detuve durante breves segundos, - continúe, -

FUE ÉL... no es necesario decir hacía donde se dirigió mi dedo índice de la mano derecha.

CAPÍTULO 14

-Estimado profesor, es obvio repetirle lo agradecido que estamos, no solo la ciudad de Rovaniemi, sino, toda Finlandia, y quien sabe que parte del mundo cuando conozcan los acontecimientos, - y por ello, antes de su retorno a los Estados Unidos, queremos ofrecerle un sincero homenaje, que, por supuesto será extendido al verdadero héroe del caso, - es decir, a ese gran ser de cuatro patas que tiene a su lado.

Tras una breve pausa, el capitán Steven posó sus manos en la frente de Yoy, que se dejó hacer, aceptando de buen grado el gesto cariñoso.

-No es necesario, capitán, - en esta vida en la que estamos inmersos, el bien debería salir siempre airoso, frente al mal, - aunque, por desgracia, no siempre es así.

-Acepto su humildad, más que sincera, pero nos sentimos en la obligación moral de realizarlo.

-Dígame, profesor ¿cuándo marcha?

-En tres días tomaremos el tren que nos traslade a Helsinki para, desde allí, tomar vuelo hacia Los Ángeles en el estado de California, - más exactamente a San Diego, donde vivo con mi familia.

-Bien, - contestó Steven, - mañana a las once horas A.M. pasamos a recogerlos, luego del homenaje, tendremos un gran almuerzo, que con todos los honores, les brindaremos.

INTERMEDIO

El anciano hubo de detenerse súbitamente en su relato.

El tintineo del teléfono fue la causa de tal actitud.

-Puuufff... ¿quién será ahora? -se preguntó para si un tanto ofuscado.

Levantó el tubo con una pizca de enfado, que desapareció al momento al escuchar la voz del otro lado del aparato, -

-Hola, papá, ¿qué tal te encuentras?

-Llevamos cuatro días sin noticias tuyas, - continuas solo, ¿no es cierto?

La voz de Elisabeth aparentaba algo preocupada por la actitud de su padre, manteniendo su silencio durante ese periodo.

-Buenos días, Eli, estoy bien, no te preocupes, mañana ya tendré aquí a la señora Grey, y para entonces, ya habré terminado mi relato.

-Este es el motivo de mi aislamiento, estoy a punto de finalizar, esperando que, a últimas horas de hoy, ya lo habré logrado.

-Ya estoy más tranquila, PA, por favor, cuídate, y recuerda que para la semana te esperamos aquí.

-No lo olvido, cariño, - ah, y una cosita más, - dile a Jonathan que le llevaré el relato todo bien ordenado, como le prometí.

-Así lo haré, - cuenta con ello.

-Es muy importante para mí que lo edite lo antes posible, haciéndolo público.

-Ya lo sé PA. No te preocupes, y una última cosa... te quiero...

-YO MÁS...

FIN DEL INTERMEDIO

CONTINÚA EL CAPÍTULO 14

La plaza principal de Rovaniemi se encontraba abarrotada de gente, incluso una cantidad numerosa de periodistas con sus cámaras preparadas, deambulaban nerviosos dándose empujones y manoteos, para ser los primeros en cubrir la noticia, en medio de la multitud.

El alcaide de la ciudad abrió el pregón que, por supuesto tenía que ver con la hazaña lograda por nosotros.

Entre aplausos y fogonazos de los flashes, que se sucedían sin cesar, apenas pude articular algunas pocas palabras.

Luego nos dirigimos hacia una intersección donde se bifurcaban dos calles céntricas, con evidencias de ser las más importantes de la ciudad.

-Y ahora, - continuó el alcaide, - siempre con el atento seguimiento de un gran número de agentes, y altos cargos del ayuntamiento, - con mucho respeto, y, en especial, gratitud, les dedicamos este humilde homenaje...

Y la inmensa placa fue descubierta.

No voy a negarles la inmensa emoción que embargaba mi ser, y Yooy emitía continuos ladridos, como si se enterara de lo que estaba aconteciendo.

La placa, ubicada a tres metros de altura, incrustada en una de las paredes de la esquina, de la propia calle, grabadas en letras grandes, claras, y de un dorado deslumbrante ponía...

KATU ²⁷ MCCONAUGUEY - YOY	1971
--------------------------------------	------

Y, tras numerosos aplausos y disparos de fotografías por doquier, nos dirigimos al almuerzo de despedida en nuestro honor.

²⁷ Katu: significa avenida en fines.

*Al pasear por un jardín
tupido de naranjos y limones,
me ensuciaron el sombrero los gorriones
en vez de haberme enojado
bendigo al Señor y a sus santas leyes,
qué si volaran los bueyes,
cómo me hubieran dejado.*

Un inventor, para que los ciegos jugaran al fútbol, fabricó una pelota con un timbre, ya que obviamente no veían el balón. Un día, por casualidad pasó un hombre, en bicicleta por la cancha... lo molieron a patadas.

Dos amigos pescadores, comentaban sus hazañas dentro de la pesca. Sabes que Jules, ayer en el río tuti frutti pesqué un pez que media un metro de largo, -¿ Cómo? - sí, sí, un metro como mínimo, ¿qué te parece? Pues nada, - contestó el otro, - pues, yo, anteayer en el río frutti tutti pesqué un farol, y lo más insólito, estaba encendido. ¡Eh, epa! ¿cómo iba a estar encendido debajo del agua? - Bueno, - contestó el otro, - si tú me achicas el pescado, YO TE APAGO EL FAROL.

Era un hombre con tanta mala suerte, que un día se recostó en un pajar, y se clavó la aguja.

Tus ojos son dos luceros que alumbran mi camino, una noche los cerraste, me reventé contra un pino.

Un amigo va a visitar a otro al hospital tras un accidente. Hola Jeremías, ¿cómo te encuentras?,- mal, mal, - pues, te tengo dos noticias que darte, una buena y una mala, - ¿cuál prefieres primero? - la mala, la mala... te van a cortar las dos piernas. Oohhh,. Y la buena...

-EL DE LA CAMA 23, TE COMPRA LOS ZAPATOS.

¡JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA...!

Tales eran las carcajadas que emitían mi esposa y mi madre, viendo un programa cómico en la televisión animado por dos humoristas de moda de la época.

Un poco más atrás, escuche las algarabías de mis hijos jugando en otra habitación.

Habíamos llegado a casa sin previo aviso, con la intención de sorprenderlas, con mucho sigilo, y cargado de multitud de regalos que había aceptado, sin posibilidad de rechazo, de muy buen agrado, colocándonos detrás de la puerta de entrada.

-Creo, Yoy, que ya es el momento de entrar, - ¿qué te parece?

Convencido estaba, que aquella alegría que les producía el programa de la televisión, se incrementaría enormemente con nuestra llegada.

De un empujón seco y preciso, abrí la puerta, produciendo un sobresalto en las dos mujeres que tranquilamente disfrutaban de unos momentos de ocio, produciéndoles visibles síntomas de hilarancia y evasión.

¡Will, - Will! exclamó mi esposa al escuchar el fuerte estampido que produjo al entrar en casa, -

¡Hijo! - gritó mi madre, casi a la vez, no pudiendo contener lágrimas de emoción que fluían resbalando por su cara.

El abrazo de las dos mujeres al mismo tiempo, me produjeron una alegría, y paz interior imposible de describir en palabras.

Solo podía palpar y sentir, en mi interior.

Simplemente logré escuchar los gritos de Alice, que también tenía la cara empapada de esas gotas frías y saladas, que solo hacían acto de presencia en situaciones de extrema emoción, -

¡Eli, - Frank! - PAPÁ ya está en casa...

COMENTARIO DEL ANCIANO

-Estimados amigos, damas y caballeros, lo que van ustedes a leer en este último capítulo del relato, les parecerá algo absurdo, inaudito, inverosímil, - en conclusión, - todo lo que se les atravesase en la mente de increíble y antinatural.

Pero estoy dispuesto a jurar, ante DIOS Todopoderoso, y dar mi vida si fuese necesario, asumiendo el castigo que corresponda, si he mentido, en cada palabra que aparece en este manuscrito.

Yo mismo, incluso hoy, después de sesenta años de aquellos acontecimientos, continúo sin dar una explicación lógica ante tales hechos.

¿Qué fuerza o poder de la naturaleza fue capaz de producir aquellos acontecimientos que me han mantenido en esta encrucijada durante toda mi vida?

-Por supuesto, no lo sé, y creo estar convencido que no lo sabré nunca mientras viva.

Simplemente quisiera señalar un último comentario, - creo que fue una paradoja, y que acontecimientos como aquellos solo podemos encontrarlos en relatos de ciencia ficción, a pesar de que así quisiera entenderlo, pero mi mente, hoy ya demasiado cansina, me dice que NO, aquello paso, y por lo más inexplicable que parezca...

Solo sé que así ocurrió...

CAPÍTULO 15

Una vez abandonado el abrazo fraterno de esposa y madre, vi venir hacia mí, con los brazos abiertos acompañados de gritos de alegría, a mis dos hijos enfervorizados.

¡Papá, papá! - gritaba Frank con la sonrisa de, - oreja a oreja, - al fin estás en casa, - y Eli, quedando rezagada unos pocos centímetros, repetía una y otra vez ¡hurra, hurra! papi está en casa.

Y los tres, nos fundimos en un abrazo cariñoso, de un encuentro tan feliz como inesperado.

Recuerdo que los tomé, uno en cada brazo, y les estampé, - cientos de besos, - ante los cuales retribuían acariciándome el pelo, la cara, y el estrujamiento de sus pequeños brazos entorno a mi cuello.

Así hubiera pasado horas, - lógico, ¿verdad? - eran mi todo, mi pretexto en esta vida para seguir luchando, para verlos crecer y que fuesen personas de bien, para ser útiles en esta sociedad con un futuro un tanto incierto y oscuro, deseando que esto último no fuera como me lo estaba imaginando.

Mientras, mi madre y Alice, se confundían abrazando a Yoy, que se dejaba hacer con un regocijo notado en la manera de lamerles la cara alborozando pequeños ladridos, acompañados de titubeantes movimientos de su cola que permitan hacer circular un poco más de aire en aquel momento de suma felicidad como lo puede hacer

sentir el reencuentro de una familia que se quiere y respeta, y lo más importante, que ese mutuo amor fraternal, sea el motivo de bien estar y felicidad.

Luego de ese prolongado instante de alegría, pasé a entregarles la multitud de obsequios traídos de Finlandia.

Punto final para aquel memorable momento imborrable, por cierto, del regreso a casa, la casa donde fui feliz, casi, el resto de mi vida, - y digo casi, porque fue opacándose, primero por la muerte de mi santa madre, y años después, por la de Alice, que como ya he mencionado en otros capítulos, después de veinte años sin ella, aún la recuerdo cada día, y la sigo amando como siempre lo hice.

Solo espero que algún día pueda verla en otra vida, o en donde sea, - pero, claro, eso no podrá ser posible, - solo el recuerdo de lo vivido me mantiene vivo, y seguir respirando, - a veces le pregunto a mi DIOS, por que sigo aquí, - qué espera de mí que haga ahora, - y a la vez me respondo que debe ser por mis hijos que de alguna manera u otra, me necesitan, como lo que queda de aquella familia que en el pasado colmó la felicidad, y yo soy el último eslabón de todo ello.

Unos días más tarde, volví al trabajo, donde recibí multitud de felicitaciones por la hazaña conseguida en el Polo Norte, habiéndose enterado por los medios de comunicación, TV y radio, difundiendo la noticia en todo el país, a todas horas del día.

Titulares cómo, -

Cayó el asesino de niños, capturado por un estadounidense y su ayudante, un perro.

Asesino condenado a 1200 años en una prisión de máxima seguridad, y... etc, etc.

Solo un comentario final sobre el destino de Salomón Sorensen, el psicópata que Yoy y yo logramos capturar, en los intensos fríos del Círculo Polar Ártico.

Fue un juicio rápido y tajante.

Lo declararon culpable con pruebas suficientes de toda aquella matanza, y condenado a pasar el resto de su vida en una prisión de máxima seguridad.

Toda esta información, me la comunicó el capitán Steven, mediante una llamada telefónica contándome el final de aquel monstruo, que, - por supuesto, - acabó como se merecía.

Este fue su relato:

-En pocos días del desenlace, se celebró el juicio de Sorensen, no se demoró absolutamente nada, - en solo dos secciones, el juez dictaminó el veredicto.

El reo, sin mediar palabra, acató la sentencia, asumiendo las consecuencias.

Fue esposado, y encadenado por las piernas, dejándole únicamente espacio suficiente para caminar a pasos cortos, y fuertemente custodiado por una docena de agentes que de vez en cuando le dirigían una mirada de odio y repugnancia.

Ese mismo día, fue trasladado a una prisión de máxima seguridad, donde albergaba a 1500 reclusos, con delitos

graves, condenados a cadena perpetua, incluso por delitos infinitamente menos graves que los del alemán.

En poco tiempo, el odio de los reclusos ante tal asesino, fue creciendo de tal manera, que uno de esos días, se pusieron de acuerdo una veintena de ellos, para ejecutar un plan tan siniestro como macabro.

Construyeron una estaca acabada en punta de un grosor redondo de unos siete centímetros de diámetro, y dos metros de largo.

En un determinado momento, una de esas noches, fue llevado a los baños comunitarios explicándole, amigablemente que tenían un plan, para poder escapar, y se lo querían consultar para conocer su opinión.

Cinco reclusos de los más fuertes, acompañaban el cortejo, comandado por uno de ellos que parecía el jefe de la delegación.

En conclusión, que era el líder.

Ya en los baños, sabiendo que ningún guardia vigilaba por allí, lo agredieron brutalmente dándole fuertes golpes en todas partes del cuerpo.

En pocos segundos, yacía en el suelo, sin sentido, hecho este que aprovecharon para desnudarlo por completo.

Uno de los reclusos portaba un objeto de dos metros aproximados, con punta redonda y muy afilada.

Era la estaca que habían fabricado días antes.

El motivo estaba claro, el objetivo del acto no podía ser otro, - ese asesino tendría la muerte que merecía.

Echándole un balde de agua helada lograron despertarlo, vamos, - reaccionó de inmediato.

Quiso gritar, pedir auxilio, pero le taponaron la boca con un pañuelo de seda todo mugriento.

Nadie escucho nada, entonces procedieron a realizar sus propósitos.

¡Hijo de puta! - comenzó el líder del grupo, -esto no te va a gustar, pero es lo que mereces, que el diablo de adopte en su seno como uno de sus principales discípulos.

Lo pusieron de pie, uno de los reclusos acerco la estaca a su ano, comenzando a presionar lento, hacia arriba, introduciéndola.

El palo, con la punta más estrecha que el resto, pero bien afilada, comenzó a penetrar por el intestino, y, tras continuar empujando hacia arriba, consiguió alcanzar el estómago, - todo en medio de gritos desesperantes de dolor del alemán, mezclados con insultos que de nada le servirían, y que nadie podía escuchar.

Luego tocó la faringe, de seguido, la tráquea, y allí fue donde Salomón Sorensen, hasta el momento convulsionando de dolor con un sufrimiento imposible de describir, dejó de moverse, con síntomas evidentes de haber acabado de abandonar este mundo, al que nunca debió venir.

Los tres presos que empujaban la letal estaca, vociferaban improperios y maldiciones hacia el desgraciado, sonriendo satisfechos por el ajusticiamiento que estaban realizando.

El empalamiento fue perfecto, el alemán, salpicando sangre a borbotones por la boca, los oídos, el ano, ya no se movía, los estertores se detuvieron, - había muerto.

Entonces le liberaron la cavidad bucal del torrente de sangre, y con un último empujón de la estaca, asomó por la boca, quedando literalmente ensartado en la misma.

Tras colgarlo del cuello, los reclusos abandonaron los servicios totalmente manchados de sangre, proveniente de aquel asesino, que ya formaba parte de la más cruel y absoluta historia negra del siglo veinte.

A sus pies, dejaron una nota:

Los abajo firmantes, somos los autores de este ajusticiamiento.

Y al pie de la misma, figuraban las 1500 firmas de la totalidad de reclusos del penal.

Las autoridades de la cárcel, en una rápida reunión estuvieron de acuerdo en dar carpetazo al asunto, e informar que el recluso Salomón Sorensen no soportando la presión de su condena, decidió quitarse la vida en uno de los baños comunitarios destinados a los propios presos.

Así lo hicieron saber a toda la prensa del país.

El caso estaba cerrado.

Claro, quedaba un fleco por resolver, para que la investigación quedara finiquitada, pero nunca pudo resolverse.

Los clientes del gran maestro salvador, que sacrificaron niños para salvar los suyos, nunca pudieron ser identificados, aunque estaba claro, que también habrían sufrido lo indecible al ver morir sus amados hijos, algo que la naturaleza no estaba preparada para casos similares.

Y este es el final del caso más sanguinario y depravado que se haya producido en el pasado siglo.

No creo que alguien fuese capaz de imitar estos hechos, por lo menos en este nuevo siglo aún no ha acontecido, pero, cuidado, mis queridos lectores, tan solo ha transcurrido un cuarto del mismo...

Sin lugar a dudas, este es el acontecimiento más importante que vivimos Yoy y yo, intentando hacer el bien, pero el misterio seguía latente, incomprensible, a veces inaudito, la inteligencia, - fuera de contexto, - de mi fiel amigo, quién sabe de dónde procedía...y entonces sucedió aquello, hecho que acabo por romper todos los esquemas, todas las lógicas posibles...

Mi familia al completo, incluso la de Alice, tuvimos que rendirnos ante la evidencia, y achacarlo a un golpe de suerte, o de la casualidad más bien.

A pesar de que un sentimiento muy fuerte en mi interior se resistía a pensar que fuera así, que lo que habíamos vivido fuera simplemente eso, producto del azar, y eso,

queridos lectores, no pude averiguarlo nunca, incluso hoy, en el que me encuentro sentado escribiendo este relato, domingo 2 de marzo de 2028.

Y continuamos con nuestra vida normal, donde reinaba la cordura y la felicidad.

Pocos días después de la resolución del caso en Laponia, y siendo sábado por la mañana, donde disfrutábamos de un inicio de fin de semana, fuimos despertados bruscamente de nuestro entrañable y meritorio descanso, - el sonido de las sirenas era tal, que saltamos de la cama asustados, y temerosos por algún incidente grave producido cerca de nuestra casa, incluso podría ser muy grave, si tenemos en cuenta el sonido estridente de las dichas cornetas, que alborotaban el tranquilo sábado matinal de San Diego.

Nos vestimos con rapidez inusitada, acercándonos a los ventanales que daban a la calle. Mi madre acudió alterada, también por dicha situación.

¿Qué pasa, Will? - fue lo primero que se le ocurrió preguntar, -su tono no dejaba de ser imperativo.

-No lo sé aún, - déjame ver, -

Levanté lentamente la persiana, y moviendo las cortinas, descubrí el motivo de tal alboroto.

Cuatro, o tal vez cinco, no me ocupe de contarlos, parpadeantes sus luces azules y sus cornetas estridentes, coches patrulla, pululaban muy cerca de la puerta de nuestra casa, y entre ellos, una limusina blanca, donde se viajaría algún celebre personaje.

Con seguridad se equivocarían de destino, - ¿qué iban a realizar frente a casa? - pero, los agentes descendiendo de los distintos patrulleros se acercaban al portal de la vivienda, si, la nuestra.

Inclusive, apareció una unidad móvil de la televisión, y acompañándola, una treintena de periodistas con sus cámaras fotográficas listas para disparar.

¡Es aquí, se están acercando! - exclamé exaltado, - tenemos que salir para saber qué pasa.

Fue entonces cuando quedé estático, y creo que, palideciendo, cuando logré divisar al personaje que fuertemente custodiado, se disponía a descender de la limusina.

¿Qué pasa, Will? - preguntó Alice detrás mío, sin poder ver lo que estaba pasando cerca del jardín de casa.

-Es... es... tartamudee, - no podía creer lo que estaba viendo, - y se dirigía hacia la puerta.

-Tenemos que recibirle.

¿A quién? - preguntó mi madre bastante intrigada, y confusa con los estridentes ruidos que producían las sirenas.

¡Al mismísimo presidente...!

Efectivamente, Richard Nixon se plantó en el portal, llamando al timbre de entrada.

Abrí la puerta, como enloquecido, mi mujer y mi madre me siguieron.

Eli y Frank, alertados por las estridencias y el alboroto, asomaron sus cuerpos, aún en pijama.

En aquella vorágine de personas y ruidos de flashes disparándose continuamente, y todo dentro de nuestro jardín, me encontraba perplejo, no dando crédito a lo que estaba pasando, - incluso llegué a creer que fuese un sueño, del cual despertaría en cualquier momento.

Miré hacia atrás, busqué el auxilio de mi fiel amigo, que con mucho sigilo se acercaba lento acompañado de los niños.

Entre el inmenso bullicio, me atreví a abrir el diálogo, saludando un tanto desconcertado, - -Señor presidente, ¿A que debemos el honor de su visita?, - por favor dígamelo, - la emoción no me permite esperar un segundo más.

-Tranquilo, señor Mcconauguey, el emocionado soy yo, y, ante usted, - perdón, - y ante ese ser que ha asomado por la puerta, - y señaló a Yoy, - ante ambos, he decidido allegarme personalmente para ofreceros mis más grandes felicitaciones por la labor que habéis realizado en Europa.

Y además, condecorarlos con estas medallas de oro, en total acuerdo con todo el congreso presidencial.

Llevaba en la mano una unidad reluciente de un amarillo brillante, acompañada de un colgante con los colores de la bandera de los Estados Unidos.

Pasando por encima de mi cabeza acercándose lo suficiente, me la colocó en el cuello.

Al mismo tiempo, casi, le pasaron otra exactamente igual a la mía.

-Por favor, profesor, - se dirigió a mí con la amplia sonrisa que lo caracterizaba, - Llame usted a su amigo, está es para ÉL.

Yoy acató mi señal, acercándose rápidamente logrando posarse sobre sus dos patas traseras, a modo de saludo, como era habitual en él.

El presidente se agachó unos centímetros para quedar a la altura de su inmensa cabezota, zampándole también la reliquia conmemorativa.

Alice y mi madre, se mantenían expectantes, a pocos metros de la comitiva, aplaudiendo para acompañar al resto de visitantes, que lo hacían a rabiarse, incluso el propio presidente que también golpeaba sus palmas con fuerza, para luego estrecharme la mano, - vamos, - como si fuéramos colegas de toda la vida.

Antes de marchar con toda su comitiva, pronunció unas palabras que me llegaron al corazón, produciendo lágrimas en Alice, y en mi madre que no paraba de aplaudir, y en mí, - no lo voy a negar, - también lograron pestañear mis ojos, humedecidos por la emoción.

Un poco más alejados, mis niños golpeaban sus palmas, como si se tratara de un acontecimiento mundial.

Todo el país, podía ver en riguroso directo, el acto que se estaba desarrollando en los jardines de mi propia casa.

-Ciudadanos, ciudadanas, niños, niñas, de nuestro bendito estado, nación que nos enorgullece de vivir en ella, y que nuestro propio orgullo se acrecienta aún más, al saber, que este hombre, con su amigo a mi lado, - y pasó su mano izquierda por la cabeza de Yoy, - ha contribuido con un deber muy importante e incluso sumamente peligroso para sus vidas que estuvieron en juego, y liberando a la sociedad de tan inmensa lacra.

-Que el mundo entero sepa, que es nuestro, que pertenece a los maravillosos Estados Unidos de América del cual, y repito, nos sentiremos enorgullecidos durante el resto de nuestra existencia.

Tras el breve discurso, un emotivo abrazo, que entre aplausos y cientos de flashes y varias cámaras de televisión buscando las mejores tomas, nos fundimos en uno.

Aquel sábado de 1971, quedó grabado en mi mente de tal forma que aún hoy, de vez en cuando, me conecto a internet, y busco esa fecha, que desde los años 2000, circula por las redes sociales.

Si, hoy, después de más de cincuenta años, me parece que estoy allí, en los jardines de mi antigua casa, reviviendo aquel instante memorable con mi esposa, mi madre, mis dos niños, y con ÉL, el amigo fiel que me acompañó los veinte años más importantes de mi vida.

También juego un poco con la imaginación, y pienso como hubiera reaccionado el malogrado expresidente John Fitzgerald Kennedy, e incluso, el anterior, el grandioso

Eisenhower²⁸, que tuvo mucho que ver en la construcción de la misteriosa zona llamada Área 51, ubicada en el desierto de Nevada.

Y, así, - queridos amigos, - fue transcurriendo el tiempo, ese ingrato que nunca se detiene, que sigue implacable su marcha infinita, que nadie es capaz de detener, continuo, continuo y continuo ...

Pero aún, antes de dejarnos, Yoy consiguió hacer algo para completar y asegurar la felicidad de mi familia, algo añadido a la que ya disfrutábamos.

Ese, -algo, - fue, como ya lo expliqué páginas atrás, lo inaudito, y totalmente imposible de creer ... y si no, lean y se convencerán...

A mis cuarenta años, mi vida personal era pletórica, tanto física como anímicamente, - la condición de profesor de educación física, contribuía a ello, - mi esposa también gozaba de buena salud, y mi madre con algún pequeño achaque, también.

El que parecía no cambiar demasiado, a pesar del tiempo, era Yoy, aunque sí, le notaba que estaba un tanto mayor, principalmente con sus movimientos más pausados y

²⁸ DWIGHT D. EISENHOWER: Fue presidente de los EEUU. Durante un periodo de ocho años entre 1953 y 1961.

En el año de 1955, inmerso en una política de presión contra la Unión Soviética, - llamada por aquel entonces, -Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, -CCCP, - aprobó la construcción del ÁREA 51, en el desierto de Nevada, zona experimental para pruebas nucleares, y, por debajo, a centenares de metros bajo tierra, se rumorea, sin estar completamente fiables dichos rumores, que se manipulaban OVNIS, - objetos voladores no identificados, - incluso hoy, en pleno siglo XXI, se cree que están en contacto con seres extraterrestres.

menos ágiles, lo normal en un animal suficientemente maduro.

Y con esta perspectiva, vivíamos en completa y reconfortante felicidad, mis hijos ya encaminaban sus estudios, habiéndose definido en ellos, y yo, personalmente disfrutaba de la profesión que había sido la pasión de toda mi vida como trabajador.

Todos compartíamos aquel ambiente familiar cargado de bienestar, amor y comprensión.

Fue entonces, cuando llegó aquel domingo de verano, que, como todos ellos, Yoy y yo solíamos dar un paseo matinal por la costa, en el paseo marítimo de la ciudad, con vistas preciosas y dignas de admirar, máxime teniendo en cuenta la agradable temperatura ambiental, con el sol, majestuoso y reluciente, como dando muestras de recompensa a la ciudadanía.

Podíamos divisar multitud de gaviotas escrutando el mar en busca de alguna presa para alimentarse, - más allá, diferentes barcos y veleros, disfrutando de paseos agradables en un mar en calma y azulado reflejo del cielo despejado.

Bordeábamos la zona que separaba la arena del asfalto, con variedad de puestos donde podíamos encontrar todo tipo de productos y chucherías, incluso multitud de paseantes ululaban revolviéndolo todo en busca de, - ellos mismos, - no sabían que.

A pesar que la mayoría de las veces, no abandonaban el lugar sin compra, hecho que permitía a esa buena gente, ganarse la vida honradamente.

A intervalos, nos deteníamos en algún banco, muy difícil de encontrarlos vacíos a esa hora punta, - y me ponía a hablar con mi amigo inseparable, tal como si fuera una persona a mi lado.

Recordaba momentos dichosos y peligrosos que habíamos compartido, mientras le acariciaba el hocico con un cariño que manaba de mis entrañas.

Yoy, sin emitir ningún tipo de sonido, solo se limitaba a mirarme, y dejarse acariciar, signo evidente que le estaba regocijando y disfrutando de mis caricias.

Miré la hora, en mi flamante, - Orient, - y exclamé, - ¡se nos hace tarde, amigo! - las mujeres estarán esperando con el almuerzo listo.

¿Qué te parece si volvemos a casa? -creo que ya es hora.

El clásico gruñido de aprobación invadió mis oídos.

Y abandonamos el banco, saliendo de nuestra cómoda posición, que, de inmediato fue ocupado por otra gente, con seguridad, estando en los mismos planes que los nuestros.

Cincuenta, tal vez sesenta metros habríamos caminado, cuando una persona mayor, andaría frizando los setenta años más o menos, se nos acercó tímidamente y nos suplicó, un instante de atención.

Nos detuvimos, haciendo eco, de tal petición amable y, tal vez importante, - Si, dígame, buen hombre ¿que se le ofrece?, -pregunté, retribuyendo a tal educada solicitud.

El aspecto de aquel anciano no se apreciaban signos de indigencia, solo se veía un tanto poblada la barba, y unos lentes que señalaban la gran cantidad de dioptrías que tenían.

Pero, claro, su aspecto en general mostraba matices de pobreza en aquel pobre hombre, a pesar que estaba en condiciones de equivocarme.

De lo que si estaba seguro era de su sinceridad y su humildad, - un, no sé qué, - me lo decía.

Portaba en su mano izquierda, o tal vez era la derecha, - no lo recuerdo con exactitud, - una carpeta, que al momento entreabrió, y recogiendo uno, de los cientos de billetes de lotería que contenía, me ofreció uno.

-Señor, - suplicó, - cómpreme uno, por favor, - este es mi único sustento, solamente un dólar, y quizá gane el premio mayor, - ¿qué le parece?

-Lo miré, - sonreí, - saqué de la cartera, un billete de cinco dólares, y se lo ofrecí.

¡Ah! dije, - el billete quédesele para usted, quizá, como usted bien dijo, le toque el premio mayor, créame que me gustaría que así fuese, - aclaro que mi sinceridad era cierta.

-O tal vez se lo pueda vender a otro transeúnte.

El anciano insistió en darme el boleto, pero volví a rechazárselo.

No se preocupe, buen hombre, todo está bien, que tenga un buen día, - vamos Yoy, - y continué el camino a casa.

Tras varios metros de caminata, volví la cabeza al notar que mi perro no me seguía.

Yoy, ¿dónde estás?

De súbito, apareció detrás de mí.

Llevaba algo en la boca entreabierta y humedecida por la saliva.

Ese algo permanecía enganchado a sus colmillos relucientes y tan blancos como la propia nieve, y con tenues reflejos de intermitencia producidos por el sol.

Me ubiqué a su altura, agachándome, para que nuestras caras quedaran igualadas, - una contra otra, -

-A ver, que llevas en la boca, - hombre, -

Rápidamente, y, tras tomarlo entre las manos, supe, al fin, qué era eso, que albergaban sus entreabiertas fauces.

Y muy bien enganchado entre sus caninos, por cierto.

-Yoy, esto no se hace, - devolvámosle el billete al anciano, así podrá venderlo de nuevo.

El animal soltó sin más, la papeleta, quedándose atrapada entre mis dedos.

Me incorporé de inmediato, buscando al vendedor entre la multitud que paseaba alegremente por el paseo.

Debía encontrarlo y devolverle el dichoso billete.

Mire a un lado, al otro, adelante, atrás, entre el conglomerado de personas que comenzaban a poblar la playa, entre los árboles del hermoso jardín de la plaza, ubicada un poco más allá, en fin, -abarqué con la mirada todo el entorno en 360 grados, - Nada, el vendedor había desaparecido, como si se hubiese esfumado, perdiéndose en la multitud.

¡Qué barbaridad! - atiné a exclamar, ni que fuera un pájaro volando por los cielos...ironicé.

-Bueno, - hube de conformarme, - entre tanta gente es lógico que fuera ilocalizable.

-Volvamos, amigo...

Y retomamos el camino de vuelta a casa.

Guardé el billete de lotería en uno de los bolsillos de pantalón, ni siquiera guardándolo en la cartera.

No sé por qué, pero en el fondo de ese bolsillo quedo depositado, olvidándome por completo de él.

Días después, creí suponer el por qué Yoy acepté aquel trozo de papel ofrecido por el lotero ambulante.

Pensé, que no quiso desistir de tal insistencia, porque estaba muy bien pagado, pero... me equivoqué, - vaya si me equivoqué, -

¿Podría un simple animal de compañía, - aunque no tan simple, claro, - predecir un acontecimiento como el que se produjo días después?

-No, evidentemente, pero, la inesperada realidad, hizo que se produjera lo inexplicable...y muy difícil de asumir.

Este fue un misterio más que nunca lograría descubrir.

Y ello, por momentos me agobiaba, como tantas otras veces, durante todos aquellos años, poco después esa sensación de incredulidad y misterio, surgidas de las entrañas de mi fiel amigo, desaparecía, - además, como no era la primera, ni sería la última, yo, personalmente, ya estaba acostumbrado...

En pocas palabras, les cuento que pasó aquella mañana...

Los gritos de alegría de mi esposa me sobresaltaron, - estaba planificando el trabajo del día siguiente, - lunes, - cuando pasó...

¡Will, Will! - podía escuchar los potentes gritos de Alice, - y me parecían de una inmensa algarabía, -

Llegó, prácticamente corriendo hasta el escritorio donde escribía unos apuntes sin importancia, - abalanzándose, por detrás, cruzando sus brazos alrededor de mi cuello, quedando mi cabeza atrapada ante tan efusivo gesto de cariño, y ya, totalmente, - fuera de sí, -

Sus gritos penetraban mis oídos en forma de ondas invisibles, lacerándomelos, pero, a la vez, agradables por la alegría desplegada y demostrada en aquel instante.

Era evidente que algún motivo importante había provocado semejante excitación, - y mi esposa no lo hacía con facilidad a no ser que fuera de vital importancia.

Alertados por los gritos, acudieron de forma instantánea al despacho, mi madre, con las manos embadurnadas en harina, procedente de la cocina, y los chicos, que atemorizados y confusos ante tal escándalo, no sabían si reír o llorar.

Con dificultad, pude ver que en una de sus manos que rodeaban y apretujaban el cuello, portaba un trozo de papel.

¡Will, Will! nos ha tocado la lotería...

¿Qué? - solo acerté a decir, -

-Mira, este es el número que compraste la semana pasada, es el primer premio en la lotería jugada ayer.

Yo, reconozco, ya me había olvidado de ese acontecimiento en el paseo marítimo de San Diego, acompañado de Yoy, incluso, no acordaba donde lo había guardado, si sabía que en la cartera no lo había depositado.

Fue Alice, que antes de lavar el pantalón, lo encontró depositándolo en una caja que andaba por allí.

Por cierto, se le había olvidado decírmelo, y, al anunciar por la radio, el número premiado con el millonario premio, fue en su busca y ... eureka, - lo encontró en la cajita de la cómoda, instalada en la habitación matrimonial.

Atónito, volví a preguntar una vez más, - ¿qué dices? -

-El billete de lotería que compraste el otro día, mi amor, resultó ganador.

Repito una vez más, se me había olvidado por completo.

Así lo hice saber, contándole el incidente de días atrás, con el anciano lotero.

Entonces en ese preciso momento fue que quedé petrificado, confuso, desorientado, mudo, solo mi vista fue dirigida hacia la puerta de entrada al despacho, donde acababa de asomar la cabeza, el que faltaba para completar aquella reunión inesperada e increíblemente insólita.

-TÚ, - no atiné a decir nada más, -me liberé de los brazos de mi esposa, y fui directo hacia Yoy, donde acerqué la boca a una de sus orejotas, y en tono muy bajo, casi imperceptible, ininteligible, pude balbucir:

-Gracias, amigo, - no sé cómo lo haces, pero ...
GRACIAS...

No sé por qué lo dije, pero algo machacaba en mi interior que ÉL había tenido, algo que ver en el asunto, - pero reaccionando enseguida, ante tal especulación, era ridículo pensarlo.

Aquella mañana disfrutamos muchísimo, no solo por el premio millonario obtenido, sino también por estar todos juntos en esa paz y armonía que nos caracterizaba como familia.

Y, así, como ya dije antes, la marcha tenaz, directa, continua del tiempo, fue siguiendo su línea uniforme, hasta que llego aquel día, ese día que hubiese deseado

no llegara jamás, tuvo que presentarse, y fue el punto y final de nuestra unión, produciéndose la inevitable separación.

Esa noche, como todas, nos metimos en la cama, cuando toca descansar, - mi esposa y yo, satisfechos por un día más de felicidad conyugal, de sosiego, con la mente en completa paz y armonía.

Ya acomodados para iniciar el sueño, abrazados, - como casi todas las noches, - escuché unos rasguídos en la puerta ya cerrada de nuestra habitación.

Abrí los ojos, comenzando a disfrutar del merecido descanso luego de una jornada intensa de trabajo.

Con mucho cuidado de no despertar a mi esposa, que ya estaba en la plenitud del sueño, abandoné la cama, y abrí sigilosamente la puerta.

Era Yoy, que, arañado tímidamente la puerta, lo hacía para llamar mi atención.

¿Qué pasa, amigo? - atiné a preguntar en voz apenas imperceptible, -

Yoy, siempre dormía en un camastro especial, que le había construido, y ubicado a un costado de la puerta de nuestra habitación, allí se encontraba cómodo, y siempre vigilante, siempre cerca nuestro.

De pronto, y estando frente a ÉL, se posó, como lo hacía infinidad de veces, en sus dos patas traseras, apoyando sobre mi pecho las delanteras, restregando repetidamente la lengua sobre mis mejillas, humedecidas ya por la acción.

Me dejé hacer, mis brazos rodearon su cuello, y yo también lo besé.

Nos confundimos en ese fuerte abrazo de cariño bruto y fiel, entre el hombre y la bestia.

Así permanecemos unos treinta segundos, cuando hubimos de separarnos.

Debo reconocer que quedé un tanto confundido ante su actitud, creyendo que me agradecía, una vez más, su gratitud, y protección, pero, -de qué protección estaríamos hablando, cuando siempre fue el mismo que nos protegió a todos.

De momento me quedé con eso, un gesto de cariño hacia, - su amo, - no encontré otra respuesta, hasta, - desgraciadamente, - la mañana siguiente.

Luego del abrazo fraternal, regresó a su posición habitual, y metiéndose en el camastro, acomodándose para su descanso habitual de todas las noches.

Repetí la misma operación, regresando lentamente, y cuidando de no despertar a mi esposa.

Ya en la cama, atiné a pensar fugazmente una interrogante planteándome lo extraño de su actitud, - no hacía falta que nos demuestre su cariño y protección, - en fin, - quedé un poco convencido, - mi perro es así de cariñoso, y ... nos quiere.

A la mañana siguiente me di cuenta que estaba equivocado, su actitud de la noche anterior era simplemente... una despedida.

Me acerqué a su camastro, en casa, aún todos dormían.

Sin levantarse, entreabrió los ojos, - me miró, - esa mirada demostraba agradecimiento, sabía a despedía, mi fiel amigo se estaba despidiendo, a punto de abandonar este mundo, le había llegado la hora, - todos sabemos que ese momento crucial de los seres vivos, más tarde o más temprano, llegará, - nadie puede escapar de la muerte. En el fondo sabemos que es así, aunque no queramos reconocerlo.

Amigo mío, me estás abandonando, y no puedo hacer nada por impedirlo, sabía que sería inútil acudir a un veterinario, era evidente que le quedaban segundos de vida, - no es justo que me dejes así, y sin saber de dónde has venido, y como llegaste a mí y por qué, - estás preguntas no las sabré nunca.

De improviso, abrió mucho los ojos, ya sin brillo en las pupilas, realizando un gesto con la cabeza, de un lado a otro, cómo dando negativa a mis palabras, - cómo si quisiera decirme, - y así lo interpreté, - LO SABRÁS ALGÚN DÍA...

Tras ese gesto con la cabeza, hubo de cerrarlos, lenta, pausadamente, y luego de un tenue estertor a modo de rugido, que a duras penas pude captar de su entreabierta boca, culminó cerrándolos totalmente para ya, no volverlos a abrir.

De ese día, de aquel funesto día, que hubiese deseado fehacientemente no llegara jamás, prefiero no hablar.

Por lo tanto, querido amigo, siempre te llevaré, a donde quiera que vaya, en mi corazón, en mis recuerdos, en todo

mi ser, a pesar, de que, en mi angustiosa tristeza, veo aparecer una luz de felicidad y esperanza, porque estoy seguro, - de que en algún lugar donde te encuentres ahora, y donde quiera que estes...

me estás... ESCUCHANDO.....

FIN DEL RELATO DEL ANCIANO

Última nota del anciano...

Creo, amigos míos, que este relato merece un título, y debe ser este:

LOS VEINTE AÑOS MAS IMPORTANTES DE MI VIDA

AUTOR: WILLFRED MCCONAUGHEY

* * *

Las manos del anciano se detuvieron segundos después estampó las tres letras que suelen aparecer siempre que finaliza un relato, - la efe, la i, y la ene.

Las teclas de la máquina de escribir pararon de repiquetear... tick, tick... ti...Se pudo oír el sonido de la retirada del último folio, que a continuación grapó, junto a otros muchos, bien ordenados que se encontraban en un extremo del escritorio.

Los recogió, muy delicadamente, restregándoselos por todo el pecho, enjugó una lágrima que brotó de sus cansinos ojos, balbuceando en voz clara y baja de tono -

-GRACIAS, DIOS MIO, y dándole un interminable beso a la medallita que estuvo con él pendiente del cuello, casi setenta años, abandonó la silla, alejándose del lugar.

Sin embargo, y luego de guardar el pañuelo con que seco sus humedecidos ojos, vemos una particularidad, - en su rostro aparece la tímida sonrisa del principio.

Llegó hasta su tumbona favorita, y feliz, muy feliz, dirigió su mirada hacia el paisaje de ensueño, que por casualidad se veía muy similar, mejor dicho, - idéntico, - al de hacía tres o cuatro días, no estaba muy seguro, pues había perdido la noción del tiempo.

Y, allí, recostándose plácidamente en ella, cerró los ojos, quedando profundamente dormido.

EPÍLOGO

Entre Frank y Elisabeth, colocaron la urna con las cenizas de su padre, junto a las demás.

Ahora, las cinco, ordenadamente puestas en su sitio, se iluminaron con la luz del sol, que en esos momentos reflejaba contra la mampara del panteón familiar.

-Descansa en paz, padre, - balbuceó entrecortadamente Elisabeth, - en un tono apenas perceptible dejando escapar una copiosa vorágine de lágrimas que atravesaron la muralla de contención que protegían sus ojos, esas lentes oscuras, que nada pudieron hacer para evitarlo.

Frank aparentaba más solidez en ese triste momento de la despedida, pero, aun así, al igual que su hermana, acabó por derrumbarse.

Inmersos en un sepulcral silencio, pudo apercibirse las palabras de Jonatan, su nieto, que, ante la multitud expectante seguía el triste evento, con atención y resignación, -

-Abuelo, he de cumplir tu deseo, mañana mismo presentaré tu relato a la imprenta tal como habíamos acordado, aunque quiero recordarte que tu no has cumplido con tu parte del acuerdo, - no estarás en el partido, - pero, bueno, - quiero pensar que lo seguirás desde el cielo, o, en donde quiera que estes...

El nieto, con este comentario totalmente inocente, intentó que el momento fuese un poco menos dramático.

-Por supuesto que es broma, - descansa, te quiero, - te queremos, - y no te olvidaremos nunca.

Se hizo el silencio.

La multitud comenzaba a disolverse, cuando Elisabeth, siendo una de las últimas en abandonar el panteón familiar, reparó, al pie de la lápida, una pequeña pero clara inscripción.

Se acercó a ella.

Los cientos de personas, ya alejadas, no se percataron de tal incidencia.

Se quitó las lentes oscuras, aún empapadas por el fluido lagrimal, y se enfundó las de leer.

Se postró de rodillas, acercando la vista a la lápida, que ahora, brillaba más que nunca reflejos producidos por su majestad, el sol.

Y pudo leer el texto, simple, corto, pero muy demasiado específico -

YA ESTAMOS JUNTOS. AHORA PODEMOS PARTIR...

No pudo contener la emoción ante tal frase y su llanto lo escuchó Frank, reparando en ello, y volviendo sobre sus pasos allegándose a su hermana, pasándole el brazo por los hombros.

¿Qué pasa, Eli? - preguntó un poco más angustiado, -

-Nada, nada, simplemente lee esa frase, que debo creer que la ordenó nuestro padre.

Así lo hizo, - la emoción lo paralizó, - solo inmerso en un llanto efímero, nacido espontáneamente, solo fue capaz de pronunciar simplemente tres palabras, -

BUEN VIAJE, FAMILIA...

Tras ese saludo final, abandonaron el recinto.

De vuelta en casa del anciano, Elisabeth se dirigió a la señora Grey, compungida por el terrible momento que atravesaba la familia McConaughey.

Ella había llorado mucho la muerte de Wilfred, apreciaba demasiado a su jefe después de veinte años a su servicio.

-Señora Grey, debo comunicarle un asunto de suma importancia, y es usted, precisamente que tiene que ver en ello.

-Dígame, señora, - correspondió la fiel asistente un tanto atemorizada por las palabras que la implicaban directamente, -

-No se preocupe, - contestó la hija del anciano notando el grado de intranquilidad en la mujer, -

-Lo que debo comunicarle, es un asunto muy positivo para usted.

Entonces, ya más tranquila, solo atinó a decir, -

-Dígame señora Elisabeth, la escucho.

-Mi padre ha reconocido su gran labor prestada durante estas dos décadas pasadas, y quiere, - o querría recompensarla por ello.

-No es necesario, señora Elisabeth, fue mi trabajo, cobré por ello.

-Si que es necesario, - intervino Frank, atento a la charla entre las dos mujeres, - mi padre lo dejó muy claro en su testamento.

¿Qué me está usted diciendo señor Frank? -preguntó un tanto compungida por las palabras del hijo mayor de su cuidador.

Usted continuará percibiendo su sueldo habitual hasta llegar a la jubilación, y si así lo acepta, estará al cuidado de esta residencia hasta que decidamos que hacer con ella, mientras, una o dos veces al mes, intentará mantenerla en buen estado.

¿Qué le parece?

La emoción transformó su rostro, la alegría por aquellas palabras hizo que rompiera a llorar hecho que Frank le extendiera un pañuelo para enjugar esas lágrimas de felicidad, además, pensando en que necesitaba ese sueldo para solventar los gastos de su familia.

-Gracias, muchísimas gracias, cómo agradecerles estos detalles que no se si los merezco.

-A nosotros no, - respondió la hija menor del anciano, - agradézcaselo a nuestro padre, que ordenó esa cláusula en su testamento, y que sí, debe merecerlo, - además, hay

algo más, - y le extendió un sobre totalmente en blanco, - es decir, sin identificar.

La asistenta, con mano temblorosa, recibió aquella misiva, pensando que contenía palabras de agradecimiento, teniendo en cuenta lo ya escuchado segundos antes.

Extrajo su contenido, rompiendo el lacre que sellaba la carta, -

Entonces leyó para si la cifra en dólares que solo ella podía cobrar, - trastabilló, a punto de caer al suelo, recibiendo la ayuda inmediata de los hijos de WILL.

Se veía con suma claridad un cinco, acompañado de cinco ceros ubicados correctamente a la derecha del mismo.

¡Pero esto es mucho dinero! -solo atinó a exclamar, - Acto seguido, extendió su mano conteniendo el sobre, ofreciéndoselo a Elisabeth, en acto reflejo, no puedo aceptarlo.

Su brazo, temblaba considerablemente extendiéndolo lo más posible.

Elisabeth tomó entre las suyas las manos de la asistenta, comentando en voz baja, casi imperceptible, -

-Este presente es suyo, por méritos propios, - así lo creyó el señor Wilfred Mcconauguey.

Asintió Frank estando de acuerdo con las palabras de su hermana.

La hija del anciano recientemente fallecido, recogió la cadena con su respectiva medalla, la que había llevado casi 70 años pendiente de su cuello, y las alianzas de su matrimonio con Alice, su único amor en toda su vida.

Frank hizo lo propio con el ORIENT, que, cuyo encargo fue custodiarlo siempre.

Y aunque parezca asunto de no creer, seguía funcionando con extraña precisión, solo debía estar en continuo movimiento, en una muñeca, por encima de la mano.

Pronto volverían a casa, una vez solucionado el correspondiente papeleo normal en estas circunstancias.

Jonathan fue al escritorio donde, tan solo cuatro días antes, su abuelo había escrito la historia de su vida.

La vieja, - OLIVETTI, - permaneciendo en su lugar, parecía humear aún, por la intensa maratón de letras en la que fue sometida, impresas en aquella multitud de folios que debidamente ordenados y grapados, seguían un orden cronológico, hecho que así lo indicaba la propia numeración de los mismos.

Hubo de colocarlos prolijamente en una carpeta que abultaba lo suficiente, abandonando en el mismo sitio la máquina de escribir, encajando el carro, que parecía un tanto fuera de lugar.

Mañana mismo, - dijo para sí, - cuando vuelva al trabajo, cumpliré el deseo del abuelo.

Poco después, la familia abandonó la casa.

La última en hacerlo fue la señora Grey, que cerrando ventanas y claraboyas, blindó la puerta de salida con triple vuelta de llave.

El recinto ya se encontraba carentes de habitantes, solo los recuerdos permanecerían latentes y vivos por una eternidad...

-Oye, Jonathan, aquí tienes el impreso del libro que escribió tu abuelo, - le comentó un compañero de trabajo.

Gracias, Peter, - le contestó amablemente.

Ese mismo día, al cumplir el horario de trabajo, el nieto del anciano, apuró el paso, debía dirigirse a un establecimiento llamado, - THE CALIFORNIAN BOOK, una editorial muy conocida y prestigiosa, a pesar de ello, - de que en pleno siglo XXI, la gente en la actualidad había perdido un poco la costumbre de la lectura, es decir, el consumo de libros había caído considerablemente.

Pocos lectores, demasiadas redes sociales, - a pesar de todo la editorial continuaba funcionando.

Allí presentó el relato, indicando los detalles de cómo deseaba la portada, - que su abuelo le había dibujado con anterioridad, -y la contraportada, - además, la realización de diez unidades, con la simple finalidad de obsequiárselas al resto de la familia, y para algún amigo allegado a ella.

Tres días después, le llamaron para comunicarle que su solicitud estaba lista para entrega, también, sin dar explicaciones, le dijeron que querían hacerle un simple comentario, una importante petición.

-Señor Mcconauguey, nos ha interesado mucho el guion que trata su libro, y sería de nuestro agrado intentar lanzarlo al mercado, con unas cien copias, que, si se venden, el porcentaje económico correspondiente, se le adjudicará de inmediato.

¿Qué le parece?

-Pues, me parece perfecto, pero antes necesito el aval de mi padre, y de mi tía, dándome el, - visto bueno, -

-Correcto, espero su llamada, - tengo el fiel presentimiento de que esta historia gustará al público, - simple mera intuición.

Lo antes posible, Jonathan se puso en contacto con su padre, y también con su tía.

No podía ser de otro modo, dieron su aprobación de forma unánime.

Y el THE CALIFORNIAN BOOK, editó en horas esas primeras cien copias.

* * *

Pasó una semana.

Cuando menos lo esperaba, la editorial volvió a ponerse en contacto con el nieto del anciano.

-Lo dicho, amigo Mcconauguey, el libro de su abuelo, un éxito rotundo, - las cien copias se vendieron en doce horas.

Por lo pronto solicito su aprobación para editar unas 5000 más, - ¿está de acuerdo? -

Anonadado, Jonathan asintió, - a la vez pensó para sí, - tendré que leerlo, sacaré tiempo de donde sea, aunque pasé un par de noches sin dormir.

El proceso de los acontecimientos fue increíble, - y máxime, con la velocidad que se produjo, - en seis meses se vendieron, en varios estados del país, y en algún otro de zona sudamericana y europea, veinte millones de copias en una primera edición.

Las ganancias eran cuantiosas, a pesar de que el cincuenta por ciento de ellas, eran destinadas a las diferentes asociaciones protectoras de animales, - por expreso deseo, - eso sí, del profesor fallecido, haciéndolo notar en el testamento, en el supuesto caso de que esto se produjese.

Y el éxito continuó, en una segunda, y hasta en una tercera edición.

En una de tantas reuniones familiares, que solían producirse en cumpleaños, o en fechas conmemorativas, como navidades y fines de años, Frank pronunció unas palabras con demasiado acento emocional, -

Como me hubiera gustado que nuestro padre supiera el éxito obtenido por su libro, - creo que todos ustedes también lo desearían. ¿No creen?

La totalidad de comensales de aquella mesa familiar aplaudieron las palabras de Frank, menos Elisabeth, qué poniéndose de pie, las rectificó, contestando en voz alta y clara, para que toda la mesa, pusiera su atención en lo que iba a decir, -

NO, Frank, ... querida familia, -

Se hizo el silencio, pareciendo que durara una eternidad, segundos después, fue interrumpido por el llanto de un bebé...

Tras calmarse, continuó...

El señor Wilfred Mcconauguey, - volvió a interrumpirse, - dando claras evidencias de que sus propias palabras, estaban haciendo estragos en su aparente solidez, -

Inspiró profundamente llenando de aire sus pulmones, -y entonces sí, pudo acabar con la frase interrumpida, -

El señor Wilfred Mcconauguey, allí, donde quiera que esté... lo sabe ya.

FIN

ÚLTIMA NOTA DEL AUTOR

Queridos amigos nuestra historia finaliza aquí, - ya han podido leer las tres letras características que así lo indican.

Ahora bien, si pasa la página, aparecerá un epílogo alternativo, al margen del relato, que yo, personalmente quise escribir, dando, - rienda suelta, -a mi imaginación, y a la vez descubriendo un poco el sentido del misterio que nos tuvo latentes durante toda la historia con situaciones muchas veces inverosímiles.

Y les repito una vez más, EL RELATO HA FINALIZADO, - tal vez vea conveniente quedarse con ese final, pero si no es así, pues, pasé la página, - adelante, la decisión es puramente personal.

USTED DECIDE...

Lectores y lectoras, gracias una vez más por emplear su tiempo en compartir esta historia, esperando no haberlos defraudado.

HASTA SIEMPRE...

EL AUTOR

CARLOS MARIO DEBENEDETTI CORREA

EPÍLOGO ALTERNATIVO

Llegó a su tumbona favorita, y feliz, muy feliz, dirigió una mirada hacia el paisaje, - de ensueño, - que, por casualidad, era similar, casi idéntico al de, - hacia tres o cuatro días, - no estaba muy seguro ya que había perdido un poco la noción del tiempo, -

Y allí, recostándose plácidamente en ella, cerro los ojos, quedándose profundamente dormido...

* * *

Despertó sobresaltado, ni idea del tiempo que había permanecido dormido, en aquella posición tan relajante en la que se encontraba.

Sin embargo, si, era capaz de distinguir la luz del alba, cuando el sol comenzaba a mostrarse tal cual es, apareciendo a lo lejos del horizonte, pero no era capaz de distinguirlo, pero si el acariciante calor que chocaba contra su rostro aun un tanto desencajado por el súbito despertar.

Quiso mirar la hora en su reloj de pulsera, no lo encontró en su habitual sitio de la mano izquierda.

Con seguridad lo había quitado, depositándolo en algún lugar de la casa.

Llamó alzando un poco la voz, - señora Grey, ¿puede usted acercarse un momento a la terraza?

Pasaron unos pocos segundos.

No obtuvo respuesta.

Repitió el llamado, alzando un poco más el tono de voz, voz un tanto ronca, por haberse dormido a la intemperie.

Bueno, con seguridad iría a realizar alguna compra, pronto estará de vuelta en casa.

Y sin darle demasiada importancia al asunto, abandonó aquella agradable y cómoda posición de la que estaba disfrutando plenamente.

Elevó sus manos al cuello, - y, - que extraño, nunca me quito la cadena, - dónde la abre puesto, - se dijo un tanto confundido al comprobar que no la llevaba habitualmente como en los últimos 70 años.

Bueno, después de todo no iría muy lejos, - ya la encontraré.

Y se dispuso a abandonar la terraza.

Paseando por el rellano de su casa, notó el orden destacado en que se encontraban todos los enseres, - pensó, - que suerte maravillosa contar con una asistente como la señora Grey. Solo para ella dedicaba todos los elogios.

Transcurrieron unos cuantos minutos, - una hora ,quizás, o tal vez dos,-

La señora Grey no daba llegado a casa, - continuó sin darle demasiada importancia al hecho, - además, carecía por completo de ganas de desayunar.

-El día empieza perfecto, - hablaba para sí, - siento deseos de dar un paseo, el clima me anima a ello.

Y así fue, tras dirigirse al placar de sus trajes, eligió el que más le apetecía, - es decir, su favorito, - luego se lo enfundó correctamente, combinando con la corbata acorde con él, unos calcetines negros, y los zapatos de charol, recientemente adquiridos.

Tras ello, hubo de dirigirse hacia la calle.

Aún antes de salir, pensó que sería acertado dejarle una nota a la señora Grey, para que no se preocupara por su ausencia, teniendo en cuenta que no se demoraría demasiado, y, tal vez luego, le entrarían ganas de desayunar, o de almorzar.

Salió a la calle, casi no se veían autos, no le dio importancia, - lo achacaba a la hora un poco temprana de la mañana.

Y se puso a caminar, - su marcha lenta pero continua le hacían disfrutar de aquel día agradable, apacible, típico del verano, esperando vivir el comienzo de un nuevo día, con los normales movimientos de la gente.

De este modo, feliz, disfrutando de la suave brisa que bañaba el entorno, pasó una hora, - más o menos, - hasta que se detuvo frente a un recinto inmenso, donde podía leerse en el alto del portal, -

CAMPO SANTO MUNICIPAL

LOS ÁNGELES.

CALIFORNIA

El crepitar de numerosos pájaros se dejó oír, sacudiendo suavemente los árboles esplendorosos de los alrededores.

Entre ellos diviso una bellísima paloma de un blanco espectacular, que se perdió en el cielo sin nubes de aquel día esplendoroso.

Se detuvo prácticamente en la entrada del cementerio.

A cierta distancia, - podían ser cincuenta o sesenta metros, se encontraba un grupo de gente, bastante numeroso, que, frente a un sepulcro determinado, parecían hacer honores al difunto de turno, que había tenido la mala suerte de fallecer en ese día genial de mediados del verano.

Se atrevió a atravesar el portal, acercándose a la inmensa multitud de gente escuchando atentamente las palabras del sacerdote en mitad de imperceptibles llantos de, tal vez, familiares del difunto.

Debía ser una persona muy querida, - tales fueron los pensamientos que invadieron su mente.

Con alguna dificultad se acercó sigilosamente al grupo de personas que abarrotaban las cercanías del panteón.

Ahora escuchaba con más claridad diversos sollozos, y el mitin del sacerdote dirigiéndose al reciente finado.

De pronto, - ¡qué casualidad! - exclamó, - estoy viendo muchas caras conocidas, - veloz, y preso de una relativa curiosidad, consiguió allegarse a pocos metros de la lápida de la tumba a la que hacían tributo.

Instantes antes de fijarse en las personas que más sollozaban cerca de la tumba, y, que una de ellas que podría tener entre 65 o 70 años y que portaba una especie de botijo aprisionándolo bien entre sus manos, temblorosas y húmedas, desvió su mirada hacia la lápida, reluciente y brillante, con varios nombres grabados en ella, donde al final de la lista, aparecía uno que le llamó poderosamente la atención.

Al mismo tiempo, su rostro se transformó en incertidumbre, perplejidad, desconcierto, no dando crédito a lo que estaba leyendo.

Trato de reaccionar, de convencerse a sí mismo de que todo fuese un sueño del cual despertaría en cualquier momento.

Pero no, seguía allí, impávido, impertérrito, inaudito, - entonces tuvo que comprender lo que estaba sucediendo, - y más aún, al dirigir su mirada a la persona que portaba la urna fuertemente aprisionada entre sus manos.

Ya no fue necesario desviar la mirada al resto de personas allí presentes ¿para qué? conocía perfectamente a cada una de ellas, -

Y, con paso cansino, lento, decidió abandonar el lugar, al que creía ya no pertenecer.

Salió del cementerio.

Fue poner un pie en el exterior del campo santo, cuando su desconcierto se vio incrementado aún más...

Todo el entorno a su alrededor, el paisaje en sí, lo que estaba viendo, era muy diferente al de hacia tan solo unos pocos minutos, -

* * *

Ahora aparecía un valle plagado de innumerables árboles de diferentes especies, y de un colorido maravilloso adornados con todo tipo de flores, las más bellas e inimaginables que ser alguno hubiera logrado ver, -

Más allá, una cascada que besaba mansamente las rocas del suelo, desembocando en un hermoso río de aguas cristalinas.

Ahora, el anciano deseaba fehacientemente no despertar de aquel sueño, que aún creía que lo era, ya que la paz reinante en el entorno lo embargaba de tal manera que le producía esa tranquilidad inconmensurable.

Pero, para su desgracia convencido estaba que, de un momento a otro, la señora Grey lo sacaría de aquella situación de éxtasis total.

Sin embargo, esto aun no acababa de producirse, mientras, continuaba avanzando por aquel prado, a paso firme, no propio para su avanzada edad.

La claridad del cielo, límpido, despejado, incorrupto, adornaba aún más el idílico paisaje, a pesar que le pareció un tanto extraño la ausencia de pájaros revolotear por el valle, entre los ya mencionados árboles, teñidos de diferentes colores entre variedad de flores y frutos, que incluso no fue capaz de identificar.

Pero eso, a Wilfred no le importaba en absoluto, el entorno en el cual se encontraba inmerso no podía compararse con ningún otro existente en el planeta.

Y así estuvo caminando durante mucho tiempo admirando y a la vez disfrutando de todo aquello sin ser capaz de valorarlo.

Llegó el momento de la reacción, y las preguntas asaltaron su mente empezando a surgir una tras otra, -

¿Cuándo voy a despertar? - este sueño está tardando lo suyo, me estoy empezando a inquietar, - pasó más tiempo...

¡Nada! - todo seguía igual, - incluso aparecían relieves que se le antojaban cada vez más bonitos, hermosos...

Sin embargo, después de varias millas recorridas, no se agitaba, y su fuerza era similar a la de un joven en perfecto estado físico, como si tuviera treinta años, - vamos, -

En un instante de confusión, reparó en su vestimenta, -

¿Dónde iba su elegante traje? - su indumentaria al salir de casa, -

¿Cómo iba vestido ahora? - una modesta camiseta blanca, con los brazos desnudos, - brazos, - repitió, -fuertes, musculosos, - y con la situación cada vez más inverosímil, - llevó sus manos, - carentes de cualquier arruga, - como las que debe tener un anciano rozando los noventa, - a su rostro, - ahora firme, liso, suave, tal como si se hubiese transformado en un joven atlético y fornido, - dirigió la mirada hacia sus piernas, - el pantalón ajustado del mismo color que la camiseta, debajo imaginaba dos piernas fuertes, sanas, plenas de fuerza y vigor normales en personas jóvenes...

La situación era difícil de asumir, pero vista la evidencia, - su cuerpo ... HABÍA REJUVENECIDO...

Su abundante cabellera cubriendo el entorno de las orejas, no presentaban una sola cana, haciendo un inimaginable contraste con su inusitada vestimenta.

La conclusión no podía ser otra, -

Era joven otra vez...

¡Que sueño más hermoso! Ojalá no despertara jamás, - pronunciaba alborotado, -de momento sus deseos se estaban cumpliendo.

Buscó el sol, necesitaba orientarse, ese paraíso lo abarcaba todo.

No lo encontró, girando la cabeza 360 grados, - a pesar de que la claridad se ponía de manifiesto.

No obstante, volvió a fijarse una vez más en sus piernas, en los zapatos, que hasta ese instante no lo había hecho, - también blancos, y muy cómodos, sin calcetines, - y su rostro, - suave, sin barba, - donde sus manos resbalaban al acariciarlo.

Que pena no disponer de un espejo, para poder disfrutar de aquella estampa firme, joven y elegante, que se imaginaba.

Pero la suerte estaba de su lado, caminando varios metros hacia adelante, pudo comprobarlo.

La cascada de agua cristalina, otra más de tantas que había descubierto, caía mansamente en el pequeño lecho del río, que a la vez la recibía distribuyéndola a quien sabe que afluentes.

Se acercó al río, o lago, daba exactamente igual, - colocando la cara prácticamente besando el agua, mansa y cristalina que suplantaba al más perfecto de los espejos.

Allí confirmó lo sospechado, el rostro joven y varonil, se reflejaba en el agua produciendo tenues y continuas ondas, que no impedían la visión.

Recogió agua entre sus manos, - toda la que le fue capaz de no escapar de entre los dedos, estrellándola contra la cara, - tal vez fuese el instante en que todo acabaría, escuchando la conocida voz de su asistente, -

¡Nada! - todo igual, - y, tras incorporarse hubo de continuar su marcha hacia ninguna parte.

Siempre, con paso uniforme y firme, no sabía por qué, - pero continuaba hacia una dirección recta, sorteando obstáculos que no impedían su paseo.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde la cascada donde pudo apreciar su rostro? imposible calcularlo, - una, dos, tal vez tres horas, - la claridad latente aparecía impoluta, no podía sentir un ápice de viento, ni sonido alguno, simplemente el chapotear del agua de una nueva vertiente de líquido cristalino, - y el paisaje, - cada vez más hermoso y variado. Inmensas montañas podían divisarse a lo lejos, que parecía besar el cielo azul y límpido manchadas de verde, con seguridad valles mezclados en ellas con llanuras provistas de vida propia.

Al fin, a lo lejos, tal vez muy lejos, creyó divisar un grupo de personas que parecían, - siempre sin estar seguro de lo que veía, - caminaban en dirección contraria a la suya, - en fin, - como que parecían ir en su encuentro.

Pero aún se encontraban demasiado lejos para confirmar esta teoría, - incluso podía haberse confundido, y no ser lo que creyera haber visto.

De pronto pudo oír un sonido, un crepitar de matorrales, -

Se detuvo en el acto.

No, no, - me ha parecido, - quizás esté despertando.

El crepitar se dejó escuchar ahora con más fuerza, -más nítido.

Parecía, parecía... cómo él... no, no, no quería pronunciarlo, pero lo hizo.

Era el ladrido de un lobo, o algo así, -o de un... un perro, - sí, ahora estaba seguro, eran los ladridos de un cánido.

Ahora se oían con mayor nitidez, -

Aquellos potentes aullidos, graves, guturales, solo podían emerger de una garganta que ya conocía y recordaba durante décadas.

Ya estaba seguro, no había lugar a confusión, no podían ser de otro animal que no fueran los de ...ÉL.

La estridencia del grito retumbó en el valle con un claro y resonante eco...

¡Yoy, Yoy! ¿eres tú, mi fiel amigo?

Esperó unos segundos, que le parecieron horas, - entonces repitió el llamado, - y gritó una y otra vez. Logró escuchar un ruido a sus espaldas, hubo de girarse...

Quedó estático, palideció, solo atinó a pensar en el misterio que lo tuvo latente y confundido durante más de sesenta años.

Ese misterio quedó de manifiesto en aquel preciso instante, porque allí, a pocos metros de su posición, frente a él, como había sido siempre, como lo recordaba... apareció el autor de los ladridos.

CRÍTICA CONSTRUCTIVA

Podríamos decir que el personaje de esta historia, y me refiero al protagonista, que en realidad fue el perro, - Yoy, - fuese un enviado de DIOS, así lo entendería yo, personalmente, aunque creo firmemente que la Iglesia, cuestionaría este comentario.

Pero, señoras y señores que han leído este relato ¿puede algún ser humano sobre la faz de la tierra, negar estos acontecimientos sin conocimiento de causa, y que la ciencia ficción que se refleja en él, sea solo fruto de la imaginación de un escritor que así le gustaría que fuese?

¿Puede usted señora, o señor, o, quizás usted, científico, explicar cómo se produjo el comienzo del - todo, de la vida misma?

Que quede claro, - por supuesto, - que me merecen el mayor de los respetos, pero estoy plenamente convencido, que aún hoy, no tiene esa respuesta.

Pues, entonces, busquémosla en la ciencia ficción, - ¿no le parece...?

Por lo pronto, nadie, - hasta la fecha, volvió de la muerte,
-

La gran incógnita sigue allí, lo sabremos cuando llegue nuestra hora, y cuando sea, todo podrá ser posible, y ese mágico misterio nos desvelará...

LA VERDAD MÁS ALLÁ DE LA VIDA...

LA VERDAD MÁS ALLÁ DE LA VIDA 2

*Carlos Mario
Debenedetti Correa*

Historia basada en hechos no reales.

¿...O tal vez sí sucedieron?

PREFACIO

La Real Policía Montada de Canadá, - o Gendarmería Real de Canadá, - RCMP, - en francés, - Gendarmerie Royale du Canada, - GRC, - es la policía Nacional del país.

Es una fuerza policial de carácter federal, - nacional, - que vigila el cumplimiento de las leyes, federales.

También tiene acuerdos con los tres territorios y ocho de las provincias, para ejercer como policía provincial.

La mayoría de las provincias de Canadá, aunque por la constitución son responsables de velar por el poder de su territorio, prefieren ceder esta responsabilidad a la Policía Montada.

Por lo tanto, esta opera bajo la dirección de las provincias persiguiendo las violaciones a las leyes en el ámbito municipal y provincial.

A causa de todas estas extensiones a sus funciones base, la Policía Montada es la mayor fuerza policial en Canadá.

Ya en abril de 2005, dispensaría de 23466 trabajadores.

Su territorio está organizado en diez provincias y tres territorios.

La capital es la ciudad de Ottawa, aunque la más poblada es Toronto, seguida de Montreal.

Ontario es una de las provincias más importantes del país, siendo su capital, Toronto, que es la más importante y representativa de Canadá.

Cuenta con dos millones de habitantes, y es el principal centro financiero del país.

Entre Ontario, la provincia de mayor importancia, y el propio Toronto, su capital, cuentan con diez millones de habitantes, casi un cuarto de la población total del país.

El valor de lo producido por la industria de Ontario, es superior al valor producido por el resto de las diez provincias, en conjunto.

Durante la segunda guerra mundial, en 1945, Canadá, - especialmente Ontario, - recibió una oleada de europeos que se vieron obligados a marcharse de sus regiones, totalmente destruidas.

En este periodo, un gran número de ingleses, franceses, alemanes, y escoceses, llegaron a Ontario, y su población, desde 1945 hasta 1970, aumentó de cuatro y medio millones, a siete millones de habitantes, produciéndose, además, la mayor expansión económica de la historia de la provincia.

AURORAS BOREALES

Este es un fenómeno que no ocurre de manera cronológica, sino que es necesario que se den las circunstancias indicadas por ello.

Los mejores meses para verlas son los que van de octubre a marzo.

CATARATAS DEL NIAGARA

Estás son otras de las majestuosas muestras de la fuerza de la naturaleza, qué podemos encontrar en Ontario.

Puede ser un tópico, pero, ante estas cascadas puede sentirse diminuto y abrumado por la potencia y majestuosidad de estas.

Además, se puede disfrutar de los túneles que se esconden tras la cortina de agua, y el paseo en barco que recorre el río, desde 1876.

RUTA DEL VINO

En Ontario, donde predominan los vinos blancos, y más, concretamente los EISWEIN, - vino helado al estilo alemán, - podemos disfrutar de una ruta donde los preciosos paisajes se combinan con las instalaciones de los viñedos y las salas de degustación.

Una combinación mágica que sin duda les encantará, si van en busca del, - oro líquido, -

En conclusión, - Canadá, el segundo país más grande del mundo, cuenta con tan solo cuarenta millones de habitantes, y es un sitio ideal para ser visitado.

TORONTO

Toronto es la ciudad más grande de Canadá, y líder mundial en negocios, finanzas, entretenimiento y cultura.

Su inmensa población de inmigrantes de todo el mundo, también ha hecho de Toronto, una de las ciudades más multicolores del mundo.

Algo que define el horizonte de Toronto, es el CN TOWER, la tercera torre más alta del mundo, - 553 metros, -y es una de las siete maravillas del mundo moderno.

Dentro de la ciudad abundan las principales atracciones como el majestuoso Castillo de Casa Loma, la CN tower, Dundas Square, y el centro comercial Eaton Centre, además del barrio ricamente multicultural de Kensington Market.

La ciudad es famosa por la ya mencionada torre de 553 metros de altura.

Toronto se considera el centro de la cultura canadiense anglófona, y es la anfitriona de muchas celebraciones nacionales.

Las atracciones más populares son, - la torre propiamente dicha, Parque Isla, mercado de St Lawrence, el Ripley's Aquarium of Canada, el museo de Ontario, Districto Histórico, Casa Loma, y el Steam Whistle Brewery.

Y, por último, algo que define la gastronomía de Toronto en la provincia de Ontario son, - la miel de maple, o jarabe de arce, que es un jarabe dulce y dorado, hecho de la savia de los arces, árboles, como el arce rojo, y el arce azucarero.

El tocino canadiense, peras y lucios, queso, manzanas, chocolates, tartaletas de mantequilla y summer salvaje,

que no sabemos con exactitud que es, pero sabe demasiado bien.

La comida típica en la ciudad es, - pontine, jarabe de arce, wich de boeuf fume, peame al bacon y beavertails.

No pueden decir que han estado en Toronto, hasta que hayan probado el pontine, - de todos los alimentos de Toronto, el pontine es el más famoso de la región, y el lugar ideal para probarlo es el Nom , nom, nom, pontine.

En definitiva, este es el lugar donde se desarrollará nuestra impactante historia, que atravesará momentos increíblemente dolorosos, a pesar, de que también los habrá de paz, amor y sosiego.

Si el relato anterior les produjo situaciones de crispación, rabia, terror, y repugnancia, provocados por seres humanos que aún existen y transitan por el mundo, - como si nada, - no les quepa la menor duda que este segundo relato les duplicará en emociones, e incluso, me atrevo a decirles que las triplicará.

Posiblemente pasen momentos de agobio durante la lectura, pero, créanme, - les compensará.

Se preguntarán, que podrá ser más cruel y terrorífico de lo que han leído, -

Solo puedo decirlos, - una vez dispongan del relato, lo averiguaran...

ARGUMENTO

Este relato cuenta la historia de Erika, una niña de quince años, bellísima, cariñosa y de una inteligencia integral y sofisticada, que en sus primeros años de adolescencia, se siente plenamente feliz, junto a sus padres, que viven para que, precisamente eso, sea feliz.

Pero la vida es a veces ingrata, y una tarde cualquiera, recibe la peor noticia que sea capaz de esperar un ser humano.

La muerte llama a su puerta, y, ante ella, ve como se derrumban todos sus planes de futuro, en medio de una vorágine de terror.

Sus padres se rompen, desesperan sintiendo en sus propias carnes, la impotencia de ser incapaces de ayudarla.

Simplemente intentarán que sus últimos meses de vida, sean lo mejor posible para ella.

Su valor, y el saber estar en esta, - situación límite, - necesitará la ayuda inminente de un personaje, que, por peculiar, no dejará de ser misterioso.

Es una historia cruelmente dolorosa, que nos permitirá ahondar en lo más profundo del ser humano, ante situaciones desesperadas, e imposibles de solventar, como esta.

Y yendo de la mano, de este peculiar personaje, conoceremos de una vez, la verdad **MÁS ALLÁ DE LA VIDA...**

PRÓLOGO

EL AMOR ES MÁS PODEROSO QUE LA MUERTE...

Alguien, hace muchísimos años, pronunció esta frase, que se hizo muy popular con el transcurrir del tiempo, introduciéndola en poemas y poesías que hubo de conocer, prácticamente el mundo entero.

En lo personal, creo que sí, - no existe en nuestra existencia, un sentimiento más potente e incomparable que ese, - EL AMOR.

Pero, creo entender, que se refiere al amor en sí, que puede existir entre seres humanos.

A mi modo de ver la propia vida, creo que ha dejado, - quien quiera que la haya escrito, - otro tipo de amor, que, aunque no tenga la fuerza suficiente para igualar dicho sentimiento, merece ser mencionado.

Y me refiero, al AMOR que pueda sentir un ser humano, para con ... un simple animal.

CAPITULO 1

TORONTO

PROVINCIA DE ONTARIO

CANADÁ

MARZO DE 1972

El edificio se veía majestuoso, impresionante, de solo pararse a pocos metros de su ubicación, salían a relucir todas las sensaciones emocionales que provocaban en el observador, y sentirse orgulloso que en su propia ciudad existiera una edificación de tal magnitud.

Por encima de la gran puerta de entrada, después de innumerables escalinatas, lucían aquellas palabras gigantes, talladas en metal dorado, - no oro, - por supuesto, pero que brillaban como tal, incluso de pensar que allí se gestionaban todos los asuntos que surgieran en las nueve provincias restantes de la incommensurable Canadá.

Allí, Toronto, capital de Ontario, se ocupaban de todos los delitos civiles y militares que surgieran en la vida cotidiana.

Y no quieran saber sobre su interior, con infinitud de salas, cada una dedicada a un asunto diferente, siempre dirigiendo las autoridades más altas e importantes de las distintas causas generales.

Pero a todo esto, no les he dicho que podía leerse en el frente de la descomunal estructura, - vamos a ello, -

POLICÍA MONTADA DEL
CANADÁ.

Si, era el edificio más importante del país, que se ocupaba de la delincuencia nacional, e incluso colaboraba con otras provincias en resolver casos de suma importancia y también internacionales.

Además, ayudaron no hacía mucho tiempo, a resolver un caso muy grave, producido en el estado de California, de repercusión internacional.

Con más de 200 salas de diferentes modalidades, entremos en una de ellas, donde podemos observar un hombre correctamente vestido, con su uniforme plagado de condecoraciones y medallas, impecable, trabajando en su escritorio.

Apreciamos, bailoteando entre sus dedos, una lapicera, que atravesaba un papel, recorriéndolo, sin sentido, de un lado a otro, sin otro objetivo que rayar el mismo, no realizando la misión específica que debía.

La evidencia, - saltaba a la vista, - además, el rostro del hombre demostraba sufrimiento, congoja, desolación,

impotencia, - se mostraba realmente acabado, con los ojos hinchados, posiblemente producido por un mar de lágrimas imposibles de contener.

Totalmente inmerso en multitud de pensamientos, que, con seguridad, no sabría cómo afrontar.

Parecían irremediables, a corto plazo.

Tal era la situación del infeliz, cuando, de improviso, entre millones de crueles pensamientos, escuchó los clásicos golpes de llamada en la puerta de entrada al despacho, que lo quitaron de esa situación de letargo agrio y cruel, - toc, toc, toc...

Reaccionó saliendo de su momentánea angustia, apurándose a responder, -

Adelante, -

Se abrió la puerta con cierta lentitud.

-Permiso, mi coronel, -solicitó su autorización para pasar, -habló el visitante perfectamente cuadrándose ante su superior, -

-Permiso concedido, teniente, - descanse.

-Cuénteme la razón de su presencia.

-Gracias, mi coronel, - le informo que, en los entrenamientos de las diferentes unidades caninas, tenemos un pequeño, pero serio incidente.

-Le escucho, teniente, - tome asiento.

-Muy amable, gracias, - desde hace un par de semanas, una de las unidades caninas, el número cinco exactamente, no quiere trabajar.

-Es un animal obediente para algunas ordenes, inteligente, pero, cuando se le ordena ciertos ejercicios, se detiene, se aparta hacia un lado, y no hace absolutamente nada.

-Se le ha increpado, como suele hacerse en estos casos, sin maltratarle, por supuesto, pero es imposible, no obedece.

-Y le repito, mi coronel, - es un animal sumamente inteligente, pero estamos convencidos que no vale para este tipo de trabajos.

-Usted dirá, el procedimiento a seguir, - aunque, si me permite, mi opinión personal, sería darle de baja.

El coronel, dubitativo, no tardó en dar su opinión, - a modo de orden correlativa, -

-Obre a modo, teniente, - usted está al mando de ese escuadrón, y haga con esa unidad, lo que crea conveniente, -le doy absoluta libertad para actuar en cuestión.

-Gracias, - mi coronel, - así lo haré, -aunque siento gran pena por ella, es demasiado inteligente y fuerte, - no entiendo su actitud.

-Bien, - solicito permiso para retirarme, -

-Permiso concedido, - buenos días, -

El oficial, a punto de atravesar la puerta y abandonar el recinto, de pronto escuchó una voz a su espalda, proveniente del coronel.

En aquellos pocos segundos que tardó el teniente en llegar al rellano de la puerta, se despertó en la ya machacada mente del coronel, una idea que estaba convencido que sería muy importante para un miembro de su familia y que le produciría una inmensa alegría., y, que, además, le haría sumamente feliz.

-Espere teniente, - ordenó tajantemente, -

Este hubo de darse la vuelta al instante, volviéndose a cuadrar, - descanse...

-He decidido ir con usted al campo de adiestramiento, quiero ver yo mismo que le pasa a la unidad número cinco.

-Espere un momento, de inmediato me uno a usted, y vamos juntos al campo de adiestramiento.

Cinco minutos después, los dos militares montaron en el coche patrulla, buscando el destino perseguido.

Dicho campo se encontraba en las afueras de Toronto, lo que tardaron casi una hora en llegar.

Una vez dentro, el coronel pudo observar un tanto alejado del lugar, a diferentes unidades caninas, realizando múltiples ejercicios al mando de instructores profesionales, que se cuadraron al ver la presencia del teniente, y más firmes aún, al divisar al coronel, que se encontraba detrás, a pocos metros de su subordinado.

-Descanse, cabo, - solo necesito que nos traiga a la unidad canina número cinco, - ordenó el teniente, - nuestro coronel quiere comprobar por sí mismo, el problema que tiene.

-A la orden mi teniente, - con su permiso coronel.

Después de dos minutos, ya tenían al animal frente a sí.

El perro, de una belleza apreciable, con un pelaje negro, - azabache²⁹, -ocupando la totalidad del lomo, brillante con el reflejo del sol, con las orejas grandes y erectas, una cola del mismo color, con una perfecta cabeza donde los ojos, curiosamente de diferente color, una espectacular dentadura blanca y uniforme, - además, poseía una particularidad en una de sus patas delanteras, - curiosamente en la izquierda, tres manchas de pelo blanco simulando figuras uniformes entre el resto de pelaje oscuro.

En conclusión, - un precioso animal, y de suficiente envergadura como, casi igualar, posándose en dos patas, la altura de una persona medianamente baja.

El animal fue liberado de su collar, quedando sentado frente a los militares con una conducta digna de un ser inteligente y amable.

¡Con qué tú eres el que no quiere trabajar, eh! - exclamó el coronel mirándolo fijamente, -

El perro se acercó a él, tímidamente, y cuando estuvo a centímetros, se sentó sobre sus posaderas, extendiéndole

²⁹ Azabache: color negro muy intenso

la pata derecha en señal de saludo respetuoso, emitiendo suave gruñido de bienvenida.

El coronel, sin extenderle su brazo, permaneció unos segundos mirándolo fijamente.

¿A quién se le acordaba aquella unidad número cinco?

Por momentos su mente buscó y rebuscó intentando recordar.

De pronto ¡eureka...!

Tras breves instantes, ordenó, - coloquen a la unidad en su jaula, desde este momento, lo adopto, no va a ser necesario trasladarlo a donde suele llevarse a las unidades que no aportan nada al equipo.

Así lo haremos, - mi coronel, - pero ¿está usted seguro que se lo lleva?

-Completamente, teniente.

El coronel recordó de pronto, donde había visto un animal parecido, solo debía corroborarlo, a pesar de que una pequeña duda no dejaba de ahondar en su cabeza, - si este animal es quién pienso, ¿cómo es posible que no intente trabajar ni obedezca las ordenes que se le imponen?

-En fin, - lo comprobaré al llegar a mi despacho.

Ya en él, revisó los archivos de unos cuantos meses atrás.

Más de una hora empleó en esa tarea, hasta que, al fin, encontró lo que buscaba.

La foto aparecía nítida, - estaba él, en un extremo, al otro, un capitán de la Guardia Civil, con su nombre debajo, - Jules Steven, perteneciendo al cuerpo de Napa, región del norte de California, y en mitad de la fotografía, aquel atlético profesor de educación física, junto al anfitrión.

Acercó mucho la mirada al retrato, tomó una lupa, que extrajo de uno de los cajones del escritorio, y allí, sí, fue entonces que pudo corroborar el parecido increíble de la unidad cinco, con el héroe de cuatro patas que aparecía en la foto, - Eran exactamente iguales, con una pequeña diferencia, - el héroe es ... macho... y la unidad recientemente adoptada... hembra...

De todos modos, le satisfizo, - sabía muy bien quién se iba a alegrar, con la inesperada visita, cuando llegara a casa...

* * *

Unos días antes...

¡Hola, mamá, - hola, papá! - ya estoy en casa, - exclamó Erika, una niña encantadora, con su clásica sonrisa desbordante, - cerrando la puerta de casa, tras de sí.

Su belleza la llamaríamos de indescriptible, con una cabellera resplandeciente, que rozaba la cintura, y que, por momentos el color amarillo del pelo se incrementaba cuando la luz solar chocaba contra él.

Ojos azules, dignos de una estrella del cine, nariz pequeña y aguileña, con labios carnosos y pronunciados, acabando en un perfecto contorno de cara, que configuraban un aspecto correcto, que normalmente llamaríamos, - un rostro hecho a la perfección, con algún que otro rizo que pretendía caer sobre la frente libre de cualquier defecto que la invadiese, que permitían ocultar por completo las orejas.

Así describimos a Erika, una adolescente de 15 años, con un deseo enorme que llevaba acarreado desde su propia infancia, de tener una mascota, a quien poder cuidar y querer durante su niñez.

Por diversas circunstancias, nunca la tuvo, pero, igualmente fue conformándose, sumergiéndose por completo en sus estudios.

La inteligencia de la que estaba dotada, rozaba el perfeccionismo -en general, - una niña que tenía muy claro sus planes de futuro.

-Hola, mi amor, ¿qué tal te ha ido con el boletín de notas de este trimestre?

-Aquí lo tienes, madre, - tu misma puedes verlo, - abriendo la cartera abarrotada de cuadernos, extrajo un sobre cerrado, donde, dentro debía estar el boletín, es decir, - el carnet de valoración.

-Yo, ni siquiera lo abriría, - interrumpió el padre apareciendo en el rellano del salón.

Estaba claro que ya conocía su contenido, conociendo la dedicación de su hija.

La madre, haciendo caso omiso a las palabras de su esposo, lo abrió rápidamente, dando la razón a las palabras del hombre.

-Eres maravillosa, cariño, - estás notas merecen un premio, que ya recibirás.

¿Qué les parece si después de almorzar, salimos a dar un paseo por el parque? - el día, lo merece, -propuso la madre, con la ilusión reflejada en su rostro.

Asintiendo ambos, se ubicaron en la mesa, prolijamente tendida, para disfrutar en total de una comida acompañada de felicidad y armonía, que reinaba en aquella familia, pequeña sí, pero cargada de un amor sincero y mutuo.

Ese cariño y respecto, que todos hubiésemos deseado para con los nuestros.

El almuerzo, abundante en ensaladas misturadas, y acompañadas de un sabrosísimo pollo al horno, transcurrió en la más absoluta algarabía, apareciendo risas y opiniones de todo tipo.

Ya en los postres, Erika, aprovechándose del momento, por las notas obtenidas, intentó una vez más, convencer a sus padres de sus grandes deseos de tener una mascota.

De pronto se hizo el silencio, - interrumpido segundos después por el padre, que calmadamente hubo de contestar, -

Cariño, en la zona existen problemas con varios de los vecinos que detestan a los animales, hecho este que provocaría un pronunciado intercambio de discusiones que creo, no sería conveniente, incluso, teniendo en cuenta el grado militar que poseo.

Se que este motivo no me impediría satisfacer tus deseos, y que me encantaría poder complacerte, pero ten un poco de paciencia, ya encontraremos la solución, - confía en mí...

Erika bajo la cabeza comprendiendo el inconveniente.

-Si tú lo dices, padre, para mí está bien, - esperaré.

Allí intervino la madre, - sabemos hija de tus anhelos de querer una mascota, además, que, como hija ejemplar, lo mereces, solo te pedimos un poco más de paciencia, y tendrás lo que pides.

Te lo prometo, - y sabes que no hago promesas que después no pueda cumplir.

Finiquitada la charla, terminaron con la sobremesa disponiéndose a dar ese anunciado paseo.

La tarde se presentaba de un esplendor inigualable, - cientos de sombras bailoteaban por el asfalto, provocadas por la gente que iba y venía, siendo el sol responsable de ellas.

Todo ello, causaba un efecto maravilloso reflejado en todo el entorno.

Los árboles, ordenadamente ubicados en un orden cronológico, completaban el paisaje haciéndolo más bello

aún, confundiendo los diferentes tintes de sus copas de verdes y amarillos, con el agravante de la gran limpieza del lugar, engrandeciendo más el centro de la preciosa ciudad de Toronto.

Los tres paseaban alegremente, demostrando ser una familia, - aunque pequeña, agraciada con la felicidad, disfrutando del parque, digno de una gran ciudad.

Risas, charlas incoherentes, pequeñas carreras hacia toboganes y columpios, - también llamados hamacas, - todo se presentaba perfecto.

La suave brisa bañaba los rostros desencajados por las sonrisas, moviendo las diferentes cabelleras, principalmente la de Erika, muy extendida y prolijamente peinada.

Su pelo oro, de un dorado intenso, resaltaba aún más, la belleza de aquella niña, que, a punto de cumplir los 16 años, ese mismo día, horas más tarde, - ese día esplendoroso, maravilloso, incomparable, se iba a convertir, en sombras, terror, muerte, - conocería la sorpresa más amarga e inesperada de toda su vida...

CAPITULO 2

NOTA DEL AUTOR

Queridos lectores,

Les tengo una mala noticia, - para poder conocer la angustiosa vida de Erika, deberán esperar un poco.

Si les garantizo, que la espera valdrá la pena.

DOY FE DE ELLO...

No se arrepentirán, su paciencia será recompensada.

EL AUTOR

CARLOS MARIO DEBENEDETTI CORREA

